
DE BAL
BUENA.
J. Ribelles dib.º






EL D.R BER NARDO
DE BAL BUENA.
J. Ribellas dib.º
R. Esteve gr.º

SIGLO DE ORO

EN LAS SELVAS DE ERÍFILE,

COMPUESTO

POR DON BERNARDO DE VALBUENA,

OBISPO DE PUERTO-RICO.

EDICION

CORREGIDA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA.



MADRID

POR IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

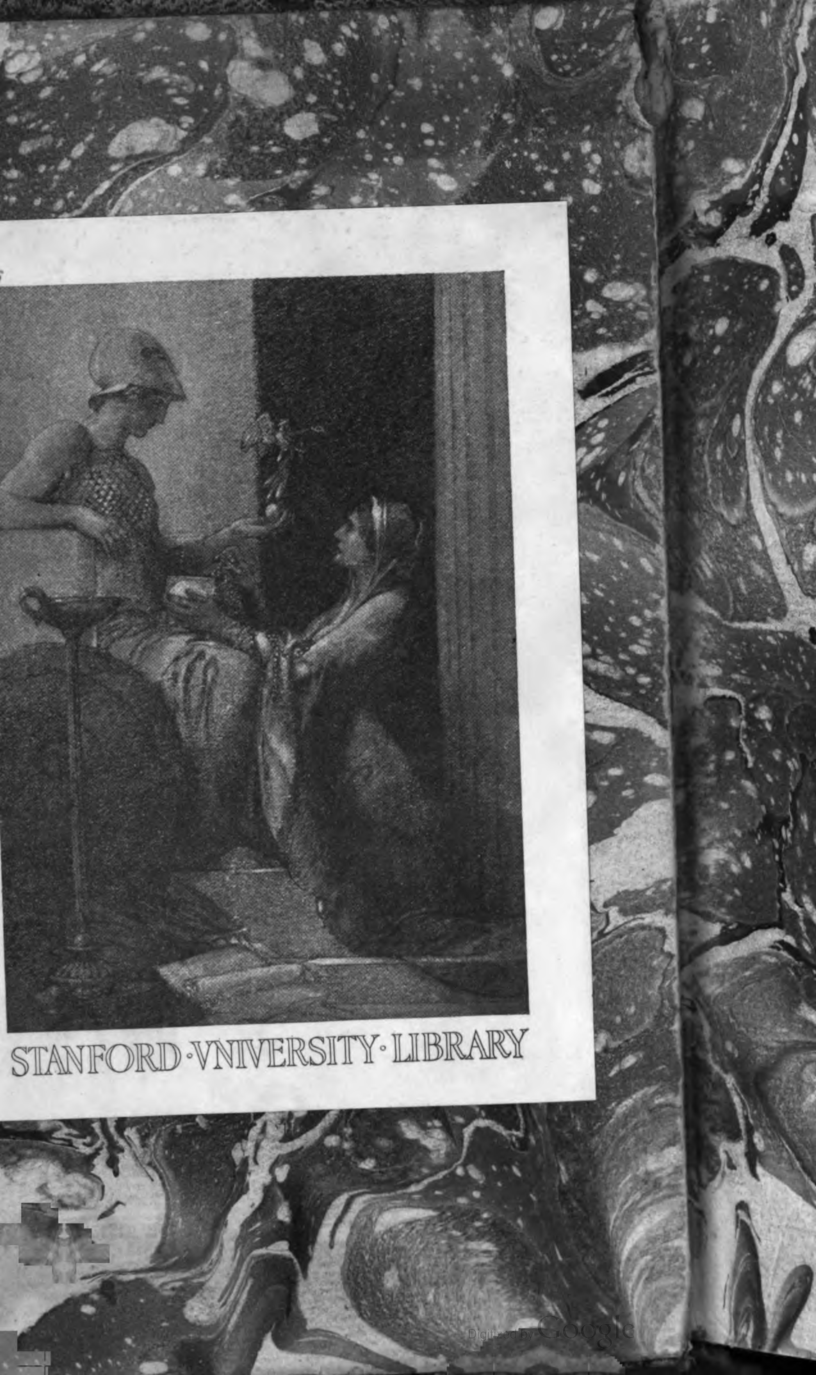
1821.



PRÓLOGO.

La curiosidad que desde luego excita el nombre de un poeta tan esclarecido como Don Bernardo de Valbuena, exigirá sin duda una narracion circunstanciada de su vida y escritos; mas por desgracia son harto diminutas y escasas las noticias que ha podido adquirir la Academia para este objeto, á pesar de las exquisitas diligencias que se han practicado así en España como en América. ¡Suerte fatal que suele caber á los hombres eminentes en las letras, al paso que se trasmiten á la posteridad hasta las mas pueriles particularidades de los conquistadores y otros personajes mas ruidosos que útiles al mundo! Así es que ignoramos la patria de Homero, su vida privada, sus costumbres; y sabemos hasta los vicios vergonzosos y las imperfecciones corporales de su admirador Alejandro.

Los contemporáneos de Valbuena, aunque admiraron su talento poético, no dejaron escrita su vida; y asi no hay otros datos para escribirla que los adquiridos


STANFORD·VNIVERSITY·LIBRARY




EL D.R BER NARDO
DE BAL BUENA.
J. Ribelles dib.
R. Esteve gr.

SIGLO DE ORO

EN LAS SELVAS DE ERÍFILE,

COMPUESTO

POR DON BERNARDO DE VALBUENA,

OBISPO DE PUERTO-RICO.

EDICION

CORREGIDA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA.



MADRID

POR IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

1821.





PRÓLOGO.

La curiosidad que desde luego excita el nombre de un poeta tan esclarecido como Don Bernardo de Valbüena, exigirá sin duda una narracion circunstanciada de su vida y escritos; mas por desgracia son harto diminutas y escasas las noticias que ha podido adquirir la Academia para este objeto, á pesar de las exquisitas diligencias que se han practicado así en España como en América. ¡Suerte fatal que suele caber á los hombres eminentes en las letras, al paso que se trasmiten á la posteridad hasta las mas pueriles particularidades de los conquistadores y otros personajes mas ruidosos que útiles al mundo! Así es que ignoramos la patria de Homero, su vida privada, sus costumbres; y sabemos hasta los vicios vergonzosos y las imperfecciones corporales de su admirador Alejandro.

Los contemporáneos de Valbuena, aunque admiraron su talento poético, no dejaron escrita su vida; y asi no hay otros datos para escribirla que los adquiridos

como quien dice al acaso en el escrutinio de sus propias obras, y en algun otro documento que afortunadamente ha podido haberse á las manos.

Nació nuestro poeta en Valdepeñas el dia 22 de noviembre de 1568. Fueron sus padres Don Gregorio Villanueva y Doña Luisa de Valbuena, descendientes ambos de familias nobles, y muy conocidas por haber egercido de largo tiempo empleos honoríficos de república en la misma villa. El primer período de la vida de Bernardo está cubierto de profundas tinieblas, y solo se sabe, porque él mismo lo dejó indicado en su primer poema la *Grandeza Mejicana*, que en uno de los colegios de Méjico estudió las letras humanas, y que allí ganó el premio en tres certámenes poéticos; pero cuando, ni con que motivo ó con cual ocasion dejando su patria pasó á estudiar á América, esto es lo que absolutamente se ignora; si bien parece lo mas verosimil que allá tuviese algun pariente rico, y que éste le costease los estudios.

Como quiera que sea, no cabe duda que desde muy jóven dió señaladas muestras de su talento poético, pues que ganó el premio en competencia de mas de 300 aspirantes, y cuando solo tenia 17 años de edad, en uno de los susodichos certámenes que se celebró con ocasion de la festividad

del Corpus delante del arzobispo Don Pedro Moya y de otros seis obispos que se hallaban á la sazon en Méjico celebrando un concilio, y es el tercero mejicano tenido en 1585. Eran entonces muy comunes así en España como en América estas justas literarias, en que se egercitaban y estimulaban mútuamente los ingenios: costumbre loable de nuestros laboriosos antepasados, que pudiera haber producido los mejores efectos, si la sana crítica y un gusto filosófico hubiesen dirigido estos certámenes; pero faltaron por lo comun tales requisitos así en la eleccion y desempeño de los asuntos como en las censuras; y he aquí la razon porque se han cogido tan escasos frutos de una institucion tan recomendable.

Sin embargo ella nos indica el aprecio que se hacía de las letras humanas en la capital de Nueva España, y el aliciente que tenian los jóvenes para dedicarse á cultivar la poesía, cuando hasta los mismos prelados eclesiásticos la fomentaban, autorizando con su presencia aquellos certámenes en que se egercitaba uno de los poetas que habian de dar mas timbre y honor al Parnaso Español. Ultimamente, la general estimacion en que era tenida la poesía en Méjico se confirma con un pasage de la Egloga 6ª del Siglo de Oro,

donde encareciendo el autor las maravillas de aquella capital, dice: "sus hermosísimas y gallardas damas discretas y cortesanas entre todas las del mundo: los delicados ingenios de su florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde sobre todo la divina alteza de la poesía mas que en otra parte resplandece...." No impedia esto que Valbuena se dedicase con aplicacion y aprovechamiento al mas sério estudio de la teología, en cuya facultad recibió el grado de bachiller en Méjico, y despues el de doctor en Sigüenza; con cuyo objeto habia regresado á España, sin saberse en que tiempo.

A los 39 años de edad fue nombrado abad de Jamaica, donde residió hasta el año de 1620 en que fué electo obispo de Puerto-Rico. Por documentos hallados en el archivo de Indias existente en Sevilla se sabe que asistió al concilio provincial de Santo Domingo en 1622 y 623: y consta igualmente que visitó su diócesis y que celebró sinodo. Parece probable que se hubiese grangeado mucha reputacion en ciencia y virtudes cuando á la edad de 51 ó 52 años mereció ser elevado á la dignidad episcopal. La Academia quisiera apoyar con hechos esta congetura tan probable, realzando con la afectuosa descripcion de las virtudes apostólicas de Valbuena el

lauro poético que tan justamente ciñó sus sienes; pero la falta de documentos y noticias hace terminar aquí esta relacion con la muerte de tan ilustre poeta acaecida segun otro escrito del referido archivo en 11 de octubre del año de 1627.

Dejó Valbuena escritas varias obras, de las cuales se han perdido algunas que sin duda no salieron á luz, y solo se tiene noticia de ellas por haber conservado sus títulos algun otro autor contemporáneo. Tales son la *Cosmografía universal*, el *divino Cristiados* (que tal vez sería un poema semejante á la Cristiada de Ojeda), la *Alteza de Laura*, y el *Arte nuevo de Poesía*, cuyos manuscritos robarian acaso los holandeses en la invasion de Puerto-Rico acaecida por aquellos años, pues consta que saquearon el palacio episcopal.

Las obras publicadas, y que han llegado á nuestros dias son las siguientes:

La *Grandeza Mejicana* poema descriptivo de Méjico, dividido en 8 cantos é impreso por primera vez en aquella ciudad el año de 1604, y que vá unido al Siglo de Oro en la presente edicion.

El Bernardo, ó la victoria de Ronces Valles, impreso por primera vez en Madrid el año de 1624 en 4.º, y reimpreso por Don Antonio Sancha en 1807, en tres tomos en 8.º marquilla.

El *Siglo de Oro en las Selvas de Erifile*, impreso en Madrid el año de 1608.

Habiéndose hecho sumamente raro y por consecuencia costoso el Siglo de Oro, trató la Academia de facilitar por medio de una nueva y correcta edicion la lectura de esta obra en que el autor acreditó que su fecundo numen no menos sabia cantar en elevado estilo las proezas de los ínclitos guerreros, que en tono dulce y sencillo las amorosas contiendas de los pastores.

Este género de composiciones bucólicas en prosa y verso fue introducido en España, segun Cervantes en el escrutinio crítico de la librería de Don Quijote, por Jorge de Montemayor, quien en su Diana se propuso imitar la Arcadia de Sannazaro; pero como de ordinario sucede á todos los imitadores no consiguió igualar á su modelo; pues ni en la composicion se nota la sencillez campestre, el enlace verosimil y natural de los episodios, el diálogo afectuoso y animado de los interlocutores, y la viveza de las descripciones que tanto deleitan en el poeta italiano, ni los versos de Montemayor son tan dulces, tiernos y armoniosos como los de Sannazaro; si bien la prosa no carece de propiedad, soltura y elegancia.

Como este género de composiciones

ofrecía grande entretenimiento y un vasto campo á la imaginacion de los poetas, ya por la variedad de las descripciones, ya por la multitud y novedad de las aventuras que podian entretegerse en esta clase de obras; ya finalmente por la ventajosa mezcla de la prosa y verso, que aunque monstruosa y desconocida de los antiguos griegos y romanos, venia autorizada con el nombre de un poeta tan célebre como Sannazaro; tuvo este otros muchos imitadores en todo el siglo XVI, entre los cuales descollaron Gil Polo que con su Diana eclipsó la de Montemayor, Montalvo que compuso el Pastor de Filida, Cervantes la Galatea, Lope la Arcadia, y nuestro Valbuena el Siglo de Oro.

En todas estas obras se encuentran bellos trozos poéticos, vivas y alhagüeñas descripciones del campo; pero por lo comun los pastores que en dichas fábulas se introducen son en demasía cultos y discretos, y por consiguiente afectados: así es que á las veces raciocinan con escolástica sutileza, y en vez de expresar con naturalidad unos sentimientos sencillos correspondientes á su clase, remóntanse y declaman haciendo ostentacion de una metafísica alambicada mas propia de una aula que de una alquería: defecto introducido en España por algunos malos imita-

dores del Petrarca, que sin acertar á copiarle en sus buenas calidades, le siguieron en su único defecto que consiste en estos sentimientos afectados, recónditos y pueriles á que los italianos dan el nombre de *concetti*. Cualquiera que haya leido con atencion las referidas composiciones no calificará de injusto ni aun de riguroso este juicio, el cual por otra parte deja á salvo el mérito y la reputacion que se grangearon justamente aquellos poetas por otras eminentes circunstancias.

No está por desgracia enteramente exento el Siglo de Oro de los indicados defectos, señaladamente en las que llama el autor canciones y asímismo en la prosa. Para comprobar esta asercion será conveniente poner á la vista algun otro pasage de los defectuosos; que es el medio mas seguro de evitar la nota de parcialidad é injusticia en las calificaciones, y de enseñar á los jóvenes los defectos de que deben guardarse.

En la egloga 1.ª, página 15 y siguientes entona el pastor Clarenio una cancion para celebrar los ojos de su querida, y entre otros muchos pensamientos vituperables se encuentran los siguientes, que pueden competir con cualesquiera otros en pueril y fastidiosa afectacion:

Si mirando matais, tambien dais vida,

Y de un caso tan digno de memoria
El premio es mio y vuestras las hazañas,
Y amor quien las escribe en mis entrañas.
En cualquier parte de esa luz hermosa
La vida con la muerte está escondida:
Ojos, ¿quíen vió jamas ni oyó tal cosa
Dar vida y muerte sola una bebida?

Y mas adelante añade:

Sois esmeraldas de virtud divina,
Sois luceros hermosos de mi cielo,
Sois cielos donde amor tiene la mina
Mas rica de su gloria y su consuelo:
Sois tesoro y riqueza peregrina,
Sois toda la beldad que encierra el suelo,
Templos dó amor ha puesto mis despojos,
Sois ojos de las lumbres de mis ojos.

No dejó de traslucir Valbuena que la afectacion de este encrespado estilo desdecia de la sencillez pastoril; y así es que en la egloga 3ª, página 65 al acabar el pastor Arcisio un soneto, parecido en los alambicados pensamientos á los versos citados anteriormente, pone en boca de otro pastor lo siguiente:

" Por cierto, dijo Gracildo, acabando de oir al que cantaba, presumidos pastores hay en estas montañas. A mi parecer poco desdicen estos cantares de los que en otras mas arriscadas se oyeron; y no sé si me pesa que ya las nuestras *vayan perdiendo aquella simplicidad y llaneza de sus dorados*

siglos donde sin tantos rodeos solian decirse las cosas. Yo á lo menos temor tengo de los vengativos dioses á quienes este cuidado toca, que indignados de semejantes altiveces envien por nuestros ganados algun riguroso castigo. ¿Y cómo, respondí yo entonces, tú, ganadero, piensas que en las selvas todo ha de ser ovejas y parrales? ¿Nuestros faunos tambien y las ninfas de nuestros montes no tienen sus divinos lenguages que no á toda lengua es lícito pronunciarlos? Todo lo dan las musas, y todo cabe en sus dones." No por cierto, pudiera replicarsele, las musas no dan facultad para hacer hablar á los pastores como á unos catedráticos escolásticos, ni caben en el género pastoril esas sutilezas metafísicas, y ese lenguage del culteranísmo. La ley del decoro ó de la propiedad y conveniencia de los pensamientos y del lenguage, atendida la persona que habla, no es una ley arbitraria ó convencional de los hombres, sino una ley de la naturaleza. Como tal la dejó sancionada Horacio en aquel tan conocido verso de su poética: *Intererit multum davusne loquatur an heros.*

Pero sin insistir mas en este asunto tan claro de suyo, pasemos á decir algo de la prosa, la cual, aunque no adolece generalmente de los vicios que acaban de tacharse, sin embargo es á veces bastan-

te afectada por las trasposiciones de que abunda; en prueba de lo cual véase el principio de la 1ª egloga:

" En aquellos antiguos campos que en la celebrada España las tendidas riberas de Guadiana con saludables ondas fertilizan, entre otros un hermoso valle se conoce, que aunque de policía desnudo, vestido de silvestres árboles, de vacas, ovejas y cabras cubierto, y habitado de rústicos pastores, si yo ahora sintiera en mí palabras suficientes para como él lo merece encarecer su frescura, ninguno hubiera que codicioso no le buscara."

¿De donde pudo provenir la manía, que se advierte en casi todos los escritores españoles de estas novelas pastorales, de invertir tanto la sintáxis, y acaso contra la misma índole de la lengua, en unas composiciones que por su naturaleza deberian escribirse con el estilo mas natural? El mismo Cervantes que en su inmortal Quijote usa siempre de un estilo claro, sencillo y natural, llenó de forzadas inversiones la prosa de su Galatea. Para explicar este enigma es preciso acudir á la Arcadia de Sannazaro, y allí veremos este mismo estilo que los nuestros trataron de imitar demasiado servilmente, como si la índole del idioma italiano fuese la misma que la del nuestro.

Cualquiera que esté medianamente versado en aquel sabe que su construccion ó sintaxis se acerca mas que la nuestra á la latina, y por consiguiente es mas libre; lo cual se echa de ver con particularidad en los autores del siglo XVI que escribian con mas pureza, como por egemplo el traductor de Tácito Davanzati; pues en los tiempos modernos ya se quejan algunos críticos de que se ha viciado generalmente la frase como entre nosotros por el influjo de la lengua francesa.

Dejando empero la tarea desagradable de anotar defectos, tiempo es ya de que tributemos á Valbuena los debidos elogios por las bellezas que se encuentran en su Siglo de Oro. Las eglogas en verso pueden competir con las mejores de otros poetas castellanos: los pensamientos y las imágenes son por lo general correspondientes al asunto: el estilo es puro, natural, propio y elegante, si se exceptuan algunas otras frases demasiado humildes; la versificacion armoniosa, y finalmente en dichas eglogas se encuentran la amenidad, soltura y abundancia que caracterizan el númen de Valbuena.

Como se han citado trozos para comprobar los defectos, justo es que se acoten tambien algunos pasages en que se muestre el gran mérito del poeta.

De la egloga cuarta.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados
Y al ganado es la sombra deleitosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplegase la rosa,
Brota el jazmin, y nace la azucena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si su beldad esconde mi Tirrena,
El jazmin cae, el azucena muere,
Cuando de mas frescor y aljofar llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desabrido
Con el florido abril competir quiere.

CLARENIO.

Vístase de mil flores el ejido;
Que si mi sol no abriere la mañana
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena y mas lozana
Que las blancas ovejas de Taranto
Y de árbol fértil la primer manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto
De rosas y violetas coronada,
Y mas es la pastora que yo canto.

De la egloga octava.

Nace el invierno, y á las tiernas rosas
Sucede un cierzo que con soplo helado
Desnudo deja el campo de frescura:
Mueren secas las flores en el prado,
Ni queda en las riberas mas umbrosas
Rastro de su pasada hermosura,
Y mientras esto dura,
Y con la blanca nieve
Toda la sierra llueve
Arroyos sin sazon á la llanura,
Ni suena caramillo, ni hay quien diga
En tonos de dulzura
Primores ó querellas de su amiga.
Tambien quien viere el campo de esta suerte,
Apenas quedará con esperanza
De verlo en su pasada primavera.
En todo imprime el tiempo su mudanza,
Y todo tiene fin sino esta muerte
En que Tirrena gusta que yo muera, &c.

Por estos trozos en que compiten la elegancia del estilo con la naturalidad de los pensamientos y la delicadeza de las imágenes, se ve que Valbuena habia bebido el espíritu de los buenos bucólicos antiguos, como se observará por las notas puestas al fin de este volumen y que era tan diestro en tocar el caramillo como la trompa heróyca.

Véase ahora la maestría con que sabia á veces describir en prosa:

" Todos en torno de la cristalina fuente nos sentamos, gozando las maravillas que en el tendido llano se mostraban; y lo que sobre todo mayor deleite ponia era el agradable ruido con que los altivos álamos, silvando en ellos un delgado viento, sobre nuestras cabezas se movian, cuajados sus tembladores ramos de pintadas avecillas, que con sus no aprendidos cantares trabajaban de remedar los nuestros; donde la solitaria tortolilla vieras llorar su perdida compañía, ó al amoroso ruiseñor recontar la no olvidada injuria del fementido Tereo. Aquí el ronco faisan sonaba, allí las suaves calandrias se oian, acullá cantaban los zorzales, las mirlas y las abubillas; y hasta las industriosas abejas á nuestras espaldas con blando susurrar de una florecilla en otra iban saltando. Todo olía á verano, todo prometia un año fertil y abundante: olía el romero, el tomillo, las rosas, el azahar y los preciosos jazmines: olían las tiernas manzanas y las amarillas ciruelas de que todo el campo estaba cuajado &c."

Este bello cuadro presenta con tal viveza los objetos, que la imaginacion embelesada cree hallarse gozando de los abundantes bienes que derrama en el campo



la próvida mano del Hacedor supremo.

¡Ojala que aprovechándose los estudiosos jóvenes de este y otros muchos pasages no menos apreciables que se encuentran en la obra, imiten al autor en lo bueno, trabajando incesantemente para adquirir esta soltura, naturalidad y pureza que eran como características de los autores antiguos!

GRANDEZA MEJICANA

DEL DOCTOR

BERNARDO DE BALBUENA,

DIRIGIDA

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO DON FRAY GARCÍA DE MENDOZA Y ZÚÑIGA, ARZOBISPO DE MÉJICO, DEL CONSEJO DE S. M.

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO DON FRAY GARCÍA DE MENDOZA Y ZÚÑIGA, ARZOBISPO DE MÉJICO, DEL CONSEJO DE S. M., &c.

Habiendo amagado á escribir estas excelencias de Méjico con deseo de darlas á conocer al mundo, viéndolas hoy aumentadas y en todo su colmo y lleno con la deseada venida de V. S. R., paréceme que no cumpliera con lo que á ellas y á mis deseos debo si á todos juntos no hiciera un nuevo servicio: á V. S. en ofrecerle un retrato desta su

dichosa ciudad; á ella en darle por amparo y defensa de sus grandezas la mayor de todas; y á mis deseos ocasion donde mostrar que si en la tierra hay otra cosa que con nombre de grande pueda competir con las dos es el amor que los ofrece. Suplico á V. S. que puestos los ojos en él, merezca yo por esta vez gozar el gusto de verlo tan bien empleado, y estos rasguños y sombras contra los riesgos del tiempo de la del gran valor de V. S., cuya importantísima vida guarde nuestro Señor muchos años para bien nuestro. Méjico quince de setiembre de 1603.

Dr. Bernardo de Balbuena.

Al mismo Señor Ilustrísimo celebrando su llegada á Méjico.

Divina Garza que á la blanca nieve,
  Y al cisne altivo del Meandro helado
  En canto vences y en pureza igualas,
Y á cuenta de tu vuelo remontado
  Nos dá hoy el cielo cuanto bien nos debe,
  Apolo su laurel; su oliva Palas:
Recoge y plega las tendidas alas
  Al fresco desta juncia,
  Que á tu grandeza anuncia
  Nido de incienso en las tiberias salas;
Y tras este escalon de nuestros bienes
  La tiara mas alta,
  Que ahora te falta y merecida tienes.
Ya tu rica ciudad cumple los votos,
  Que puesta de rodillas en la playa
  Hizo al cielo en rescates de tu vida.
Ya entre el humo de aromas de Pancaya
  Resuenan placenteros alborotos
  De nuestro siglo de oro y tu venida.
El aire mas sereno nos convida
  A un inmortal verano;
  Y ya lo enfermo en sano
  Vuelto, promete y dá salud cumplida:
Que luego que llegó á nuestro horizonte
  Tu luz, en solo verte
  Huyó la muerte al reino de Aqueronte.

Entre los riscos de una gruta escura
De Jezabel el perseguido Elias
Se puso á ver la magestad del cielo,
Y un suelto cierzo por las peñas frias
Pasando hizo temblar la mas segura:
Gimió la mar y estremecióse el suelo.
Llovió fuego, y tras él en blando vuelo
Una aura placentera
Sirvió á Dios de litera,
Que en él todo es quietud, paz y consuelo;
Y los cierzos, borrascas, fuego y breñas
En esta estrecha vida
De su venida las mejores señas.
Así tambien, ó padre soberano,
Atlante firme á nuestras justas leyes,
Si no eres Dios, en su lugar veniste,
Garza real con sangre de mil reyes,
A cuyos graves túmulos ufano
Añides honra que en virtud consiste.
Luego que á nuestro mundo amaneciste
Con rayos celestiales,
Murieron nuestros males,
Sucedió tiempo alegre y huyó el triste;
Y tú en carro de luz, Faetonte nuevo,
Dejada su imprudencia,
Con mayor ciencia le guiarás que Febo.
Deseo de fama, cebo y golosina,
De ánimo noble, atrevimiento santo,
Enemigo de humildes pensamientos,
Los mios en su fuego encendió tanto,
Que sin mirar á la pobreza indina

Del corto don desnudo de ornamentos,
Crió alas al amor, al alma alientos
De dar á estos borrones
Sobre los aquilones
Mas altos deste mundo los asientos,
Presentándolos hoy al sacro templo
De la inmortal memoria,
Cielo de gloria, y de la tierra ejemplo.
Es general el bien, eslo el contento;
Y el mostrarlo cada uno por su modo
Gustosa fuerza que el amor nos hace.
El que da el corazon lo ha dado todo,
Yo con él ofrecí este honrado intento,
Que al mas pródigo en obras contrahace.
Si él á tí como al cielo satisface,
Envídieme el empleo
De tan rico deseo
Cuanto en lisonjas de fortuna nace:
Pues merecí colgar mi dulce lira
En el laurel de Apolo,
Que eres tú solo en cuanto al mundo admira.
Canten otros de Delfos el sagrario,
De la gran Tebas muros y edificios,
De la rica Corinto sus dos mares,
Del Tempe los abriles mas propicios,
De Efeso el templo, el sabio seminario
De Atenas, y de Menfis los altares,
De Jonia las columnas y pilares,
Los celajes de Rodas,
Y las dehesas todas
De Argos y sus caballos singulares;

Que yo con la Grandeza Mejicana
   Coronaré tus sienes
   De heroicos bienes y de gloria ufana.
Aquí, Señor, cual merecias, el cielo
   Mejoradas te dió aquestas grandezas
   En tu insigne ciudad, y á ella contigo
Mas que en todos sus bienes y riquezas;
   Pues te dió por su amparo y su consuelo
   Puerto seguro, paz sin enemigo.
Padre piadoso, muro de su abrigo,
   Esposo fiel y honesto,
   Pastor tierno y modesto,
   Príncipe afable, superior amigo,
Juez prudente, sabio consejero
   De Dios y de sus bienes
   Que á mano tienes rico despensero;
Teatro de verdad y de justicia,
   Desnudo de rencor, ira y violencia,
   Sin codicia, soberbia ni arrogancia;
Pacífico dechado de prudencia,
   Santo doctor, opuesto á la malicia
   Del mundo, á su altivez y su ignorancia;
Esta es nuestra ventura y tu ganancia,
   Que á Méjico en su punto
   Seas todo esto junto,
   Y ella á tí, si en tu gusto es de importancia,
Delfos, Argos, Corinto, Tempe, Rodas,
   Efeso, Atenas, Jonia,
   Tebas Aonia, y sus grandezas todas.
Y el santo cielo, que con nombre santo
   De gracia suya y de provecho nuestro

Nos dió tal ave en armas y defensa,
Y una estrella por guia y por maestro,
Que si no es mas que el sol, es otro tanto
En lumbres de virtud y gloria inmensa;
Pues con tan alto bien nos recompensa
Cuanto le hemos pedido,
Y él como agradecido
De olores santos sin cesar le enciensa,
Crézcale el nombre, auméntele el estado,
El contento y la vida,
A la medida de un tan gran prelado.
Y á tí, cancion, que en el sujeto fuiste
Digna que el mundo sea
Columna de tu idea,
Mientras de flores se desnuda y viste
El tiempo, juez y autor de las verdades,
De llana humilde y tierna
Te hará eterna y firme en mil edades.

AL LECTOR.

Dice el Sabio en el Ecclesiastes 12, núm 12: *Faciendi plures libros nullus est finis.* No hay término ni fin en el hacer y multiplicar libros. Cada uno saca el suyo, y le tiene por el mas esencial y mejor. Y es la razon, á mi parecer, no poderse dar uno tan copioso y general, tan ajustado y medido á todos gustos, que ni tenga de mas ni de menos: son varios los talentos y profesiones, los estados, los discursos, las habilidades, las inclinaciones y apetitos de los hombres; unos briosos, otros humildes; unos altivos, otros rateros; unos desenvueltos, otros encogidos; unos fáciles y de trato suave y compuesto, y otros tan satíricos, desabridos y melancólicos, que en todo tropiezan y todo les enfada: unos dicen bien de todo y otros nada les cae en gusto. ¿Quien guisará para todos? Si escribo para los sabios y discretos, la mayor parte del pueblo, que no entra en este

número, quédase ayuna de mí: si para el vulgo y no mas, lo muy ordinario y comun ni puede ser de gusto ni de provecho. Unos se agradan de donaires, otros los aborrecen y tienen por juglar á quien los dice. Si á los graves enfadan las burlas, ¿á quien no cansan las ordinarias veras? Horacio quiso que se hiciese una mezcla de todo, de lo útil con lo dulce. ¿Pero eso quien lo sabe? Quien sino Dios lloverá maná que á cada uno sepa á lo que quisiere? Esta misma razon y discurso, que un tiempo pudo desaficionarme á escribir, es quien hoy me ha convencido á salir á luz con mis obras, cosa que jamás pensé hacer, no la confianza que algunos tienen de las suyas creyendo que á todos gustos han de agradar; que esa es locura y caso imposible. Y así ni yo creo esto de mí, ni ningun cuerdo lo crea de lo mas limado que escribiere. Lo que solo pudo animarme es entender que hay de todos antojos y pareceres en el mundo; y que entre los que comian el maná, con ser la malilla de los gustos, hubo á quien se le antojasen cebollas

y codornices. Y que á Marsias no le faltó un Midas que le aprobase su música en competencia del mismo Apolo. ¿Pero que mucho si el cantar del Sátiro le habia primero regalado los oidos con lisonjas? Harto es eso; pero lo principal es que para la hermosura ha de haber de todo y quien se incline á ello. ¿Que tabaque hay de manzanas tan desflorado donde no haya una que escojer? ¿O que campo tan eriazo y por cultivar que no tenga alguna yerba á propósito? *Unusquisque proprium donum habet ex Deo, alius quidem sic, alius verò sic.* A todos dá Dios sus dones, á unos de una manera y á otros de otra. Esa es la belleza del mundo y la variedad de los gustos y opiniones dél; y la que ahora me obliga á creer que así como no es posible que este mi libro sea para todos, así tampoco lo es que deje de ser para algunos. Si al demasiado grave le pareciere humilde, no por eso le cuente por perdido; que humildes habrá que le tengan por grave: si la obra es pequeña, el sujeto es grande, y la calidad y valor de la cosa no está en lo

mucho sino en lo bueno; ni la discrecion y elocuencia en el gran número de hojas y ruido de palabras, sino en pocas y bien dichas. Si se hubiera de aguardar á todos los votos de los padrinos, ni el casamiento se efectuara, ni saliera á vistas la novia. Por eso añadió luego el Sabio: *Frequens meditatio aflictio carnis est.* Aflicion y congoja es el demasiado cuidado en estas cosas. Uno de los primores de Apeles fue saber levantar el pincel de la tabla; y yo, imitándole en esto, no quiero cansarme mas en buscar manjar para todos, pues no le hay: sino rogar á la ventura acierte á salir este al gusto de los discretos para quien se guisó, y á quien como á dioses de la tierra ofrezco desde luego estos primeros sacrificios, y ofreceré los segundos, que cuando ellos no se admitan, yo me habré pagado de mi mano en el gusto de haberlos empleado tan bien.

INTRODUCCION.

En los mas remotos confines destas Indias occidentales, á la parte de su poniente, casi en aquellos mismos linderos que siendo límite y raya al trato y comercio humano parece que la naturaleza cansada de dilatarse en tierras tan fragosas y destempladas no quiso hacer mas mundo, sino que alzándose con aquel pedazo de suelo lo dejó ocioso y vacío de gente, dispuesto á solas las inclemencias del cielo y á la jurisdiccion de unas yermas y espantosas soledades, en cuyas desiertas costas y abrasados arenales á sus solas resurta y quiebre con melancólicas intercadencias la resaca y tumbos de mar, que sin oirse otro aliento y voz humana por aquellas sordas playas y carcomidas rocas suena: ó cuando mucho se ve coronar el peinado risco de un monte con la temerosa imágen y espantosa figura de algun indio salvage, que en suelta y negra cabellera con presto arco y ligeras flechas, á quien él en velocidad excede, sale á caza de alguna fiera menos intratable y feroz que el ánimo que la sigue: al fin en estos acabos del mundo, remates de lo descubierto y últimas extremidades deste gran cuerpo de la tierra, lo que la naturaleza no pudo, que fue hacerlos dispuestos y apetecibles al trato y comodidades de la

vida humana, la hambre del oro y golosina del interes tuvo maña y presuncion de hacer, plantando en aquellos valdíos y ociosos campos una famosa poblacion de Españoles, cuyas reliquias aunque sin la florida grandeza de sus principios duran todavía, y á pesar del tiempo conservan en su remoto sitio el nombre de la gran villa de san Miguel de Culiacan. En este pueblo, digno por sola esta ocasion de hacer su cuenta aparte con los famosos de la tierra, se crió desde sus primeros años Doña Isabel de Tobar y Guzman, una señora de tan raras partes, singular entendimiento, grados de honestidad y aventajada hermosura, que por cualquiera de ellas puede muy bien entrar en número de las famosas mugeres del mundo, y ser con justo título celebrada de los buenos ingenios dél. Fue esta noble señora hija de los famosos caballeros Don Pedro de Tobar, hijo de Don Fernando de Tobar, señor de Villamartin y tierra de la Reina, gran caballero de la órden de Santiago, guarda de la reina Doña Juana y su cazador mayor; y de Doña Francisca de Guzman, hija de Don Gonzalo de Guzman, gobernador de Cuba. Crióse, aunque en tierra tan apartada y remota, en aquella riqueza y abundancia de regalo debida á su calidad y grandeza, hasta que disponiendo el tiempo las cosas ordenó las de su gusto de manera que le abrió puerta al que siempre habia deseado, que era verse en

religion, sacudida y libre de los inconvenientes y obligaciones del siglo, desviándole el cielo con sus regalos los que le podian ser impedimento y estorbo á este gran deseo y vocacion suya, llevando primero para sí á Don Luis de los Rios Proaño, su marido, y tras él á la santa Compañía de Jesus un hijo único y sola prenda que dél le quedaba; como que quisiese Dios por esta via suceder en propiedad y posesion á todas las cosas desta señora, sin dejarle en el mundo mas que á él solo en quien poner los ojos y confianza, como desde luego lo hizo encaminando sus cosas á este honrado y dichoso fin, digno de la grandeza de su ánimo y gran caudal de su entendimiento dejarlo todo por el Señor y dueño de todo. Estando pues en las dichosas vísperas de tiempo tan deseado, llegóse tambien á vueltas el de mi venida á esta ciudad, doce años despues que hice della la segunda salida y la ausencia; y conociendo en mí la gran veneracion y respeto en que siempre he tenido sus cosas, por parecerme dignas deste reconocimiento y lugar entre cuantas hasta hoy mi estimacion ha hallado, mandóme con algun encarecimiento que en los dias que le traía de ventaja á esta ciudad tomase á mi cuenta el dársela muy particular de las cosas famosas della, para que así mas alentada se diese prisa á concluir su comenzado viaje, y llegada al fin dél no se le hiciese del todo nueva la grandeza de la tier-

ra, ya que á la de su ánimo y condicion ninguna podia venir grande. Fue para mí esta ocasion convidar á beber al que tiene mucha sed, porque desde luego me ví en posesion de dos grandes gustos mios y casi igualmente deseados y apetecidos de mí, el uno obedecer y servir en algo á quien tanto debo, y el otro hacer un amago y rasguño, supuesto que mi caudal no llega á mas, de las grandezas y admirables partes desta insigne y poderosa ciudad de Méjico, á quien por mil nobles respetos he sido siempre aficionado y debia hacer algun servicio. Y éste finalmente, discreto lector, es el fundamento del que yo ahora en esta breve relacion te hago, si mi buena intencion mereciere que le cuentes y estimes por tal; porque dado caso que á este fin me movieron los que digo, habiéndolos dichosamente conseguido, y la señora para quien esto se escribió el de su vocacion y viaje, tomando el hábito de monja en el insigne monasterio de San Lorenzo, despues que por algunos dias fue generalmente festejada su venida de todo lo mejor de la nobleza Mejicana, el sacar ahora á pública censura los mismos atrevimientos que se pudieran quedar olvidados y desaparecidos al mundo, es ya todo poner los ojos en solo el fin de agradar los tuyos, reduciendo á esta última pretension todo el caudal de las primeras. Y así en ventura mia será si en el gusto tuyo estos mis borrones la tuvieren tal

que acierten á dártele en algo. Lo posible he hecho en procurarlo, haga el tiempo su oficio, que hasta aquí solo pudo llegar la jurisdiccion del mio. Algunas cosas habrán de disonar en oidos delicados, á quien si yo tuviera lugar pudiera ser que dejara sino del todo satisfechos á lo menos en parte desofendidos. Quizá lo haré apuntando de mi mano algo de estos mismos discursos, que aunque en su llaneza parezca sobrado este pensamiento, no lo es en el que yo tengo de explicar algunos que dejé medio anegados y muertos entre el aprieto de los consonantes. Esto será otra vez, y lo dicho ahora claridad desta primera introduccion. Y para que tambien la tenga el noveno terceto que dice:

De Tobar y Guzman hecho un enjerto
Al Sandoval, que hoy sirve de columna
Al gran peso del mundo y su concierto,

se ha de advertir que Doña Elvira de Rojas y Sandoval, hija de Diego Gomez de Sandoval, marques de Denia, fue muger de Don Sancho de Tobar, señor de Villamartin y tierra de la Reina, y visabuela desta señora, y por esta via parienta muy conocida y cercana del gran duque de Lerma Don Francisco Gomez de Sandoval, que hoy es la persona mas propincua á la de nuestro glorioso y católico monarca Filipo III, y de cuya pru-

dencia mas se sirve en el gobierno de los mundos que están á su cargo, y le deje Dios gozar felicísimos años para el universal bien de su iglesia.

CARTA

DEL Dr. BERNARDO DE BALBUENA

Á LA SEÑORA

DOÑA ISABEL DE TOBAR Y GUZMAN,

DESCRIBIENDO LA FAMOSA CIUDAD DE MÉJICO

Y SUS GRANDEZAS.

ARGUMENTO.

De la famosa Méjico el asiento,
Orígen y grandeza de edificios,
Caballos, calles, trato, cumplimiento,
Letras, virtudes, variedad de oficios,
Regalos, ocasiones de contento,
Primavera inmortal y sus indicios,
Gobierno ilustre, religion y estado,
Todo en este discurso está cifrado.

CAPÍTULO I.

ARGUMENTO.

De la famosa Méjico el asiento.

O tú, heroica beldad, saber profundo,
Que por milagro puesta á los mortales
En todo fuiste la última del mundo;
Criada en los desiertos arenales,
Sobre que el mar del Sur resaca y quiebra
Nacar lustroso y perlas orientales;
Dó haciendo á tu valor notoria quiebra,
El tiempo fue tragando con su llama
Tu rico estambre y su preciosa hebra;
De un tronco ilustre generosa rama,
Sujeto digno de que el mundo sea
Columna eterna á tu renombre y fama:
Oye un rato, señora, á quien desea
Aficionarte á la ciudad mas rica,
Que el mundo goza en cuanto el sol rodea.
Y si mi pluma á este furor se aplica,
Y deja tu alabanza, es que se siente
Corta á tal vuelo, á tal grandeza chica.
¿Que Atlante habrá, qué Alcides que sustente
Peso de cielo, y baste á tan gran carga,
Si tú no das la fuerza suficiente?
Dejo tu gran nobleza, que se alarga

A nacer de principio tan incierto,
Que no es la escura antigüedad mas larga.
De Tobar y Guzman hecho un enjerto
Al Sandoval, que hoy sirve de columna
Al gran peso del mundo y su concierto.
Dejo tu discrecion, con quien ninguna
Corrió parejas en el siglo nuestro,
Siendo en grandezas mil, y en saber una:
Que aunque en otros sujetos lo que muestro
Aquí por sombras, fueran resplandores
De un nombre ilustre en el pincel mas diestro;
En tí es lo menos que hay, y los menores
Rayos de claridad con que hermoseas
La tierra, su altivez y sus primores.
Y así se queden para solo ideas,
No imitables de nadie, á tí ajustadas,
Solo á tí, porqne sola en todo seas.
Ahora en las regiones estrelladas
Las alas de tu altivo pensamiento
Anden cual siempre suelen remontadas;
O en mas humilde y blando sentimiento
De la fortuna culpen el agravio
De no ajustarse á tu merecimiento;
O del mordaz el venenoso labio,
Que á nadie perdonó, tambien se atreva
A mostrar en tu envidia su resabio;
Dó quiera que te hallare esta voz nueva,
En cielo, en tierra, en gusto ó en disgusto,
A oirla un rato tu valor te mueva.
Que si es en todo obedecerte justo,

Esto es hacer con propiedad mi oficio,
Y conformar el mio con tu gusto.
Mándasme que te escriba algun indicio
De que he llegado á esta ciudad famosa,
Centro de perfeccion, del mundo quicio:
Su asiento, su grandeza populosa,
Sus cosas raras, su riqueza y trato,
Su gente ilustre, su labor pomposa.
Al fin un perfectísimo retrato
Pides de la Grandeza Mejicana,
Ahora cueste caro, ahora barato.
Cuidado es grave y carga no liviana
La que impones á fuerzas tan pequeñas,
Mas no al deseo de servirte y gana.
Y así, en virtud del gusto con que enseñas
El mio á hacer su ley de tu contento,
Aquestas son de Méjico las señas.
Bañada de un templado y fresco viento,
Donde nadie creyó que hubiese mundo
Goza florido y regalado asiento.
Casi debajo el trópico fecundo,
Que reparte las flores de Amaltea
Y de perlas empreña el mar profundo,
Dentro en la zona por dó el sol pasea,
Y el tierno abril envuelto en rosas anda,
Sembrando olores hechos de librea;
Sobre una delicada costra blanda,
Que en dos claras lagunas se sustenta,
Cercada de olas por cualquiera banda,
Labrada en grande proporcion y cuenta
De torres, chapiteles, ventanajes

Su máquina soberbia se presenta.
Con bellísimos lejos y paisages,
Salidas, recreaciones y holguras,
Huertas, granjas, molinos y boscajes,
Alamedas, jardines, espesuras
De varias plantas y de frutas bellas
En flor, en cierne, en leche, ya maduras.
No tiene tanto número de estrellas
El cielo, como flores su guirnalda,
Ni mas virtudes hay en él que en ellas.
De sus altos vestidos de esmeralda,
Que en rico agosto y abundantes mieses
El bien y el mal reparten de su falda,
Nacen llanos de iguales intereses,
Cuya labor y fértiles cosechas
En uno rinden para muchos meses.
Tiene esta gran ciudad sobre agua hechas
Firmes calzadas, que á su mucha gente
Por capaces que son vienen estrechas:
Que ni el caballo griego hizo puente
Tan llena de armas al troyano muro,
Ni á tantos guió Ulises el prudente;
Ni cuando con su cierzo el frio Arturo
Los árboles desnuda, de agostadas
Hojas así se cubre el suelo duro,
Como en estos caminos y calzadas
En todo tiempo y todas ocasiones,
Se ven gentes cruzar amontonadas.
Recuas, carros, carretas, carretones,
De plata, oro, riquezas, bastimentos
Cargados salen, y entran á montones.

De varia traza y varios movimientos
  Varias figuras, rostros y semblantes,
  De hombres varios, de varios pensamientos;
Arrieros, oficiales, contratantes,
  Cachopines, soldados, mercaderes,
  Galanes, caballeros, pleiteantes;
Clérigos, frailes, hombres y mugeres,
  De diversa color y profesiones,
  De vario estado y varios pareceres;
Diferentes en lenguas y naciones,
  En propósitos, fines y deseos,
  Y aun á veces en leyes y opiniones;
Y todos por atajos y rodeos
  En esta gran ciudad desaparecen
  De gigantes volviéndose pigmeos.
¡O inmenso mar, donde por mas que crecen
  Las olas y avenidas de las cosas
  Ni las echan de ver ni se parecen!
Cruzan sus anchas calles mil hermosas
  Acequias que cual sierpes cristalinas
  Dan vueltas y revueltas deleitosas,
Llenas de estrechos barcos, ricas minas
  De provision, sustento y materiales
  A sus fábricas y obras peregrinas.
Anchos caminos, puertos principales
  Por tierra y agua á cuanto el gusto pide
  Y pueden alcanzar deseos mortales.
Entra una flota y otra se despide,
  De regalos cargada la que viene,
  La que se va del precio que los mide:
Su sordo ruido y tráfago entretiene,

El contratar y aquel bullirse todo,
Que nadie un punto de sosiego tiene.
Por todas partes la codicia á rodo,
Que ya cuanto se trata y se practica
Es interes de un modo ó de otro modo.
Este es el sol que al mundo vivifica,
Quien lo conserva, rije y acrecienta,
Lo ampara, lo defiende y fortifica.
Por este el duro labrador sustenta
El áspero rigor del tiempo helado,
Y en sus trabajos y sudor se alienta;
Y el fiero imitador de Marte airado
Al ronco son del atambor se mueve,
Y en limpio acero resplandece armado.
Si el industrioso mercader se atreve
Al inconstante mar, y así remedia
De grandes sumas la menor que debe;
Si el farsante recita su comedia,
Y de discreto y sabio se hace bobo,
Para de un hora hacer reir la media;
Si el pastor soñoliento al fiero lobo
Sigue y persigue, y pasa un año entero
En vela al pie de un áspero algarrobo;
Si el humilde oficial sufre el severo
Rostro del torpe que á mandarle llega,
Y el suyo al gusto ageno hace pechero;
Si uno teje, otro cose, otro navega,
Otro descubre el mundo, otro conquista,
Otro pone demanda, otro la niega;
Si el sutil escribano papelista
La airosa pluma con sabor voltea,

Costoso y desgraciado coronista;
Si el jurista fantástico pleitea,
Si el arrogante médico os aplica
La mano al pulso y á Galeno hojea;
Si reza el ciego, si el prior predica,
Si el canónigo grave sigue el coro,
Y el sacristan de liberal se pica;
Si en corbas cimbrias artesones de oro
Por las soberbias arquitraves vuelan
Con ricos lazos de inmortal tesoro;
Si la escultura y el pincel consuelan
Con sus primores los curiosos ojos,
Y en contrahacer el mundo se desvelan;
Y al fin, si por industria ó por antojos
De la vida mortal, las ramas crecen
De espinas secas y ásperos abrojos;
Si unos á otros se ayudan y obedecen,
Y en esta trabazon y engace humano
Los hombres con su mundo permanecen,
El goloso interes les dá la mano,
Refuerza el gusto y acrecienta el brio,
Y con el suyo lo hace todo llano.
Quitad á este gigante el señorío
Y las leyes que ha impuesto á los mortales,
Volvereis su concierto en desvarío.
Caerse han las columnas principales
Sobre que el mundo y su grandeza estriva,
Y en confusion serán todos iguales.
Pues esta oculta fuerza, fuente viva
De la vida política, y aliento
Que al mas tibio y helado pecho aviva,

Entre otros bienes suyos dió el asiento
  A esta insigne ciudad en sierras de agua,
  Y en su edificio abrió el primer cimiento.
Y así cuanto el ingenio humano fragua,
  Alcanza el arte, y el deseo practica
  En ella y su laguna se desagua
  Y la vuelve agradable, ilustre y rica.

CAPÍTULO II.

ARGUMENTO.

Orígen y grandeza de edificios.

Pudiera aquí con levantado estilo
Siguiendo el aire á mi veloz deseo
A este cuento añudar un largo hilo,
Un espantoso alarde, un rico empleo
De heroicos hechos, con que el tiempo añide
Vida á la fama, al interes trofeo.
El bravo brio español que rompe y mide,
A pesar de Neptuno y sus espantos,
Los golfos en que un mundo en dos divide,
Y aquellos nobles estandartes santos,
Que con su sombra dieron luz divina
A las tinieblas en que estaban tantos
Y al mismo curso por dó el sol camina,
Surcando el mar y escudriñando el cielo,
Del interes la dulce golosina
Los trajo en hombros de cristal y hielo
A ver nuevas estrellas y regiones
A estotro rostro y paredon del suelo,
Desde donde asombraron las naciones
Con increibles proezas y hazañas
De sus nunca vencidos escuadrones,

Dando á su imperio y ley gentes estrañas
  Que le obedezcan, y añidiendo al mundo
  Una española isla y dos Españas.
De cuyo noble parto sin segundo
  Nació esta gran ciudad como de nuevo
  En acendiente próspero y fecundo;
Y otras grandezas mil en que yo llevo
  Puesta la mira en una heroica historia,
  Donde pienso pagar cuanto le debo.
Allí conserve el tiempo mi memoria,
  Y á mí me deje, á vueltas de la suya,
  Gozar en verlo una invidiada gloria,
Que sin que esta ocasion la disminuya,
  Espero que mi musa en son mas grave
  Lo que le usurpa aquí le restituya,
Y en pompa sonorosa y en voz suave
  Lo diga todo, y los milagros cuente
  A que la brevedad echa hoy la llave;
Pues ya en las selvas de mi clara fuente
  En humildes llanezas pastoriles
  Ocupan el lugar mas eminente(1).
Y entre las armas de aquel nuevo Aquiles,
  El gran Bernardo(2), honor, gloria y modelo
  De obras gallardas y ánimos gentiles,
Tienen su rico engaste pelo á pelo
  Con las demas grandezas españolas,
  Que ponen lustre al mundo, envidia al suelo.

(1) Alude aquí el autor á su novela pastoril el *Siglo de Oro en las selvas de Erifile.*

(2) Alude á su poema heróico intitulado *El Bernardo.*

Para allí dejo estas crecientes olas,
 Que aquí me impiden el sabroso curso
 Con que navego á sus bellezas solas.
Dejo tambien el áspero concurso,
 Y obscuro orígen de naciones fieras,
 Que la hallaron con bárbaro discurso;
El prolijo viaje, las quimeras
 Del principio del águila y la tuna
 Que trae por armas hoy en sus banderas;
Los varios altibajos de fortuna,
 Por donde su potencia creció tanto,
 Que pudo hacer de mil coronas una.
Esto es muy léjos, yo no basto á tanto;
 Solo diré de lo que soy testigo,
 Digno de Homero y de la fama espanto.
Y así vuelvo á decir y otra vez digo
 Que el interes, señor de las naciones,
 Del trato humano el principal postigo,
Como á la antigüedad dió por sus dones
 Pirámides, columnas, termas, baños,
 Teatros, obeliscos, panteones,
Una Troya parienta de los años,
 Una Roma tambien parienta suya,
 Y una Venecia libre y no de engaños,
Porque el tiempo su honor le restituya,
 Si piensa que hoy es menos poderoso,
 A Méjico le dió que le concluya.
En otro crecimiento populoso
 Y otros ocultos partos de ciudades
 Podrá ser algo desto sospechoso,
Y Tebas, con su música y deidades,

Levantar muros y edificios rudos,
Que mas que eso acreditan las edades;
El sabio Cadmo hacer surcos desnudos,
Y allí cosecha de aceradas gentes,
Sembrando dientes y cogiendo escudos;
Que Méjico por pasos diferentes
Está en la mayor cumbre de grandeza
Que vieron los pasados y presentes.
De sus soberbias calles la realeza,
A las del ajedrez bien comparadas,
Cuadra á cuadra, y aun cuadra pieza á pieza;
Porque si al juego fuesen entabladas,
Tantos negros habria como blancos,
Sin las otras colores deslavadas.
¿Quien, puesta ya la mira en tantos blancos
Y los débiles pies en esta altura,
Irá sin dar descompasados trancos?
La antigua Grecia llena de escultura
Celebre sus soberbios edificios,
Y de los tirios muros la hermosura;
Y á la bárbara Menfis sus egipcios
Ennoblezcan de blanco mármol pario,
Precioso en pasta y rico en artificios;
Y los incultos Partos con voltario
Arco defiendan los que en sus regiones
Semiramis labró de jaspe vario:
Las almenas y altivos Iliones
Que fabricó la industria de Neptuno,
Hagan de Frigia ricos los terrones;
Y al fin refiera el mundo de uno en uno
Sus bellos edificios, mauseolos

De mayor fama que estos, si hay alguno;
Que con los desta gran laguna solos
Hará otro mas vistoso y rico alarde,
Desde la ardiente zona á los dos polos.
Toda ella en llamas de belleza se arde,
Y se va como Fenix renovando:
Crezcas al cielo, en siglos mil te guarde.
¡Que es ver sobre las nubes ir volando
Con bellos lazos las techumbres de oro
De ricos templos que se van labrando!
Donde si el mundo en su mortal tesoro
Puede contrahacer sombras de cielo,
Al vivo vive allí el celestial coro.
Bien que á sus cimbrias el delgado suelo
Humilla poco á poco, que en el mundo
No hay mas firmeza ni menor recelo.
Cuelga el primer cimiento hasta el segundo,
Que de columnas de cristal fabrican
Las tiernas ninfas en su mar profundo;
Y no por eso su altivez achican,
Que cuanto mas la tierra se los traga
Mas arcos y cimborios multiplican.
Suben las torres, cuya cumbre amaga
A vencer de las nubes el altura,
Y que la vista en ellas se deshaga.
Las portadas cubiertas de escultura,
Obra sutíl, riquísimo tesoro
Del corintio primor y su ternura:
Los anchos frisos de relieves de oro
Istriados, triglifos y metopas,
Que en órden suben la obra y dan decoro;

Y las columnas pérsicas, con ropas
Barbáricas cargadas de festones,
Y de acroterias pulvinadas copas:
Al fin cuanto en esta arte hay de invenciones,
Primores, sutilezas, artificios,
Grandezas, altiveces, presunciones,
Sin levantar las cosas de sus quicios
Lo tienen todo en proporcion dispuesto
Los bellos mejicanos edificios.
Jonio, corintio, dórico compuesto,
Mosaico antiguo, áspero toscano,
Y lo que falta aquí si mas hay que esto.
O ciudad bella, pueblo cortesano,
Primor del mundo, traza peregrina,
Grandeza ilustre, lustre soberano;
Fenix de galas, de riquezas mina,
Museo de ciencias y de ingenios fuente,
Jardin de Venus, dulce golosina;
Del placer madre, piélago de gente,
De joyas cofre, erario de tesoro,
Flor de ciudades, gloria del poniente;
De amor el centro, de las musas coro;
De honor el reino, de virtud la esfera,
De honrados patria, de avarientos oro;
Cielo de ricos, rica primavera,
Pueblo de nobles, consistorio justo,
Grave senado, discrecion entera;
Templo de la beldad, alma del gusto,
Indias del mundo, cielo de la tierra:
Todo esto es sombra tuya, ó pueblo augusto,
Y si hay mas que esto, aun mas en tí se encierra.

CAPÍTULO III.

ARGUMENTO.

Caballos, calles, trato, cumplimiento.

Del monte Osa los centauros fieros,
Que en confuso escuadron rompen sus llanos,
De carrera veloz y pies ligeros;
Ni de la alta Acarnania los livianos
Mancebos, que primeros en el mundo
Al freno dieron industriosas manos;
Ni Mesápo en la brida mas profundo,
Ni Castor, medio dios, que en ser ginete
Fue ya el primero sin temer segundo;
Ni los ligeros potros de Gaete,
Que al viento y á los años desafian,
Entrando en cinco y no llegando á siete;
Ni los que de los aires concebian
Las lusitanas yeguas, y en su playa
Sobre las ondas de la mar corrian;
Ni otro ninguno, si es posible le haya
De mayor nombre, aunque entren á porfia
Los que el gran Betis en su arena ensaya;
Podrán contrahacer la gallardía,
Brio, ferocidad, coraje y gala
De Méjico y su gran caballería.

Que así en estas grandezas se señala,
Casas, calles, caballos, caballeros,
Que el mundo junto en ellas no le iguala.
Los caballos lozanos, bravos, fieros;
Soberbias casas, calles suntuosas;
Ginetes mil en mano y pies ligeros.
Ricos jaeces de libreas costosas
De aljofar, perlas, oro y pedrería,
Son en sus plazas ordinarias cosas.
Pues la destreza, gala y bizarría,
Del medido ginete y su acicate,
En seda envuelto y varia plumería:
¿Que lengua habrá ó pincel que le retrate
En aquel aire y gallardía ligera,
Que á Marte imita en un feroz combate?
Si el gran Faeton estos caballos viera
Nunca los de su padre codiciara,
Que por menos gallardos los tuviera.
Ni el bárbaro Gradasso aventurara
Por Bayarte persona, reino y vida,
Que aquí muchos mejores que él hallara.
Ni Fromino y su rienda corregida,
Ni el feroz Brilladoro y Rabicano
Del duque Astolfo fenix de la brida;
Ni al que labró Alejandro de su mano
Sepulcro insigne, ni del gran Babieca
El invencible brio castellano;
Ni el diverso ipógrifo, que en la seca
Region del aire el caracol hacia,
En ala y pluma azul pomposa y hueca;
Ni los que á Eneas le dió su suegro un dia,

Nietos de los del sol, ni el que el Liceo
Monstruo venció, que en fuego y humo ardía;
Ni otro de mayor nombre ó mas arreo,
Si le tiene la fama, ó le tuviera,
Y el pincel le pintara del deseo,
En Méjico al primer lugar subiera,
Aunque para alcanzarlo le ayudaran
Las espuelas del tiempo y su carrera:
Que los que dellos mas gallardearan
Al huello de su plaza en brio y arte
El cuello altivo y la cerviz bajaran.
Es su grandeza al fin en esta parte
Tal, que podemos bien decir que sea
La gran caballeriza del dios Marte;
Donde en rico jaez de oro campea
El castaño colérico, que al aire
Vence si el acicate le espolea;
Y el tostado alazan, que sin desgaire
Hecho de fuego en la color y el brio
El freno le compasa y da donaire:
El remendado obero, húmedo y frio,
El valiente y galan-rucio rodado,
El rosillo cubierto de rocío:
El blanco en negras moscas salpicado,
El zaino ferocísimo y adusto,
El galan ceniciento gateado:
El negro endrino, de ánimo robusto,
El cebruno fantástico, el picazo
Engañoso, y el bayo al freno justo,
Y otros innumerables que al regazo

De sus cristales y á su juncia verde
Esquilman, y carcomen gran pedazo.
¡O pueblo ilustre y rico, en quien se pierde
El deseo de mas mundo, que es muy justo
Que el que este goza de otro no se acuerde!
Tu noble juventud de honrado gusto,
Parnaso de las musas y de Apolo,
Rico sagrario y museo augusto,
Del Indo al Mauro, y de polo á polo,
En concertar el brio de un caballo
Tiene el primer lugar y el primor solo.
Callo su altiva gallardía, y callo
La generosidad, suerte y grandeza
De corazon que en sus costumbres hallo.
Su cortés compostura, su nobleza,
Su trato hidalgo, su apacible modo,
Sin cortedad ni sombra de escaseza:
Aquel pródigamente darlo todo,
Sin reparar en gastos escesivos,
Las perlas, oro, plata y seda á rodo;
Si aqueste estilo aun vive entre los vivos,
Este delgado suelo le sustenta
Y le cria en sus ánimos altivos.
Es la ciudad mas rica y opulenta,
De mas contratacion y mas tesoro,
Que el norte enfria, ni que el sol calienta.
La plata del Perú, de Chile el oro
Viene á parar aquí y de Terrenate
Clavo fino y canela de Tidoro.
De Cambray telas, de Quinsay rescate,
De Sicilia coral, de Siria nardo,

Asia, Etiopia, Africa, Guinea,
Bretaña, Grecia, Flandes y Turquía:
Con todos se contrata y se cartea;
Y á sus tiendas, bodegas y almacenes
Lo mejor destos mundos acarrea.
Libre del fiero Marte y sus vaivenes,
En vida de regalo y paz dichosa,
Hecha está un cielo de mortales bienes
Ciudad ilustre, rica y populosa.

CAPÍTULO IV.

ARGUMENTO.

Letras, virtudes, variedad de oficios.

Que oficio tan sutíl ha ejercitado
Flamenco rubio, de primores lleno,
En templadas estufas retirado,
A quien los hielos del nevado Reno
En la imaginacion dan con su frio
Un cierto modo á obrar dispuesto y bueno;
Que aquí con mas templanza, aliento y brío
No tenga fragua, golpe, estampa, lima,
pincel, gubia, buril, tienda ó buhío?
Telares de oro, telas de obra prima,
De varias sedas, de colores varias,
De gran primor, gran gala y grande estima:
El oro hilado, que con las voltarias
Hebras que el aire alumbran entretienen
Mil bellas manos y horas solitarias;
Listadas tocas que en el viento suelen
Volver en varios visos los cabellos,
Con que á igualarse en sutileza vienen:
Ardientes hornos, donde en medio dellos
La salamandra, si en las llamas vive,
Se goza á vueltas de sus vidrios bellos?

De hoy mas Venecia en su cristal no escribe,
Pisa en su loza, Luca en sus medallas,
Que en Méjico igualdad nada recibe.
Solo el furioso dios de las batallas
Aquí no influye, ni la paz sabrosa
Cuelga de baluartes ni murallas.
Todos en gusto y en quietud dichosa
Siguen pasos y oficios voluntarios,
Habiendo mil para cualquiera cosa.
Alquimistas sutiles, lapidarios,
Y los que el oro hurtan á la plata
Con invenciones y artificios varios:
El pincel y escultura, que arrebata
El alma y pensamiento por los ojos,
Y el viento, cielo, tierra y mar retrata;
Adonde con bellísimos despojos
Se goza del gran Concha la agudeza
Que hace á la vista alegres trapantojos:
Del celebrado Franco la viveza,
Del diestro Chaves el pincel divino,
De hija y madre el primor, gala y destreza,
Con que en ciencia y dibujo peregrino
Vencen la bella Marcia y el airoso
Pincel de la gran hija de Cratino:
Y otras bellezas mil, que al milagroso
Ingenio de ambas este suelo debe
Como á su fama un inmortal Coloso.
El negro azufre, que en salitre bebe
Furor de infierno con que vuela un mundo,
Si á su violencia resistir se atreve,
Aunque invencion salida del profundo,

Aquí tambien se labra y se refina
En fortaleza y temple sin segundo;
Y otra inquietud mayor dó á la contina
Se forman cada dia mil barajas
En que el mas cuerdo seso desatina.
De finas telas y de urdiembres bajas,
Obrajes ricos donde á toda cuenta
Se labran paños y se prensan rajas;
De abiertos moldes una y otra imprenta,
Bello artificio que el humano curso
Del mundo en inmortal vida sustenta.
Pues de su plaza el tráfago y concurso,
Lo que en ella se vende y se contrata
¿En que suma cabrá ó en que discurso?
Los ricos vasos de bruñida plata,
Bajillas de oro que el precioso cinto
Del cielo en sus vislumbres se retrata:
No los vió tales Dodone y Corinto,
Ni á su buril llegó el que alaba Grecia
Del famoso escultor del labirinto;
Dó el arte á la materia menosprecia,
Añidiendo valor fuerte y quilates
A lo que el mundo mas estima y precia.
¿Pues quien dirá del humo los dislates,
Que envueltos suben en estruendo y brasas
Sobre el ligero viento y sus embates?
Adonde en fragua ardiente y yunques rasas
De hierro duro y derretido bronce
Doman y ablandan encendidas masas,
Y el Ciclope parece se desgonce
Al sacudir los brazos, atronando

De un Etna nuevo el cavernoso esconce.
Unos labran de lima, otros forjando
Lo que el buril despues talla y releva
Lanzan rayos de sí de cuando en cuando.
Aquel dora un brazal, este una greba,
Uno pabona, bruñe, otro barniza,
Otro graba un cañon, otro le prueba.
Vuela el rumor centellas y ceniza
Sobre las nubes, y en estruendo horrible
El Dios del fuego la guedeja eriza;
Y entre este resonante aire movible
No falta sutíl lima que reduce
El duro acero á término invisible,
Y en finas puntas aceradas luce
De sutiles agujas que el desnudo
Aljofar hacen que por ellas cruce.
Al fin no hay tan estrecho ó tan menudo
Oficio de primor y sutileza,
De fuerzas grandes, ó de ingenio agudo,
Que á esta ilustre ciudad y su grandeza
No sirva de interes ó de regalo,
De adorno, utilidad, gracia ó belleza.
¿Quien jamás supo aquí de dia malo,
Teniendo que gastar? ¿Quien con dineros
Halló á su gusto estorbo ni intervalo?
La pobreza dó quiera es vieja en cueros,
Abominable, congojosa y fiera,
De mala cara y de peores fueros;
Y aunque es bueno ser rico donde quiera,
Lugares hay tan pobres y mendigos
Que en ellos serlo ó no es de una manera:

Tierras cortas, enjambres de testigos,
 Invidiosos, censores y jueces,
 Sin poder recusar los enemigos,
Del mundo horrura, de su hez las heces;
 Que allí son algo donde está la nada,
 Por ser hechura suya las mas veces:
Gente mendiga, triste, arrinconada,
 Que como indigna de gozar el mundo
 Está dél y sus bienes desterrada:
Ser primero en el campo ó ser segundo,
 Tener bienes sin órden de gozallos,
 Misterio es celestial, alto y profundo.
En el campo están ricos los caballos,
 Allí tienen su pasto y lozanía,
 Darles otro lugar es violentallos.
No hay jaez de tan rica pedrería,
 Ni corte tan soberbia y populosa
 Que no les sea sin él melancolía:
Gente hay en los cortijos generosa,
 Y en los montes no todas son encinas,
 Que aquí brota un jazmin, allí una rosa:
Pero son influencias peregrinas,
 Milagros y portentos de natura
 Nacer de las retamas clavellinas.
Es un acaso, un raro, una aventura,
 Un monstruo, un tornasol de mil maneras
 Donde la vista apenas se asegura:
Lo general es ser todo quimeras,
 Al cielo gracias que me veo cercado
 De hombres y no de brutos, bestias, fieras.
¡Que es ver un noble ánimo encubado

Sin culpa entre contrarios animales,
De uno herido, de otro mordiscado!
Adonde el bien y el mal todos son males;
Que al agua de ordinario se le pega
Por dó pasa el sabor de las canales.
Pueblos chicos y cortos todo es brega,
Chisme, murmuracion, conseja, cuento,
Mentira, envidia y lo que aquí se llega.
Allá goce su plata el avariento
Si el cielo se la dió, á poder de ayunos,
Y ponga en adorarla su contento:
Ahóguese en cuidados importunos,
Con que á todos á risa nos provoque,
Sin fiar ni fiarse de ningunos:
Guarde el dinero, mire no se apoque,
Pues con ese gravámen se le dieron,
Que aunque de hambre muera no le toque:
Que aun los que de tal mal libres salieron,
Si obligados quedaron al segundo,
Que es morir en las tierras dó nacieron,
Navegan de desdicha un mar profundo:
Porque vivir en tierras miserables
Son galeras de Dios en este mundo.
Parézcanles sus aires saludables,
Ameno el sitio, la quietud á cuento,
Buena el agua, las frutas agradables:
Que yo en Méjico estoy á mi contento,
Adonde si hay salud en cuerpo y alma,
Ninguna cosa falta al pensamiento.
Ríndase el mundo, ofrézcale la palma,
Confiese que es la flor de las ciudades,

Golfo de bienes y de males calma.
Pida el deseo, forme variedades
De antojo el gusto, el apetito humano
Sueñe goloso y pinte novedades,
Que aunque pida el invierno en el verano,
Y el verano y sus flores en invierno,
Hallará aquí quien se las dé á la mano.
Si quiere recreacion, si gusto tierno
De entendimiento, ciencia y letras graves,
Trato divino, don del cielo eterno;
Si en espíritu heroico á las suaves
Musas se aplica, y con estilo agudo
De sus tesoros les ganzua las llaves;
Si desea vivir y no ser mudo,
Tratar con sabios que es tratar con gentes,
Fuera del campo torpe y pueblo rudo;
Aquí hallará mas hombres eminentes
En toda ciencia y todas facultades,
Que arenas lleva el Ganje en sus corrientes:
Monstruos en perfeccion de habilidades,
Y en las letras humanas y divinas
Eternos rastreadores de verdades.
Préciense las escuelas Salmantinas,
Las de Alcalá, Lobaina y las de Atenas
De sus letras y ciencias peregrinas;
Préciense de tener las aulas llenas
De mas borlas, que bien será posible,
Mas no en letras mejores ni tan buenas;
Que cuanto llega á ser inteligible,
Cuanto un entendimiento humano encierra,
Y con su luz se puede hacer visible,

Los gallardos ingenios desta tierra
   Lo alcanzan, sutilizan y perciben
   En dulce paz, ó en amigable guerra.
Pues si aman devocion los que aquí viven,
   Y en solo grangear bienes de cielo
   Estriban, como es bien que solo estriben;
¿Que pueblo, que ciudad sustenta el suelo
   Tan llena de divinas ocasiones,
   Trato de Dios y religioso celo,
De misas, indulgencias, estaciones,
   Velaciones, plegarias, romerías,
   Pláticas, conferencias y sermones?
Tanto convento, tantas obras pias,
   Tantas iglesias, tantos confesores,
   Jubileos, hermandades, cofradías:
Religiosos, gravísimos doctores,
   Sacerdotes honestos, ejemplares,
   Monjas llenas de Dios y sus favores:
Hombres raros, sujetos singulares
   En ciencia, santidad, ejemplo y vida,
   A cuentos, á montones, á millares:
Virtud profunda, santidad cumplida,
   Obras heroicas, trato soberano,
   Almas devotas, gente corregida:
Limosnas grandes, corazon cristiano,
   Caridad viva, devocion perfecta,
   Zelo de Dios, favores de su mano:
Ejemplos de virtud, vida quieta,
   Ayunos santos, ásperos rigores,
   Públicos bienes, oracion secreta:
Conciencias limpias, pechos sin rencores,

Nobles costumbres, religiones santas
De ciencia grave, y graves profesores:
Honrado estilo, generosas plantas,
Fe celestial, recogimiento honesto,
Pureza singular, y en suma cuantas
Virtudes en el mundo el cielo ha puesto,
Si con cuidado mira su librea,
Aquí las hallará quien trata desto,
Y mas que esto si mas y mas desea.

CAPÍTULO V.

ARGUMENTO.

Regalos, ocasiones de contento.

La fresca yedra, que en el tronco y falda
Del olmo antiguo en mil engaces sube
Sus bellos enrejados de esmeralda,
Y con una agradable y fresca nube
Hace verano y sombra por su parte
Al sitio ameno donde ayer estuve,
Por mas belleza que le añida el arte,
Si le faltan los varios ramos bellos
En que se enreda, cruza y se reparte,
Caerá su verde lozanía con ellos,
O será cobertor de un seco tronco,
Sin fruto asida en él por los cabellos.
¿Que mucho que hable con lenguaje ronco
Quien tantos años arrimado estuvo
Al solitario pie de un roble bronco?
Donde si un bien mil males entretuvo,
Fue á costa de otras tantas sinrazones,
Que en mis azares y desgracias hubo.
Donde hay envidias todas son pasiones,
Gracias al cielo, gracias que ya vivo
Sin asombros ni sombras de invenciones;

Aquí dó el mundo en maridaje altivo
A la yedra y laurel teje y enrama
La casta palma y el amable olivo,
Y al tiempo de cruzar de rama en rama
Varios lazos de varias ocasiones,
Cada cual sigue aquella que mas ama.
Si letras, santidad, si perfecciones,
Honesta vida, recogido trato,
Espíritu, abstinencia y devociones,
Del cielo halla aquí un vivo retrato,
Y ocasion para ser el que desea,
Y crecer en virtudes cada rato.
Mas si á otra rama ó ramo se rodea,
Y desta perfeccion deja el camino,
Por mas dificil, aunque no lo sea,
Si por lo humano trueca lo divino,
Y del tropel del mundo y su creciente
A seguir el soberbio curso vino,
Pida, sueñe, imagine, traze, intente,
Vea en que rama gusta de enredarse,
Que á todas partes hallará corriente.
Recreaciones de gusto en que ocuparse,
De fiestas y regalos mil maneras
Para engañar cuidados y engañarse;
Conversaciones, juegos, burlas, veras,
Convites, golosinas infinitas,
Huertas, jardines, cazas, bosques, fieras;
Aparatos, grandezas exquisitas,
Juntas, saraos, conciertos agradables,
Músicas, pasatiempos y visitas;
Regocijos, holguras saludables,

Carreras, ruas, bizarrías, paseos,
Amigos en el gusto, y trato afables;
Galas, librеas, broches, camafeos,
Jaeces, telas, sedas y brocados,
Pinte el antojo, pidan sus deseos.
Escarches, bordaduras, entorchados,
Joyas, joyeros, perlas, pedrería,
Aljofar, oro, plata, recamados;
Fiesta y comedias nuevas cada dia,
De varios entremeses y primores
Gusto, entretenimiento y alegría;
Usos nuevos, antojos de señores,
De mugeres tocados y quimeras,
De maridos carcomas y dolores;
Volantes, carzahanes, primaveras,
Y para autoridad y señorío
Coches, carrozas, sillas y literas.
¿Pues que diré de la hermosura y brio,
Gracia, donaire, discrecion y aseo,
Altivez, compostura y atavío
De las damas deste alto coliseo,
Nata del mundo, flor de la belleza,
Cumplida perfeccion, fin del deseo,
Su afable trato, su real grandeza,
Su grave honestidad, su compostura,
Templada con suave y gran llaneza?
Lo menos de su ser es la hermosura,
Pudiendo Venus mendigar la dellas
En gracia, en talle, en rostro, en apostura.
Cuantas rosas abril, el cielo estrellas,
Chipre azucenas, el verano flores,

Aquí se crian y gozan damas bellas.
Estos son de sus bienes los mayores;
Y ellas en discrecion y cortesía
El esmero del mundo y sus primores.
La India marfil, la Arabia olores cria,
Hierro Vizcaya, las Dalmacias oro,
Plata el Perú, el Maluco especería,
Seda el Japon, el mar del Sur tesoro
De ricas perlas, nácares la China,
Púrpura Tiro, y dátiles el moro,
Méjico hermósura peregrina,
Y altísimos ingenios de gran vuelo,
Por fuerza de astros ó virtud divina,
Al fin, si es la beldad parte de cielo,
Méjico puede ser cielo del mundo,
Pues cria la mayor que goza el suelo.
¡O ciudad rica, pueblo sin segundo,
Mas lleno de tesoros y bellezas
Que de peces y arena el mar profundo!
¿Quien podrá dar guarismo á tus riquezas,
Número á tus famosos mercaderes,
De mas verdad y fe que sutilezas?
¿Quien de tus ricas flotas los haberes,
De que entran llenas y se van cargadas,
Dirá, si tú la suma dellas eres?
En tí están sus grandezas abreviadas:
Tú las basteces de oro y plata fina;
Y ellas á tí de cosas mas preciadas.
En tí se junta España con la China,
Italia con Japon, y finalmente
Un mundo entero en trato y disciplina.

En tí de los tesoros del poniente
 Se goza lo mejor; en tí la nata
 De cuanto entre su luz cria el oriente.
Aquí es lo menos que hay que ver la plata,
 Siendo increible en esto su riqueza,
 Y la cosa que en ella hay mas barata.
Que á dó está la beldad y gentileza
 De sus honestas y bizarras damas,
 Y de sus ciudadanos la nobleza,
De mil colosos digna y de mil famas,
 Tratar de causa menos generosa
 Es olvidar la fruta por las ramas.
Pues al que en paladar y alma golosa
 Del gloton Epicuro cursa y sigue
 La infame secta y cátedra asquerosa;
Si su estómago y vientre le persigue,
 Y dél hace su Dios grosero y basto,
 Que á sacrificios sin cesar le obligue.
Pida su antojo, y no escatime el gasto,
 Que en sus hermosas y abundantes plazas
 Verá sainetes que ofrecerle abasto.
Mil apetitos, diferentes trazas
 De aves, pescados, carnes, salsas, frutas,
 Linages varios de sabrosas cazas.
La verde pera, la cermeña enjuta,
 Las uvas dulces de color de grana,
 Y su licor que es nectar y cicuta.
El membrillo oloroso, la manzana
 Arrevolada, y el durazno tierno,
 La incierta nuez, la frágil avellana;
La granada, vecina del invierno,

Coronada por reina del verano,
Símbolo del amor y su gobierno:
Al fin cuanto al sabor y gusto humano
Abril promete y mayo fructifica,
Goza en estos jardines su hortelano.
Sin otra mina de conservas rica,
Almívares, alcorzas, mazapanes,
Metal que al labio con sabor se aplica.
Cetreria de neblis y gavilanes,
Al antojo y sabor del pensamiento,
Liebres, conejos, tórtolas, faisanes,
Sin tomar puntas ni escalar el viento,
A pie quedo se toman en su plaza,
Que es la mejor del reino del contento.
Trague el goloso, colme bien la taza,
Y el regalon con ámbar y juguetes
La prision llene que su cuello enlaza,
Que á ninguno manjares ni sainetes
Faltarán, si los quiere; ni al olfato
Aguas de olor, pastillas y pevetes.
Sin otros gustos de diverso trato,
Que yo no alcanzo y sé, sino de oidas,
Y así los dejo al velo del recato.
Músicas, bailes, danzas, acogidas
De agridulce placer, tiernos disgustos,
Golosina sabrosa de las vidas;
Fiestas, regalos, pasatiempos, gustos,
Contento, recreacion, gozo, alegría,
Sosiego, paz, quietud de ánimos justos,
Hermosura, altiveces, gallardía,
Nobleza, discrecion, primor, aseo,

Virtud, lealtad, riquezas, hidalguía,
Y cuanto la codicia y el deseo
Añidir pueden y alcanzar el arte,
Aquí se hallará, y aquí lo veo,
Y aquí como en su esfera tienen parte.

CAPÍTULO VI.

ARGUMENTO.

Primavera inmortal y sus indicios.

Los claros rayos de Faetonte altivo
  Sobre el oro de Colcos resplandecen,
  Que al mundo helado y muerto vuelven vivo.
Brota el jazmin, las plantas reverdecen,
  Y con la bella Flora y su guirnalda
  Los montes se coronan y enriquecen.
Siembra Amaltea las rosas de su falda,
  El aire fresco amores y alegría,
  Los collados jacintos y esmeraldas.
Todo huele á verano, todo envía
  Suave respiracion, y está compuesto
  Del ámbar nuevo que en sus flores cria.
Y aunque lo general del mundo es esto,
  En este paraiso mejicano
  Su asiento y corte la frescura ha puesto.
Aquí, Señora, el cielo de su mano
  Parece que escogió huertos pensiles,
  Y quiso él mismo ser el hortelano.
Todo el año es aquí mayos y abriles,
  Temple agradable, frio comedido,
  Cielo sereno y claro, aires sutíles.

Entre el monte Osa y un collado erguido
Del altísimo Olimpo, se dilata
Cierto valle fresquísimo y florido,
Donde Peneo, con su hija ingrata,
Mas su hermosura aumentan y enriquecen
Con hojas de laurel y ondas de plata.
Aquí las olorosas juncias crecen
Al son de blancos cisnes, que en remansos
De frio cristal las alas humedecen:
Aquí entre yerba, flor, sombra y descansos,
Las tembladoras olas entapizan
Sombrías cuevas á los vientos mansos.
Las espumas de aljófares se erizan
Sobre los granos de oro y el arena
En que sus olas hacen y deslizan.
En blancas conchas la corriente suena,
Y allí entre el sauce, el álamo y carrizo
De ovas verdes se engarza una melena.
Aquí retoza el gamo, allí el erizo
De madroños y púrpura cargado
Bastante prueba de su industria hizo.
Aquí suena un faisan, allí enredado
El ruiseñor en un copado aliso
El aire deja en suavidad bañado.
Al fin, aqueste humano paraiso,
Tan celebrado en la elocuencia griega,
Con menos causa que primor y aviso,
Es el valle de Tempe, en cuya vega
Se cree que sin morir nació el verano,
Y que otro ni le iguala ni le llega.
Bellísimo sin duda es este llano,

Y aunque lo es mucho, es cifra, es suma, es
tilde
Del florido contorno mejicano.
Ya esa fama de hoy mas se borre y tilde,
Que comparada á esta inmortal frescura,
Su grandeza será grandeza humilde.
Aquí entre sierpes de cristal segura
La primavera sus tesoros goza,
Sin que el tiempo le borre la hermosura.
Entre sus faldas el placer retoza,
Y en las corrientes de los hielos claros,
Que de espejos le sirven se remoza.
Florece aquí el laurel, sombra y reparos
Del celestial rigor, grave corona
De doctas sienes y poetas raros;
Y el presuroso almendro, que pregona
Las nuevas del verano, y por traerlas
Sus flores pone á riesgo y su persona;
El pino altivo reventando perlas
De trasparente goma, y de las parras
Frescas uvas y el gusto de cogerlas.
Al olor del jazmin ninfas bizarras,
Y á la haya y el olmo entretejida
La amable yedra con vistosas garras.
El sangriento moral, triste acogida
De conciertos de amor, el sauce umbroso,
Y la palma oriental nunca vencida;
El funesto ciprés, adorno hermoso
De los jardines, el derecho abeto,
Sustento contra el mar tempestuoso;
El liso box, pesado, duro y neto,

El taray junto al agua cristalina,
El roble bronco, el álamo perfecto;
Con yertos ramos la ñudosa encina,
El madroño con púrpura y corales,
El cedro alto que al cielo se avecina.
El nogal pardo, y ásperos servales,
Y el que ciñe de Alcides ambas sienes
Manchado de los humos infernales:
El azahar nevado, que en rehenes
El verano nos dá de su agriduce,
Tibia esperanza de dudosos bienes.
Entre amapolas rojas se trasluce
Como granos de aljofar en la arena,
Por el limpio cristal del agua duce:
La rosa á medio abrir de perlas llena,
El clavel fresco en carmesí bañado,
Verde albahaca, sándalo y verbena.
El trebol amoroso y delicado,
La clicie ó girasol siempre inquieta,
El jazmin tierno, el alhelí morado:
El lirio azul, la cárdena violeta,
Alegre torongil, tomillo agudo,
Murta, fresco arrayan, blanca mosqueta:
Romero en flor, que es la mejor que pudo
Dar el campo en sus yerbas y sus flores,
Cantuesos rojos y mastranzo rudo:
Fresca retama hortense, dando olores
De ámbar á los jardines, con las castas
Clavellinas manchadas de colores:
Verdes helechos, manzanillas bastas,
Junquillos amorosos. blando heno,

Prados floridos, olorosas pastas:
El mastuerzo mordaz de enredos lleno,
Con campanillas de oro salpicado,
Comun frescura en este sitio ameno;
Y la blanca azucena, que olvidado
De industria se me habia, entre tus sienes
De donde toma su color prestado:
Jacintos y narcisos, que en rehenes
De tu venida á sus vergeles dieron
Como esperanzas de floridos bienes:
Alegres flores, que otro tiempo fueron
Reyes del mundo, ninfas y pastores,
Y en flor quedaron porque en flor se fueron:
Aves de hermosísimos colores,
De vario canto y varia plumería,
Calandrias, papagayos, ruiseñores,
Que en sonora y suavísima armonía,
Con el romper del agua y de los vientos,
Templan la no aprendida melodía;
Y en los frios estanques con cimientos
De claros vidrios las nereidas tejen
Bellos lazos, lascivos movimientos.
Unas en verde juncia se entretejen,
Otras por los cristales que relumbran
Vistosas vueltas tejen y destejen.
Las claras olas que en contorno alumbran,
Como espejos quebrados alteradas,
Con tembladores rayos nos deslumbran;
Y con la blanca espuma aljofaradas
Muestran por trasparentes vidrieras
Las bellas ninfas de marfil labradas.

Juegan, retozan, saltan placenteras
  Sobre el blando cristal que se desliza
  De mil trazas, posturas y maneras.
Una á golpes el agua crespa eriza,
  Otra con sesgo aliento se resbala,
  Otra cruza, otra vuelve, otra se enriza.
Otra, cuya beldad nadie la iguala,
  Con guirnaldas de flores y oro á vueltas
  Hace corros y alardes de su gala.
Esta hermosura, estas beldades sueltas
  Aquí se hallan y gozan todo el año
  Sin miedos, sobresaltos ni revueltas.
Es un real jardin, que sin engaño
  A los de Chipre vence en hermosura,
  Y al mundo en temple ameno y sitio estraño:
Sombrío bosque, selva de frescura,
  En quien de abril y mayo los pinceles
  Con flores pintan su inmortal verdura.
Al fin, ninfas, jardines y vergeles,
  Cristales, palmas, yedra, olmos, nogales,
  Almendros, pinos, álamos, laureles,
Hayas, parras, ciprés, cedros, morales,
  Abeto, box, taray, robles, encinas,
  Vides, madroños, nísperos, servales,
Azahar, amapolas, clavellinas,
  Rosas, claveles, lirios, azucenas,
  Romeros, alhelis, mosqueta, endrinas,
Sándalos, trebol, torongil, verbenas,
  Jazmines, girasol, murta, retama,
  Arrayan, manzanillas de oro llenas,
Tomillo, heno, mastuerzo que se enrama,

Albahacas, junquillos y helechos,
Y cuantas flores mas abril derrama,
Aquí con mil bellezas y provechos
Las dió todas la mano soberana.
Este es su sitio, y estos sus barbechos,
Y esta la primavera mejicana.

CAPÍTULO VII.

ARGUMENTO.

Gobierno Ilustre.

Deste bello jardin, á quien el cielo
Por mostrar sus grandezas se dispuso
A darle sitio en lo mejor del suelo
Y los ricos tesoros que en él puso,
Esta es la flor, y aunque es de maravilla,
De otras mayores le adornó y compuso.
Dejo su gran lealtad, su fe sencilla,
Su imperial nombre, el ser y el haber sido
Del mundo nuevo la primera silla;
Sus calles, sus caballos, su ruido,
Sus ingenios, sus damas, su belleza,
Sus letras, su virtud, su abril florido,
Primores, joyas, galas y riqueza:
En todo es grande, y aunque grande en todo
Hoy goza y tiene otra mayor grandeza.
No el ver la plata, el oro, y seda á rodo,
Ni el océano inmenso, que cargado
De flotas dá tributos á su modo;
Ni el tener todo el orbe encadenado,
Ni las curiosidades que le envia

El chino ardiente y el flamenco helado;
Que esa grandeza aquí ó allí se cria:
Mas la que hoy la gobierna es sola una,
Desde dó nace á dó se esconde el dia.
Es un príncipe heroico, á quien fortuna,
Si usara de razon, hiciera dueño
De cuanto abraza el cerco de la luna,
Y fuera á su valor cetro pequeño;
Que á tan alto caudal el que ahí se muestra
Es mundo estrecho y magestad de sueño;
Y así hubo de quedar corta su diestra,
Y él agraviado con un nuevo mundo,
Haciendo toda la ganancia nuestra.
Este es desta ciudad el sin segundo
Bien de que goza, esta la grandeza
Que la hará insigne y célebre en el mundo:
De España lo mejor en la nobleza,
De Acevedo y de Zúñiga la gloria,
De valor y virtud toda la alteza;
Del gran Mendoza de feliz memoria
La grave magestad y ánimo altivo,
De imperio digno y de inmortal historia;
Y de los dos Velascos muerto y vivo
El dulce trato, discrecion y seso,
Prudencia afable, entendimiento vivo:
La amorosa llaneza de gran peso
Del primero Marques, y del segundo
Juicio agudo, memoria con exceso:
De Don Martin Enriquez el profundo
Saber, del de Coruña la templanza,
Del Arzobispo la igualdad del mundo:

Al fin, donde lo mas precioso alcanza
De aquestos ocho príncipes, cimiento
Desta gran tierra y cielos de bonanza,
Magestad grave, altivo pensamiento,
Trato suave, discrecion, memoria,
Saber, prudencia, seso, entendimiento,
Amorosa llaneza, gusto y gloria,
Templanza, rectitud, viva agudeza,
Y lo que pide otra mayor historia,
Con ventajas y excesos de fineza
En el príncipe ilustre resplandece,
Que hoy rige esta ciudad y su nobleza.
Ella le ama, le adora y obedece,
Y no es mucho, que el mundo lo hiciera,
Si le pudiera dar lo que merece.
Al fin, Señora, aquesta es la primera
Silla desta ciudad, y el principado
Con voz de rey y magestad entera:
A quien sigue un gravísimo senado,
De autoridad, prudencia y letras lleno,
De lo mejor del mundo acrisolado;
Una audiencia real, espuela y freno
De la virtud y el vicio, claustro santo,
Si es santo lo que sumamente es bueno:
Cuatro alcaldes de corte, horror y llanto
De ánimos inquietos, cuya espada
Defiende, corta, quita, y pone espanto;
Sin otra grande suma señalada
De legales ministros inferiores,
Y en bondad no á la mas acreditada.
Fiscales, secretarios, relatores,

Abogados, alcaides, alguaciles,
Porteros, canciller, procuradores,
Almotacenes, otro tiempo ediles,
Recetores, intérpretes, notarios,
Y otros de menos cuenta y mas serviles.
Dejo la infinidad de extraordinarios,
Que á estos se llegan, y al dosel supremo
Sirven y asisten en oficios varios.
Dejo el gran consulado, cuyo extremo
De valor, gravedad, peso y justicia,
Agraviarlo, quedando corto, temo:
Donde á pesar del tiempo y su malicia
Se aclaran mil enredos, que al decoro
Del mundo inventa y teje la codicia.
Dejo la caja del real tesoro,
Donde sus llaves guardan mas riqueza
De fe y lealtad que no de plata y oro;
Y la casa enemiga de pobreza,
Que acuña las medallas y blasones,
Que el mundo adora y pone en su cabeza.
Dejo en silencio, paso entre renglones
La suma de escribientes y escribanos,
Que de su plaza ocupan los rincones:
Su gran legalidad, plumas y manos
Llenas de fe, con otro gran concurso
De honrados pretensores cortesanos.
Aquesto es largo y breve mi discurso;
Y su ilustre cabildo y regimiento,
Pide un Virgilio en eminencia y curso;
Y no es posible en tan medido asiento
Asentar un valor tan sin medida

Menos que en estrechez y encogimiento.
Quédese á otra ocasion mas extendida,
Dó ya me siento celebrar sus loores
En voz mas grave y pompa mas debida;
Y en versos de inmortales resplandores
Las grandezas oirán, que ahora callo,
Sus insignes y graves regidores:
Su gran corregidor, que comparallo
En magestad á sus alcaldes quiero,
Por la exageracion mayor que hallo.
Al fin este es el uno y otro fuero
Del gobierno seglar, que ser podia,
Como es de una ciudad, de un mundo entero.
Estos son en su imperio y monarquía
Los polos, las columnas, los puntales
De su paz, su concierto y policía;
Sin otros dos supremos tribunales,
Cuya jurisdiccion siendo de cielo,
Pasa y excede límites mortales:
Ambos de un mismo norte y paralelo,
Y que siguen por medios diferentes
Un mismo fin y un religioso celo.
Un arzobispo, lumbre de las gentes,
Cuyo gran nombre de esperanzas lleno
Promete al mundo siglos excelentes:
Dános cielo, Señor, manso y sereno,
Mar apacible, aires de bonanza,
No usurpen nuestros males tanto bueno:
Llegue á dichoso colmo esta esperanza,
En que sola tu gloria se pretende

Y la nuestra mortal toda se alcanza;
Y este sol, cuya luz tanto se extiende,
Deje su oriente y venga á nuestro ocaso
Adonde alumbre lo que ahora enciende.
Volverá el siglo de oro al mismo paso
De su venida, y en virtud y ciencia
Su Apolo gozará nuestro Parnaso:
Que solo le faltaba de excelencia
Una estrella á su cielo soberano,
De favorable guia y influencia.
Mas ya está en su cenit, y el pueblo ufano
En vela de un pastor, que sin exceso
Merece serlo del sitial romano.
El otro tribunal, que en igual peso,
Sin excepcion de dignidad ni estado
La religion cristiana tiene en peso,
Es de la fe un alcazar artillado,
Terror de hereges, inviolable muro,
De atalayas divinas rodeado:
Una espía, á quien no hay secreto escuro,
Que tiene ojos de Dios, y el delincuente
Aun en el ataud no está seguro.
Oficio santo, en todo preeminente,
Desnudo de pasion y amor humano,
Consistorio de limpia y noble gente.
Y de la catedral el cortesano
Cabildo ilustre, que en virtud y ciencia
Al mundo excede y gana por la mano,
Lleno de graves letras y eminencia,
De insignes borlas, varias facultades,
De gran valor, gran peso y suficiencia.

No ha visto el tiempo en todas sus edades
 Iglesia tan servida de doctores,
 Ni de mayor tesoro de verdades.
Desde el menor oficio á los mayores
 Todo es sombra de borlas y de grados,
 En ciencia iguales, varias en colores.
Con un modelo de ánimos honrados,
 Dean suyo, juez de la Cruzada,
 De tribunal y casos reservados.
Y aunque entra su grandeza aquí abreviada,
 Es este su lugar; y éste, Señora,
 Desta insigne ciudad, mal dibujada,
 El gran gobierno que la rige ahora.

CAPÍTULO VIII.

ARGUMENTO.

Religion y Estado.

Hay una duda, y no está averiguada;
De una rosa, un clavel y una azucena,
De olor suave y vista regalada,
¿Cual es la parte mas preciosa y llena
De regalo, el olor ó la hermosura?
¿A cual de los sentidos es mas buena?
A la vista entretiene su pintura:
El olor por el alma se reparte:
Este deleita, aquella dá frescura:
Mas bien mirada es toda de tal arte,
Que no hay olor sin parte de belleza,
Ni beldad que en su olor no tenga parte.
¿Quien me dirá desta real grandeza
Cual sale mas, la gracia en su gobierno,
O el olor de virtud en su nobleza?
Aquel es desta flor el lustre tierno,
Que la hace mas hermosa, y con divino
Olor sube su fama al cielo eterno;
Y toda ella un injerto peregrino
De bienes y grandezas admirables,
Famosa cada cual por su camino:

Su gran gobierno y leyes saludables,
  La virtud que resulta dél y dellas,
  En música y acentos agradables.
Del sol parecen hijas las estrellas,
  Y aunque lo son en luz, hacen su adorno
  En el mundo por sí claras y bellas.
Si el dia nos hurta el estrellado torno,
  Por un sol que nos lleva nos envia
  Mil hermosas centellas en retorno.
Así del gran concierto y policía
  Desta insigne ciudad nace el tesoro
  De la heroica virtud que encierra y cria.
Las varias religiones, que al decoro
  De su flor son olores soberanos,
  Y pedrería á sus engastes de oro,
Pobladas de gigantes mas que humanos
  En letras, santidad, ejemplo, vida,
  Doctrina, perfeccion, pechos cristianos.
De la española antorcha que encendida
  Alumbra el mundo y reformó la tierra,
  Tambien del tronco de Guzman nacida,
El clarin santo, á cuyo son de guerra
  Tiembla el infierno, el suelo goza y mira
  Mas luces que el octavo cielo encierra.
Su templo, casa y su riqueza admira,
  Y el púlpito que dió á su regla el nombre
  Y á soplos, letras y virtud inspira;
Y á la que de humildad puso renombre
  El Serafin, en quien está el retrato
  Del ñudo celestial de Dios hecho hombre;
Con los que de su misma regla y trato

Siguen descalzos de virtud la senda,
Y al mundo dan de pie ventero ingrato.
Del famoso Agustino la gran prenda,
En santidad y letras rico erario,
Del libre mundo concertada rienda:
La Compañía y santo relicario
Del nombre de Jesus, su gran concierto
De profesos, colegio y seminario,
Adonde al cielo vivo, al mundo muerto
Está el único fruto que pariste
De tu sangre y virtud precioso injerto:
Angel en todo, porque en todo fuiste
Su madre, y alma y cuerpo le criaste
Con la doctrina y leche que le diste.
La estrecha regla, donde en fino engaste
Resplandece la gloria del Carmelo,
Sin que el brocado entre el sayal se gaste:
Del pio Mercenario el santo celo
En rescatar, conforme á su instituto,
Los cuerpos y las almas para el cielo;
Y del monje antiquísimo de luto
Que en el monte Casino por su mano
Rompió de Apolo el simulacro bruto;
De la fria Nursia alumno soberano,
Hasta en el nombre singular bendito
Nueva grandeza el suelo mejicano.
Al fin con varia ceremonia y rito
De aquestos mares nace la corriente
De los bienes que abraza su distrito.
Sin otro tierno número de gente
Que de azucenas castas y jazmines

Ciñen y adornan la escondida frente:
Gerarquías de humanos serafines,
Que en celestial clausura y vida santa
Buscan á Dios con soberanos fines.
La limpia Concepcion, cuyas gargantas
Suenan á cielo, y en aqueste fueron
De sus vergeles las primeras plantas.
Regina y su gran templo, en quien nacieron
Riqueza y santidad con una cara,
Y al nombre entera propiedad le dieron.
La gran clausura de la vírgen Clara,
Que encierra una ciudad dentro en sus muros,
Y un cielo en su virtud y humildad rara.
Las Recogidas, que los mal seguros
Pasos del mundo vuelven y encaminan
A Dios con limpias almas y ojos puros.
Un colegio en que ensayan y doctrinan
Las tiernas niñas al amor del cielo,
Y á Dios desde la cuna las inclinan;
Y el monasterio Real, que el rey del suelo
Al que el reino le dió labra y dedica,
En feudo y parias de su santo zelo:
Templo famoso, casa ilustre y rica,
Con los nombres divinos, que son nata
De cuanto el cielo y tierra califica.
De la gloriosa Mónica la grata
Clausura y voluntario encerramiento,
Que es el fin solo de que allí se trata.
Del divino Gerónimo el asiento,
Sobre tu sangre ilustre asegurado,

Famoso parto de un heroico intento;
Adonde al noble fin de tu cuidado,
Si el tiempo nos trajere al bien de verte,
Un dichoso remate está guardado.
Comienza pues, Señora, á disponerte,
Que por aquesta puerta quiere el cielo
Que entres al premio de tu mucha suerte:
Aquí te espera un religioso velo,
A cuya sombra dormirá tu vida,
Y adorará tu nombre y fama el suelo.
Deste instituto y profesion de vida
San Lorenzo el real fundó la suya,
De igual grandeza y humildad nacida;
La Encarnacion su templo y casa, á cuya
Santidad corresponde su pobreza,
Sin que un extremo al otro disminuya.
De la Vírgen de Sena la realeza
A que la van sus frailes levantando,
Con la humildad midiendo su grandeza;
Y las tiernas Descalzas, que pisando
Las espinas del mundo no se espinan,
Que amor en flores se las va trocando.
Las que en el nombre y penitencia atinan
A imitar del Bautista la aspereza,
Donde cual oro en el crisol se afinan.
Y las de santa Inés, cuya riqueza
Muestra en su fundacion el valor grande
De quien pudo salir con tal grandeza:
Obra famosa, que por mas que le ande
El tiempo en torno siempre tendrá vida,
Sin que en su duracion la suya mande.

Si la obra de su autor es la medida,
Esta bien muestra ser de caballero
En nombre, en pecho, en sangre esclarecida.
Este pues es, Señora, el verdadero
Tesoro, que entre redes y canceles
De tierra, en esta hace un cielo entero.
De aquestos amenísimos vergeles,
Llenos de rosas, alhelis, jacintos,
Jazmines, azucenas y claveles,
De soberano olor humos distintos
Llenan el cielo, y en su suelo hacen
Mil bellos celestiales labirintos.
De aquí las perfecciones suyas nacen;
Aquesta es su riqueza, estas las flores
Que en ella un paraiso contrahacen.
Dejo otros oratorios inferiores
De ermitas, estaciones, romerías,
Santuarios de divinos resplandores:
Colegios, hospitales, cofradías,
Que no caben en número ni cuenta,
Ni yo la podría dar en muchos dias.
Sus fundaciones, dotacion y renta,
¿De que guarismo compondrán la suma
Por mas letras y ceros que consienta?
¿Y de que cisne la delgada pluma
El valor contará de sus patrones,
Indigno de que el tiempo le consuma?
Sus ánimos, grandezas y blasones,
Que piden por padron un mundo entero,
¿Como se estrecharán en tres renglones?
Hazañas dignas del caudal de Homero

En el mio mal pueden ajustarse,
Sin mucho agravio de su noble fuero;
Y así es forzoso que haya de quedarse
En amago y rasguño el mismo hecho,
Que pide bronce eterno en que tallarse,
Hasta que otro caudal, no tan estrecho,
Trocando en libertad este recato,
Deje cuanto yo agravio satisfecho.
Pues la gran devocion, el aparato
De una Semana Santa ¿quien podria
Dar lo pintado en natural retrato?
En todo es grande Méjico, y sería
O envidia ó ignorancia defraudalle
La magestad con que se aumenta y cria.
Pero en esta excelencia el mundo calle,
Que en ceremonias deste tiempo santo
Nueva Roma parece en trato y talle.
Indulgencias tantas, en su tanto
Limosnas, estaciones, obras pias,
Al mundo dichas, causarán espanto:
Procesiones de varias cofradías,
A donde he yo contado en sola una
Mas pasos que en un año entero dias,
¡O gloria del teatro de fortuna,
En quien se representa un mar de bienes,
En medio del cristal de una laguna!
Al fin, si á tus intentos no detienes
La libre rienda, y con fingido paso
El suyo á tu venida no entretienes,
En esta gran ciudad, luz del ocaso,
Verás, Señora, cuanto aquí te digo

Y lo mas que sobró á tan chico vaso.
Llena de flores de un verano amigo
Te desea dar en sus grandezas parte;
Y siendo en ellas tú parte y testigo,
Nada le faltará sino es gozarte.

EPILOGO

Y CAPÍTULO ÚLTIMO.

ARGUMENTO.

Todo en este discurso está cifrado.

De cosas grandes los retratos bellos,
Si se ha de ver la proporcion y el aire
De su famoso original en ellos,
Y en breve espacio con igual donaire
Pintar un Ixion y un Ticio fiero,
Este hiriendo la tierra, el otro el aire:
Ora escorzando láminas de acero
El precioso buril suba el relieve,
O el pincel haga su artificio entero:
De cualquier modo el que á encerrar se atreve
En un pequeño cuadro grandes léjos,
Y un gran Coloso en un zafiro breve,
Sin los pinceles, gubias y aparejos
De Apeles y Calicrates, que hacían
Casi invisibles músculos y artejos,
Y las líneas por medio dividian
Y en cuerpo á las hormigas cercenaban

Lo que de perfeccion les añidian:
Si con tales cinceles no se graban,
O con destreza igual no se colora,
Será milagro hallar la que buscaban.
¿Quien me hiciera un Mirmicides, Señora,
Que á sombra de una mosca y de sus alas
Entalló un carro, que aun se mueve ahora?
Porque excediendo en su dibujo á Palas,
Desta última Grandeza de la tierra
Cifrar pudiera la riqueza y galas.
Pero si es todo un mundo lo que encierra,
Y yo no sé hacer mundos abreviados
Como el que está del Caucaso en la sierra,
¿Quien alborota en mí nuevos cuidados
Para cifrar lo que cifré primero,
Pues todo es cifra y versos limitados?
Mas porque el gusto suele ser ligero,
Y en cuentos largos la atencion se estraga,
Y aun cansa si es prolijo un lisonjero;
Porque el serlo yo en esto no me haga
Daño en el nombre, y á este gran sugeto
En mi opinion la suya le deshaga,
Quiero, sin artificios de respeto,
Desnudo de aficion, traer á suma
Lo que sin ella ya salió imperfeto:
Porque nadie engañándose presuma
Que si en el cuadro hay algo de excelente
Son gallardias y altivez de pluma:
Es Méjico en los mundos de occidente
Una imperial ciudad de gran distrito,
Sitio, concurso y poblazon de gente.

Rodeada en cristalino circuito
De dos lagunas, puesta encima dellas,
Con deleites de un número infinito;
Huertas, jardines, recreaciones bellas,
Salidas de placer y de holgura
Por tierra y agua á cuanto nace en ellas.
En veintiun grados de boreal altura,
Sobre un delgado suelo y planta viva,
Calles y casas llenas de hermosura:
Donde hay alguna en ellas tan altiva,
Que importa de alquiler mas que un condado,
Pues dá de treinta mil pesos arriba.
Tiene otras calles de cristal helado,
Por donde la pasea su laguna,
Y la tributa de cuanto hay criado.
Es toda un feliz parto de fortuna,
Y sus armas una águila engrifada
Sobre las anchas hojas de una tuna:
De tesoros y plata tan preñada,
Que una flota de España, otra de China
De sus sobras cada año va cargada.
¿Que gran Cairo ó ciudad tan peregrina,
Que reino hay en el mundo tan potente,
Que provincia tan rica se imagina,
Que baste á tributar continuamente
Tantos millones, como desta sola
Han gozado los reinos del poniente?
Es centro y corazon desta gran bola,
Playa donde mas alta sube y crece
De sus deleites la soberbia ola.
Cuanto en un vario gusto se apetece

Y al regalo, sustento y golosina
Julio sazona y el Abril florece
A su abundante plaza se encamina;
Y allí el antojo al pensamiento halla
Mas que la gula á demandarle atina.
Solo aquí el invidioso gime y calla,
Porque es fuerza ver fiestas y alegría
Por mas que huya y tema el encontralla.
Es ciudad de notable policía,
Y donde se habla el español lenguage
Mas puro y con mayor cortesanía,
Vestido de un bellísimo ropage
Que le da propiedad, gracia, agudeza,
En casto, limpio, liso y grave trage.
Su gente ilustre, llena de nobleza,
En trato afable, dulce y cortesana,
De un ánimo sin sombra de escaseza.
Es toda una riquísima aduana;
Sus plazas una hermosa alcaicería
De sedas, joyas, perlas, oro y grana:
A donde entrar en número podia,
Si le tuviera, la menuda junta
De tiendas que le nacen cada dia.
Al fin, si en un sugeto igual se junta
Mercurio y Febo, grangería y ciencia,
Aquí hacen obra y admirable punta.
No tiene Milan, Luca ni Florencia,
Ni las otras dos ricas señorías,
Donde el ser mercader es excelencia,
Mas géneros de nobles mercancías,
Mas pláticos y ricos mercaderes,

Mas tratos, mas ganancia y grangerías.
Ni en Grecia Atenas vió mas bachilleres
Que aquí hay insignes borlas de doctores,
De grande ciencia y graves pareceres:
Sin otras facultades inferiores,
De todas las siete artes liberales
Heróicos y eminentes profesores.
Sus nobles ciudadanos principales,
De ánimo ilustre, en sangre generosos,
Raros en seso, en hechos liberales,
De sutiles ingenios amorosos,
Criados en hidalgo y dulce trato,
Afable estilo y términos honrosos:
Damas de la beldad misma retrato,
Afables, cortesanas y discretas,
De grave honestidad, punto y recato:
Bellos caballos, briosos, de perfetas
Castas, color, señales y hechuras,
Pechos fogosos, manos inquietas;
Con jaeces, penachos, bordaduras,
Y gallardos ginetes de ambas sillas,
Diestros y de hermosísimas posturas.
Junte Italia ciudades, Flandes villas,
Francia castillos, Grecia poblaciones,
Y en ellas otras tantas maravillas;
Oficiales de varias profesiones
Cuantos el mundo vió y ha conocido
La experiencia maestra de invenciones;
Dejo los ordinarios en olvido,
Que aunque en primores salen de ordinarios,
Lo precioso en lo raro es conocido:

Joyeros, milaneses, lapidarios,
   Relojeros, naiperos, bordadores,
   Vidrieros, batihojas, herbolarios;
Farsantes, arquitectos, escultores,
   Armeros, fundidores, polvoristas,
   Libreros, estampistas, impresores,
Monederos, sutiles alquimistas,
   Ensayadores, y otros que se ensayan
   A ser de un nuevo mundo coronistas:
Raros poetas, que en el cielo rayan
   Tras el dios de la luz vivos concetos,
   Que todo lo penetran y atalayan,
Tantos, que á no agraviar tantos discretos,
   Volaran hoy aquí otras tantas plumas,
   Como pinceles señalé perfetos;
Tan diestros, tan valientes, que aunque en sumas
   Y epílogos, si cabe, he de decillo,
   A honor del dios que tuvo templo en Cumas,
Que el grave Homero, el claro y el sencillo
   Virgilio, que escribió prosa medida,
   Tan fácil de entender como de oillo,
Aunque de estrella y suerte mas cumplida,
   No fueron de mas rica y dulce vena,
   Ni de invencion mas fértil y florida.
Está al fin esta ilustre ciudad llena
   De todas las grandezas y primores,
   Que el mundo sabe y el deleite ordena,
Amparada del cielo y sus favores,
   A solo Marte y su alboroto extraña,
   En paz, sino son guerra los amores,

América sus minas desentraña,
  Y su plata y tesoros desentierra,
  Para darle los que ella á nuestra España.
Con que goza la nata de la tierra,
  De Europa, Libia y Asia, por san Lucar,
  Y por Manila cuanto el chino encierra.
¿Pues quien dirá la cantidad de azucar
  Que en una golosina que se bebe
  Gasta el mas pobre cual si fuera un Fucar?
¿Quien á dar suma y número se atreve
  A las tabernas que hay desta bebida?
  ¿Que esponja alcanza á lo que aquí se embebe?
Pues tras los pasatiempos de la vida,
  ¿Quien torció el paso aquí que le faltase
  En mil varios placeres acogida?
Pida el antojo, el apetito tase
  Figuras á su modo y pretensiones,
  Con que el pecho se entibie, ó se le abrase:
Convites, recreacion, conversaciones
  Con gente grave, ó con humilde gente,
  De limpias ó manchadas condiciones;
Que en todo esta gran corte es eminente,
  En juego, en veras, en virtud, en vicio,
  En vida regalada ó penitente.
En toda facultad, todo ejercicio,
  Acomoda los medios á los fines,
  O ya contrario al bien, ó ya propicio.
Llega el verano, brotan los jazmines;
  Deseos, fiestas, huertas y frescuras,
  Florestas, arboledas y jardines:
Baños, cuevas, boscajes, espesuras,

Saraos, visitas, máscaras, paseos,
Cazas, músicas, bailes y holguras,
Como si fuera un mayo de deseos,
Y á vueltas florecieran del verano,
Aquí se gozan todos sus empleos.
Y aunque es en esto grande y soberano,
Y en todo lo es aqueste pueblo ilustre,
De estilo, gente y trato cortesano,
En lo que excede aun á su mismo lustre,
Y en que al resto del mundo se adelanta,
Sin temor de que nadie le deslustre,
Es alcanzar un número que espanta
De heróicos personages, que al gobierno
Velan y asisten de su nueva planta;
Y con un proceder suave y tierno
Reducen á concierto y policía
Lo que fuera sin él confuso infierno:
Un gran virey y real chancillería,
La silla arzobispal, el santo oficio,
Cabildo ilustre, grave clerecía:
La caja real, pilar deste edificio,
Casa de fundicion y de moneda,
De su riqueza innumerable indicio:
El rico consulado, la gran rueda
De ancianos y prudentes regidores,
A quien la de fortuna se está queda:
Corregidor, alcaldes, provisores,
Y otras innumerables dependencias
De alternados ministros inferiores.
¿Quien goza juntas tantas excelencias,
Tantos tesoros, tantas hermosuras,

Y en tantos grados tantas eminencias?
Pues de virtud las sendas mas seguras
¿Quien las querrá que á todas ocasiones
No encuentre sus retratos y figuras
Entre tantas sagradas religiones,
Estrellas que hermosean este cielo
Con rayos de divinas perfecciones?
Donde tiene hoy su religioso celo
Cuarenta y dos conventos levantados,
Y ochocientas y mas monjas de velo:
Una universidad, tres señalados
Colegios, y en diversas facultades
Mas de ochenta doctores graduados;
Y para reparar calamidades
Diez ricos hospitales ordinarios
A todo menester y enfermedades:
Sin reducir á cuentas ni sumarios
La infinidad de iglesias, colaciones,
Ermitas, cofradías, santuarios;
Oratorios, visitas, estaciones,
Y las mas con sagrario y Sacramento,
Indulugencias, gracias y perdones,
Tantos, que sobre el número de ciento
Copiosamente igualan, sino exceden,
Como en curiosidad al pensamiento.
Si tantas gallardías juntas pueden
Entrar en cuenta con el tiempo y fama,
Y es justo que su vuelo y voz hereden,
Este inmortal pregon, en quien la llama
Del siglo tragador no hará mella
Si algun rigor de estrella no la inflama,

Les quede por columna, y fijo en ella
   El blason que mudó el gran Cárlos quinto
   En su hercúlea arrogancia y primer huella;
Y el cielo en nuevo ser, claro y distinto,
   Las represente al mundo una por una,
   Con mayor lustre y luz que yo las pinto.
Y admírese el teatro de fortuna,
   Pues no ha cien años que miraba en esto
   Chozas humildes, lamas y laguna;
Y sin quedar terron antiguo enhiesto,
   De su primer cimiento renovada
   Esta grandeza y maravilla ha puesto.
¡O España valerosa, coronada
   Por monarca del viejo y nuevo mundo,
   De aquel temida, deste tributada!
Aunque á tu heróico brazo sin segundo
   Para reseña este rasguño basta,
   Si no es todo aficion donde me fundo,
No es este el bien mayor en que se gasta
   La gloria de tu nombre, aunque este solo
   Podia ser un clarin de inmortal casta:
Pues desde que amanece el rubio Apolo
   En su carro de fuego, á cuya llama
   Huye el frio dragon revuelto al polo,
Al mismo paso que su luz derrama,
   Halla un mundo sembrado de blasones,
   Bordados todos de española fama.
Mira en los orientales escuadrones
   De la India, el Malabar, Japon y China
   Tremolar victoriosos tus pendones;
Y que el agua espumosa y cristalina

Del Indo y Ganges tus caballos beben,
Y el monte Imabo á tu altivez se inclina.
Mira los muros, que á escalar se atreven,
Porque tu rito santo en sillas de oro
Sobre sus ya vencidos hombros lleven;
Y á tu espada, en las selvas de Tidoro
De flores de canela coronada,
Arrodillado ante su cruz el moro.
La region Etiópica ahumada,
Y allí haciendo cosechas de su gente
Con los hollines de Faeton tiznada.
Pues si á las espadañas del poniente
Vuelve su luz, y al sordo mar inmenso,
Con ella en un cristal resplandeciente,
Con nueva estimacion mira suspenso
Cruzar las flotas en que aquestos mundos
Te envian cada año su tributo y censo;
Y de sus playas en los mas profundos
Senos lucir los nácares preciosos,
Que de perlas te dan partos fecundos.
Mas cuando ya llegó á los espaciosos
Reinos, que á tu obediencia y fe trajeron
Tus católicos hijos belicosos,
Y en sus atrevimientos descubrieron
Que era bastante á sujetar su espada
Mas mundo que otros entender supieron;
Aquí tiene por breve la jornada,
Por corto el tiempo, por estrecho el dia,
Para ver tantas cosas de pasada.
¿Mas quien será, invencible patria mia,
En mil años, mil siglos, mil edades

Bastante á ver lo que de tí podría?
¿En qué guarismo hallará unidades
Al rigor, los trabajos, asperezas,
Calmas, tormentas, hambres, mortandades,
Tierras fragosas, riscos y malezas,
Profundos rios, desiertos intratables,
Bárbaras gentes, llenas de fierezas,
Que en estos nuevos mundos espantables
Pasaron tus católicas banderas,
Hasta volverlos á su trato afables?
¿Quien hará sus hazañas verdaderas
En otro tiempo, si en el de hoy parecen
A los ojos asombros ó quimeras?
¿Quien no creerá que las consejas crecen,
Si oye que en menos tiempo de diez años
Ganó España en las Indias que hoy florecen
Dos monarquías á su riesgo y daños,
Y en cien reinos de bárbaros valientes
Dos mil leguas de términos extraños,
Abriendo en suelo y climas diferentes
De doscientas ciudades los cimientos
Que hoy las poseen y gozan nuestras gentes?
Y esto sin mas caudal que atrevimientos
De ánimo belicoso, á cuya espada
Por su interes le dará el cielo alientos,
Y así gente sin armas, destrozada,
Que nunca tuvo juntos mil soldados,
Victoriosa salió con tal jornada.
¡O España altiva y fiel, siglos dorados
Los que á tu monarquía han dado priesa,
Y á tu triunfo mil reyes destronados!

Traes al Alvis rendido, á Francia presa,
Humilde al Poó, pacífico al Toscano,
Tunez en freno, Africa en empresa.
Aquí te huye un príncipe otomano:
Allí rinde su armada á la vislumbre
De la desnuda espada de tu mano.
Ya das ley á Milán, ya á Flandes lumbre;
Ya el imperio defiendes y eternizas,
O la iglesia sustentas en su cumbre:
El mundo que gobiernas y autorizas
Te alabe, patria dulce, y á tus playas
Mi humilde cuerpo vuelva, ó sus cenizas.
Y pues ya al cetro general te ensayas,
Con que dichosamente el cielo ordena
Que en triunfal carro de oro por él vayas,
Entre el menudo aljofar que á su arena
Y á tu gusto entresaca el indio feo,
Y por tributo dél tus flotas llena,
De mi pobre caudal el corto empleo
Recibe en este amago, dó presente
Conozcas tu grandeza, y mi deseo
De celebrarla al mundo eternamente.

NOTAS.

Egloga primera.

Pág. 5. A la hora el rusticio Beraldo: léase: A la hora el rústico Beraldo.

La cancion que en la misma página 5 principia:

Aguas claras y puras,
En cuyo limpio seno &c.

es una perfecta imitacion, sino una libre traduccion de la del Petrarca, que empieza:

Chiare, fresche et dolci acque
Ove le belle membra &c.

Pág. 9. lin. 2. O vosotros, serranos, en vuestros montes cantaréis mi muerte. Es una imitacion de Virgilio en la egloga X vers. 31. y siguientes:

......Tamen cantabitis, Arcades, inquit,
Montibus hæc vestris: soli cantare periti
Arcades. ¡O mihi tum quàm molliter ossa quiescant,
Vestra meos olim si fistula dicat amores!
Atque utinam ex vobis unus, vestrique fuissem
Aut custos gregis aut maturæ vinitor uvæ!

Pág. 19. lin. 20. Como Aristeo en otro tiempo hizo: Aunque así se halla esta cláusula en la ediccion que ha servido para la presente y se ha conservado en ella, cree no obstante la Academia ser una equivocacion

haber puesto Aristeo por Orfeo, pues segun la fábula, á pesar de que aquel amaba y perseguia á Euridice, el primor y destreza en tocar la lira se atribuye al último.

Pág. 20. lin. 14. Pan es el guardador de nuestros montes &c. Segun la mitologia Pan era el dios de los pastores, y el inventor de los instrumentos y cantos pastoriles, y segun esta opinion Virgilio, á quien imita en este pasage nuestro poéta, dijo en la egloga 2.ª v. 32:

Pan primus calamos cerâ conjungere plures
Instituit: Pan curat oves, oviumque magistros.

Pág. 20. lin. 22.... tú piensas que á todos las humildes retamas entretienen y las pequeñas cosas agradan? Imitacion de Virgilio egloga 4.ª v. 2.

Non omnes arbusta juvant, humilesque myricæ.

Pág. 20. lin. 24. Las cabañas y pastores las menos veces se admiten &c. Parece una exposicion de las calidades que deben adornar á todo poéta bucólico.

Pág. 21. lin. 5.

Dime, cabrero, es tuyo aquel ganado
Con que te vide ayer pasar el rio?

Imitacion de Virgilio en la egloga 3.ª v. 1.

Dic mihi, Damœta, cujum pecus ¿an Melibæi?

Egloga segunda.

Pág. 32. lin. 2.ª Que junto á una pequeña fuente con la música ordinaria, manjar de pastores, se entretenia. Acaso fué descuido en la primera edicion porque el autor escribiría: que junto á una pequeña fuente con la música, ordinario manjar de pastores, se entretenia.

Pág. 34. lin. 6.

Leche fresca me sobra todo el año. Este verso y los siguientes son una bella imitacion de los de Virgilio en la egloga 2.ª v. 21.

Lac mihi non æstate, novum non frigore defit.

Canto, quæ solitus, si quando armenta vocabat

Amphion Dircæus in Actæo Aracyntho.

Nec sum adeo informis: nuper me in littore vidi

Quum placidum ventis staret mare.

Non ego Daphnim,

Judice te, metuam, si numquam fallit imago.

Pag. 38. lin. 24 y 25.

Á tí, tambien, laurel, pienso cogerte. Imitacion de Virgilio egloga. 2. v. 54.

Et vos, ò lauri, carpam, et te proxima myrte.

Pág. 50. verso 13.
Donde describiré las condiciones
Del cultivar el campo de manera
Que dé siempre sus frutos á montones.

Virg. en el lib. 1. de sus Georgicas. v. 1.
Quid faciat lætas segetes, quo sidere terram
Findere, Mœcenas, ulmisque adjungere vites
Conveniat &c.

Egloga cuarta.

Pág. 81. lin. 18. *Expiar* y asi en otros dos pasages: léase *espiar* en la acepcion de *observar*, *reconocer*, *notar con disimulo.*

Pág. 92. lin. 6.
El granizo á la fruta no madura
Derriba, el lobo estraga los ganados,
Y á mí de Filis la aspereza dura.

Estos versos son una imitacion de los de Virgilio egloga 3. v. 80.
Triste lupus stabulis, maturis frugibus imbres,
Arboribus venti, nobis Amaryllidis iræ.

Egloga octava.

Pág. 166. lin. 13. Que para tan alta dignidad, como los derechos cipreses á los humildes parrales, asi á los demas en hermosura y grandeza se aventajaba. Virgil. egloga 1.ª v. 44.

Quantùm lenta solent inter virgulta cupressi.

Pág. 175. lin. 26.

Borra en mí de tu muerte las señales. Así en la edicion que ha tenido presente la Academia, la cual cree debería decirse:

Borre en mí de tu muerte las señales.

Egloga nona.

Pág. 182. lin. 6. Cabe á la otra. Estaria acaso mejor: cabe la otra, porque la preposicion anticuada *cabe* no se halla usada en autores antiguos con la interposicion de la *á*.

Grandeza Mejicana.

Pág. 31. l. 6.

En acendiente próspero y fecundo.

Acaso *ascendiente*, aunque no es nuevo quitar la *s* en algunas voces: y siendo así, no es tan moderna la voz *ascendiente*, como se ha creido.

Yedra lease hiedra en varios pasages.





EGLOGA PRIMERA.

En aquellos antiguos campos, que en la celebrada España las tendidas riberas de Guadiana con saludables ondas fertilizan, entre otros un hermoso valle se conoce, que, aunque de policía desnudo, vestido de silvestres árboles, de vacas, ovejas y cabras cubierto, y habitado de rústicos pastores, si yo ahora sintiera en mí palabras suficientes para como él lo merece encarecer su frescura, ninguno hubiera que codicioso no le buscara. Porque demas de su benigno cielo, su saludable aire, sus fértiles y floridos prados, lo que á toda estimacion excede, si aquella simplicidad y pureza de los primeros siglos del mundo es de creer que no del todo ha desamparado nuestras regiones, en solas aquellas selvas vive, cuyo trato y conversacion, aunque grosera y de tierra, mas que humano sabor deja en el gusto. Entre las cosas, que allí dignas me parecieron de celebrar, una sobre todas es la extraordinaria hermosura de una limpia y clara fontezuela, que con sus dulcísimas aguas lo mejor de aquel valle riega; y no solo de nuestros pastores, vaqueros y cabrerizos, mas hasta de los serra-

nos y estremeños debajo el amado nombre de Erifile es conocida: cuyo agradable sitio, porque á mis ojos así en algun tiempo fue alegre, que rara seria la florecilla que en él no supiese mi nombre, yo de esta manera pienso pintarlo. Primeramente en medio de estos floridos campos, que como el espacioso mar largos y tendidos se muestran, una selva se levanta no de altura descompasada, mas de tan agradable arboleda, que, si decirse puede, allí mas que en otra parte la naturaleza hace reseña de sus maravillas. Porque dejado que los árboles casi todo el año estan vestidos de una inmortal verdura y de yerba, que no menos que á esmeraldas se puede comparar, los lirios, las azucenas, las rosas, los jazmines, el azahar, las mosquetas, alhelies y clavellinas y las demas olorosas flores, llenando de olores el campo, no otra cosa parecen que un pedazo de estrellado cielo que allí se haya caido. Y esto, aunque en cualquier tiempo del año gustosa y regalada vista sea, en las floridas mañanas de abril tanto su hermosura resplandece, que no sé yo cual otra beldad tenga el mundo tan digna de ser celebrada. Pues en medio de todo este ameno sitio, si ahora mal no me acuerdo, entre sauces y álamos queda hecho un pequeño llano, cubierto de tanta diversidad de flores, que toda la hermosura que en las demas partes resplandece, allí junta, y con aventajadas perfecciones se muestra, haciéndola sobre

todo acabada la cristalina Erifile, que de una peñascosa cueva hecha de ásperos y helados riscos sale, llevando primero sus hielos, cubiertos de verde y fresca yedra, hasta ocho ó diez pasos de su primer nacimiento, que deseosa de enamorar las vecinas selvas segunda vez muestra su beldad al mundo, haciendo en lo mejor del florido llano, entre olorosos tomillos, claveles y amapolas, un claro y profundo estanque digno de toda la alabanza que á su hermosura se diese. Lugar verdaderamente sagrado y merecedor de humana reverencia, donde, si lícito es á los mortales ojos, ya muchas veces nuestros serranos han visto bajar de los cercanos montes los silvestres sátiros y la demas copia de rústicos dioses, y allí en compañía de las amadas ninfas hacer sus placenteros bailes. Y lo que sobre todo temerosamente es digno de contar, á la misma Erifile, de verdes ovas coronada, no menos traspareate y limpia que los puros cristales, se ha visto guiar las concertadas danzas; con que el religioso lugar es en tanta veneracion tenido, que no solo permanece su frescura de antiquísimos siglos inviolable, sin que de las golosas cabras ni de otro rústico ganado haya sido con descomedimiento tocada, mas aun las industriosas abejas para la tierna fábrica de sus panales jamás han cogido de aquellas flores el primer rocío de la mañana. A solos nuestros pastores es permitido regocijarse con los placeres

de la sagrada ninfa, y haciendo de nueva leche y rosas al renovar del año sus sacrificios, colgar por los mas vecinos árboles hermosas guirnaldas y arcos de tempranas flores; y no en otros ejercicios, segun yo pienso, estábamos ocupados una mañana del florido abril, en que los primeros rayos del sol así de las aljofaradas yerbas varias lumbrecillas levantaban, como si las estrellas que en el cielo se escondieron allí se hubieran bajado, cuando uno de nosotros, que Florenio se habia puesto por nombre, corrido de que todos con tanta rusticidad pasásemos el tiempo, sacando del seno una zampoña de siete cañas, tan curiosa y nueva que pocas veces se habia tocado, vuelto á Beraldo amigablemente dijo: Esta zampoña, pastor, que tú ahora ves, no ha mucho que yo un dia claro y sereno con los primeros resplandores del alba junto al rio la supe hacer, escogiendo de mi mano los cañutos y juntándolos despues con limpia cera, no para tocarla, como habrás pensado, aunque algunos cantares tengo aprendidos, mas para nuestro serrano Opico, que, como á todos es notorio, una colmada cesta de bellotas por ella me habia prometido; y como despues acá me contaron que en un acebuche sentado por sí solo labró un mal polido rabelejo, con que se contentaba, nunca hasta ahora le he querido hacer dueño della, aunque con grandes lisonjas me la ha pedido. Pues esta misma zampoña

soy contento de te la dar por tuya, y que con ella de hoy mas hagas nuestras selvas agradables, si á tí el regocijar con tu canto nuestra amada Erifile muy á cuento te viniere: que yo juro por las inmortales ninfas de los rios que jamás para darla á otro de tí la vuelva á tomar. A la hora el rusticio Beraldo, tomando la zampoña, sin le responder palabra que de cumplimiento fuese, porque nacido entre robles y encinas y entre bellotas y castañas criado apenas como los otros pastores sabia hablar, despues de tocarla un rato, cuando menos lo cuidábamos, así alegremente le oimos:

BERALDO.

Aguas claras y puras,
En cuyo limpio seno
Vi la beldad mayor que el mundo encierra:
Florestas y frescuras,
Bosque de álamos lleno,
Moradas de los dioses desta tierra:
Oid la nueva guerra
En que amor me ha metido;
Y vos, Ninfa divina,
Que en agua cristalina
Gozais helado y trasparente nido,
Salid fuera á escucharme
Mientras mi mal no acaba de acabarme.
Si el rigor de mi suerte
Ya tiene difinido
Que en lágrimas de amor mi vida acabe,

Por premio de mi muerte
Séame concedido
Un don, que en mí la haga menos grave:
Si en la ventura cabe
De un vivir tan cansado,
Que el cuerpo frio y mudo,
De la vida desnudo,
Aquí entre flores quede sepultado,
Y en esta fuente pura
Alcance su holganza mas segura.
Que yo espero algun dia,
Segun amor me advierte,
Que vuelva por aquí Cintia gozosa,
Y la nueva alegría
De mi sabida muerte
La haga menos grave y mas hermosa;
Y ya no rigurosa,
De un piadoso zelo
Y compasion llevada,
Sobre mi tierra helada
Enjugará los ojos con su velo,
Y á ver esto cumplido
Quedará aquí mi espíritu escondido.
A la sombra olorosa
De aquel árbol sentada,
Ninfa de aquesta fuente parecia;
Y una rama hermosa
De jazmines nevada
A dar sobre sus hombros decendía;
Y allí flores llovía
Cual nieve por la sierra,

Unas á los cabellos,
Que el sol es menos que ellos,
Iban, otras al agua, otras á tierra;
Y ella entre tantas flores
Por todas partes derramando amores.
Yo viendo luz tan pura,
Suspenso y admirado,
Bien creí que en el cielo me hallase,
Y con su hermosura,
Entre flores echado,
Sentí que amor el alma me robase:
Mas como se arrojase
Ya mi ganado al rio,
Fueme el perder forzoso
Rato tan deleitoso,
Y caminar sin mí tras mi cabrio,
Tal, que al pasar el vado,
A la orilla el zurron dejé olvidado.
Mientras que las estrellas
Habitarán el cielo,
Y del sol tomará lumbre la luna;
Y mientras ella y ellas
Enviarán al suelo
Los diversos sucesos de fortuna,
Sin que mudanza alguna
Deshaga esta memoria,
De mí será cantada
Beldad tan celebrada,
Y escrita en estos árboles su historia:
Porque en los ramos bellos
Crezcan sus loores, como crecen ellos.

Cancion, si tanto de primor tuvieras
Como tienes de amor, yo me obligara
Que nadie por grosera te dejara.

Apenas Beraldo con su cantar habia alegrado las nuevas flores del campo, y en nuestras bocas aun sus moderados loores se oian, cuando Melancio, no sé por cual rigor del cielo, tan congojado y triste que apenas le conocíamos, por entre un árbol y otro le vimos venir envuelto en un gavan de aquel color, que por los arroyos solemos hallar las temerosas perdices, un cayado en la mano, que no sé si de alcornoque si de encina fuese, y todo él tan desganado y aborrecido de sí mismo, que luego que llegó donde nosotros estábamos, conocimos en su sobrecejo que nada se habia alegrado con nuestra vista. Todos nos compadecimos de su encubierto dolor; y él, sin hablar á ninguno, solo se fue á sentar al pie de un funesto ciprés, queriendo por ventura darnos con esto á entender su cercana muerte. Mas luego que un rato así estuvo, volviéndose á levantar, con una podadera comenzó á borrar ciertos versos, que pocos dias antes en la corteza de un árbol habia escrito, con que luego tuvimos por cierto que algun repentino mal le traia afligido; y no pudiendo sufrir el verle penar de aquella suerte, cada uno como mejor sabia le consolaba, aunque él á todos con callar nos respondia; y cuando

mucho entre mil suspiros murmurando le oíamos estas palabras: O vosotros, serranos, en vuestros montes cantareis mi muerte: mi muerte cantareis en vuestros montes, ó serranos diestrísimos en cantar sobre todos los del mundo. ¡Dichoso yo si cuando mis huesos en el eterno reposo queden, cantando vuestras selvas mis dolores, y vosotros alegrando en el sepulcro las frias cenizas, mi espíritu, que por estos montes andará volando, en los venideros siglos os oyere. ¡O si ahora en ventura vuestra tanto bien el piadoso cielo me concediera, que por uno desta alegre compañía me contara, ahora fuera guarda de vuestras vacas ó vendimiador de las maduras uvas! Y esto con una voz tan debilitada y un corazon tan caido, que apenas á nuestros oidos llegaba, donde ninguno hubo que con piadosas lágrimas no le ayudase. Y pienso que las nuevas crecientes, que entonces de la fuente salian, no otra cosa fuesen que cristalinas lágrimas que la piadosa Erifile de compasion de su pastor derramase: el cual habiéndose vuelto á sentar como antes al pie del funesto ciprés, y todos al rededor de él puestos, Alcino, que entre los demas con ternura le amaba, así le dijo: no sé ahora, Melancio mio, que oculta fuerza de poderosa mano tan apremiado traya tu corazon, que el ordinario reposo no se le conceda: si acaso, lo que el cielo no permita, con tu mortal vista por nuestros bosques has des-

cubierto algunas ocultas deidades, ahora sean faunos, medios cabrones, ó delgadas ninfas de las verdes cuevas, que sembrando en tu corazon abrojos de temor y espanto así de collado en collado te traen perdido, todos aquí nos ofrecemos de aplacar con sacrificios las ofendidas deidades; y yo, si á la estrechura de mi pobreza es permitido, desde ahora dos copiosas horteras de tibia leche y un blanco canastillo de rosas para ello te señalo: mas si acaso, como sospecharse puede, de alguna otra nueva causa nacen tus presentes lágrimas, ahora sea que los enemigos lobos hayan hecho en tu rebaño los estragos que en los nuestros suelen, ó tus huertos no tan colmada cosecha como esperabas te prometan, no por eso dejes de comunicarnos tus penas, que, si creerlo querrás, cualesquier que ellas sean, ninguno siento aquí que por propias no las juzgue. A la hora Melancio, que atento al razonar del piadoso Alcino estuvo, sin mudar de un lugar los ojos, en tono sonoro y grave, al son de un templado instrumento, que á lágrimas provocaba el oirle, estas palabras sembró por el aire:

MELANCIO.

¿Viste, Alcino, por dicha en la montaña
De algun inculto risco la dureza,
Del encrespado golfo la aspereza
Cuando el revuelto céfiro le ensaña,

La dura encina, la mudable caña,
Del jabalí acosado la fiereza,
Del invierno el rigor, y la braveza
Del fuego apoderado en la cabaña?
Pues con el trato de mi ingrata bella,
Aquella tan cruel como divina,
La peña es blanda, el mar tiene sosiego,
Y al fin parecerán flores cabella
El risco, el golfo, el céfiro, la encina,
La caña, el jabalí, el invierno y fuego.

Habíanos dejado la disimulada música del pastor tan suspensos, que nadie de mas que solo oirle se acordaba; y él, queriendo con esto gozar la ocasion que se le ofrecia para huir la de nuestra presencia, ya se apercibia para ello, cuando todos vueltos de la primera suspension á fuerza de grandes ruegos le obligamos á que por entonces no nos hiciese semejante agravio; y él, casi constreñido de tanta obligacion así le pareció responder. Ya, vaqueros, que el cielo os pague deseos tan piadosos, para mi vida no aprovechan, la muerte venga, que esta solo busco; y vosotros, serranos, con ella al rededor de mis cenizas, como de costumbre teneis, cada año espero que hagais los enlutados bailes: que ni silvestres deidades de desconocidas ninfas, ni sangriento estrago de enemigo lobo, ni cosa que á estas huela, poderosa es á inquietar mi pensamiento: nuevo mal es el mio, nuevo remedio ha

menester, que en vuestras sosegadas selvas no se halla. Gozad, serranos, gozad estremeños, gozad pastores, gozad vuestros montes, gozad vuestros collados, y los dulces premios de la ventura: yo que sin ella vivo, cercado de mi dolor, ni de mi ganado ni de mí tengo cuenta; enfermo, como yo, y perdido anda por la sierra. ¿Como quereis que cure agenas enfermedades quien valerse en las suyas no puede? ¡Dichosos vosotros á quien el cielo suerte tal tiene guardada, que permaneciendo en vuestros cortijos, cercados de verdes juncos y amontonadas piedras, pasais con quietud la vida, sin que las preñadas ovejas por la agenas majadas prueben nuevas y no conocidas dehesas, ni del vecino ganado el contagioso mal ofenderlas pueda: antes aquí dichosamente en vuestras selvas y entre los conocidos rios, á orilla de esta clara fuente goceis el agradable frio, proveidos siempre los zurrones de manteca, queso y castañas, y á su tiempo de los maduros madroños; ni cuando el invierno vista de blanca nieve las sierras os faltarán apacibles fuegos; ni cuando la florida primavera sembrare las primeras rosas de su falda frescas sombras os faltarán, donde tejiendo nuevas guirnaldas, á vuestro antojo gozeis los tesoros de las flores. Y ahora, si á los desdichados algun consuelo es concedido, yo ruego al justo cielo que despues de mi muerte oya en vuestros cantares resonar mi nombre, no del todo olvidado

por estas selvas. ¿Y como, dijo entonces Rosanio, tú no sabes que los cielos á mas que eso son poderosos? No hay duda, Melancio mio, sino que el mundo aun goze hoy en nuestros renovados siglos cosas harto dignas de celebrarse; y si tú ahora tan entero en tus pasiones no estuvieras, por alivio tuyo cierto me atreviera á cantar cosa, que muy de grado escucharan nuestros pinos, los cuales, si las antiguas consejas de algun crédito son dignas, en aquel tiempo que el mundo no tan envuelto en maldades y vicios ofrecia á los hombres menos recatada y mas apacible vida, ellos con delgadas voces respondian á los amorosos cantares de nuestros pastores; y aun es de creer que no del todo desta antigua magestad desnudos en algunas dichosas selvas todavía guardan esta divina costumbre: lo cual muchas veces, así como acaecer suele, de noche á nuestros fuegos sentados oí contar á mis ancianos padres de la forma que ellos de sus abuelos lo aprendieron, y de antiquísimos siglos de unos en otros hasta nuestros tiempos ha venido. Mas porque yo ahora no pretendo hacer proceso de las edades, y el temor de los vengativos dioses me reprime, y el de tu disgusto es en mí muy poderoso, quiero callar como una piedra, rogando al piadoso cielo, si allá alcanzan estas palabras, que ellas sean bastantes á desterrar de tu corazon tanta pena. Así Rosanio decia, y así á todos con su vivo

razonar nos tenia suspensos, que otra cosa no hacíamos que dar gracias á los inmortales dioses, porque maravillas tan altas tuviesen escondidas nuestras humildes selvas; y el penado Melancio, lleno el corazon de semejantes milagros, algo mas tratables y humanas sintió sus penas y su mal, como de poderoso apremio de mágicos versos atajado; así por aquel tiempo se suspendió, que todos echamos de ver lo que las eficaces palabras del pastor habian podido en él. Y porque regocijado y placentero solia ser entre nosotros, cuando su corazon de la perdida paz gozaba, encarecidamente le rogámos dejase para tiempo mas lícito el llorar sus males, ó si proseguirle queria fuese no tan pesado de sufrir cantando, pues habia empezado y tan bien lo sabia hacer, y sus rimas aun no del todo estaban borradas por los árboles, ahora fuesen querellas de sus descuidados mastines, ó fértiles esperanzas de las venideras mieses; porque de cualquier suerte alegres y contentos alabásemos al autor del dia, que sin contradiccion de infelices agüeros ya el mundo tenia cubierto de hermosura. Y sin duda, como él muchas veces juraba, deseoso estaba de complacernos: ¿mas donde el contento falta, qué cantar saldrá de gusto ó qué risa que mas propiamente no sea llanto? Ya todos á esta sazon dejábamos de importunarle, cuando Clarenio, que entre serranos grande opinion tenia, tomando la mano dijo: pastores, porque

yo ahora sé que á falta de otro mejor á cualquiera gustareis de oir, si me dais atencion, á costa de mi gusto quiero entretener el vuestro, cantando á estos montes un cuidado, que tan lleno tiene mi pecho que callarlo le seria á par de muerte: donde á vueltas de otros tesoros de tal manera unos verdes ojos resplandecen, que las esmeraldas de artificioso buril engastadas son en su respecto sin lustre y de poca suerte: porque ellos á mí no esmeraldas, mas soles que alumbran mi vida y nortes que guian mis pasos me parecen. Y si mas nuevas quereis saber dellos, oid, pastores, que este es un rasguño de su hermosura, aunque de pincel grosero y tosco. Entonces, tocando á veces su zampoña, desta manera cantó:

CLARENIO.

A solo eternizar vuestra memoria,
Ojos divinos, centros de belleza,
Con celestial pincel y luz de gloria
Aquí el amor este dibujo empieza.
Suya es la mano, vuestra la victoria,
Y de mi alma el bien de tal riqueza;
El cobra fama, la hermosura vuelo,
Vosotros un retrato, mi alma un cielo:
El con un rayo de su luz preciosa,
Un victorioso Júpiter parece:
Vosotros una puerta deleitosa
A cuanta gloria humana se apetece:

Mi alma quien por suerte venturosa
Todo lo goza, adora y obedece:
Pues, ojos, rayo, luz, amor y gloria,
Moved aquí el pincel, guiad la historia.
La historia es de la gloria en mí nacida,
Y vosotros autores desta gloria;
Si vos haceis la suya mas cumplida,
Ella deja la vuestra mas notoria:
Si mirando matais, tambien dais vida;
Y de un caso tan digno de memoria
El premio es mio, y vuestras las hazañas,
Y amor quien las escribe en mis entrañas.
En cualquier parte desa luz hermosa
La vida con la muerte está escondida:
Ojos, ¿quien vió jamás, ni oyó tal cosa,
Dar vida y muerte sola una bebida?
Si mirando dais vida deleitosa,
Si mirando tambien quitais la vida,
Quien no se concertare con la suerte
¿Como podrá librarse de la muerte?
El riesgo es grande, grande la riqueza:
Mas el amor lo hace todo llano;
Y esos dos relicarios de belleza,
Reclamos y señuelos de su mano,
Esferas de hermosura y fortaleza,
Estrellas, soles, luz de mi verano,
Pomas alegres, do el placer se anida,
Ventanas del alcazar de la vida.
Sois esmeraldas de virtud divina,
Sois luceros hermosos de mi cielo,
Sois cielos donde amor tiene la mina

Mas rica de su gloria y su consuelo:
Sois tesoro y riqueza peregrina,
Sois toda la beldad que encierra el suelo,
Templos dó amor ha puesto mis despojos,
Sois ojos de las lumbres de mis ojos.
Pues, ojos de las lumbres de mis ojos,
Basta, paren aquí vuestros desvíos,
Antes que por seguir vanos antojos
Los que ahora os adoran volvais rios:
Si nunca procuré daros enojos,
Nortes, luceros bellos, ojos mios,
Al alma que os he dadó en dulce empeño
No la asombreis con su capote y ceño.
Mirad bien, basiliscos soberanos,
Que no es gloria quitársela á un rendido;
Pues sois hermosos, sed tambien humanos,
Porque en vosotros todo esté cumplido:
Si un rayo vuestro hace mil veranos
Del invierno mas seco y desabrido,
Hermosos soles de mi primavera,
No permitais que en este invierno muera.
Volved agora á mí esas lumbres de oro,
Y volvereis mi alma envuelta en ellas,
Pondreis silencio en mi tristeza y lloro,
Y mi dicha pondreis en las estrellas:
Hareis de mi pobreza gran tesoro,
Que esto y mas pueden esas luces bellas;
Pues luces bellas, luces de mi cielo,
Basta, que va sin vos perdido el vuelo.

Las nuevas rimas de Clarenio, aunque hasta entonces poco usadas entre pastores, á todos fueron de gran contento: solo Melancio, como si ellas le fueran ocasion de nuevas lágrimas, al mejor tiempo, sin bastar nadie á detenerlo, nos dejó; que cierto, segun yo pienso, á un corazon triste cualquier entretenimiento cansa. Los mas nos compadecimos de él, y algunos le acompañáramos si nos viéramos suficientes á remediarlo: mas por entonces todos al parecer de Clavelio nos inclinámos, que con sus versos nos afirmó ser el tiempo médico universal de semejantes pasiones, bálsamo de todas pesadumbres, y caudaloso Leteo de bienes y males. Y aun mas dijo él: me atreveria á contar que este dorado sol, que ahora hecho una sola llama vemos, no como habeis oido decir, de noche por debajo de nuestros pies anda volando: mas luego que se acaba el dia, toda su lumbre se deshace en aquellas mismas centellas que por el cielo andan derramadas, que yo no pienso que otra cosa sean que las encendidas teas con que los soberanos dioses se alumbran, á quien los mortales han dado nombre de estrellas. De estas pues es bien que sepais, que luego que sobre el oriente se oye la primera voz del lucero pregonando el dia, poco á poco se juntan todas como si una sola llama fuesen; y esta, echando de sí encendidos rayos de fuego, volando sube con doradas alas por la altísima bóveda del mundo, salien-

do quizá de aquella escura cueva de adonde tambien suelen salir los espantos que por las calladas sombras de la noche vuelan. Pues si toda esa grandeza de dia y esa masa celestial de fuego, que para todos tiene lumbre, con el tiempo se deshace y amortigua, y anda en truecos y variedades con nosotros, ¿que mucho que espere bonanza quien aun puede respirar en la tormenta? Así Clavelio nos habló, y todos con grande reverencia le escuchamos, loando al cielo porque entre nuestros pinos pastores tan entendidos se hallasen; y él, volviendo los ojos á Beraldo, que con la zampoña de Florenio ni menos triste, ni mas placentero se mostraba, así por burlar le dijo: á dicha, pastor, ¿querrásme agora trocar esa tu nueva zampoña á una antigua cítara que tengo, de tan vivas y suaves voces, que si fuera de estas selvas acertases á tocarla, como Aristeo en otro tiempo hizo, famoso entre los pastores quedarias, y aun de los pinos y robles que á escuchar el son bajasen poderoso serias á hacer nuevas selvas y nuevos nunca vistos bosques en el mundo? Mas si tú, como yo creo, á los que tras este pastor vienen no te amañas á pasar, de buena gana te aconsejaria que con tu rústica zampoña te contentes; de modo que ni su son saliese de entre las hayas, ni tú fuera de los álamos hallases tu nombre escrito. Pastor, respondió Beraldo corrido de semejantes palabras, hasta ahora no me des-

precio de haberme criado entre robles y encinas, ni mi musa de habitar las selvas está afrentada. Ellas en tiempo de aquellos divinos cónsules no se tuvieron en menos que la sonora trompa de Marte, á la cual como yo atrevidamente quisiese llegar mi rústico labio, así un cercano laurel, no sin virtud divina movido, sentí que me dijese: la edad crecida y las robustas fuerzas faltan, y al pastor solo apacentar sus ovejas conviene, y con flaca vena escribir rústicos cantares por álamos. Dijo; y yo las cercanas deidades humildemente adoré. Mira tú, pastor, si es lícito pasar los límites que el cielo señala. Pan es el guardador de nuestros montes y el dios de las ovejas y cabañas, y el que juntando cañas hizo al mundo la primer zampoña: ni yo desprecio su son, ni de imitar cantando un tal dios por estos prados me desdeño; ni tú, cabrerizo, creas que Apolo en solos los riscos del Parnaso se recree: los bosques tambien le agradaron, y aun viven todavía sus versos por los pinos. ¿Y como, acudió entonces Rosanio, tú piensas que á todos las humildes retamas entretienen, y las pequeñas cosas agradan? Las cabañas y pastores las menos veces se admiten, y mas si las flores son abrojos, las fuentes amargas, los campos por cultivar, las selvas llenas de marañas, la llaneza en solo el nombre: á las nuestras el cielo dé lo que les falta; y tú deja los tristes pensamientos en que vives: respondeme, que pues Claudio lo

rehusa, gustaré de cantar contigo: veamos como sabes tocar la nueva zampoña.

ROSANIO. BERALDO.

ROSANIO.

Dime, cabrero, ¿es tuyo aquel ganado
Conque te vide ayer pasar el rio?
¿O á soldada con Clónico has entrado?

BERALDO.

No, mas á Tirsis guardo su cabrío:
Dos cabras solamente tengo mias,
Y el cabron la mitad tambien es mio.

ROSANIO.

¿Como tan desmedradas las traias?
¿Tú no solias ser pastor lozano
Cuando las vacas de Alemon pacias?

BERALDO.

Ya pasó, compañero, ese verano,
Y sucedieron tantas tempestades,
Que igualaron los montes con el llano.
Lleva el cielo tras sí las voluntades,
Y así nunca da vuelta que no sea
Ocasion de infinitas novedades.
Lo mismo que dá en rostro nos recrea,
Y aquello que parece mas durable
Ayer se desechó, y hoy se desea.

ROSANIO.

Pastor, si á dicha el tiempo es variable,
El ánimo del hombre no es de tiempo,
Y así le asienta mal el ser mudable.
A quien tantas mudanzas le da el tiempo

No le llamaré yo corazon noble,
Llamarle he corazon de pasatiempo.

BERALDO.

Mas firme soy que envejecido roble,
Pastor, palma inmortal es mi cuidado,
Que no sabe quebrar por mas que doble.
Si en otro tiempo andaba descuidado,
Y solo con mis cabras me avenia,
Quizá que no seria enamorado:
Mas ahora yo pienso que daría
La mitad del ganado á quien me diese
Ver unos ojos que otro tiempo vía.

ROSANIO.

Yo tambien, si alabarme pretendiese,
Mi Filis tengo, y soy enamorado;
Y aun holgaría que ella lo supiese.
Que cuando llevo á casa mi ganado
Suele aguardarme sola en el camino,
Y me asombra si paso descuidado.
Rosas la llevo y flores de contino,
Y pongo mis guirnaldas á su puerta,
Y me huelgo de hablar con su vecino:
Y de la primer fruta de mi huerta
Una cestilla la enviaré colmada,
Toda de flores y azahar cubierta.

BERALDO.

Esa, pastor, es aficion pintada;
Ni el verdadero amor cabe en el seno,
Ni deja el alma andar tan descuidada.
¿Yo no te vi pasar el sayo lleno
De paja, y todo tal, que me hiciste

Reir un grande rato con Fileno?
Y en mi cabron te digo que pusiste
Los ojos al pasar por cierto paso,
Que yo bien te miré, tú no me viste.

ROSANIO.

Sería por ventura, cuando acaso
Cansado de coger fruta madura
De mis huertos volvia paso á paso:
Mas si yo voy á ver la hermosura
De Filis, luego limpio mi vestido,
Y me cubro de rosas y frescura.
Y tan lozano voy por el ejido,
Quella, segun me dicen, por mirarme
Mil veces de su madre se ha perdido.
Si me siente cantar, baja á acecharme;
Y esto en Filis no es mucho, si el ganado
Se olvida de pacer por escucharme.

BERALDO.

Basta, pastor, que vives confiado:
¿Ya tú sabes juntar cañas con cera?
¿Tu voz en estas selvas ha sonado?
¿Yo no te oí un dia en la ribera
Una flauta sonar áspera y dura,
Y acompañarla de una voz grosera?

ROSANIO.

¿Quieres cantar conmigo por ventura?
¿Quieres que los dos juntos nos probemos,
Y tú salir quizá desa locura?
Sendas preseas nuestras apostemos,
Un arco nuevo he de tener curioso,
De cuerno reforzados los estremos;

Todo de un palo índico oloroso
  Con labores de estaño guarnecido,
  Digno de cualquier brazo valeroso.
Y un carcax de lo mismo, dó esculpido
  El malogrado Adonis yace muerto,
  Al pie de un fiero jabalí tendido.
Mas contigo haré nuevo concierto:
  Es precioso mi arco, y no querria
  Aventurar tal joya á caso incierto.
Sola una cabra tengo toda mia,
  A criar dos cabritos enseñada,
  Y ordeñarse dos veces cada dia;
Aquesta sí será de mi apostada.
  Bien es el premio harto aventajado:
  Señálame otra tú de tu manada.

BERALDO.

No cabra, mas un vaso delicado
  Te apostaré, de tanta hermosura,
  Que no te quejarás por agraviado:
Labrado es todo de madera escura:
  Clonio en el monte se halló la rama,
  Del divino Cleantro es la hechura.
De ébano, ó nogal quizá se llama;
  Y bien cabe su entalle por famoso
  Entre las cosas dignas de la fama.
Es todo el vaso un bosque deleitoso,
  Y en medio dél tres diosas hermosísimas,
  Delante un pastorcillo venturoso:
Así hechas las hojas sutilísimas,
  Que con ellas parece que se enraman,
  Y al pastor quieren parecer bellísimas.

A juzgar no se qué las tres le claman,
Una pienso que es madre de Cupido,
No sé las otras dos cómo se llaman.
Por ser mi vaso, como ves, polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.

ROSANIO.

Tambien á mí otro vaso delicado
Cleantro me labró, tambien el mio
De ninfas y de bosques ilustrado:
Donde pintó de Orfeo el desafio,
Que hizo con los montes que le oian,
Y á oir su canto se detuvo un rio:
Las selvas puso allí que le seguian,
Y los pinos tambien, que sin ruido
De las mas altas sierras decendian.
Por ser mi vaso, como ves, polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.
Cualquiera cosa apostaré de grado;
Escoge tú, que si mi cabra vieses,
No hay que alabar tu vaso delicado.

BERALDO.

Bien cantaria yo cuanto quisieses,
Mas somos compañeros, y algun dia
Juntos hemos segado nuestras mieses:
Por tanto, si querrás en compañía,
Dejando ahora nuestro honor aparte,
Los dos cantemos la pastora mia.

ROSANIO.

Canta, que soy contento de ayudarte;

Que nada habrá que tu amistad deshaga,
Aunque estaba resuelto de ganarte.

BERALDO.

El cielo con mi fe te satisfaga
La nueva obligacion en que me pones,
Pues solo amor con lo que obliga paga.
Oid, cielos, oid los ricos dones
Que en mi cielo encerrais; y tú, pastora,
Recibe nuestras puras intenciones.

ROSANIO.

Los nuevos resplandores de la aurora,
Las tiernas rosas, las doradas flores,
Cuanto en los senos del verano mora,
No son, pastora, mas que borradores,
Do quiso retratarse tu belleza,
Dados como al descuido los colores.

BERALDO.

Las perlas con que el alba se adereza,
Y el mundo argenta y viste de alegría:
Las nubes llenas de oro y de riqueza,
Los mensageros del alegre dia,
La luz que siembran por la tierra y cielo,
Sin tí, pastora bella, es noche fria,
Tristeza, enfado, angustia y desconsuelo.

ROSANIO.

Pastor, si veo un monte, en cuya cumbre
Dejó un cielo plantado
La primavera con alegres flores,
Que con la clara lumbre
Del nuevo sol dorado
Echa de sí mil varios resplandores,

Me parece que miro alguna cosa
Que es sombra del cabello de tu diosa.

BERALDO.

Los lazos con que amor cautiva y prende,
Las redes y marañas
Con que enreda mil almas y mil vidas;
El oro con que enciende
El fuego en las entrañas,
Que las deja en ceniza convertidas,
Dese cabello de oro ensortijado,
Por nuestro bien, pastora, fue robado.

ROSANIO.

¿Has visto los remansos mas hermosos
De la leche cuajada,
Cuando temblando apenas deja verse,
O en llanos espaciosos
La nieve no pisada,
Que abriendo el sol comienza á deshacerse?
Pues aun es mas hermosa, y sin mancilla,
La bella frente de tu pastorcilla.

BERALDO.

Le bella frente de mi pastorcilla,
Si yo quisiere ahora
Darla en comparacion justa y medida,
La plateada silla
De la rosada aurora,
Quedára en su retrato deslucida,
Amortiguado el sol resplandeciente,
Y el dia en las ventanas del oriente.

ROSANIO.

Unos arcos y venas van parejas

Por la blanca azucena,
Que te parecerán oro escarchado:
Mas mirando las cejas,
Y la frente serena
Donde tu paraiso está cifrado,
Verás, no oro escarchado con el hielo,
Mas dos arcos de gloria en solo un cielo.

BERALDO.

Si hay dos arcos de gloria en solo un cielo,
Serán, pastora mia,
Los dos arcos triunfales de tus ojos,
Con que amor tira al suelo
Saetas de alegría,
Y le siguen mil almas por despojos:
Dichosos arcos y dichosa vira,
Y mas dichoso el blanco á quien se tira.

ROSANIO.

El sol, la luna, el alba y el lucero,
Las doradas estrellas,
Los ejes de oro en que restriba el cielo,
El dia placentero,
Bañado en luces bellas,
Lloviendo lumbre y gloria por el suelo,
Son, pastora, los bienes que á manojos
Saca amor por las puertas de tus ojos.

BERALDO.

Saca amor por las puertas de tus ojos,
Pastora de mi vida,
Cuanto bien por el mundo se reparte;
Fenecen los enojos,
Y la alegría escondida

Brota al moverlos tú por qualquier parte:
¡Ay ojos mios, quien volviese á veros
Sin nuevo sobresalto de perderos!

ROSANIO.

Quisiera aquí pintar de tu pastora
La boca soberana,
Conchuela en cuyos senos plateados
Un paraiso mora,
De adonde llueve y mana
La gloria que dá amor á sus privados;
Donde lo menos que hay es el concierto,
Del blanco aljofar en rubies enjerto.

BERALDO.

Del blanco aljofar en rubies enjerto,
Mas claro y mas lustroso
Que el que nace en conchuelas orientales,
El tesoro encubierto
En el seno precioso,
Do se crian mis bienes y mis males,
Es la riqueza que á la vista envia
Esa celestial puerta de alegría.

ROSANIO.

¿Has visto entre la nieve deshojada
Una encarnada rosa,
O algun rubí sobre marfil sentado,
O á la nieve mezclada
La hojuela olorosa
Del clavel rojo en carmesí bañado?
Pues aquesto es tinieblas y pobreza,
Belisa, puesto ante tu gran belleza.

BERALDO.

Belisa, puesto ante tu gran belleza
El cielo arrebolado,
El alba, la mañana y su frescura,
Las galas, la riqueza,
El primor mas cendrado
Que hay en los cofres de la hermosura,
Es comparar el sol con una estrella,
O con la noche escura el alba bella.

ROSANIO.

No mas, pastor, no mas, que se han pasado
Las horas y el frescor de la mañana,
Y el tiempo y la ocasion nos han burlado.

BERALDO.

Comenzamos labor muy soberana,
Y trasladó el pincel que era del suelo
De estampa celestial pintura humana.

ROSANIO.

Ya en lo mas alto del dorado cielo
La carroza del sol, fuente del dia,
Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.
Nuestro ganado busca el agua fria,
Y el pasto fresco, en que pasar la siesta,
Que entre silvestres árboles se cria.

BERALDO.

Ya el mio va subiendo por la cuesta;
Corre, pastor, recoge tu manada,
Y allá te aguardo al val de la floresta,
Cabe el pino, al bajar de la cañada.

EGLOGA SEGUNDA.

Luego que los pastores con el dichoso fin de sus cantares dejaron envidiosas las selvas, á cada uno pareció hora de bajar á la ribera. Y siguiendo todos este parecer, porque nuestros ganados confusamente se repastaban por aquellos ejidos, casi los mas nos fuimos juntos, quien á buscar las vacas, quien á llevar al agua sus ovejas; unos á sacar de entre las espesas matas las golosas cabrillas, y otros finalmente á requerir las pesadas yuntas de bueyes que á soldada de caudalosos labradores guardaban, sino fue el vaquero Graciolo, que en busca de una blanca becerra se entró por el bosque. Todos con placenteras burlas, dejando sola la amada Erifile, nos íbamos acercando á la ribera; y apenas del primer lugar nos apartamos lo que el ladrar de un perro se puede oir, quando á un lado del bosque de improviso sonó una zampoña que á todos puso deseos de saber cuya era; y como los mas señalados de la ribera aquella mañana se habian hallado en la fuente, ninguno podia pensar quién oyendo nuestra conversacion en aquellas soledades estaba emboscado; y unos señalando uno, y otros otro, con el menor

ruido que pudimos descubrimos por entre unas matas al enamorado Leucipo, que junto á una pequeña fuente con la música ordinaria, manjar de pastores, se entretenia. Detuvímonos un rato escuchándole, porque el tiempo no nos apretaba mucho; y él, despues de haber tocado su mal ataviada zampoña, con estos versos la acompañó:

LEUCIPO.

¿Quien pudiera poner en la memoria,
  Hecha de aquel cristal que son los ojos,
  Solo un cuidado y una sola historia?
Y sin mirar las cosas por antojos,
  Ni de la paz cogiéramos la guerra,
  Ni entre rosas nacieran los abrojos.
Yo sé cuando los pinos desta tierra
  Con delgadas palabras repetian
  Mis cantares, al tono de la sierra;
Y á las veces tambien me respondian,
  Que pudiera decir de sus canciones
  Que con las de mi labio competian.
Trocadas siento ya las condiciones,
  Ya ni responden, ni escucharme quieren,
  Que á todos gustos cansan mis razones.
Los que enfadados de vivir vivieren,
  Lleguen á mi dolor, y allí atajados
  En ver otro mayor no desesperen.
Ninfas, que entre las flores destos prados
  Vivis en tiernas plantas convertidas,
  Sin apartar de allí vuestros cuidados;

O ya en las claras aguas escondidas
Guardeis por dicha aquesta dulce fuente,
Guardad tambien mis lágrimas perdidas.
Cuando yo en medio de la siesta ardiente
Te busco, Filis, Filis deseada,
Y mi voz sola la cigarra siente,
Entro en el monte, dejo la cañada,
Subo al pinar, y salgo por la sierra,
Y allí te llamo con la voz cansada.
Quémame el sol, abrásame la tierra;
Tú, mas sorda que el mar á mis razones,
Mas cruel haces con callar mi guerra.
No me bastó sufrir las sin razones,
Los altivos desdenes de Tirrena;
Iguales sois las dos en condiciones.
Aunque mas blanca tú, que ella morena,
Aunque ella sea lirio, y tú seas rosa,
La una sea amapola, otra azucena,
No fies en beldad, Filis hermosa,
El lirio vive, el azucena muere,
Y todo pasa con la edad forzosa.
Si por ventura alguno te dijere
Que en sus huertos las rosas siempre viven,
Dile tú, Filis, que engañarte quiere.
Ya sé que mis cuidados se reciben
En gusto entretenido y ocupado,
Y en el agua tus dedos los escriben.
Despréciaste de mí, luego te enfado;
Pues aunque no merezca ser querido,
No soy digno de ser tan despreciado.
Bien sabes que revuelvo en el ejido

Mil ovejas mas blancas que la nieve,
Siempre de leche y queso abastecido.
Ni cuando abrasa el sol, ni cuando llueve,
Pasto verde le falta á mi rebaño,
Ora se seque el campo ó se renueve.
Leche fresca me sobra todo el año,
Ni á mí el verano me acrecienta el queso,
Ni me hace el invierno ningun daño.
Pues en saber cantares yo confieso
Que si Titiro ahora me escuchara,
Que no perdiera mi opinion por eso;
Y en hacer una hortera, una cuchara,
Labrar un caramillo y un cayado
Si yo quisiera nadie me igualara.
Ni soy de gesto yo tan mal formado,
Si por dicha mi imágen no me miente,
Que venga á ser por feo desamado.
Ya yo me ví del Tajo en la corriente,
Que como á tí de espejo me servia,
Y aun ahora me veo en esta fuente.
Y si acaso la imágen, por ser mia,
No me engaña, por esa de tu Alfeo
La ventura, y no el rostro, trocaria.
Sé tú juez, que no por eso creo
Que si alzases los ojos á mirarme,
No pareciese tu Narciso feo.
El cielo entre estos bienes quiera darme
Gozar estos cortijos mal labrados,
Mil siglos de oro sin de tí apartarme;
Y juntos por la sierra ambos ganados
Competir con los Faunos en canciones,

Y componer guirnaldas por los prados.
¡Mas ay, que Pan no escucha mis razones,
Febo en oir mi canto de corrido
Enjuga en mi zampoña ya los sones!
Su voz y mis cantares se han perdido,
La cera derretida se ha deshecho,
Y tres cañas de siete se han caido.
¿Por ventura mejor no hubiera hecho
De verdes mimbres una blanca cesta,
Que no gastar el tiempo sin provecho?
Ya en la ribera entrando va la siesta,
Quiero llevar al agua mi ganado,
Y otra Filis habrá quizas sin esta,
Que aquesta sin razon me ha desechado.

Fue para todos el canto del encubierto pastor de no pequeño entretenimiento; y en tener lástima de sus cosas generalmente le pagamos el regalo de oirle, que lo uno fue de gusto, y lo otro digno de compasion; porque mientras él en su cantar se detenia, queriendo quizá mostrar á los vecinos árboles que otro fuego mayor ardia en sus entrañas, sin esquivarse de la rigurosa vista del sol, que ya á toda fuerza tenia la mitad del cielo, sentado en la abrasada arena estuvo, y así la cera de su rústica zampoña, como él en su cantar decia, poco á poco se fue derritiendo, hasta que de sí mismo enfadado, arrojando lo que della le quedaba, los que presentes nos hallámos vimos ir por el aire los deshechos canutos, re-

pitiendo en vano el amado nombre de Filis. Todos con piadosas lágrimas le ayudamos rogando al cielo por su victoria, cosa que ya muchas veces á otras arrogancias mayores hizo ablandar los endurecidos ánimos. Mas esta pastora de Leucipo, si yo bien estoy en el caso, siempre tan altiva y arrogante ha sido, como novilla no domada, que exenta y libre por los campos á solo su antojo tiene por ley. Habiendo pues el pastor concluido su canto y no los pensamientos, volviendo al zurron el pan, la manteca y queso y algunas nueces y castañas que para comer habia sacado, harto de los manjares de su memoria, y perdido con su acedía el gusto á los presentes, como si la causa de su pena allí lo estuviera, así comenzó á decir: ¡O Filis mia, aunque rigurosa y dura, de mí sin comparacion mas amada que la vida, mas dulce que la ganancia, mas alegre que las nuevas flores de abril, y á mis ojos mas deleitosa que los lascivos y tiernos cabritillos que entre ellas andan retozando; y sobre todo, si á tanto dolor es lícito, á mí mas provechosa que á los sembrados en leche las fértiles aguas de mayo! ¿Por que, Filis mia, así aborrecido me tienes, como si tú nacida de los montes, ó yo de los ganaderos fuera el mas desechado? Bellísima pastora mia, sea yo á tu gusto mas amargo que la retama, mas que el lentisco acedo, y no menos que el enroscado dragon aborrecible, si desde tu pri-

mera vista cosa en mi opinion ha llegado que á la sombra de tu valor parezca; ni cuando los disantos suelo vender en la ciudad mis cabritillos, igual beldad á la tuya he descubierto, ahora sea de las que el cuidado hace extremadas, ó las que el descuido tienen por artífice de su donaire; que contigo nada se iguala, y en mi opinion vales mucho, y lo que sin encarecimiento digo, ni en las eras del limpio trigo los rojos montones como granos de oro resplandecientes, ni en el campo los manzanos, que al suelo su madura fruta derriva, ni mis labradas viñas, ni mis fértiles y cultivados huertos igual deleite que tu vista ponen. Pues si descuidado vivo de adorarte, si en reconocerte por mi diosa soy perezoso, mira, pastora, lo que en servicio tuyo hago. No muy léjos de nuestra cristalina Erifile entre floridos árboles, que con mis versos estan cantando tus loores, de verde yedra y florido acanto, del modo que á mi pobreza conviene, un pequeño altar tengo hecho, donde los mas dias en contemplacion tuya suelo componer un retrato tan adornado de rosas y claveles, que si su hermosura descubre gran magestad, la curiosidad le da mas gala; y te certifico, mi pastora, que de tal manera á mi parecer con su presencia queda todo hecho un cielo, como si alguna oculta deidad de los vecinos bosques allí á presidir bajase, donde, conforme á mi rústico talento, suelo decir mil cantares lícitos

á mi amor y á sola tu beldad debidos. Y aunque por el inviolable temor de los vengativos dioses me falten otras mayores ofrendas, de que yo te juzgo digna, no por eso dejo de ofrecerte cada hora mi pensamiento y la intencion que es quien da virtud al sacrificio. Y si por dicha es verdad, como yo sin duda creo, que por oculta fuerza que á tí me inclina todas mis cosas te son manifiestas, oye ahora los dones que en tu altar pienso ofrecer. Cuanto á lo primero dos blancos canastillos labrados de mi mano, y en ellos tu nombre escrito, muchos dias ha que entre flores tengo guardados, los cuales llenos de rosas y azucenas, despues de haberlos derramado sobre tu retrato, en ellos cogeré de mi mano aplicadas á solo tu gusto las mas olorosas manzanas de tierno vello vestidas que en mis huertos hallare, poniendo encima por su cuenta blandas castañas y nueces, fruta á que mas Galatea se inclinaba; y si tiempo fuere dello, añadiré por colmo á mis cestillas, amarillas ciruelas, como el ambar claro, y entretejiendo al precioso azahar rojos claveles y amapolas, á tí tambien, laurel, pienso cogerte, y á tí fresco arrayan, que ahora callando me oyes, cuyos suaves olores harán mas agradable mi presente. Y así tú con la misma fiesta y dignidad que por los campos la alegre Flora se recibe, de mí serás cantada por los montes; pues tú sola coronada de inmortales rosas abres en mi co-

razon el mas verdadero abril, y el verano y primavera mas deleitosa. Mas todo ¡ay de mí! en ser de mi mano te ofende: las fieras osas te engendraron; nacida eres de los duros robles; rústico es Leucipo, Filis de sus dones no se cura, groseros son como él, invidie el mundo su pena, llorad pinos su ventura. ¿Qué busco contigo ingrata? Las flores siembro al aire, que en compañía de mis palabras se las lleva. A Dios, árboles sombríos, que mientras mas vuestra compañía trato menos remediais mis fatigas. Dijo; y echando el zurron al hombro se puso en pie y á carear su ganado, hasta que llegando á un alto y copado aliso, por cuyo tronco una fresca hiedra se entretejía y marañaba, fué haciendo de las hojas y las ramas una cueva en tal disposicion y sitio, que cubierto el suelo todo de las verdes alfombras de abril, labradas de primavera, y por la bóveda embestida de unas menudas centellas y tembladores rayos de luz, que entrando como menudos relampagos por los descuidos de las inquietas hojas, no otra cosa parecian que unos ricos y artificiosos artesones hechos de lazos de oro y esmeraldas. Viendo pues el pastor tan gran frescura, no pudo ser su pena tal que el sitio no la venciese con gana de pasar en él la siesta; que al fin no hay corazon tan triste que no procure algun descanso, ni mal tan envejecido y rebelde á quien una nueva ocasion, ya que del todo no le sane, á lo menos

le divierta, como esta cueva hizo á Leucipo, que amparándose en ella de la siesta que iba entrando, así tendido sobre la yerba en tono bajo habló á sus males:

LEUCIPO.

Déjame aquí dormir, desconfianza,
 Que cuanto me está mal todo lo creo;
 Que me engañan los ojos ya lo veo,
 Y que es sin fundamento mi esperanza:
Si con el tiempo al fin todo se alcanza,
 Tambien yo alcanzaré lo que deseo,
 Que no ha de hacer mi mal tan gran rodeo,
 Que en sí, en mí, ó en él no haga mudanza.
Si la que es mármol y parece cera,
 Por no templar sus leyes rigurosas
 A mi esperanza destemplare en ellas,
No me podrá estorbar, por mas que quiera,
 Que al fin, ya que no acabe grandes cosas,
 No muera por la fe de acometellas.

Con estas palabras en la boca, y el sueño al parecer en los ojos, dejamos nuestro pastor, acudiendo cada uno á su menester, con que por entonces la agradable junta se deshizo; y otro dia siguiente, que casi todo él sin cesar habia llovido á vueltas de un frio cierzo que los pinos con increible furia derribaba, no muy desviado del rio, á la parte de la sierra, encontré al vaquero Ursanio, tan mojado y lleno de lodo, que si yo enjuto y bien comi-

do me hallara, de buena gana riera su donoso talle y vista; y mas cuando con mil placeres, como si un gran suceso fuera, me llegó á contar de la manera que al pasar unos atolladeros que junto al vado se hacen, así á un tiempo se le fueron ambos pies, que cuando sobre sí volvió se halló tendido en el lodo, donde largo rato por no sacar las manos del seno no se pudo desmarañar de su capote; y lo que sobre todo á mí mayor gana de reir me daba, era ver que en su cuerpo no trajese cosa enjuta sino las manos, y estas hasta entonces no las habia sacado del seno, temeroso que el frio no se las arrebatase. Y preguntándole yo porqué en tal menester de su cayado no se valia, así con una nueva alegria me respondió: por cierto, valeroso pastor, yo un cayado tengo de los mejores y mas galanos de la sierra, no de otra cosa que de oloroso enebro, y tan artificiosamente labrado, que entre sus curiosos entalles, si ahora aquí le tuviera, pudieras con particular gusto ver al famoso Argos, pastor rico de cien ojos, á quien Juno solo como habrás oido osó fiar su vaquilla; y no muy apartado de una fuente, á cuyo márgen en aquel punto se habia sentado, estaba el mañoso Mercurio convidándole al peligroso sueño con la dulce armonía de su canto, y lo que á no poca lástima te moverá, si atento te pones á mirarlo, es el ya degollado pastor, puestas en eterna noche aquellas vivas lumbres, que co-

mo en el cielo las estrellas, así por su cuerpo estaban derramadas, donde siempre que con la imaginacion llego, verdaderamente juzgo la humana suerte por miserable; pues cien ojos sola una muerte los ocupa, con otras algunas curiosidades que para contarlas despacio es poco el tiempo, y mucho el frio que hace. Y aunque á veces suelo traerle conmigo, si ahora así me sucediera, y como yo se hubiera enlodado, no sé como tal desgracia cupiera en mi sufrimiento. ¿Mas que dirás á esto, pastor, que ya otra vez semejante cosa me avino con mi cayado, casi en ese mismo lugar en que ahora tienes los pies, que por alcanzar un cabrito de mi Tirrena, vine á dar con él sobre esas piedras, que no mucho estuvo de hacerse pedazos? Mas mi ventura entonces fue tal, que sola una guarnicion de estaño que en el remate tenia se le cayó, dejado aparte que al pastor Argos se le quebró de la mano la delicada cuerda con que á un árbol tenia atada su vaquilla; y esto porque ya á mi parecer Mercurio se ensayaba á cortarla, no se echa tanto de ver, como quebrársele al mismo dios un pedazo del caducéo, con que sembrando estaba sueño sobre los cien cuïdadosos ojos del pastor: mas ¡ó hazaña maravillosa de nuestro serrano Cristalio, ingenioso sobre todos los de estas riberas! que tan diestramente se amañó á pegar lo quebrado con la dorada goma, no sé si de ciruelo, si de manzano fuese, que muy

aguda será la vista que la sutíl soldadura descubra, por cuyo beneficio le prometí una grande hortera de cuajada, y bien que hasta ahora no se la he dado, siempre que me la pida confesaré debérsela. Pues ahora, mi curioso cayado, no poco huelgo de no haberos traido como otras veces en mi compañía, porque yo mas para el regalo de los ojos que sustento de mi cuerpo os guardo. Así Ursanio me dijo, y yo despues de preguntarle por un manchado cabritillo que de las ubres de su madre faltaba, triste por no hallar rastro dél, subia el collado de la sierra, cuando al abrigo de unas encinas descubrí al pastor Florenio, que en aquella sazon tocando un curioso rabel de pino comenzaba á cantar estos versos:

FLORENIO.

Ninfas, si oir quereis un triste llanto;
  Faunos, si amor á compasion os mueve;
  Y tú, dios Pan, que estás tras desa rama,
Escuchad todos con placer mi canto,
  Mientras del cielo la liviana nieve
  Al sol le templa su encendida llama:
Yo canto la partida de una dama,
  Y el nuevo sentimiento
  De un antiguo tormento,
  Que ausencia comunmente el vulgo llama.
Mas quien la siente no la llama ausencia,
  Sino insufrible calma
  Que anega el alma, acaba la paciencia.

Traía, ó dulce alivio de mi vida,
  Gordo por estos montes mi ganado
  Y yo tambien con él rico y contento.
Ora labrando para mí un cayado,
  Y una guirnalda para tí florida,
  Y en tí ocupado todo el sentimiento.
Si algun recelo en el liviano viento
  A mi puerta llegaba,
  El desengaño estaba
  A la puerta tambien del pensamiento.
Ahora que te vas y yo me quedo,
  ¡Ay Dios! ¡ay mal estraño!
  ¿Que desengaño deshará mi miedo?
¿Adonde volveré los tristes ojos,
  Que no vean la imágen de la muerte,
  No hallándote á tí que eres mi vida?
Todo mi bien se perderá en perderte,
  Sola mi fe cual flores entre abrojos
  Siempre se mostrará fresca y florida,
Que estando su raiz al alma asida,
  Sembrada en la memoria,
  Cultivada con gloria,
  Y al claro rayo de tu luz nacida,
Ningun contrario tiempo será parte
  Para dañarla en nada,
  Que está sembrada al fin en noble parte.
Que me olvides, pastora, no lo dudo,
  Aunque dudo tambien ser olvidado,
  Y entre estos dos extremos quedo muerto:
Tu gran valor me hace confiado,
  Mi grande amor creer en lo que dudo,

Dime, señora, tú lo que es mas cierto.
Mi corazon te muestro descubierto,
Planta en él de tu mano
Un alegre verano,
O un invierno de triste desconcierto,
Que para todo me verás dispuesto,
Y mas para quererte,
Aunque en no verte se aventure el resto.
Cual tierno cabritillo, que colgado
De alguna rama en ella entretenido,
Olvidado quedó de la manada,
Cae en la cuenta, y viéndose perdido
Por aquí corre y por allí turbado,
Llamando á gritos á su madre amada,
Y al fin viendo la noche ya cerrada,
Y el lobo ante los ojos,
Se le da por despojos
La soledad y vida rematada:
Tal quedo yo, pastora, con perderte,
Y tal mi triste vida
Veré perdida en no pudiendo verte.
Cancion, que has visto el fin de mi contento,
Si á mi pastora vieres,
Pues ya de mis placeres
No hay cosa que no amargue al pensamiento,
Dile que no se vaya, ó no me deje,
O me vuelva mi gloria,
O su memoria de mi alma aleje.

Luego que Florenio acabó su canto, yo salí de entre unas peñas, donde por no impe-

dirle me habia escondido; y el pastor, no menos alegre en verme que yo lo habia estado en oirle, ¡ó mi serrano! dijo, ¿tan cerca estabas de mi? Salvo sea tu rebaño; las selvas guarden tus cabritos: el que tú ahora congojado buscas no está en poder de lobos: aquí te llega, compañero; y si el tiempo no te lo impide, miéntras el frio pasa podrás entretenerte conmigo, que tu pintado recental no ha mucho que entre mis ovejas, por saber que era tuyo, le recogí. ¿Si podrá el cielo, dije yo entonces, traerme, Florenio mio, á tiempo que tanto bien te satisfaga? ¿Acaso para mí cosa de mayor gusto podia hallar? Luego al oir tu canto le tuve por feliz agüero, y no me engañaba, cuando de todo mi trabajo no grangeara mas que oirte; y mas cuando en tu cancion llegaste á la comparacion del cabritillo, donde como adivinando mi venida te ensayaste á darme nuevas de lo que venia buscando, sacando del caso presente agudos motivos para mejor explicar tus sentimientos, aunque al principio en oir tratar de lágrimas me turbé. Alguna desgracia, dije, le ha sucedido, ahora sea que su perro Petulco le haya faltado, ó sus sembrados destruidos sean; hasta que tu mismo cantar me descubrió el secreto de tu pena, obligándome á rogar á las celestiales lumbres que á nuestras vidas presiden, que siempre prosperen en tí semejantes agüeros; y las silvestres deidades, así ninfas del rio, como sáti-

ros de los montes, alivien la pesada carga de males, no dejando en tus hombros mas de aquellos que sin ningun trabajo te fuere lícito llevar. Y tú ahora, Florenio, si á una voluntad como esta te hallas obligado, ruégote me cuentes alguna cosa de tu importancia, siquiera sea de tu encubierta pastora, que yo en fe de tu buen gusto creo que su hermosura y suerte por sí sola merezca ser de tan gran entendimiento celebrada, ó á lo menos me contarás algo de tus ganados, que el cielo así, mirándolos tú, los aumente como hace las flores de los campos. Y si mi rusticidad te impidiere hacer lo que te ruego, canta alguna cosa que corresponda al gran deseo de escucharte, que pues he hallado lo que buscaba á solo oirte estaré atento: ni pienses que el trabajo que por mí tomares quiero sembrarlo en el viento, que yo, aquel mismo que á Tileno como quizá habrás oido ganó á cantar esta zampoña, te la quiero dar por tuya y colgarla ahora de tu cuello; no de otra manera que si en el templo de nuestro dios Pan por trofeo de mi victoria de su misma estatua la colgára. Demas desto tengo, como sabes, una cuchara hecha de un pedazo de roja tea, tan trasparente y delicada, que si de oro no la quisieres juzgar, vez hay que te parecerá de clarísimo ámbar, y otras que no menos que de algun pedazo de lustrosa y limpia goma, y toda ella de harto mayor curiosidad que cuerpo. Porque sin

ser las figuras mayores que menudos granos de trigo, en aquel cabito que solo sirve para usar della su mismo artífice se quiso retratar sentado al pie de un árbol, y labrando como se puede presumir esta misma cuchara que ahora pienso darte; donde de las ninfas, que en aquellas tierras habia tres, las mas hermosas detras del árbol escondidas atentas estan á su labor; y una dellas sin discrepar punto, como cosa digna de celebrarse, la va trasladando en una sutilísima tela, tal que para mostrar el ingenioso artífice su mucha delicadeza, junto á la misma labor pintó menos sutiles que ella los dorados cabellos de la ninfa. Y no solo esto verás en ella, mas al rededor del pastorcillo andan algunas ovejas paciendo, tan al vivo relevadas, que si es verdad que allí de las yerbas no comen, no es porque su perfecion lo estorbe, mas por no quitar los ojos del que con tanto artificio las supo entallar; pues donde apenas cabe la vista, halló materia para semejantes maravillas, dejando todo lo demas tan bruñido y limpio como si apurado oro fuera. Al fin, por no agraviar mas su curiosidad con mi mala relacion, digo que te dirá ella á la primera vista mas que yo en muchas palabras podré. Y segun su primor y el de nuestros mundos de ahora, cree pastor que no es obra de otra mano que del famoso Páris; y si esto es, como sospecho, aquellas ninfas que acechándole están no pueden ser otras que

las tres celebradas diosas que para hacerle juez de su hermosura aguardaron á ver el fin de una obra tan delicada; y la sutíl y artificiosa Palas la que le traslada el dibujo, que á otra mano que la suya no se puede atribuir delicadeza igual. Y pues el precio es digno de cualquier generoso pastor, desde ahora es toda tuya, así por albricias de mi amado cabritillo, como porque tú gustes de hacerme mas alegre con tu canto. ¿Por ventura habrá para mí cosa de mayor gusto que oirte, ó me será nuevo saber que cantas? Dias ha que Alemon me ha loado tus versos, y muchos mas que mi opinion te tiene en el número de los aprobados. Esto es lo que yo dije á Florenio; y él, no sin empacho de oirse alabar, templando su rabel, queria dar principio á mi gusto y su nuevo canto, cuando por lo mas alto de la sierra vimos al pastor Liranio que hácia nosotros venia cantando con tal suavidad, que el encogido dia parecia volver á su olvidada hermosura. Y habiendo el cierzo mitigado su aspereza, de nuevo comenzó á brotar por los collados la amortiguada primavera, sembrando flores de sus senos en honra de tan deleitosa armonía. Y así Florenio suspendiendo por entonces su canto, oimos el de Liranio desta manera:

LIRANIO. FLORENIO.

LIRANIO.

Paced, mis ovejuelas almagradas,
Despuntando las mas hermosas flores,
Y las ramillas menos levantadas.
El cielo os libre siempre sus favores,
Conque creciendo mi caudal y apero,
Llegue á ser mayoral de cien pastores.
Muera en vuestra presencia el lobo fiero,
Porque retoze el tierno corderillo,
Con las pesadas ubres placentero.
Yo haciendo resonar mi caramillo
Por estos prados cantaré canciones
En son que á nadie canse con oillo:
Donde describiré las condiciones
Del cultivar el campo de manera
Que dé siempre sus frutos á montones:
El modo del aprisco y paridera,
Del ordeñar la leche sobre el tarro,
Y del untar la roña con la miera:
Las leyes de la chueca, ruejo y marro,
Juegos que ejercitamos en las eras
Cuando va el sol en su encendido carro:
El tiempo del desquilo, las maneras
Del apartar la lana y hacer queso,
Y de rayar por órden las queseras:
Y conocer los perros por el hueso,
Armarlos de carlancas aceradas,
De mas defensa y guarda que no peso:

El podar de las vides concertadas,
  Y cómo darán uvas de colores,
  A veces rojas, negras y moradas:
El modo de escoger los segadores,
  De derribar la mies, y hacer el vino,
  Tocante á caudalosos labradores:
Y sembrar los cohombros y el pepino
  En nuestros huertos, y al parrar labrado
  Llevar el agua por mejor camino.
Que este trabajo espero que premiado
  Harán, como es razon, mis labradores,
  Pues trato de labrar lo no labrado;
Y es negocio demas que de pastores,
  Cosas de suyo angostas y pequeñas
  Hacer de igual valor con las mayores.
Sembrar el trigo entre desnudas peñas,
  Y seguir los errores que yo sigo
  Es escribir dulzuras entre breñas.
Por mas que Apolo se me muestre amigo,
  Si no salgo de mieses y gavillas,
  Ha de enfadar en su barbecho el trigo.
Mas cantaré tras esto maravillas
  De amor, de sus enredos y marañas,
  Que de amor tambien tengo mis puntillas.
Sé que no es todo ovejas y cabañas
  Cuanto suena en el campo y en la aldea,
  Ni todo comer migas y castañas.
A cada cual su gusto le recrea;
  No hay pena de aficion que no entretenga,
  Ni á pincel de deseo estampa fea:
Cada Pelayo muere por su Menga,

Cada cual anda envuelto en su cuidado,
Y lo demas siquiera vaya ó venga.
Uno lo tiene puesto en el ganado,
Otro en su pastorcilla rigurosa,
Y otro quizá en estarse descuidado.
¿Quien es el que á la sombra deleitosa
Está sentado al pie de aquella encina?
¡O vida dulce de quietud sabrosa!
El rabel toma y á cantar se inclina,
Ya ata el arquillo y templa el rabelejo,
Y las cerdas refriega en la resina:
Llegue yo en esta vida á ser muy viejo,
Entre cabras, ovejas y pastores,
Y mande quien quisiere allá en concejo.
Florenio es, el pastor de los mejores
En valor y respetos de la sierra,
Y no es en el cantar de los peores,
Pastor, que hace gozar acá en la tierra
La paz que encierra y comunica el cielo;
El es del suelo un fenix en ventura.

FLORENIO.

El bien que dura solo es el perfecto.

LIRANIO.

Guarde secreto el cielo que te ha dado
Tan rico estado, sin que la fortuna
Cosa ninguna alcance de tu suerte,
Y allá la muerte en la vejez tardía
Un nuevo dia ponga ante tus ojos,
Libre de antojos y enlazado en gloria.

FLORENIO.

Dulce es la historia de la vida nuestra;

Aquí se muestra vivo el Siglo de Oro,
Rico tesoro á pocos descubierto.

LIRANIO.

¡O bien por cierto digno de invidiarse,
Donde el hallarse libres de ambiciones
Los corazones cria sosegados
De mil cuidados, que jamás se alcanzan,
Y á su son danzan sobre vivas brasas!
O tú, que pasas con quietud la vida,
Entre escondida y encubierta gloria,
Pues la memoria aviva los contentos,
Los instrumentos de los dos templemos,
Y aquí cantemos lo que aquí gozámos,
Y aquí escribámos lo que aquí tenemos.

FLORENIO.

Comienza tú, pastor, con voz del cielo,
Que para cosas tales
Nunca estimes tomarla de la tierra:
Levanta el presto vuelo
Con alas celestiales,
Que polvo es todo cuanto el suelo encierra;
Y como tal no esperes
Mas que de polvo todos sus placeres.

LIRANIO.

Alto pues cielo, danos tus favores,
Para con nuestro canto
Darlo nosotros á tan dulce vida,
Mientras que de mil flores
Se cuaja el verde manto
Desta ribera fértil y florida.
Sea tuyo el aliento,

Pues no ha de ser del suelo nuestro acento.

FLORENIO.

¡Que gusto es ver un simple pastorcillo
En el campo criado,
Y allí tambien con él sus pensamientos!
Tocar el caramillo
Es su mayor cuidado,
Repastar las ovejas sus contentos:
Nada le quita el sueño,
Ni fuera de su gusto tiene dueño.

LIRANIO.

Viene la noche, ordeña su ganado,
Cena queso y cuajada
O manteca mas blanca que la nieve:
Échase sin cuidado
Sobre la paja usada,
Cuando mas nieva, mas ventisca y llueve,
Y en pellejos envuelto,
Duerme toda la noche á sueño suelto.

FLORENIO.

¿Pues luego á la mañana con el frio,
Las manos en el seno,
Con migas el estómago aforrado,
No lleva su cabrío
Por el pasto mas bueno,
Y en su gaban metido y rebujado,
Súbese á una ladera,
Y allí el nuevo calor del sol espera?

LIRANIO.

Tal vez se sienta orilla de una fuente,
O de algun arroyuelo,

Donde corre el cristal envuelto en flores;
Ve sus cabras enfrente
Pacer el verde suelo,
Cantando su descuido, ó sus amores,
O se queda tendido
Debajo de algun álamo dormido.

FLORENIO.

Canta entre las encinas mil canciones
Con voz sonora y clara,
Donde su corazon claro se lea:
Publica sus pasiones,
O labra una cuchara
De incorruptible enebro ó roja tea,
Y guárdala escondida
Para la que es el alma de su vida.

LIRANIO.

Si acaso tiene un blanco cerbatillo
De negro remendado,
Enseñado á jugar alegremente,
Un collar amarillo
Le pone, salpicado
De preciosas conchuelas del Oriente,
Y luego le dedica
Al bien que á su memoria vuelve rica.

FLORENIO.

Goza los frutos de la primavera,
Que entre las nuevas flores
Viene sembrando el mundo de alegría:
Coge la primer pera,
Las manzanas de olores,
Y otros regalos que el verano envia;

Las uvas como grana,
De adonde el vino y alegría mana.

LIRANIO.

Labra sus viñas, ara sus rastrojos,
Planta, poda ó injiere,
Logro seguro al venidero agosto:
Descuidado de antojos,
Contento vive y muere,
Sin ver si el mundo es ancho, ó si es angosto;
Que á quien mas dél encierrra
Le han de encerrar al fin seis pies de tierra.

FLORENIO.

Pone la vid al álamo arrimada,
Injiere en el manzano
Tal vez en ramo inútil el extraño,
Ve pacer su vacada,
Y coge con su mano
De la erizada fruta del castaño;
Y castra sus colmenas
De miel sabrosa y de panales llenas.

LIRANIO.

De rojo trigo como granos de oro
Halla un monton colmado,
Cuando sale el agosto á ver las eras,
Riquísimo tesoro
Con que el campo labrado
Hace sus esperanzas verdaderas,
Y en el otoño frio
Ve en el lagar correr de mosto un rio.

FLORENIO.

El tiempo se nos va de entre las manos,

Y huye de nosotros como el rio,
Y estámonos cantando amores vanos:
Basta lo dicho, y del cuidado mio
La parte que me sobra ocupar quiero
En repastar un rato mi cabrío.
Si tú quieres quedarte, compañero,
Quédate á Dios, que sale ya la estrella,
Y quizá no me falte algun cordero:
Que ya, como tú ves, la lumbre bella
De la celestial lámpara se acaba,
Y las tinieblas vuelan en pos della.
El dia á su aposento echó la aldaba;
La fria noche, de color desnuda,
Ciega la poca luz que nos quedaba.
Segunda vez el aire se desnuda,
Con pardas nubes se revuelve el cielo,
De que ha de haber borrasca no hayas duda.
Ya mis cabrillas, con temor del hielo,
Desean dar la vuelta á su manada,
Y así nos van desocupando el suelo.

LIRANIO.

Deja, zagal, pacer á tu manada;
Tengamos los zurrones proveidos
Y nieve el cielo, no se te dé nada.
Aquí, entre estos abrigos escondidos,
Podremos esta noche acomodarnos,
Entre blandos pellejos recogidos.
Haremos gran hogar con que alegrarnos,
Si tienes pedernal yo tengo yesca;
¿Donde quieres ahora que nos vamos?
En mi zurron habrá manteca fresca,

Queso, pan y castañas, ¿que mas quieres?
Y en este arroyo el agua que refresca.

FLORENIO.

Hágase amigo como tú quisieres;
Esten como ahora estan nuestros zurrones,
Harás de mí lo que de nadie hicieres
Al mismo corte de tus invenciones.



EGLOGA TERCERA.

Ya sobre los cercanos montes que al rústico cantar de los pastores suspensos habian estado, el nocturno carro de la encantada luna con plateadas ruedas iba subiendo, y las fogosas estrellas á porfia por las celestiales ventanas mostrándose hacian con su presencia mas breve el curso del claro dia; y no solo ellas antes de tiempo salieron á gozar el dulce canto de nuestros Apolos, mas la sagrada junta de ninfas y faunos entre los vecinos árboles por escuchar sus canciones dejaron olvidar los comenzados bailes. Y ellos, habiéndoles puesto dichoso fin, por ser el lugar acomodado á pasar lo que de la noche quedaba al abrigo de aquellas piedras, envueltos en sus pellejos, y contemplando el curso de las estrellas, sabrosamente se quedaron dormidos. A mí solo, á quien alguna oculta y poderosa deidad la quietud del corazon ocupaba, no así fácilmente me fue lícito gozar el general alivio del silencio, antes mientras él entendia en ablandar los cuidados de los mortales, puesto por testigo al universal reposo, me quedé sin lo poder excusar llorando males á solo mi sentimiento concedidos, hasta que la blanca estrella del

alba con su tierna luz clareó el camino á la fresca Cloridis, para que de su olorosa falda nuevas rosas y flores gozase el mundo. Yo entonces, dando lugar á los importunos cuidados, con mi cabrito en los hombros, no menos placentero y alegre que el dia, llegándome iba á la ribera, cuando de entre los álamos del rio, Gracildo pastor de un hato de ovejas repastándolas salia, no tan rústica y descuidadamente que con su donaire no pusiese nuevo regocijo y deleite al campo, antes habiendo de olorosas yerbas hecho á su caperuza una guirnalda, con ella tan gallardamente iba coronado, que á la primera vista creí que Apolo segunda vez hubiese bajado á ser pastor de nuestras selvas; y mas cuando al son de una flauta comenzó á alegrar la ribera con esta cancion, que parece la iba leyendo en la hermosura de la mañana.

GRACILDO.

Encrespados riscos de oro,
 Montañas de plata y nieve,
 Huecos peñascos que el aire
 Los ensancha y los reviene:
Vellones de ámbar bruñido,
 Que aljofar y grana llueven,
 Realzando mil plumages
 De púrpura y rosicleres;
Aquí se enriscan montañas,
 Allí se encaraman sierpes,

Acullá nacen dragones
Que se transforman en gentes.
Allí se desgaja un risco,
En quien parece se embebe
Cuanta beldad y hermosura
El cielo en sus senos tiene:
Acullá se empina y sube
Otro con tales relieves,
Que las sombras con las lumbres
Vistosos brocados tejen.
Arrebólase un celage,
Otro se amortigua y muere,
Este se mancha de azul,
Y aquel de un color ardiente.
De todo esto nace el dia,
Coronadas ambas sienes,
A quien le dice un pastor:
Luz que de mi oriente vienes,
Pues tus esmaltes hurtaste
De las mejillas que suelen
Prestarte luz y hermosura
Cuando así extremarte quieres:
Dime, luz preciosa y clara,
Así el tiempo te conserve,
¿La que mis gustos alumbra,
En cual de tus rayos viene?
Por su horizonte pasaste,
Mañana florida y verde,
Y tus flores á sus rosas
Pues te las dió se las debes:
Entre esas yerbas y aljofar

Que sobre esmeraldas viertes,
¿Viene alguna de los ojos
Que á los mios tantas deben?
Porque si un aljofar suyo
En los tuyos entremetes,
No es mucho que tu hermosura
Tan á los extremos llegue.
En esto alteróse el aire,
Y en un momento se vuelven
Las que eran vislumbres de oro
En relámpagos crueles.
El rosicler y la grana
Se destiñen y se pierden,
Los encrespados se allanan,
Los ámbares se escurecen,
Los pinjantes de las nubes
Y sus bordados doseles
Vueltos en paños de luto
Se enturbian y entenebrecen.
Suena el aire, brama el viento,
Y de los rayos que llueven
En las bóvedas del cielo
Retumban entrambos ejes.
Forzado se entra Beraldo
En su aborrecido albergue,
Por huir la tempestad
Que vientos contrarios mueven;
Y al retirarse forzado,
Entre enemigas paredes
Dice, mirando del tiempo
Las tragedias y reveses:

Si mi gloria me han robado
Tus mudanzas y vaivenes,
Ellos me la volverán,
Que el tiempo todo lo puede.

Ya Gracildo habia acabado su cantar, y los alegres ruiseñores de nuevo comenzaban el suyo, cuando llegué á saludarle; y él espantado de verme: ó mi serrano, dijo, los faunos sean en tu guarda, como yo descuidado venia de encontrarte, ó que hubieses vuelto á estas riberas; mas el cielo que prosperar quiso mis agüeros, los tuyos haga dichosos: y pues mi cantar se acabó, no pierda la mañana su comenzada alegría, auméntenla tus canciones, ahora con ellas los fuegos de Galatea resucites, ó á Filis nuevas alabanzas prometas, si entre las amortiguadas cenizas alguna centella de amor te ha quedado. Canta pastor, que las musas te sean favorables, apacentaré entre tanto mis cabritos, que por las sagradas ninfas juro, así con alegre aplauso hagan mis versos dignos de sus oidos, que ninguna cosa me sea de mas gusto que escucharte. Yo entonces, casi sin hallar excusa á tan poderosas palabras, al son de su flauta canté desta manera:

SERRANO.

Carbunclos que enamoran y deslumbran
Las almas y los ojos que los miran,
Fuegos que al corazon mil rayos tiran,

Nortes que sobre el mar de amor relumbran
Aguilas que á los cielos dó se encumbran,
Almas cual nuevos Ganimedes tiran,
Espejos dó las gracias se remiran,
Lámparas que la tierra y cielo alumbran,
Esmeraldas de gloria guarnecidas,
Soles del sol del cielo trasladados,
A cuya luz florecen nuestras vidas:
Misterios son y oficios levantados
Dó estan vuestras hazañas escondidas,
Hermosos ojos verdes y rasgados.

Apenas habia llegado al fin de mi destemplada música, cuando hácia la parte del rio de improviso se oyó sonar un rabel con armonía tan digna de escucharse, que Gracildo, asombrado de su dulzura, atiende pastor, me dijo: ¿tú no sientes la nueva alegría que por la ribera hoy mas que otro ningun dia parece que va naciendo? Todo el campo está dando de sí suaves olores, los pájaros nuevos y no aprendidos cantos; y entre los pinos aquí suena un rabel, allí una zampoña, y acullá una flauta, como si todo el placer de la tierra en estas selvas estuviera abreviado. Por cierto, pastor, yo nunca con semejante vida envidiaria las grandes ciudades donde todo es inquietud, y apenas una hora de sosiego se alcanza; ni menos puedo entender que tú, aquel que por el ancho mundo otras riberas has devuelto y pisado campos mas espaciosos, vida de igual gus-

to á esta hayas encontrado. Esto Gracildo me decia, y yo con callar bien confirmaba su opinion: porque verdaderamente, todo lo que desta primer simplicidad del mundo se desvía mas á su dañosa muerte se llega. Y caminando siempre por entre los árboles, luego que descubrimos á Arcisio sentado al pie de un laurel, por no impedir su regalo con nuestra presencia en aquel mismo puesto nos quedamos; y él, habiendo con humildad adorado el primer rayo del sol que en aquel punto llegaba á saludarle, de un doble de su caperuza sacó unos cabellos, así hermosos y de color del dia que ningunos ojos hubiera tan invidiosos que les negaran ser rayos de aquella misma luz que su pastor poco antes adorado habia; y él en mayores pensamientos ocupado puso la caperuza en el suelo, sobre ella los cabellos y no muy desviada su alma; y mas se les debia, que sin duda eran hermosos sobre todo encarecimiento. Y despues de haberse en su contemplacion suspendido un rato, como de un nuevo furor arrebatado á un tiempo puso la mano en el rabel, los ojos en los cabellos, el pensamiento en su dueño, el arquillo sobre las cuerdas, y en nuestros oidos estas palabras:

ARCISIO.

Hebras del oro que el oriente envia
  Tras el rosado carro de la aurora;
  Lazos donde enredada mi alma mora

Cautiva con cadenas de alegría;
Rayos de luz, de quien la toma el dia,
Soles con que el del cielo se desdora,
Tesoros dó la gloria se atesora,
Que en ricas minas del amor se cria:
Ambar, madejas de oro, lazos bellos,
Lumbres del cielo, rayos de la vida,
Luces del alba, flechas amorosas;
Nombres propios son vuestros, mis cabellos,
Sacados de la gloria, que escondida
Está entre aquesas redes milagrosas.

Por cierto, dijo Gracildo, acabando de oir al que cantaba, presumidos pastores hay en estas montañas. A mi parecer poco desdicen estos cantares de los que en otras mas arriscadas se oyeron; y no sé si me pesa que ya las nuestras vayan perdiendo aquella simplicidad y llaneza de sus dorados siglos, donde sin tantos rodeos solian decirse las cosas. Yo á lo menos temor tengo de los vengativos dioses á quien este cuidado toca, que indignados de semejantes altiveces envien por nuestros ganados algun riguroso castigo. ¿Y como, respondí yo entonces, tú, ganadero, piensas que en las selvas todo ha de ser ovejas y parrales? ¿Nuestros faunos tambien, y las ninfas de nuestros montes, no tienen sus divinos lenguages, que no á toda lengua es lícito pronunciarlos? Todo lo dan las musas, y todo cabe en sus dones. ¿Quien duda que siempre las retamas no amar-

guen, y el lantisco sea acedo? Y como á otros pastores he oido, permitido nos es arar el campo á los que de sus frutos vivimos; y no por eso las guirnaldas tras el largo trabajo en los retorcidos cuernos de los bueyes parecen mal, ni á los que de ásperas bellotas nos mantenemos la olorosa manzana ó la cuajada tierna es aborrecible. Al tiempo que yo esto decia, ya donde Arcisio estaba gran suma de vaqueros y pastores habian llegado, y entre ellos Melancio no con mas alegría ni menos pena que antes; mas Arcisio que de placentero y alegre se preciaba, al tiempo que nosotros con ellos nos juntamos, estas palabras le decia: aunque yo, Melancio mio, si el cielo por bien lo tiene, seguro viva de semejantes dolores, por lo que al universal placer toca puedes de mi ánimo creer que con no pequeño gusto, el que ahora en tí falta, buscaria si la ventura para hallarlo algun camino me descubriese, sin temer dificultades que en estas cosas son el toque de los verdaderos amigos. Mas ahora, en tanto que el poderoso tiempo á tu corazon restituye el que le falta y á tus cosas el verdadero punto de su concierto, si algo puede la razon en corazones afligidos, toma, si querrás, mis consejos, que el cielo te dé con ellos aquel descanso y bien que ellos querrian darte. Y si á dicha tus ganados están enfermos, tus ovejas no paren, ó flacas andan por la sierra tus cabrillas, quizá la tierra lo hace, múdales, serrano, el pas-

to, cobrarán salud: procura nuevas dehesas, busca yerbas mas saludables, si las que ahora pacen son dañosas. Mas si como Eupites me afirmó, zagal en semejantes pasiones mas que los otros serranos entendido, tu desasosiego nace de amor; no por eso te juzgues por de todo punto perdido, que si á creerlo te atreves, no hay lazo tan apretado que no afloje ó quiebre: algunos de los que hay aquí saben bien qué es amar pastoras, y mas si aciertan á ser hermosas, altivas y discretas: la tuya quizá lo tiene todo y eso basta para que cuando ella use de mayor rigor, tú mueras mas contento. Peina tu cabellera, adereza tu pellico, labra un buen cayado, remienda tus abarcas, pon orden en tu apero, trátate bien, no des en andar mustio y aflijido, muéstrate regocijado y placentero y mas en presencia suya, que con tanto te saldras; ni creas que has de bailar mas de como á los principios te ensayares, si de no ser nada suyo mereciste, como me han dicho, ser por tu diligencia favorecido, ahora que tienes el mayor camino andado persevera á pesar de la fortuna. Mira, carillo, cuando yo amaba, como tú sabes, á Galatea, era tan nuevo en esta escuela de amor que apenas conocia el maestro: todo como á tí se me iba en melancolías: si llevaba mi ganado á la sierra, el dia entero pasaba echado entre matorrales, llorando por ver la causa de mis males; y cuando sin pensar la vía, apenas me atrevia á mirarla;

en medio del ventisco y hielo me sentia abrasar, y mas de una vez echado sobre mi capote al abrigo de algun majano y al rayo de nuevo sol de abril me vi temblar de frio: si en el prado los pastores salian á bailar, yo envuelto en mi gaban y cuidados, las lágrimas no me dejaban tan desocupados los ojos que pudiesen ver sus mudanzas, viéndose en las del rostro lo que mas procuraba encubrir: al fin yo solo estaba puesto por compasion del mundo, no teniéndola nadie de mí; traía el pellico desaliñado y lleno de pajas, las polainas mal puestas, medias sin senogil, zapato desabrochado, rebujado el cabello, perdido el color y mas perdida la esperanza de contento. Mas luego que la rigurosa Galatea troqué por mi nueva Cintia, de la muerte saqué vida y de los trabajos pasados el descanso y paz que tengo: dí luego en pulirme, compré el gaban que me pongo los disantos, cinto ancho y zurron nuevo, y sobre todo buen talle y rostro alegre, y al fin por saberme valer de un paso en otro vine á salir de la muerte en que estaba y entrar en la vida en que estoy: así tú harás, y así ruego al cielo te suceda. Y porque ya otras veces he oido decir que á enfermedades de imaginacion su medicina es divertirla, saca tu zampoña que quiero con esto desvelarte; gozarse han las selvas en oirte, y quizá tus males de asombrados así huirán de tí, como tú de los placeres huyes. ¿Quien hay en el mundo

tan ajustado en sus cosas que una vez no llore y otra se halle contento? Todo lo acarrea el tiempo, y cada fruta tiene el suyo. Así Arcisio decia; y tomando su rabel comenzó á cantar, y á responderle Melancio.

ARCISIO. MELANCIO.

ARCISIO.

Dime pastor, ¿á un pecho alborotado
De un liviano temor cualquier reposo
No bastará á dejarlo sosegado?
¡Mira que caso bajo y vergonzoso!....
Pueda aquí la razon hacer su oficio,
Y tú ser mas discreto que celoso.
Vuelve con paso llano á tu ejercicio,
Que vivir siempre á sombra de opiniones
Es levantar las cosas de su quicio.
Limpia y escombra el pecho de invenciones,
Que si una vez te haces señor dellas
Fácil será romper las ocasiones.
Cuantos peces el mar, el cielo estrellas,
Aves el viento y los collados flores,
Tiene amor sinrazones y querellas.
O no pongas el gusto en sus favores,
O estímalos en precio moderado,
Si te costare un bien muchos dolores.

MELANCIO.

¿A un corazon de veras agraviado
Le das tú la razon por medicina?
¿Razon se admite en pecho lastimado?

Amor es ciego, á la razon no atina;
Si hiere el alma ofusca el pensamiento,
El uno muere, el otro desatina.
Dame, pastor, tu libre entendimiento,
Y darte he en trueco yo todos mis males,
Hechos aire y sembrados por el viento.

ARCISIO.

Las grandes cosas piden sus iguales;
Ni rinde al diamante el hierro duro,
Ni el agua ablanda duros pedernales.
Para allanar ese encantado muro,
Que ahora á la razon le quita el paso,
Fuerzas son menester de ánimo puro.
Desear la victoria es todo el caso;
En este punto tu salud se encierra,
De todo lo demas no hagas caso.
Yo vi pastor un dia en otra tierra
Que mil consejos á los hombres daba
Para alcanzar victoria desta guerra:
Si supiera decir lo que cantaba,
Yo pensara de cierto que á sanarte
Oirlo solamente te bastaba.

MELANCIO.

Trabaja, compañero, en acordarte,
Y canta en mi dolor un cantar nuevo
Que las ninfas se gozen de escucharte.

ARCISIO.

Escucha ahora en tanto que yo pruebo
A acordarme mejor de sus canciones,
Que ya el principio en la memoria llevo.
Con ellas se curaron mis pasiones

Aunque ásperas y duras de tratarse,
Sanando á la razon buenas razones.

MELANCIO.

Comience pues tu canto á mejorarse,
Que tras el primer verso, segun creo,
Luego los otros suelen acordarse.

ARCISIO.

Cuando por dar contento á Melibeo
Fuí por otras riberas y cabañas,
Cansado y mas cansado mi deseo,
Pasé unas grandes selvas y montañas,
Y cuanto mas andaba, parecia
Que el fuego era mayor en mis entrañas.
Al fin por nuevas sendas hallé un dia
Una nueva y fresquísima floresta,
Donde un sabio pastor viejo vivia;
Y allí, mientras pasábamos la siesta,
Esto le oí cantar con voz divina,
El haciendo una jaula, yo una cesta:
Pastor, si á desear salud te inclina
La pena y el dolor que te atormenta,
Y la razon tus pasos encamina,
Óyeme ahora, sin que en tí se sienta
Flaqueza alguna, que es un sentimiento
Que al niño infama y la vejez afrenta.
Huye la ociosidad, ama el contento,
Que si amor busca gente descuidada,
La soledad levanta el pensamiento.
Echa en el hombro la industriosa azada,
Labra tu viña, planta tus parrales,
La fresca vid al álamo arrimada:

Haz en tu huerto al agua sus canales,
Con esto agotarás la de tus ojos;
Quedando claros para ver tus males.
Ocúpate en arar nuevos rastrojos,
Y escardando en el trigo las espinas
Arrancarás del alma los abrojos.
Busca en las selvas entre flores finas
El cuidadoso enjambre, edificando
En secos troncos sus sabrosas minas.
En esto irá tu corazon cobrando
Un alivio tan poco conocido,
Que aun sin él pensarás que estás penando.
Fíngete sano; ya me ha acontecido
Fingir que duermo, y con estar despierto
Hallarme sin saber como dormido.
Deja la ociosidad, esto es muy cierto,
Que la imaginacion della ayudada
Resucita al amor cuando mas muerto.
Si es nueva la pasion, será arrancada
Con mas facilidad, que el tiempo deja
Seca la miel, la uva sazonada.
¿Tú ves aquella encina dura y vieja?
Un tiempo fue pimpollo ternezuelo
Liviano de rendirse á cualquier reja.
No dilates los dias, que en su vuelo
El mal crece, y si llegas á mañana
Mas caro ha de vendérsete el consuelo.
El nuevo rio que en su fuente mana
Es fácil de atajar y darle vado,
Camina manso y por su vega llana:
Llégasele un arroyo y otro al lado,

Y soberbio, hinchado y caudaloso,
De su primera fuente va afrentado.
Aunque el amor es mal, es mal sabroso;
Y así nos remitimos á otro dia,
Que siempre se apetece lo dañoso.
No pierdas tiempo, que por esta via
Lo que de diligencia no se gana,
Pierde tu corazon de mejoría.
Herida he visto yo harto liviana,
Peligrosa despues por dilatarse;
Quien hoy no puede mal podrá mañana.
Cuando es nuevo el amor ha de atajarse,
Que por medio el furor de la corriente
Querer pasar el rio es anegarse.
Pero si el mal en su vigor se siente
Ya del todo en el alma apoderado,
A viejo amor remedio diferente.
Si poco á poco al hueso ha penetrado,
Poco á poco tambien será expelido:
A vieja enfermedad nuevo cuidado.
Saca tus ovejuelas al ejido;
El fértil campo y el agricultura
Son medicina al pecho mas herido;
Ver los bueyes abrir la tierra dura,
Sembrar á logro cierto alegres prados,
Gozar la fruta y su primer dulzura.
Los árboles de flores estrellados,
Las sierpes de cristal que las enredan,
De cantorcillas aves visitados:
Vuelan las unas y las otras quedan,
Al murmurar del agua concertando

Los dulces cantos en que nos remedan,
¡Cual de quejas el aire está sembrando,
De zelos llena, y cual de triste olvido!
Hasta allí ¡ó falso amor! llega tu mando.
Pues tras esto hallarse acaso un nido,
Y á su dueño espiar tras una mata,
Podrá traerte un rato divertido.
Con esto un grande amor se desbarata,
Si prendes el zarzal y quedas sano,
La salud se te vende bien barata.
¿Hay gusto igual, si sales el verano
Sin sol el dia, el campo verde y tierno,
Que echar un par de liebres por el llano?
¿Pues en el blanco y encogido invierno,
En tu cabaña al fuego recostado,
Cómo te hallará su llanto eterno,
En zurron proveido, el rio al lado,
Tiernas castañas y manteca fresca,
Las migas hechas y el corral nevado?
Siembra tu pedernal fuego en la yesca,
Y el amor en tu pecho brasa viva
Una se apaga y otra se refresca,
Mas en tu alma su veneno priva;
Procura ser señor de tus pasiones,
Que es lo que todo su poder derriba.
Ama el trabajo, huye de ocasiones,
Busca la ausencia, hallarás la vida,
Vete á la villa, deja tus rincones.
El alma se te parte á la partida;
Animo, que vencer dificultades
Nos hace la victoria mas cumplida.

Libres son las humanas voluntades,
  El cielo las crió sin ligadura,
  Y es todo lo demas curiosidades.
Esto en lenguage lleno de dulzura,
  Y en tono mas alegre que no el mio
  Cantó el pastor sentado en la frescura;
Y porque vió que entraba su cabrío
  Ya tras la nueva yerba por el monte,
  Se fué tras él, y yo pasando el rio,
  El sol pasó tambien nuestro horizonte.

EGLOGA CUARTA.

Apenas Arcisio, poniendo fin á su canto, nos sacó de la agradable suspension en que nos tenia, cuando por entre una rama y otra vimos venir hácia nosotros un pequeño árbol, cosa cierto digna de contar, y que muchos de los que allí estábamos creimos que alguna amorosa ninfa de la vecina selva dentro de su misma corteza bajase á oir nuestra conversacion, ó que el poderoso canto de Arcisio trajese así los árboles, como en aquellas primeras edades del mundo lo hacian las rústicas zampoñas llenas de divinos ayres; por cuya ocasion ninguno hubo allí tan desenvuelto á quien un religioso temor no estrechase los hombros. Mas ya que el esperado prodigio mas á nosotros se fue llegando, todos con mucha risa celebramos nuestro pasado encogimiento, viendo el temeroso monstruo convertido en el pastor Delicio, que así vestido venia de floridos ramos, como si los pinos de aquella sierra nuevamente se hubieran hecho sus compañeros; en cuya apacible figura, segun despues nos contó, hasta entonces en la amada Erifile habia espiado un ruiseñor que en la mano tenia, y lo que mas era de mirar, el seno lleno de bellotas, así dulces y crecidas que

bien cuidámos todos que castañas fuesen, ahora en su cabaña las guardase, ó como se puede presumir, en alguna escondida encina, de adonde poco antes las hubiese cogido tan frescas y sazonadas como si aquel fuera su verdadero tiempo. Y sacándolas primero del seno fingia cortarlas de sus nuevos ramos, con que á todos en gran placer y risa obligaba á celebrar su apacible y donosa invencion; y él despues que en esto nos entretuvo un rato, desnudándose su artificial frescura, sentándose sobre un renuevo de encina así con gran donaire se puso á contarnos el orígen de su nueva trasformacion. Vosotros sabreis, pastores, decia él, que este pequeño ruiseñor, mostrándonos uno que en la mano traía, poderoso ha sido á grandes cosas hasta que vencido al fin de mis astucias preso como ahora veis está en mis manos, y para llevarlo á mi Tirrena sobre todas las cosas del mundo lo estimo, no tanto por el valor del presente como por el gracioso modo con que le hube, digno de ser contado donde pastores hubiere, bien que como yo tenia trazado de haberle, imposible fuera librarse que ya muchas veces con semejante invencion me ha sucedido coger un tordo, una mirla y un pardal, y aun lo que mas es de decir, la temerosa perdiz, que por miedo de la segunda caida por las quebradas hace su nido, de semejante invencion no se ha librado; y no como por ventura pensais con redes de fino

verde teñidas, ni con mis agudos ventores, diestros en hacer graciosos personages, ni con el fingido boyezuelo, aunque entre las demas gustosa caza sea, ni con otras muchas mañas que sé y ahora sino temiera cansaros os contara de la misma suerte que por mi recreacion las uso; mas estas dejadas á parte, la que para estos pajarillos del famoso Montano aprendí pasa desta manera: Entre otras cosas, lo primero que hago es, á gran diligencia y cuidado mio juntar número de unos gusanillos que muchas veces habreis visto de noche así en la yerba resplandecer como si de resinosas teas juntas mil pequeñas lumbrecillas fuesen, y mientras la primavera no del todo tiene enjutos nuestros campos de las pasadas lluvias del invierno, asaz se hallan por los prados. De estos, como mejor puedo, ensartando á mi despacio gran número en un hilo, cuando hace escuro, suelo enguirnaldar mi caperuza, y rodearme tanto dellos, que quien nuevo se hallare de mi invencion, creyendo que alguna nocturna deidad sea, apenas de rodillas se atreverá á mirarme, y aun á muchos he oido decir que no á otra cosa me sabian comparar que al estrellado Orion, ó al encendido carro que las horas de la noche alumbraba; pues esta invencion en otro mas agradable ejercicio, y usada de dia cuando á mí me parece tiempo conveniente, sutilmente rodeo con el estrellado hilo el nido del pardal ó ruiseñor que pretendo haber;

y hecho esto por particular gusto mio, recostado entre la yerba, y la vista atenta en el amado nido, apenas el dorado sol, llevándonos tras sí el dia, ahoga su lumbre en el tendido mar de adonde tambien nacen las tinieblas, cuando sin mirar al cielo mil estrellas y luceros veo con notable gusto resplandecer; y en esto por un rato entretenido, sacando mi arañuelo, que siempre en el seno como ahora le traía, y puesto en una larga vara, el que en descuidado sueño por seguro de mis asechanzas se tenia preso entre mis manos se halla. Y no penseis que por falta de aparejo en todo tiempo no pueda usar desta galana invencion, que no muy léjos de donde ahora estamos hay cierta yerba que yo conozco, cuyo verdadero nombre determinadamente no sé, mas su escondida raiz sobre la tierra tal propiedad tiene, que de noche no de otra suerte alumbra que si encendida brasa fuese, y no son pocas las veces que con ella he vestido los enroscados cuernos de mis carneros, ni menos las que en la ribera me han juzgado por dichoso, creyendo que de oro fino sean, y no de menor dignidad que aquellos que á la famosa Colcos dieron nombre. ¿Que os contaré, pastores, de las burlas que con esto por los campos he hecho, si no que alguna vez me ha sucedido dar sobresalto en el cuidadoso escuadron de las extrangeras grullas, y dejar con mi mucho resplandor su fiel centinela tan deslumbrada, que á manos la he

podido tomar? Y una cosa entre otras os certifico, que aquella misma piedra de que para defensa del sueño se aprovecha con esta astucia, antes que ella tenga lugar de apercebirse, he sido poderoso á sacársela de la mano; cuya virtud es tan maravillosa que quien en cierta disposicion de signo la menor parte de ella se atreviere á beber, de tal manera le abrirá los sentidos que sea poderoso á entender los secretos de la noche, los lenguages de las estrellas, y las calladas deidades que en ella presiden. Pues aunque cualquiera destas invenciones como yo las acostumbro usar es por sí sola suficiente á descubrirme cualquiera pequeña avecilla, esta que en mis manos veis no desta manera la cautivé, porque hoy bien salido era el sol cuando me hallé despierto en el mismo lugar que el dia antes á expiar el nido me habia echado, y viendo todo mi trabajo perdido, mas por entretenimiento que esperanza de la presa que hice, con estas ramas me cubrí de tal suerte, que quien mas atento me mirara con menos sospecha creyera que en nuevo árbol me habia convertido. Demas de esto, lo que á las ramas faltaba, así de yerba lo supe entreteger que á la vista mas atenta engañara, y puesto en esta figura á un lado de nuestra cristalina Erifile, placentera cosa era mirar las manadas de pajarillos que por mis floridos ramos se entraron, gozando á vueltas de su canto la diversidad de flores que en competencia unas

mas bellas que otras nacian á los primeros rayos del sol, enviando al cielo suavísimos olores, como en sacrificio y reconocimiento á los favores que dél reciben. ¿Que mas os diré, zagales, sino que estando yo desta manera ya del todo mudado en árbol, un ligero ciervo con las aspas no menos bellas y crecidas que dos secos alcornoques, sin esquivarse de mí llegó á beber á la fuente, á coyuntura que si como otras veces me hallara con mi valiente y reforzado arco, allí muerto quedara por mio? Mas tan turbado me dejó el temor que ni aun abrir los ojos osaba. Pues veis aquí en este tiempo que entre una manada de pájaros sentí que el premio de mis trabajos venia, y todos escondiéndose por mi nueva frescura, si entonces me fuera dado espíritu de entender sus cantares, no poco gustosas me fueran de oir las admiraciones que de ver aquel árbol allí nuevamente nacido harian; porque así andaban subiendo y bajando por mis ramas como que no se hartasen de mirarme, y yo cargado de tantos dellos que juntos pudieran llevarme volando apenas cabia de placer rodeado de música y alegría, atento á mirar mi ruiseñor para hacer lance en cogerle. Mas él con tan varios y diferentes pasos de garganta se esforzaba á divertirme, como si viera mis pensamientos, ó fueran sus gorgeos poderosos á encantarme; unas veces embebecido en ellos con un levantado tiple me suspendia, y á los demas pájaros dejaba

hechizados y absortos en la suavidad de su lengua; y otras, como si fuera su maestro de capilla, parece les queria dar á entender los tonos y reglas de la música, como á él la naturaleza se los habia enseñado, diferenciándolos en mil maneras, ya con acentos y respiraciones largas, ya con otras aspiradas y breves, ya cortando y torciendo los puntos enteros, ya temblando la voz, y como si fuera otro pájaro contrahaciendo la suya misma, y contrapunteando en una suave y alegre armonía todo el artificio de sus cantares, en tantas diferencias y modos graves, agudos, sonoros y quebrados que el famoso vaquero Aristofanes, que por los montes se andaba aprendiendo á remedar la música de las aves, desta sola y de su arpada lengua sacara mas primores que de todo el resto de la destreza humana. Al fin, porque mi prolijo cuento no os dé en rostro, con esta astucia, cuando él mas embebido en su cantar estaba, de uno de mis ramos sutílmente le cogí, con que tan contento y victorioso me hallo que no sé donde ponerlo, ni como mejor regalarlo. Esto dijo Delicio y así el ruiseñor traía entre las manos, que codicioso de mirarlo cuando mas descuidado estaba se le voló dellas, y puesto en una ramilla empezó con mil cantares á solemnizar su libertad, y dar grita con placenteros silbos al descuidado pastorcillo, á quien tan corrido dejó la burla que las lágrimas le vimos en los ojos. Todos reimos el do-

naire, y mucho mas Clarenio, á quien el pastor no habia dado de sus bellotas, porque algo resabidos estaban desde el dia que en la sierra se desafiaron á cantar: eran ambos de edad florida, ambos enamorados, y ambos presumidos, uno de cincuenta cabras y otro de cien ovejas. Viendo pues Delicio el placer de su contrario, deseoso de olvidar su dolor y deshacer en algo la cólera, vuelto á Clarenio desta manera habló: si del bien ó mal de mis sucesos tanta parte te toca, estamos á lo menos en la que se sabrá cuyo es el premio y la honra, y de quién sola la presuncion. Y porque entiendas cuan bien fundada siento la que ahora tengo de ganarte, demas del preciado mastin que he señalado por premio de tu victoria si de mí la alcanzares, de nuevo te prometo dos manchados cabritillos enseñados á saltar y jugar juntos con tanta gracia, que una oveja de lana mas blanca que la nieve y un zurron de tiernas castañas, que para estar lleno le faltaba poco, Palemon me ofrecia por ellos. Estos pues ahora deposito en el poder de Rosanio, para que si por su sentencia contra mí los merecieres, sin inconveniente alguno te haga señor dellos. Yo, dijo entonces Clarenio, de mi ganado no quiero señalarte res alguna; pero demas del cuerno de miera que contra tu mastin tengo apostado, que como todos saben es su curiosidad digna de mucha estimacion por tener al rededor entalladas todas las enfermedades del gana-

do, y á cada una aplicada su medicina, un curioso vaso de liso avellano tengo, donde por extraño artificio á vueltas de otras maravillas verás entallados los doce trabajos de Hércules, entre los cuales el que mas á mi gusto está es cuando el viejo y nevado Atlante sobre sus fuertes hombros le ayuda á sustentar el grave peso de la celestial máquina, porque allí se goza de ver casi todos los signos y estrellas que la mas serena noche nos descubre y vende por suyas, puestas por sus esferas en tal artificio, que apenas la vista sabe decir si tambien allí guardan la velocidad de su curso, ó fijas en la madera solamente estan pintadas. Tiene por pie una enroscada culebra, que subiendo por el vaso arriba y asiendo la boca dél con la suya, hace una vistosa asa galana sobremanera; pues en lo que por de dentro encierra no fue tan descuidado su artífice que lo dejase vacío de su curiosidad, antes mostrándose allí mas ingenioso, donde apenas la mano cabe, delicadamente dejó esculpidas las siete maravillas del mundo, sin que faltase lugar, siendo todo él tan pequeño para el soberbio Coloso de Rodas, que en vano seis hombres procuraban abrazarle un dedo, ni para la famosa cerca de Semiramis coronada de deleitosos jardines, con la encumbrada torre de Faro; donde si en el vaso echares un poco de agua, dirás que van entrando por su barra las descarriadas naos á tomar puerto en alguna de las bocas del Nilo,

con todas las demas maravillas que ahora no cuento; certificándote que puede su curiosidad contarse entre una dellas. Este pues señalo contra tus cabritos, porque si te ganare no quedes agraviado. No quiso pasar Delicio por el concierto, aunque la presea lo merecia, porque la burla del ruiseñor le habia dejado con mas gana de llorar que de entretenerse cantando; y viendo Clarenio que no se concertaban en las apuestas, ni los premios le salian á gusto, tomó agudamente por ocasion picarle de tal suerte que con su canto á pesar suyo le ayudase.

CLARENIO. DELICIO. TORIBIO.

CLARENIO.

Dime, rústico y nuevo cabrerizo,
¿Como en mi ausencia á Delio te alabaste
De lo que tu zampoña nunca hizo?

DELICIO.

¿Yo me alabé, ó tú que le contaste
Que en el rio dos veces me venciste,
Y un cabrito por premio me llevaste?

CLARENIO.

La flauta que á Polibo le vendiste,
Aquí te quiero yo, responde amigo,
Y dime sin pasion, ¿donde la hubiste?

DELICIO.

Nunca entraria yo por el postigo
A hurtarla á Meliso, cual tu entraste
Por su zampoña, siendo yo testigo.

CLARENIO.

Si yo se la hurté, tú me ayudaste;
Mas para no ser tuyo el caramillo
Mucho perdiste, y poco aventuraste.

DELICIO.

Cuando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche y espiando,
¿Quizá andabas á caza de algun grillo?

CLARENIO.

Estaba por ventura contemplando
Cuán justamente Tirsis dió el juicio,
En que aquel dia te vencí cantando.

DELICIO.

¿A mí tú me venciste? ¿ó con Galicio
Tu rústica zampoña resonaba,
Cual cordero llevado al sacrificio?

CLARENIO.

¿Quieres cantar á prueba? pues acaba,
Deja las burlas, vamos á las veras,
Veremos quien se ofende ó quien se alaba.

DELICIO.

Pon tú de haya aquellas dos horteras
Que ayer ponias, yo este caramillo,
Hecho de pegajosas ajonjeras.

CLARENIO.

Mas pon tu remendado cerbatillo,
Yo mi mastin ahogador de lobos,
Que tiemblan los mas bravos en oillo.

DELICIO.

Yo dos nuevos cayados de algarrobos
Pondré, pon tú el cordero, que perdido

Hallaste ayer al val de los escobos.

CLARENIO.

No aquel, mas sea este rabel polido,
Porque es de mi madrina la manada
Que me ves carear por el ejido.

DELICIO.

Alfeo dejará determinada
Nuestra contienda: vamos por Alfeo,
Que yo le dejé anoche en su majada.

CLARENIO.

Toribio cumplirá nuestro deseo,
Que es de juicio y seso mas maduro,
Y no lleva las cosas por rodeo.

DELICIO.

No te irás por ahí, pastor, te juro;
Ven, Toribio, al ruido desta fuente,
Sal de la sombra del nogal escuro.

CLARENIO.

No huyo yo, cabrero negligente;
Ven, Toribio, verás temblar mi canto
Al son que hace el agua en la corriente.

TORIBIO

Cantad, que el cielo os cubra con su manto,
Y al son de ese dulcísimo ejercicio
Se cuaje el suelo de oloroso acanto.

DELICIO.

Toribio, este pastor que entra en juicio
Conmigo ahora, como no lo tiene,
Cobrarlo piensa con ageno oficio.

CLARENIO.

Este que á competir conmigo viene,

Toribio, es un pastor que cuando canta
Algun novillo pensarás que suene.

DELICIO.

¡Triste ganado á quien tal voz espanta,
Que es cual lobo que ahulla su ruido,
Y él piensa que su canto nos encanta!

CLARENIO.

Seca deja la yerba del ejido
La voz deste pastor: huid pastores
Canto tan duro, son tan desabrido.

DELICIO.

Ninfas, venid, gozad de mis primores,
Oireis mi dulce son antes que suene
El que os destierra dentre aquestas flores.

CLARENIO.

Haz, rústico selvagio, que se enfrene
Esa lengua, mas áspera y mas ruda
Que del novillo que al arado viene.

TORIBIO.

Aqueso no es cantar, mas guerra cruda;
Callad por Dios, y concertad el canto,
Dí tú Clarenio, y la sentencia muda.

CLARENIO.

Toque mi voz el estrellado manto;
Tú, dulce Apolo, haz, como lo puedes,
Que al mundo cause mi zampoña espanto.

DELICIO.

Rústico Pan, así tu cuerpo enredes
Entre los brazos de una ninfa bella,
A honrar mi canto cabe mi te quedes.

CLARENIO.

!O si mis versos una rubia estrella
Entre estas verdes matas escuchara,
O yo pudiera con mis ojos vella!

DELICIO.

Mi Filis ques de hermosura rara,
Donde quiera que voy me va acechando:
¡O si tambien ahora me acechara!

CLARENIO.

Galatea conmigo anda jugando,
Llámame, vuelvo, y luego se me esconde,
Y huélgase de verme andar buscando.

DELICIO.

Canto á su puerta y Filis me responde;
Hiéreme por detras con el cayado,
Y luego se me va no sé por donde.

CLARENIO.

Dos tórtolas hallé en su nido amado,
Esas pienso enviar á mi Amaranta,
Luego que el dia asome por el prado.

DELICIO.

Una mina de miel me dió una planta,
Saqué una hortera para mi Tirrena,
Tambien mañana la enviaré otra tanta.

CLARENIO.

El panal mas sabroso á mi Filena
Es mi presencia, y mas cuando la envio
Una cestilla de manzanas llena.

DELICIO.

Cuando me aguarda Filis en el rio
Yendo á labar sus paños, luego pierdo

En el monte por ella mi cabrío.

CLARENIO.

Si yo soñando á Filida recuerdo,
Tal vez hay, que en no verla cual soñaba
De mi ganado ni de mi me acuerdo.

DELICIO.

Filida un dia á voces me llamaba,
Por zarzas fuí corriendo á ver que habia,
Y cuando allá llegué burlando estaba.

CLARENIO.

A mí me llamó Filida otro dia,
Mas trájela en mis hombros fatigadas
Dos corderillas que perdido habia.

DELICIO.

Aquella que por selvas y quebradas
Seguirme hace amor, de mi se duele;
Bien que lo encubre, y borra las pisadas.

CLARENIO.

Tambien sé yo que mi pastora suele
Preguntar donde estoy, si no me halla,
Y llora porque vuelva y la consuele.

DELICIO.

Si yo hablo á Belisa, Filis calla
Y se enoja, y se va sin que aproveche
Quererla regalar ni regalalla.

CLARENIO.

Cuando mas enojada me deseche
Filis, ya sé que me harán su amigo
Una hortera de miel y dos de leche.

DELICIO.

Mi huerto por podar es buen testigo,

Que no ha pintado la primer manzana,
Y esta será de mi Amaranta digo.

CLARENIO.

Cogida tengo de una vid temprana
Á Filis una cesta de dulzura
De tiernas uvas de color de grana.

DELICIO.

El granizo á la fruta no madura
Derriba, el lobo estraga los ganados,
Y á mí de Filis la aspereza dura.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados,
Y al ganado es la sombra deleitosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplégase la rosa,
Brota el jazmin y nace la azuzena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si su beldad esconde mi Tirrena,
El jazmin cae, el azuzena muere,
Cuando de mas frescor y aljofar llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desabrido
Con el florido abril competir quiere.

CLARENIO.

Vístase de mil flores el ejido,
Que si mi sol no abriere la mañana,
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena y mas lozana
Que las blancas ovejas de Taranto,
Y de árbol fertil la primer manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto,
De rosas y violetas coronada;
Y mas es la pastora que yo canto.

DELICIO.

¡O si mi Galatea enamorada
Oyera aquí mi canto y sus primores,
Cómo fuera rendida y obligada!

CLARENIO.

Frescas guirnaldas de tempranas flores,
Ninfas, coronarán vuestros altares,
Si propicias guiais nuestros amores.

DELICIO.

Silvano, guarda fiel de los lugares,
Sea en tu altar pechero mi rebaño,
Si límite á mi mal le señalares.

CLARENIO.

A tí, Priápo, al renovar del año
En tu ara ofreceré templada leche,
Si pones fin á mi amoroso daño.

DELICIO.

Haz que mi canto Filis no deseche,
Y darte he, Apolo, en premio mi zampoña,
Sin que Belona della se aproveche.

CLARENIO.

Calla rústico, que es tu voz ponzoña,
¿No miras como traes tu ganado,

Maganto, sin pacer, lleno de roña?

DELICIO.

Pastor, este Clarenio descuidado
Cuando acomete el lobo á su manada,
Él duerme, y se revuelve de otro lado.

CLARENIO.

De Driadas y Faunos la sagrada
Junta, olvidado el baile, mis primores
Escucha en esta selva sosegada.

DELICIO.

Rústico, ¿tú no ves los burladores
Sátiros, como van de prado en prado
Tus locuras riendo y tus errores?

CLARENIO.

Corre, rudo pastor desacordado,
A algun charco, y allí de rana en rana
Aprende canto y son mas entonado.

DELICIO.

Y tú busca zampoña mas galana
Para tocarla fuera de la sierra,
Que no es la que ahora tocas toda sana.

CLARENIO.

Dime, ¿cual es el ave que en la tierra
Sus escuadrones vela, y sin armarse
A la gente menuda hace guerra?

DELICIO.

¿Dime tú que animal suele bañarse
Para limpiar las aguas de la fuente,
Y deja de una virgen enlazarse?

TORIBIO.

El cielo ya, pastores, no consiente

Pasar de aquí vuestro divino canto,
Aunque el bosque os escucha alegremente.
Nuestro frágil saber no sube á tanto,
Vosotros ya tocais divina historia,
Que á mí es invidia, y á la selva espanto,
Callad, nuevos Apolos, y la gloria
De vuestras venas de oro suya sea;
Y á solo Apolo demos la victoria.
Y vuestra fama así crecer se vea
Cual crece el año con los nuevos meses,
El vivo fuego con la seca tea,
O con el aire las maduras mieses.

EGLOGA QUINTA.

Dejó el agradable canto de los pastores alegres los campos, regocijado el dia, y el prado con mayores muestras de hermosura, haciéndonos la tarde mas apacible un fresco viento que los altísimos árboles sobre nuestras cabezas movia, tan llenos de placenteras aves que la diversidad de sus cantos en un nuevo paraiso nos tenia sin acordarnos de otra cosa que de oirlos, unos tendidos sobre la yerba, y otros á la orilla del rio perdidos entre las flores, cuando por una senda que de la ciudad bajaba algunos de los que allí estábamos vimos venir un pastor, vestido un blanco pellico, un zurron al hombro hecho de una remendada piel de cabrito tan artificiosamente, que sin salir de las manchas, que la diferenciada lana tenia, estaba en ellas pintado un hermoso cerbatillo, á quien un fiero mastin ahogaba, con tanta perfeccion como si la libre naturaleza se hubiera querido obligar á semejante labor. Un cayado en la mano, y sobre los cabellos que lo amarillo de la rosa parecian, un sombrero hecho de verdes hojas de plátanos, tejidos en una hermosa guirnalda de flores: una zampoña al cuello, cuya suavidad nos dejó en una suspensa quietud; y no sé si ha-

biéndonos primero visto ó descuidado de que nadie le oyese, ya que á nosotros llegaba así comenzó á cantar:

FELICIO.

Perdido ando señora entre la gente
 Sin vos, sin mí, sin ser, sin Dios, sin vida:
 Sin vos porque de mí no sois servida,
 Sin mí porque con vos no estoy presente,
Sin ser porque del ser estando ausente
 No hay cosa que del ser no me despida,
 Sin Dios porque mi alma á Dios olvida
 Por contemplar en vos continuamente,
Sin vida porque ausente de su alma
 Nadie vive, y si ya no estoy difunto
 Es en fe de esperar vuestra venida:
¡O bellos ojos, luz preciosa y alma
 Vuelve á mirarme, volvereisme al punto
 A vos, á mí, mi ser, mi Dios, mi vida.

Fueron las artificiosas rimas del pastor, su talle y avisada desenvoltura no poco invidiadas de los que le oimos; y habiéndose agudamente mezclado á nuestra conversacion, casi desde luego sentimos en él una interior tristeza, que por bien que trabajaba en encubrirla, cuando menos se cuidaba della y de sus pensamientos quedaba vencido, y á veces tan suspenso y triste que no poca compasion ponía. Habiéndole pues importunado mucho á contarnos sus cosas, él, que muy avisado era y hasta nuestros deseos conocia inclinados á

su remedio, desta manera comenzó á decir: Ya pastores, si el cielo por bien lo tiene, desde ahora no quiero callar mi dolor, porque si es verdad que todas las cosas del mundo tienen su término señalado, mi pena que sin duda es alguna dellas no es posible que en mí solo se eternize, que el tiempo muchas veces sana lo que la razon no pudo: mas porque ya podria ser que semejantes males pocas veces se hallen entre pastores, soy contento de os contar el mio por el mismo estilo que en mí pasa, si allá las palabras alcanzaren y á vuestros oidos el sufrimiento para tanto. Vosotros sabreis, serranos, que no muy desviado destas cabañas, en aquella parte que dos sierras así estrechan los costados á este claro y fugitivo rio, que convertido al parecer en pequeño arroyo tan profundo y soberbio sale, que en el tendido llano donde despues con ruido se arroja á todo el mundo descubre su grandeza y magestad; pues en aquel estrecho paso, morada de las cristalinas ninfas, un bosque antiguo se halla de grandes tiempos atras por los comarcanos pueblos guardada inviolablemente su pureza, sin que jamas de pesada hacha ó segur en él se haya oido mortal golpe, donde, si á la fama se ha de dar crédito, en los primeros siglos del mundo las deidades de los campos habitaron, manteniéndose de rústicas bellotas y castañas, bebiendo el agua de las fuentes, y pasando semejante estrechez

como si de mortales sombras fueran vestidas. Y aun en estos estragados tiempos por lo mas escondido dél algunas temerosas cuevas se hallan, que con el secreto y pureza debida guardan todavía en sus verdes senos las encubiertas deidades, conservadoras de las cercanas selvas y saludables pastos, sin otros muchos templos que por las huecas concavidades de los árboles á particulares dioses son concedidos. Pues en este sagrado bosque, en lo mas florido dél ha de estar el principal templo dedicado á los felices principios del año, donde todas las lunas del florido abril se celebra universal sacrificio, así en las alegres luces del dia como en las tinieblas de la noche, en cuyo silencio por los sombríos altares sus enlutados fuegos resplandecen. En este tiempo en compañía de otros serranos, no sé por cual rigor del cielo fuí por aquellos montes á guarecer mis corderos de las dañosas revueltas de marzo, y á bulto tambien de la comunidad á celebrar la universal fiesta, cuyo alegre dia apenas se descubrió por el mas alto cerro, cuando á todos prometió un nuevo y no esperado regocijo, sin que alguno tan avariento y necesitado hubiese de los que en arar sus barbechos, sarmentar sus viñas ó podar sus huertos estaban ocupados, que á la voz de la comun festividad no desunciese los yugos, dejase las gavillas, y el hocino ó podadera olvidada en el árbol, no antepusiese este á otro cualquier ejercicio: hasta los simples

zagalejos pienso que por no se embarazar en hacer el ordinario queso dejaron aquel dia de aliviar las pesadas ubres de la mantecosa leche, dando á los tiernos corderos como en albricias de la alegría mas del ordinario sustento. Llegada ya la hora de la solemnidad, y el religioso templo cercado de encendidas hogueras, por los altares comenzaron á humear las calientes entrañas de los animales muertos, y con la claridad de las resinosas teas no de otra suerte se gozaba todo que si de aquella parte el dia no hubiera hecho ausencia. Los sacrificios, las ceremonias, las oraciones y los demas piadosos votos, la compostura y ornamento del sagrado lugar, ni al que ahora tenemos es lícito ni á mi lengua permitido declararlo; porque no todas palabras son suficientes á tratar las cosas de los inmortales dioses, y mas las mias, que en este discurso solo se encaminan á contar los livianos pasos de mi vida. Y para no perder en esto mas tiempo que el de hasta aquí, sabed que sobre las maravillas que entonces en aquel templo ví fuerón unos alegres ojos, así hermosos y bellos y en todas perfecciones acabados, que luego dije entre mí: estos serán templos de mi alma y los ídolos á quien de hoy mas ofreceré, no carnes de animales muertos, mas mis entrañas abrasadas en aquel mismo fuego que de sus rayos nace, poderoso á dar vida y muerte. Y no sé si el sacrificio fue acepto, que si lícito es decirlo, yo por

entonces sentí en ellos cierta blandura, no sé si de amor si de compasion nacida, mas tan bastante á enternecer los robles que no supe mas que arrojarme á sus pies pidiendo misericordia, y aunque con voz flaca y caida, con el mayor espíritu que pude llegándome donde la beldad resplandecia estas palabras le dije: O tú celestial imágen, bulto de luz y resplandor divino, si alguna parte tienes de la tierra y algo los ruegos de un pastor pueden moverte, humildemente te suplico nos descubras de qué tierra ó de qué cielo eres venida, cuál sea el dichoso orígen de tus gentes, ó qué dulce nombre tus padres te pusieron, que ahora mas que por saberlo lo pregunto, si como pienso eres la diosa que en esta fiesta preside ó alguna ninfa destos montes. Mas si por nuestro bien de los que en el suelo viven eres nacida, y á cosa tan divina le toca alguna sombra de tierra, ¡ó muchas veces dichosos los que contigo tratan! ¡Dichosos tus vecinos y parientes, y sobre todo bienaventurado el que tú quisieres que lo sea! Y sin pasar de aquí, mi ventura, pastores, me llevó muy adelante. Acuérdaseme ahora que la tarde de la siguiente fiesta los mas validos de aquellas selvas estaban en un llano que á la puerta del celebrado templo se hacia, ocupados en placenteros ejercicios, y yo aunque con harta soledad y tristeza, tambien á vueltas de los demas servia de regocijar el ejido, donde entre

muchos premios que aplicados á diversas habilidades se hallaron, no fueron pocos los que de mi mano repartí por las mas hermosas pastoras, que á la sombra de los árboles en mirar nuestros entretenimientos se ocupaban. Pero entre los demas, no sé si porque á Eupites afamado en la lucha con una astucia que yo sé puse en el suelo, ó si por dejarme atras en la carrera al ligero Licias, ó ganar en la barra á Gracino, ó en el salto á Plonio, al fin entre los demas premios vino á mis manos un curioso espejo en negro ébano engastado, y allí con no poca curiosidad entallado el liviano Narciso, tan hermoso y bello que estar vivo dijérades, ó que el mismo dios de amor fuese habriádes juzgado, si á este quitasen la venda ó al otro pusiesen las alas. Estaba recostado al márgen de una fuente bebiendo por los ojos de sus claros hielos el fuego que le dejó abrasado; y á una parte de la selva, entre las inquietas hojas de los árboles, tal se mostraba la parlera Eco que aun pintada parecia responder á los últimos acentos del desasosegado niño, con que mas encendia su desvanecimiento, y no sé si á compasion si á deleite movia verlo tras esto convertido en una hermosa flor, y en torno della las ninfas de los campos y valles comarcanos no sembrando rosas ni flores, sino amorosas lágrimas con que la tierna florecilla parecia cobrar nuevo verdor y frescura, que aun la muerte no trocó su crueldad y altivez:

todo con tal artificio puesto, cuanto era menester para divertir y aun engañar los mas cuidadosos ojos. Pues con este espejo en la mano no me seria fácil decir lo que por mí pasó, que sin duda grandes cosas fueron, pues al fin de todas concluí de colgarlo como despojos de mi victoria en el templo que ya amor me habia señalado; y así con la mayor reportacion que pude, llegándome donde los mayores asombros de mi pensamiento estaban, tomad, señora, le dije, en que veais el desasosiego de mas de un corazon, y sea de suerte que su curiosidad no sirva de profecía. No son mis ojos, respondió ella, tan arrogantes, ni viven con tanta ociosidad que se dejen llevar del engaño; y plega á Dios que este no lo sea. Ojalá, respondí yo, fuera espejo de pensamientos; aunque no sabria decir si estas últimas palabras perfectamente sonaron en sus oidos. Mas habiendo pasado algunos dias tan envuelto en lágrimas y tormentos que apenas los ganados me conocian, si es posible creerse tal de mi ánimo, lo tuve para escribirle una carta, mas determinado á morir que á esperar respuesta, la cual porque excediese los límites de mi rudeza, Galicio un pastor serrano en su cabaña me la ayudó á notar; mas como sea cierto que yo ahora no siento en mi corazon aquel contento que me causó la primera vez que la escribí, no pienso obligarme á decírosla como en la memoria para martirio mio la ten-



go; mas si todavía gustáredes de saber lo que en ella me fue dictando el amor, y coloquios semejantes entre encinas y robles cupieron, aquí la hallareis escrita, y aunque de grosera mano digna por su pensamiento de cualquier buen lugar. Entonces sacando del seno una delgada corteza de árbol, Rosanio oyéndole todos así comenzó á leer:

CARTA DE FELICIO.

El que por verte y no verte
En tu amor mirando vive,
Señora, aquesta te escribe
Por avisos de su muerte:
Tal quedé sin tí y sin mí,
Que con un mismo deseo
Muero porque no te veo,
Y muero porque te ví.
Todo mi bien está en verte,
Toda mi gloria en buscarte,
Y del ansia de no hallarte
Nace en no te ver mi muerte:
De donde salí á dó voy
Hay infinita distancia;
Y así en mi perseverancia
No hay mas bien ayer que hoy.
Haciendo en mi mal mil pruebas
Siempre á caza del contento,
Engañando el pensamiento
Con esperar cosas nuevas,

Viene un dia y otro dia,
El de hoy como el de ayer,
Que donde falta el placer
Todo va por una via.

Ya sé que esto no es en tí
Demas fruto que cansarte,
Quiero ponerlo á una parte
Mientras te la doy de mí;
Y si decir no supiere
Lo que pretendo decir,
Sabré á lo menos morir
Por lo menos que dijere.

Aunque en tan dudoso estrecho
Ni sé en que empiece ni acabe,
Que al mal que en palabras cabe
Lugar le sobra en el pecho.
Vayan pues mis sentimientos
Libres y con claridad,
Ques propio de la verdad
Ir desnuda de argumentos.

Sin haber tenido cuyo
Ni conocido otra fe,
Desde que te ví dejé
De ser mio por ser tuyo:
Tuyo soy, tuyo seré;
Por tí vivo y por tí muero;
Y si mas bien que este quiero
Nunca el cielo me le dé.

Desto al descuido mirado
Hallarás en mí el efecto,
Que no hay mas claro secreto

Que el de un pecho enamorado:
Mas si te causa disgusto
Lo que mi gusto pretende,
Las menos veces se entiende
Lo que no pone buen gusto.
  Y así no será milagro
No entender bien mi dolor,
Que en la mesa del amor
Sin su salsa todo es agro.
Estos rezelos continos
Son al pecho mas seguro
Duendes, que desde lo escuro
Asombran los mas vecinos.
  Y si este temor perdiere
No fies mucho en mi amor,
Que nunca muere el temor
Sino donde el amor muere.
Mal se escusa el padecer
Si es forzoso haber de amar,
Y quien teme ha de penar,
Y quien ama ha de temer.
  Si en la historia de Narciso
Y un espejo de cristal,
Amor de mí bien y mal
Hacer un retrato quiso,
Al justo ha salido aquí,
Por mas que lo he sido yo,
Que él muere por lo que vió
Y yo por lo que no ví.
  El su gloria vió presente,
Yo siempre vi mi dolor,

A él una fuente hizo flor,
Y á mí una flor hizo fuente:
Aunque es mas dulce mi muerte,
Y la causa mas honrosa,
Cuanto es menos una rosa,
Y mayor el bien de verte.
Pues, serrana, si la sierra
No te ha dado el corazon
De la misma condicion
Y aspereza de la tierra,
Imita á Eco, que es justo
Ser amada y merecerlo,
Que en pago yo haré por serlo
Para siempre de tu gusto.

Acabó el pastor de leer su carta, y Felicio hasta el fin la fue con tanto sentimiento solenizando, que muchas veces paraba en medio de las razones á contar sentimientos mas para el alma que la pluma. Todos nos compadecimos dél, que por forzosas causas desterrado de su contento, no es mucho que las encinas sientan su dolor y los montes se lo ayuden á llorar. Entonces el anciano Aristeo que sobre los demas por compañero le tenia, incitado de una verdadera compasion, así oyéndole todos dijo: No sé, Felicio mio, si hasta ahora mi amor y voluntad te es manifiesta, ó como por otros acaece me sea necesario descubrir de nuevo con palabras lo que las obras no han podido, que no sé lo que hay en esto, mas bien en-

tiendo de mí que tú mismo no te deseas mas descanso que el que yo te diera si tuviera caudal para ello; y si alguno tus males te conceden, oye lo que el cuidado de tu salud me ha ofrecido. En aquel tiempo que yo así pequeñuelo como á los niños acaece levantaba del suelo las menudas ramas quebrándolas no sin mucho trabajo mio, mi anciano padre, que como se puede presumir me amaba, muchas veces solia llamarme á la sombra de alguna encina, donde mientras en las leyes de la pastoría me industriaba, tal vez le vino á cuento tratar de aquellos antiguos y olvidados tiempos cuando nuestros bueyes hablaban, y el cielo mas blando se mostraba á los hombres, y los inmortales dioses sin desdeñarse de las selvas cantando, como nosotros haciámos, solian apacentar sus ganados, gozando el mundo todavía de la quietud y paz de su primer verano: donde si nuestros mayores cargados de dias y cubiertos de honradas canas ya en reverencia de sus muchos años no salian al ejido, á veces en sosegado trago bebian saludablemente, y otras con encantadas yerbas, calentando la refriada sangre, se volvian al verdor y mozedad primera, no de otra manera que en los antiguos ramos solemos injerir vivas astillas de mejores árboles. Mas lo que yo entre aquellos cuentos con mayor advertencia escuchaba y él mas á menudo repetia, era la secreta virtud de una oculta cueva, que muchas veces para remedio

suyo fue digno de consultar, y no todos los mortales ojos son merecedores de verla, mas solo aquellos á quien el cielo su misma luz les prestare, con que se puede descubrir no solo la escuridad de sus senos, mas las delgadas sombras de los que ya viven en aquellas mismas regiones que ahora estan; y porque si los dioses algun camino han dejado á tu salud, aquí solo te será posible hallarlo, determino contarte lo que de mi viejo padre y otros venerables pastores de aquel tiempo aprendí, para que tú á los que tras estos siglos vendrán declarar puedas semejantes maravillas. Y vosotros, encubiertos dioses á quien este cargo toca, y vosotras calladas sombras, carcomidas imágenes de los ya enterrados, y tú escuro y confuso caos, riberas de eterna noche ceñidas, haced lícitas mis palabras, para sacar á luz las cosas escondidas en los senos de la tierra, y aquellas amarillas figuras que las vacías casas y desnudos reinos de la muerte habitan. Y tú, Felicio mio, sabe que en estas mismas selvas que ahora tenemos, bien que el camino sea oculto, en cierta conjuncion de menguada luna, cuando la tierra menos cargada de fruta vive, una temerosa cueva súbitamente debajo de los pies se abre, de aspecto tan espantoso y divino, que luego por sí misma se hace adorar, y quien por sus dudosas conçavidades entrare, bastándole á semejante cosa el ánimo, no muy desviado de nuestras regiones es fama que sen-

tirá correr un sosegado rio, cuyas eternas aguas jamas se han mostrado sobre la tierra, ni della nueva alguna tienen los mortales, donde si las deidades de los montes te concedieren venir, hincada la siniestra rodilla en tierra, con grande veneracion adora el inviolable bulto en cuyas entrañas tales maravillas moran. Y habiendo llegado al pie de un envejecido árbol que con revueltos brazos la mayor parte de aquella cueva ocupa, si al vulgo puede darse crédito, verás en sus hojas los fantásticos sueños pegados con las diversas imágenes y colores que de noche nos aparecen, porque de allí cual manada de resplandecientes avecillas en faltando la luz salen volando por el mundo, y despues de habernos representado las diferentes comedias que sin claridad alguna vemos invisibles, se vuelven á su lugar. Tú desde aquí, habiendo primero invocado en tu favor las flacas cabezas de los muertos, de improviso serás visto llevar por caminos jamas de mortales pies tocados, á veces entre la escuridad, pasando grandes montañas de resplandeciente fuego, y á veces altísimas sierras, que lloviendo de encima de sí infatigables rios hinchen de espantosas lagunas aquellos escondidos campos, donde sin duda podrás ver la fuente del inmenso mar que sobre la tierra se descubre, nacido de aquellas mismas aguas que no otra cosa parecen que amargas lágrimas de los que allí en eterna memoria suya las depositaron. Mas,

¡ó admirable cosa de decir! que así tú volando por aquellos escuros aires poco á poco sentirás caerse de tu corazon el dolor que ahora te aflige, como el agua sentimos caer de las nubes, ya con el templado viento derretidas, y suelto de tan ásperas prisiones á deshora aparecerás sobre la tierra, no de otra manera que la enroscada culebra desnuda del antiguo pellejo al nuevo rayo del sol sale resplandeciente y lustrosa de entre la yerba, donde el hielo de la mañana la tenia encogida y amortiguada. Mas si á tanto como eso no te bastare el ánimo, y de las temerosas figuras asombrado tendido te quedares en la arena, no por eso desconfiado de remedio vuelvas el pie atrás, antes de nuevo con humildad adora las encubiertas ninfas que allí en eterno silencio moran, y pidiéndoles licencia para tocar sus inmortales ondas, tres veces llegarás un solo dedo al agua, y otras tantas el mojado dedo á la boca, y lavándote nueve veces los ojos cada vez, sin volver el rostro atrás darás tres pasos por la ribera arriba, y cinco por la ribera abajo, porque del número impar se gozan los mágicos dioses, y no tan presto estas nueve estaciones habrás cumplido, cuando desnudo de tus mortales cuidados, descargado te sentirás de un gran peso y como de otro mas perfecto ser vestido, aclarando poco á poco el viento una dudosa luz, y poniendo á las imágenes de las cosas unos colores y figuras, así imperfectos y delicados co-

mo los que de muy léjos se miran, hasta que cayéndose de todo punto las tinieblas de tus ojos, las cosas que antes detrás de cortinas juzgabas, allí las conocerás cada una en su perfecto valor, sin que estimes mas las cabras que los majuelos, ó las cabañas menos que los cortijos te deleiten: mas una cosa advierte, pastor, que por mucha hambre que allí sufras no llegue cosa á tu boca si de inmortales prisiones detenido no quieres morar eternamente por aquellos campos, ni de tu voluntad pases las invisibles ondas, aunque para ello amigablemente te convide un envejecido barquero, que por aquellas riberas es fama que anda pasando en su carcomida barca las desnudas almas que sueltas de los mortales ñudos por allí van á buscar nuevas selvas y mundo mas permanente; mas tú siempre con pie firme en la orilla no hagas mas que considerar los muchos que de la otra parte pasan, y los pocos que vuelven, ora sea de poderosa mano detenidos, ó que el descanso de la tierra á mayor deleite les convide: con lo cual, Felicio mio, confio en los inmortales dioses que allí tu dolor para siempre quedará encantado. Mas si esto por algun oculto juicio no saliere así, todo lo vence el amor, y al amor tambien nosotros nos rindamos. Y ahora, en tanto que el cielo ordena lo que mas á nuestro provecho conviene, por ver si con algun manjar te puedo hacer menos triste, soy contento de descolgar segunda vez mi olvidada

zampoña del seco tronco, donde la fuerza del tiempo la puso; y aunque á mi resfriada sangre semejante oficio no pertenezca, cantaré algo que á mi primera edad se remede, no de otra manera que en mis primeros años, cuando en mí la memoria era mas firme, lo aprendí. Así dijo, y tocando uno de nosotros su zampoña desta manera cantó:

ARISTEO.

De Tirsis y Damon el dulce canto,
Que en otro tiempo oyeron estos pinos,
Y á Erifile divina puso espanto,
Y por entre los robles mas vecinos
Las ninfas asomaron las cabezas
Suspensas á cantares tan divinos;
Y las selvas, desnudas de fierezas,
Por aquel breve espacio se vistieron
De mayores frescuras y riquezas:
Al fin cuanto estos árboles oyeron,
Y lo que con suspiros y con llanto
En sus verdes cortezas escribieron,
Si el cielo diere fuerzas para tanto,
Cantaré aquí y escribiré entre flores
De Tirsis y Damon el dulce canto;
Dos pastorcillos que entre los pastores
A cantar y tañer acostumbrados,
El menor fuera aquí de los mayores.
Así cantar se oyeron por los prados,
Que por oir las vacas sus canciones
En la boca olvidaron los bocados.

Damon, á quien en todas perfecciones
Hizo el cielo cumplido y acabado,
Así sembró en las selvas sus razones.

DAMON.

¿Que haces, dí zagal aquí sentado?
Piensas que no podrá, si en él te cebas,
Acabarte en un hora tu cuidado?
¿Dejaste de cojer las flores nuevas,
Y de álamos tejer una guirnalda,
Por hacer en tu mal costosas pruebas?
Mira del monte la estrellada falda,
Que estrellas juzgarás que son sus flores,
Y su yerba finísima esmeralda:
Mira que ya en el campo los pastores
Sienten que la florida primavera
Resucita en las selvas sus primores.
Yo quiero ahora desta blanca cera
Remendar mi zampoña; tú carillo,
Préstame, si querrás, tu podadera,
Que de aquí me han hurtado mi cuchillo,
O lo dejé dó ayer corté un cayado,
O lo perdí quizá cogiendo un grillo.
Donde quiera que esté, lo habré buscado,
Si no llueve esta tarde como suele,
O me asombra algun lobo mi ganado.
Mas tú pastor, que el cielo te consuele,
Y en el ardiente y caluroso estío
Erifile tu lengua y labios hiele,
Mientras al fresco y apacible frio
Que corre áquí templamos los ardores
Del sol al pie deste laurel sombrío,

Canta, pues cantar sabes tus dolores,
Que yo prometo en pago, compañero,
De coronar tu cítara de flores.
Y aun destas palmas tejeré un sombrero,
Que si lo enramas de laurel precioso,
Mas sombra te hará que un roble entero.
Tambien allá en un valle temeroso,
Donde canto de ave no se oía,
Que turbase su acento sonoroso,
Y el mundo entre dos luces parecia
Estar suspenso, ni la noche vuela,
Ni se puede decir perfecto el dia,
Sin golpe oirse de mortal azuela,
Con un nuevo hocino de mi mano
Labré de blanca haya una vihuela,
El suelo y las clavijas de avellano,
Las voces de laurel, y toda ella
De talle y artificio muy galano.
Esta es tuya de hoy mas, porque con ella
Espero que harás tal son al mundo,
Que Apolo more en él de amores della;
Y á tí en un nuevo canto furibundo,
Tan trocada veremos tu llaneza,
Que se ahogue el primero en el segundo.
Ahora entanto que con la corteza
Del álamo silvestre te entretienes
Y escribes tu tesoro en su pobreza;
Y en tanto que en los campos te detienes
Y usas de las abarcas y pellico,
Y de leche y castañas te mantienes;
Y entanto que de amores pobre y rico

Haces reliquias de un favor liviano,
Que se lo lleva un pájaro en el pico;
Canta pastor, que el cielo soberano
Al regocijo y al placer perdido
Te vuelva como puede de su mano.

ARISTEO.

Esto es lo que cantó Damon tendido
Sobre la yerba: ¿quien dirá, pregunto,
Lo que de Tirsis aprendió el ejido?
Musas, decidlo vos, que á tanto junto
Mi ánimo no basta, y fueron cosas
Dignas de ni quitar ni añadir punto.

TIRSIS.

Yo selvas cantaré las milagrosas
Palabras que pudieran darme vida
A ser mis penas menos poderosas.
Ya que de entera luz toda vestida
La luna sobre el mundo se descubre
En purísimas llamas encendida,
Aquí donde con negra sombra encubre
La noche en sueño y lutos sepultada,
La casta yerba que estas aras cubre,
Primero una cordera degollada
Con lumbre de laurel, y azufre puro
Al silencio será sacrificada:
De aquí comenzará nuestro conjuro,
Y aquí no hay que esperar si no la muerte,
El encanto es aquí lo mas seguro;
Y porque tú con ánimo mas fuerte
A semejantes cosas te apercibas,
Atento ahora mi cantar advierte:

De un negro rio aquí las aguas vivas
Tengo guardadas, para que con ellas
Ciertas palabras en mi sombra escribas.
De que serán testigos las estrellas,
Y la noche que oyendo está su canto,
Y la luna tambien que vuela entrellas;
Y porque no te cieguen con espanto
Las sombras de los dioses que vinieren,
Forzados del apremio de mi canto,
Así los que del aire decendieren,
Como los que en sepulcros escondidos
Están siempre escuchando á los que mueren,
Con esta yerba claros y lucidos
Te dejaré los ojos, que con ellos
Podrás aun conocer los no nacidos;
Y contando uno á uno tus cabellos,
Si te hallares nones, de tus males
Podrás creer que morirás por ellos:
Mas si en tu dicha los hallare iguales,
Sobre la tierra estéril y desnuda
Contaré de tus huesos las señales.
Luego dó el agua sin correr se muda
Bañado nueve veces de mi mano,
Con la raiz de la encantada ruda,
Seguro cogerás por este llano
Las yerbas de virtud no conocidas,
Que en él nacieron su primer verano;
Y con la vestidura desceñida,
Y descalzo el un pie, y en la cabeza
Esta corona de laurel ceñida,
Irás diciendo, como yo, una pieza

Ciertos cantares, si hallares dina
Tu lengua de cantarlos con pureza;
Que en nuevas hojas de inmortal encina
Escritos parecieron en el mundo,
De oculta mano y de virtud divina:
Bastante cada cual, sin el segundo,
Para bajar la luna de su cielo,
Y dar luz á las gentes del profundo,
Encadenar los rios con el hielo,
Abrir la noche y encerrar el dia,
Y á las horas hacer parar el vuelo:
Vestir nuestros collados de alegría
En el invierno estéril, y el verano
Las rosas ahogar en nieve fria;
Y estos ya dichos, porque de tu mano
Cojas la libertad entre las flores,
Cual cogemos la fruta del manzano:
Con tres velos diversos en colores
Cercarás el altar, que ya encendido
Con yerbas estará de tres olores:
De la casta verbena y el florido
Arrayan, y del rojo y tierno acanto
En luna nueva de raiz cogido;
Y sobre todo del encienso santo
El humo llevará en los aires mudos
Tu dolor á los reinos del espanto:
Luego los miembros ligarás desnudos
Desta imágen, que ves de limpia cera,
Tres veces con tres lazos y tres nudos,
Y atándola dirás desta manera:
La que me tiene ahora así ligado

Ligada como yo de amores muera;
Y tres veces aquello pronunciado,
Tres veces cercarás el encendido
Altar donde se abrasa tu cuidado;
Que el número ternario es escogido
De los sagrados dioses, y en su acento
Cierto divino olor está escondido;
Y á la imágen ligado el pensamiento,
Así dirás poniéndola en la llama:
Aquí contigo acabe mi tormento:
Y encendiendo en el fuego aquesta rama,
Filis, dirás, me abrasa en vivo fuego,
Y yo en este laurel quien me desama.
Y esto dicho verás que baje luego
Buscándote por sendas escondidas
Ciega, cual vives tú por ella ciego:
Que estas yerbas de Arcadia son traidas,
Allí tú las sembraste, Alfesibeo,
Y á tí, Aretusa, te las dió escogidas:
Allí nacieron, aunque aquí las veo
Ya de verdor y fruto tan caido,
Que no podrán cumplir algun deseo:
Con su virtud en cisne convertido
Ví su primer pastor, y con su canto
Dejar de seco el campo florecido,
Bajar los pinos á escuchar su canto,
Trocar las mieses y encantar los rios,
Y esto es lo menos, y lo mas no tanto.
Estas cenizas y carbones frios
Arroja por detras en la corriente,
Y aquí van, dí, los pensamientos mios:

Mientras coges la brasa, un fuego ardiente,
Tirsis, tenlo á señal y dicha buena,
Hizo todo tu altar resplandeciente.
No sé que puede ser, mi perro suena,
Si viene Filis, si nos han burlado:
Siempre juzgué por inmortal tu pena,
Siempre el bien del amante es bien soñado.

EGLOGA SEXTA.

Si el largo razonar, las poderosas palabras, y el nuevo canto de Aristeo nos fueron de algun contento, cualquiera por sí lo podrá juzgar que á nosotros para solo alabarlo nos quedó licencia. Y viendo que ya las anchas espaldas del nevado Atlante hacian sombra á la mayor parte de la tierra, y nuestras ovejas hartas de pacer, acordándose de las majadas, con sus corderillos delante salian de entre los árboles, poniendo por entonces fin á nuestros placeres cada uno enderezó á su cabaña, donde en diversos ejercicios ocupados el dulce sueño con su universal reposo á todos nos dejó en igual silencio y quietud; y esta, no tan presto con la nueva estrella del alba huyó de nuestros ojos, sin haberse aun de todo punto declarado el dia, cuando en aquel alegre rato que las flores llenas de precioso aljofar, abriendo á los primeros rayos del sol los tesoros de su hermosura con olorosas voces alaban las celestiales lumbres, sacando mis cabras á los alegres pastos por donde el campo mas fresco parecia, poco á poco me fuí subiendo á la cumbre de un pequeño monte, y allí por mil partes derramadas ya entre las flores se escondian, ya por

los árboles y otros arriscados lugares se encaramaban, subiendo algunas por las peñas, y otras apocando los tiernos renuevos que por el collado asomaban. Estas con no poca codicia para alcanzar un ramo de sauce vieras colgarse de algun risco, y aquellas sobre las claras fuentes contentas en hallarse dentro de sus espejadas ondas apenas se hartaban de mirar las florestas y ganados que en el otro mundo tras los tiernos cristales parecian. Y yo recostado en la yerba con el verano de mil colores diferenciada, de solo contemplar lo que allí tenia presente me acordaba, hasta que los encendidos rayos del sol me forzaron á buscar lugar mas fresco donde pasar la tarde, y á este fin, queriendo recogerme á la amada Erifile, desde luego me fuí bajando por el pequeño collado, y no mucho antes de salir dél, en aquella parte, que el monte todo colgado de un pendiente risco sobre la vecina selva parece arrojarse entre laureles y arrayanes, una sombría cueva se me ofreció á los ojos, no sé si de artificiosa mano labrada, ó abierta allí de la poderosa naturaleza, tan vestida de verde yedra y frescos parrales que apenas se podian ver los pendientes riscos, de que no sin industria divina estaba fabricada: cuyos helados senos, lloviendo siempre menudas lágrimas de tierno rocío, y otras á veces antes de caer sobre la yerba cuajándose en delgados hielos, no otra cosa parecian que resplandecientes puntas de cristal, que con

las dudosas vislumbres, que por éntre los confusos árboles entraban, como un estrellado cielo la tenian cubierta de pequeñas lumbrecillas; y para acrecentar mayór beldad á su frescura, salia de lo mas escondido della una fuente, derramando con agradable y sonoroso ruido sus preciosas aguas por entre desnudas piedras y doradas flores hasta la mitad de la puerta, que allí haciendo en una socavada peña un recogido estanque cubierto de verdes ovas y revoltosa yedra, no poco deleite y regalo daba á la vista, y mas en aquella sazon que la encendida siesta cualquier sombrío lugar hace apacible; y á mí desde luego me pareció tal, que sin buscar otro mejor, recostado sobre las flores comenzé á derramar por todas partes la vista y á leer por las cortezas de los árboles muchos agradables versos, unos dedicados á su frescura, y otros al amoroso cuidado del que allí se puso á escribirlos. Entre otras grandezas del bosque una era la famosa estatua de Silvano, á quien por guarda fiel de aquellas dehesas sus mas vecinos pastores hacian ordinarios sacrificios; y él, como un gran consejero del mundo, en una lisa plancha de alerce que le servia de arrimo y sustento tenia escritas estas letras:

El que diere el oido á la marea
Del vulgo, grande autor de novedades,
Entre olas de mentiras y verdades
En mil riesgos es fuerza quē se vea.

Lastre bien la barquilla, no se crea
De abril, que no hay en él mas variedades
Que en esta confusion de voluntades
Juicios dá cada cual de su ralea.
Es la fama la flota de sus cuentos,
La invidia y la lisonja quien los carga,
Y el contento quien paga los donaires.
El que fuere discreto en sus intentos,
Sino quiere perder el flete y carga
No se deje llevar de todos aires.

Estas cosas estaba yo contemplando cuando en el tronco de un álamo no sin gran curiosidad á vueltas de algunos sátiros ví talladas muchas ninfas, unas haciendo guirnaldas de flores, otras bailando al son de flautas y rústicos instrumentos, y todas de mil maneras regocijándose, y entre ellas un anciano sátiro, que impedido por su mucha vejez de semejantes placeres, sentado al pie de un árbol por entonces se contentaba con escribir en su corteza estos versos:

Mientras que por la limpia y tersa frente
Ese cabello de oro ensortijado
Al fresco viento vuela marañado
Sobre las tiernas rosas del oriente;
Mientras la primavera está presente
Dese clavel, sobre marfil sentado,
Coged las flores y alegrías del prado,
Que el tiempo corre, huye y no se siente.

¿De que fruto os será la hermosura,
  Cuando el invierno vista de su nieve
  La lumbre de oro y encarnadas rosas?
Si la edad pasa, el tiempo la apresura;
  Las horas vuelan, y en su curso breve
  Hallan y tienen fin todas las cosas.

Los agradables versos del envejecido sátiro, la frescura del lugar, el ruido de la fuente, y el viento que los árboles rompia, no sé por cual fuerza movidos, escribieron en mi memoria cosas que del todo me quitaron el contento, pintándome de mil maneras el que algun dia en aquel mismo bosque gozé, acompañado de mas que silvestres árboles, como podran ser testigos las mismas flores que sin perder su primer frescura aun guardan todavia las reliquias de mis pasados placeres: por cuya ocasion aun me sería dificil decir lo que en aquella soledad sentí, mas de que por librarme de la que me causaba el lugar y cuanto en él habia, escribiendo de nuevo en mi memoria gustos y pensamientos pasados, por librarla dellos y á mi corazon de la pena que le daban, echado sobre la yerba en tono bajo asi comencé á hablar:

Estanque de agua cristalina y pura,
  Fuente sabrosa dó el cristal helado
  Va revolviendo el oro por la arena:
Verde ejido, de flores estrellado,

Que gozaste mi bien en tu frescura,
Al dulce son que en esas guijas suena:
Arboles que en el agua mas serena
Siempre os veis inmortales,
Y á vueltas de mis males
La causa de mi gloria y de mi pena;
Pues tan presto pasó el alegre dia,
Que en suaves olores,
De entre estas flores mi placer nacia,
En vos quiero pintar la hermosura,
Que en señal de su rúbrica mas cierta
En mi pecho el amor dejó pintada.
Mas si apenas el mismo amor acierta
A dar solo un rasguño en la pintura,
¿Como pienso dejarla yo acabada?
Aquí toda mi gloria esta encerrada,
Y pasar este tiempo
En otro pasatiempo,
Alma, será dejaros agraviada.
Por tanto, prado, bosque, estanque y fuente,
Oid ahora atentos
Los sentimientos que mi alma siente.
Quien visto hubiese al apuntar del dia
Celages de ambar, con que el alba hermosa
Realza los balcones del oriente,
O algunos rayos de la luz preciosa,
Que el oro en hebras retorcido envia,
Dó su mazorca y piña reluciente,
Verá en su luz y adorará su frente
Un aparato bello,
Con que enreda el cabello,

De quien mi gloria y bien está pendiente.
Aunque son nieblas, sombras y pobreza
Esos celages y oro,
Con el que adoro y veo en tu cabeza
Hermosos son, pastora, tus cabellos;
Mas quien quisiere ver dó está cifrada
La postrer raya de beldad mas pura,
Vea la frente de cristal labrada,
Cielo sereno á dos luceros bellos,
Que hacen la gloria del amor segura;
Y si buscare al vivo su pintura,
Entre dentro en mi alma,
Donde gozas la palma,
Digna de tu beldad y mi ventura:
Que allí tomando su dorada flecha
Amor por pincel vivo
La dejó al vivo tu retrato hecha.
Hermosa es, mi pastora, aquesa frente,
¿Mas quien ha visto unos arquillos de oro
Que en las bordadas nubes suelen verse,
Cuando el sol va escondiendo su tesoro,
Y los negros celages de occidente
En llamas de oro vuelven á encenderse;
O cuando sobre tarde, al fenecerse
La lluvia del verano,
Un arco soberano
Por el aire comienza de extenderse?
Pues mas bellas, alegres, agraciadas,
Lustrosas y parejas,
Son tus dos cejas lisas y enarcadas.
Bellísimas, pastora, son tus cejas,

¿Mas quien ha visto de agua cristalina
Unos remansos puros y espejados,
Donde bulle el cristal cual plata fina,
Y en unas olas mansas y parejas,
Con mil vislumbres andan alterados;
O cuando mas serenos y estrellados
Los cielos en su altura,
Descubre su hermosura
De varia pedrería y luz sembrados?
Pues mayor gloria, y lumbres mas divinas
Dais al alma en despojos,
O alegres ojos de esmeraldas finas.
Bellísimos, pastora, son tus ojos:
¿Mas quien ha visto el seno plateado
De las conchuelas que las perlas cria,
Con los esmaltes de coral labrado,
Y los granos de aljofar á manojos,
Cuajados del licor que el alba envia;
O flores de jazmin y nieve fria,
En claveles y rosas,
O entre piedras preciosas,
Perlas, rubís, coral y argentería?
Pues viendo aquesa boca soberana,
Todo esto es bajo azofar,
Ante su aljofar engastado en grana.
Esa boca, pastora, es muy hermosa,
¿Mas quien ha visto por abril florido,
Con varias flores un alegre prado,
Que á la riqueza de que está vestido,
Avivan mas el azuzena y rosa,
Todas cubiertas de un rocío escarchado;

Donde del sol el resplandor dorado
Saca unas luces bellas,
Que parecen estrellas,
Con que la aurora lo dejó estrellado?
Pues esto es sombra de pintura humana,
Puesto al rostro hermoso,
De á dó el reposo de mi gloria mana.
Selvas, aqueste es un rasguño dado
De aquel hermoso sol que en mis entrañas
Amor con su pincel dejó esculpido:
Mas son sus perfecciones tan extrañas,
Que hay del original á este traslado
Lo que de mi pincel al de Cupido.
Pues esta que á lo último ha subido
De toda la hermosura,
La ví yo en tu frescura,
Prado hermoso, fértil y florido,
Un dulce, alegre y regalado dia;
Que aquesta es noche escura,
Que en cárcel dura tiene mi alegría.
Cancion dichosa, y vos retrato bello
Quedaos en estas flores,
O á todo el mundo matareis de amores.

A la sazon, que ocupado en semejantes cosas solos los árboles me oian, ningun ruido sonaba, el encendido sol discurriendo por el cielo suspenso tenia el mundo, las selvas no se movian, callaban los desnudos montes, y las abrasadas riberas sin ser de las importunas olas combatidas gozaban en sosegada calma

algun descanso. Solo en esta suspension se podia oir por las secas retamas la importuna cigarra, ó caerse blandamente alguna hoja de los cercanos árboles, cuando vencido de la imaginacion, cansado de la mucha soledad, sin acabar del todo mi discurso, el sosegado sueño, dulce alivio de los males, con un sabroso licor me bañó el rostro, llevándome tras sí la inquieta fantasía por lugares temerosos y dignos de reverencia, y mostrándome cosas que yo por muy dichoso me tendria en referir á los circunstantes pinos, si las favorables musas en mí pusieran el aliento que les pido, y de mi memoria no borraran milagros tan dignos de contar. Porque aun no de todo punto el sueño me habia traido á la verdadera imágen de la muerte, estrechando en sabroso ñudo mis sentidos, cuando por lo mas escuro de la cueva de aquel mismo lugar que la pequeña fuente manaba vi salir una hermosa ninfa, que si las livianas sombras del sueño de algun metal pueden juzgarse, diria que de trasparente cristal fuese, sembrados sus cabellos por los hombros, que á no ser de resplandor mas maravilloso de verdes ovas los hubiera juzgado: sobre ellos una guirnalda de flores, y así toda vestida de rayos de divina lumbre, que su mucho resplandor me dejó vencido, diciendo, no sin gran placer, luego que llegó donde yo estaba: Pastor, aun la divina Erifile se acuerda de tu zampoña, y si algun tiempo á tus mortales

pies ha concedido tocar soberanos asientos, yo que tambien soy ninfa de las aguas en honra de tus suspiros contenta seré de facilitar tu paso si tú á seguirme te atrevieres; y sin dejarme lugar á prevenir respuesta, llevado de su virtud, desde luego la fuí siguiendo por la escuridad de la cueva, haciendo seguros mis temerosos pasos la mucha claridad que della salia; y apenas á unas carcomidas rocas llegamos, donde toda aquella agua tenia su principio, cuando el mismo suelo que nuestras plantas sustentaba, así comenzó á bramar y los collados á moverse como si capaz fuera de alguna vida; y faltándonos la tierra debajo los pies, súbitamente se abrió una profunda boca, alzándose á todas partes pequeñas montañas de agua, por donde dichosamente me sentí llevar corriendo, sin mojarme, sobre mi cabeza copiosos arroyos y manantiales de espejadas ondas, que allí purísimas y nuevas sin mezcla de mortal olor salian de su primer aposento. Y no solo esto, pero á la sazon que ya debajo de las selvas andaba, sobre mi cabeza sentí balar nuestros ganados, sentí ladrar nuestros perros, y lo que mas gustoso fue de oir, á nuestros pastores sentí ocupados en sus ordinarios cantares, en cuyo testimonio si perfectamente los hallara en la memoria, aquí los dejara escritos en el mismo estilo y tono que ellos entonces los decian. Mas cuando yo estas cosas con mayor deleite gozaba, con la lige-

reza que el tiempo suele huir de nuestra vista me sentí llevar por revoltosas y encubiertas sendas á los espantosos senos de la tierra, donde grandes lagunas, grandes estanques, grandes fuentes y rios contemplaba. Pasando por algunas partes llenas de temerosos ruidos, no sé si causados de los inmortales diluvios de agua que sobre mí manaban, ó por ventura de las gentes que ya arrancadas de los vivos en aquellas escuridades tienen su espantosa cárcel, y no tan presto por las cercanas aberturas de la tierra segunda vez la amada luz llegó á nuestros ojos, cuando á mí me pareció que á otro nuevo mundo hubiésemos venido, donde todos los montes, todas las sierras y collados, que descubrimos, cuajados de no vistas riquezas se mostraban, corriendo por unas partes rios de resplandeciente oro, y por otras grandes estanques de luciente y limpia plata; y no sé si admirándome yo de semejante cosa súbitamente me ví debajo de una profunda y ancha laguna, cuya increible grandeza me hizo creer que en aquel punto el famoso Océano con todas sus regiones de agua hubiese pasado sobre mi cabeza. Mas luego que sentada encima de sus delicadas ondas vi una soberbia y populosa ciudad, no sin mucha admiracion dije en mi pensamiento: esta sin duda es aquella Grandeza Mejicana, de quien tantos milagros cuenta el mundo. Y bien que ya otras veces oyese decir que sobre collados de agua

tenia el fundamento, no por eso creia que así toda pendiente en el aire sobre tan delgado suelo estrivase, el cual no otra cosa me parecia mirándolo encima de mis hombros, que aquella delicada costra en que labrando las industriosas abejas sus panales suelen tambien edificar torreados y hermosos castillos de limpia cera, por cuya causa con un nuevo y particular gusto despacio me puse á contemplar semejantes maravillas, llevando á veces la vista por las anchas y hermosas calles cargadas de soberbios edificios, á veces contemplando sus ilustres ciudadanos, sus galanes y ataviados mancebos, como unos valientes y poderosos centauros sobre lozanos y revueltos caballos cubiertos de guarniciones y jaeces de oro; sus hermosísimas y gallardas damas, discretas y cortesanas entre todas las del mundo; los delicados ingenios de su florida juventud ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde sobre todo la divina alteza de la poesía mas que en otra parte resplandece. A veces saliendo desta contemplacion miraba aquellos reales palacios, dignos de aposentar en sí un grande imperio, y otros aunque de mas breve y moderada hechura, merecedores por el valor que encierran de mas que el segundo lugar, los cuales consagrados á la castísima Diana, y con un abrasado fenix de amor por empresa, llenos de soberanas ninfas de lo mejor de aquellas lagunas en tantas maravillas resplandeçen,

que allí de nuevo me convidó amor á regalar la vista y á no desear mas deleite del que gozaba, hasta que mi amorosa guia por fuerza me obligó á mirar las altas torres de los tres famosos templos, que con resplandecientes techumbres mantienen dentro de las nubes un eterno dia, cuya intolerable pesadumbre, rompiendo el delgado suelo por algunas partes, de tal manera están colgadas sobre el agua las pendientes piedras de sus fundamentos, que á no ser por las cristalinas ninfas sustentadas en columnas de vidrio ya con peligrosa caida hubieran arruinado el mundo. Y á este tiempo, aun sin perder de vista los mejicanos cristales, á mí me pareció que á una carcomida roca llegamos, de adonde todas aquellas aguas nacian, y allí en alfombras de menuda yerba, á la puerta de una cueva que los encrespados riscos hacian, dos ninfas descubrimos tan vestidas de celestial hermosura, que apenas su divino resplandor se dejaba hallar de nuestros ojos, ceñidos los dorados cabellos con sendas guirnaldas de verde pimpinela y ovas, y en las manos sus labores que con ellos competian en delicadeza. La una juzgué yo por diosa de aquel lugar; mas la que con ella estaba, si como lo demas no fue sueño, sin encarecimiento diria que habiendo los dioses de criar beldad en todas perfecciones acabada, solo un retrato desta harian; que la mucha hermosura de sus alegres ojos no habrá corazon tan lisongero á

quien la libertad no cautive, ni él podrá hallar libertad mas rica que el cautiverio de tales ojos. Estaban ocupadas en sus labores, y la primera, que Clitiso podria llamarse, haciendo reseña de la suya, tal que en su competencia Aradne viviera envidiosa y desconfiada, así á su bellísima compañera dijo: ¿Que te parece ninfa mia desta labor? ¿Por dicha algun descuido hallarás en ella? Yo hasta ahora no le veo, ni puedo creer que la envidia se lo halle. Al principio bien pensé labrar aquí toda la celebrada historia de Orfeo y su amada Euridice, de la suerte que á Nerea con tierno y lamentoso sentimiento una tarde se la oí cantar, y segun mi pretension me ha salido dichosa, ya quisiera no haber olvidado nada del amoroso suceso; porque en esta parte á los principios así tenia trazada la fértil ribera de Peneo, que aun en el borron creyeras que las resonantes arboledas movidas del blando viento convidasen á gozar de su agradable frio, sembrados por los floridos campos los rebaños del pastor Aristeo, que ya tambien en esta parte se mostraba dibujado en aquella misma figura que por entre espinas y abrojos á todo correr iba siguiendo la amada Euridice, no sé si por alcanzarla ó por no perder de vista su hermosura; pero convidada de mas gustoso entretenimiento por entonces no quise, de lo que ahora me pesa, proseguir este dibujo, sino comenzar la historia de lo mas delicado della, como sea

cierto que siempre las cosas tristes mas que las alegres muevan nuestros ánimos. Y así comenzé los trabajos de mi aguja desde aquel punto que el delicado pie de la ninfa tocó en la peligrosa huida el encogido áspide con que, así dioses lo quisistes, entre las flores una rosa mas se vió caida, no de otra suerte que sobre el verde surco cae la olorosa y tierna azucena del rústico arado descomedidamente arrancada. Y todas las vecinas selvas, llorando el desdichado suceso, blancos canastillos de rosas derramaron sobre el frio cuerpo, que en ellas sepultada una Venus dormida parecia sobre la yerba; y dejados aparte los infructuosos llantos que por aquellos desiertos el rústico Aristeo hizo, y el castigo que á su delito dieron las diosas de los cercanos montes, apocando sus enjambres, destruyendo sus rebaños y sembrando fuego en sus mieses, que no es digno de pasar en silencio, ni como aquí has visto yo me desdeño de ponerlo en lo mas precioso de mi tela. Lo que en artificio sobre todo mi trabajo se aventaja es de Orfeo aquella célebre bajada á los temerosos reinos de la muerte; y aunque la pena de su mirar se vea viva en él todavía, hazaña es á mi parecer digna de no pasar en silencio. ¿Mas que no puede el amor? Todo lo facilita, y no es el mayor de sus milagros ir á buscar placer á la morada de los tormentos; pues siéndome fuerza, pintar en este paso las no vistas regiones

que en los senos de la tierra se hallan, los vacíos reinos de Pluton y las casas de los ya enterrados, muradas de una eterna y triste noche, no pudiendo hacer trasparentes aquellas espantosas concavidades, ni olvidar en mi pintura lo que en ellas los soberanos dioses han guardado: con esta confusa niebla me pareció escurecer los primeros resplandores de las figuras, la cual yo no me admiraré que tú demasiadamente me alabes, porque ya ha habido ninfas que con templado aire han pretendido levantarla, deseosas de gozar mi labor sin aquel fingido impedimento. Y si acaso de Flegeton las ardientes ondas no corren con aquel desenfrenado curso que deseas, advierte, divina ninfa, á la suavidad de aquella cítara de Orfeo, que si debajo de la perfeccion de mi arte cupiera su poderosa armonía, no fuera necesario decirte que ella era quien dulcemente las tenia encantadas; y la que bastó á sacar de la negra lama y podridas ovas del estigio lago aquellas delgadas fantasmas, imágenes de los que ya no viven, que allí envueltas en podrido cieno de mil siglos atrás estaban olvidadas, sembrando la consonancia de sus acentos tal deleite que, si creer se puede, pudo por algun tiempo ablandar las cruelísimas hijas de la muerte; y dejando de silbar sus ponzoñosos cabellos, oyeron las serpientes su dulzura y detuvo el vuelo la amortiguada luna, que como verdadera imágen de la noche por aque-

llas calladas riberas con delgada luz y encogido rostro vive. Mas ahora vuelve los ojos á esta pequeña sombra ya segunda vez arrancada por los escuros hados de la presencia de su descuidado amante, que antes del divino término volvió á la cara prenda los amorosos ojos, no por quebrantar, ó castísima Proserpina, tu precepto, mas por satisfacer su amor: yerro por cierto digno de perdonar, si algo allí se perdonase. ¡Terrible cosa de oir! Tres veces se oyó resonar el infierno, y tantas el temeroso bramido de las furias corriendo fue por las profundas cavernas del mundo, y la desdichada Euridice, muerta dos veces en su florida edad, ya, dijo, de los rigurosos dioses soy llamada: á todos está difinida su suerte: cortó la parca una vez el precioso estambre, y la vida solo hasta muerte se concede: los ojos, que de alguna luz se iban vistiendo y el nuevo aire los abria poco á poco, con un eterno sueño se han cerrado. A Dios, querido esposo, que cercada de una escura sombra volverme siento á la universal noche: vano ha sido tu trabajo, y en vano, pues no soy tuya, trabajas en detenerme. Así es fama que dijo; y no de otra manera que un negro humo se fue desvaneciendo por el aire: tres veces con sus brazos procuró el liviano amante encadenar el amado cuello, y tantas, cual ligero sueño, se huyó de los amorosos lazos, faltándole aquella virtud y fuerza que enlazada vive por

los duros nervios, mientras el sutíl espíritu está en ellos detenido. Mas lo que despues al desdichado Orfeo sucedió, llorando en vano los engañosos dones de los sepultados reyes, trayendo á escuchar su música las hayas, los cipreses y los álamos, encantando los fugitivos rios; y últimamente la infame muerte que las crueles mugeres de Tracia le dieron, aun se está como ves en dibujo, y en ello á ratos ocupo mi gusto y tiempo; mas aunque tu labor llena, como creo, esté de soberanos secretos y de preciosos colores resplandeciente, no sin gran risa se deja ver el sátiro que en esta red está caido, aunque por ignorar el fundamento de la fábula, no me sea fácil decir lo que de su perfeccion siento, mas de que bastará ser obra tuya para que nadie pueda dar parecer sino fuere en su alabanza; porque cierto la viveza de aquel pastor que allí está tocando su zampoña tan de veras engaña la vista, que ya mil veces, creyendo que vivo esté, me ha obligado á escucharle; y en verle mirar tan aficionadamente tu retrato me hace sospechar que no carece de misterio la pintura, y que mas te ha costado su labor que pintar un sátiro caido en una red; y aquestas ninfas de que aquí te pintaste rodeada, ¿de que cielo bajaste su hermosura? Que cosa nueva es para mí que el mundo alcance tanta beldad; mas ahora sean diosas de los montes ó guardas de las verdes cuevas, dignas son del lugar que

ocupan: participe yo de los secretos de tu labor; así en los brazos del contento, que la esperanza te promete, libre te veas de la soledad que publicas. Desta manera la casta Clitiso daba á entender á su compañera los milagros de su aguja; y así finalmente la conjuraba á que ella los suyos le descubriese, cuando la bella ninfa, cuyo nombre ahora perfectamente no sé, así abriendo sus dulces labios le satisfizo: De mi labor no quiero que digas tu parecer hasta que de mí su nueva historia hayas aprendido, que por grande que sea la perfeccion de una pintura, para quien ignora el caso bien podemos decir que las mas vivas figuras esten muertas; pero en tanto que para darte entera relacion de mi cuento acabo este segundo retrato, ocupadas en nuestras labores cantemos si gustas alguna cosa de placer que nos suspenda los cuidados. Tú, ninfa mia, dijo Clitiso, eres mi gusto, á mí solo toca obedecerte: comienza, que el seguirte, que es mi oficio, yo lo haré como supiere. Querian ya las dos bellísimas diosas dar principio á sus cantares, cuando en lo alto de la carcomida roca una cercana deidad que escuchándolas estaba en forma apareció del divino Proteo, ora fuese el dios de las vecinas aguas, ó la magestad de algun sagrado rio; coronado de verdes ovas, lleno de rocío el rostro, y la blanca barba lloviendo cristalinos arroyos: un sombrío sauce en la mano, que de provechoso sustento y

agradable abrigo le servia; y desta manera, con gran gusto de los que le oian en tono sonoro y grave comenzó á sembrar por el aire estas palabras:

PROTEO.

Oidme bellas ninfas, tiernas diosas;
Que si gozosas escuchais mi canto,
Un templo santo, hecho de una cueva,
En luna nueva y en collado antigo,
De aquí me obligo á consagraros luego,
Y no con fuego, mas con tiernas flores.
Por los favores deste beneficio,
Al sacrificio iré cada mañana,
Y la temprana fruta por mas nueva
A vuestra cueva llevaré en la mano:
Ya del manzano las manzanas de oro,
Ya del tesoro rico de los prados
Los mas pintados lirios y las rosas.
Pues, tiernas diosas bellas, escuchadme,
Y si es lícito, ó cabe en mí tal gloria,
Vuestros lenguages sacros declaradme
Para cantar con ellos una historia
A vuestras cuevas llenas de deidades,
Que dure por mil siglos su memoria.
En un tiempo ví yo dos voluntades,
Así conformes como son los años,
Que nos miden y roban las edades:
Fiáronse del tiempo y sus engaños,
Y su conformidad quedó deshecha,
Y habita cada cual reinos extraños.

Mas tú, diosa gentil, en quien fue hecha
Tan triste y dolorosa anatomía,
Suspende por un rato tu sospecha.
Vendrá tras este un venturoso dia,
Así lo ordena el cielo piadoso,
Que vuelva tu alma al cuerpo en que vivia.
Si Orfeo antes del término forzoso
Bajar pudo á los reinos del tormento;
Si á mas que esto es el tiempo poderoso,
Hacerlo pudo amor. ¡Extraño acento
Que el que en la tierra sin placer vivia
Hallase en el infierno su contento!
Con su canto alcanzó cuanto pedia;
Bien que la pena de volver los ojos
En él se halle viva todavía.
Así tú te avendrás con tus enojos,
Y deste infierno donde está tu gloria
Triunfante sacarás ricos despojos.
Y aunque vuelva los ojos la memoria
Atras, no arriesgará contento alguno;
Que siempre es dulce el mal puesto en historia.
Si el que te aflige ahora es importuno,
Pues este es el consuelo de los tristes,
Llórenlo los mortales de uno en uno.
Vosotras, flores que otro tiempo fuistes;
Reyes del mundo, ninfas y pastores,
Llorad su mal las que sus bienes vistes.
Llore el vano Narciso tus amores,
Y porque el suyo con tu mal avive,
En sus hojas escriba tus dolores.
Y tú, parlera Eco, si en tí vive

Memoria alguna de tus tristes hados,
Por estos riscos mi cantar escribe;
Que algun dia serán estos cuidados,
Si en mí no es vano el nombre de adivino,
Contentos por mas bien á logro dados.
El sol sin se cansar sigue un camino,
Consume con sus vueltas los mortales,
Y él tan nuevo se va como se vino.
Es el mundo de bienes y de males,
De lágrimas y risa un pasadizo,
De paso y escalones desiguales.
Si algun agravio la fortuna te hizo,
O bella ninfa, en no ajustar su mano
Al gran valor que en tí no fue postizo;
Si el tiempo en ese pecho soberano
Tambien va, entre pesares y placeres,
Siguiendo el curso del estilo humano,
No por eso, honra y prez de las mugeres,
Humilles de tu alma la grandeza,
Pues una en todas las fortunas eres.
Entre aquesos retratos de belleza,
Que siguen de Diana las pisadas,
Y de un Fenix de amor la gran pureza,
El premio á las presentes y pasadas
Lágrimas quiso el cielo que tuvieses,
Y allí las goces ya en gloria trocadas;
Y sin que hagan nuevos entremeses
El tiempo y la fortuna de tus cosas,
Divinas de una vez, cual son, las vieses;
Y vosotras, ó almas generosas,
Que siendo antes la flor de aqueste mundo

Ya sois del mismo que le hizo esposas;
Y tú, diosa marina, que al profundo
Mar de tu casto amor diste el asiento
De este segundo cielo sin segundo;
Recibid de una vez el rico aumento,
Que á tan altos principios se debia
Por premio justo á vuestro heroico intento:
Que yo á quien la infalible profecía
Del ciego hado alumbra los secretos,
Y descubre la luz antes del dia,
Ya en el mundo os prometo con perfetos
Agüeros fama ilustre y nombre raro,
Mientras hubiere en él gustos discretos,
Y hambre de oro en corazon avaro.



EGLOGA SÉPTIMA.

Luego que el no conocido dios dejó con tan admirables secretos llenas las hinchadas olas de los milagros que en su labor la sagrada ninfa escondia, y satisfizo á la clara Clitiso de lo que mas saber deseaba, contento de haber dado en las eternidades del mundo tan poderosa voz de la carcomida roca, se dejó caer en lo mas profundo del agua, y las ninfas que suspensas lo habian oido, vueltas á sus olvidados ejercicios, aquella á quien declarar su historia tocaba, si á mis mortales oidos pudo llegar el aliento y fuerza de palabras tan divinas, así le oí comenzar su cuento: Tú, ninfa mia, sabrás que por estas selvas mis ojos otro tiempo vieron un pastor, al parecer tan agraciado y bello, que Apolo cuando en semejante hábito seguia las selvas, no se puede creer que de otra hechura y talle fuese; y aunque de apartadas riberas, posible seria que las nuestras no le tuviesen por extraño; antes así su zampoña las alegraba, que muy digna era de ser oida, no solo de los pinos de la sierra, de los sauces del rio, de las ninfas de estas aguas, y de las deidades de las vecinas cuevas, mas aun de los cercanos montes se vieron bajar las duras enci-

ñas y los mas envejecidos robles adonde estaba, y allí haciéndole agradable sombra al son de sus cantares con deleitoso ruido movian las cabezas. Pues este pastor, de quien ahora cuento, no sé por cual rigor de cielo se inclinó á querer cierta ninfa destas aguas, grande aficionada tuya, por quien tan desasosegado anduvo un tiempo, que con el desconcierto de su vida los campos se deslustraron, los ganados no pacian, perdieron las fuentes sus frescuras, y las estrellas de los prados marchitas y sin hermosura inclinaron sus cabezas. Pues como la ninfa por quien él esta vida pasaba no tuviese el corazon de perdenal, ni el pastor se pudiese llamar indigno de tal cuidado, tuvo por bien dar la mano á sus caidas esperanzas, y sin desdeñarse de su compañía gozar muchas veces su honesta y agradable conversacion por los mas floridos montes, donde pocos árboles se hallan en quien por la mano del pastor su nombre no se halle escrito á vueltas de otros amorosos versos; y pues tan adelante estoy en descubrirte mis cosas, no quiero guardar nada para otro dia, ni me afrento que sepas de mí ser yo la que él en sus cantares celebra, ni de haber querido castamente algun tiempo á este pastor que aquí ves dibujado; que si por mi disculpa sufre decirse, Venus me tendrá mas envidia que amor tuvo á su querido Adonis, el cual aunque en extremo era hermoso, como habrás oido, tambien por las selvas apacentó

ganados; y no por ser pastor la diosa le tuvo en menos, ni si fuera algun dios le llorara mas. No me despreciaba yo de verme rodeada de las ovejas de mi pastor; ni tú, ninfa mia, te afrentes de que una hermana tuya así por un hombre mortal pene. El Troyano Páris coronando estaba de nuevas guirnaldas los vencedores toros, cuando las diosas le señalaron por juez de su hermosura: entre las cabras durmió Endimeon, y aun segun es fama duerme todavía, aquel mismo á quien la preciosa luna, que ahora en el cielo las ninfas de las aguas adoramos, humilló el resplandor de su plateada silla: Apolo cantó en las selvas, Mercurio y el dios Pan fueron pastores, y pocos dioses tiene el cielo que en este hábito no los haya conocido el mundo. Ya lo principal te he descubierto: solo resta darte á entender esta parte de mi labor, que no contiene en sí mas que la forzosa ausencia y el triste suceso de su partida, de que yo creía vivir segura, mientras la escura niebla de la muerte que todo con su presencia lo divide olvidarse quisiera de apartarnos; mas desta mi confianza sin duda alguna tuvo envidia aquel dios, cualquiera que sea, que de apartarlo de mis ojos fue servido, arrojándolo á regiones tan apartadas que apenas se puede tener esperanzas de su vuelta; bien que por alivio de la que en su noble fe aun todavía se sustenta y vive, al tiempo que el dolor le dió licencia, como pudo me dijo estas palabras:

Tu vista manda amor que solicite,
 La razon que me parta: dí tú en esto
 Señora ¿que haré? que yo estóy presto
 De hacer por tí cuanto mi amor permite.
Mas ahora vaya, muera ó resucite,
 El corazon que en tu poder he puesto
 En él se quedará, que no es honesto
 Lo que una vez se dá que otra se quite.
Que le trates tan bien, como él te quiere,
 Es lo que en esta ausencia te encomiendo,
 Por el provecho que á los dos nos viene.
Y si alguno agraviado te dijere
 Que amo otra beldad, dile riendo:
 Mal podra amar quien corazon no tiene.

Con esto quedaron en tinieblas hasta ahora mis sentidos, y él engañado dejó estos montes, y yo no sé si lo quedé en fiarme tanto de sus cosas; y porque entre las demás que aquí en honra deste pastor mi aguja ha puesto es el gracioso acaecimiento de aquel sátiro, tú, Clitiso mia, sabrás que en aquella sazon que el encendido sol corre por la mitad del cielo, enjugando el tierno rocío de las yerbas, este rústico dios, lleno de calor y polvo, así la cara en llamas encendida como si colorada amapola fuera, por nuestras riberas discurria, ahora de la caza cansado, ó á expiar bajase alguna ninfa hermana nuestra; cuando yo entre unos frescos árboles en compañía estaba de mi pastor, y él entretenido con su zampoña de solo

cantar alabanzas mias se acordaba: ¿pues que te diré de lo que al grosero Fauno avino? Tú sabrás que aquella famosa red que Vulcano hizo acostumbrada á ligar con fuertes nudos inmortales miembros, habiéndola hurtado Mercurio para prender con ella á Clorides, Clorides tierna y placentera ninfa, que tras el alba sale por el mundo sembrando los jazmines y rosas de su falda, despues de alcanzado su intento, y presos con ella en el fresco aire sus placenteros amores, de una mano en otra vino á poder de Doris, celebrada ninfa de nuestra laguna, y ella deseosa de prender una blanca cerbatilla que de ordinario visitaba su fuente, en una senda la habia tenido cuando al sátiro, que á gran recato venia codicioso de hacer suerte en nosotros, caido vió en la encubierta red, y la cristalina Doris, que en sí no cabia de placer, saliendo de sus aguas se bajó á contarnos la caza que sin pensar habia hecho, trayéndole á mi pastor, cuyos mortales sentidos ya eran dignos de tocar cosas sagradas, una rústica zampoña que del cuello del cautivo dios habia quitado, y con ella, como aquí podrás ver, comenzó de alegrar las olvidadas selvas, cantando versos dignos de que ahora yo te los diga. Así la sagrada ninfa en lo mejor de mi regalado sueño prosiguiendo iba su gustosa fábula, y queriendo á mi parecer comunicar á su compañera lo demas que en su labor habia, los rústicos cencerros de un gran hato de ovejas

que á la sazon iba llegando, el sueño, su hermosura y mi contento con el nuevo ruido me arrebataron de los ojos, volando por el aire las sutiles sombras de la libre fantasía, despertando en aquel mismo lugar que poco antes me habia echado, y el anciano Aristeo que no sé que enemiga estrella allí á tal tiempo le trajo, llegando donde yo medio vivo y medio muerto estaba así comenzó á cantar, forzándome á que á pesar mio le respondiese:

ARISTEO. SERRANO.

ARISTEO.

Dime, serrano, de placer desnudo,
Caido y contemplando las estrellas,
¿Hante dejado los pesares mudo?
¿O has echado en olvido tus querellas?
¿O así callando piensas remediallas?
¿O estás pensando de morir por ellas?
Cuéntame ya el estado en que te hallas,
Que si es de gusto, quiero recebillo,
O ayudarte en tus penas á llorallas.

SERRANO.

Temor tengo, Aristeo, de decillo:
Cosas he descubierto soberanas,
Dignas de mas que un pobre pastorcillo.
Ni creo yo que fuesen sombras vanas,
Ni creas tú que cosas tan divinas
Sean sueños ó fábulas livianas.
Testigos son las aguas cristalinas,

Testigos estas flores y estos prados,
Los montes y las ninfas sus vecinas.
Jamás se ha visto en ojos limitados
Gloria tan alta, lícito es decillo,
Mas no aquí entre los rústicos ganados.

ARISTEO.

Cuéntame ahora si querras, carillo,
Las cosas grandes; mientras tú las cuentas
De mastranzo haré un haz y de tomillo.
Hartas vienen mis cabras y contentas;
Bien puedo yo sentarme entre las flores,
Y á tí las selvas te estarán atentas;
Dí, que las ninfas oyan tus primores;
Canta tu cuento, gustaré de oillo,
Pues eres el primor de los pastores.

SERRANO.

Despues, pastor, prometo de decillo;
Ahora, en tanto que su tiempo llega,
Toma tu ya olvidado caramillo,
Y suene en nueva voz, que al cielo plega
Hacerle sus acentos inmortales,
Y á tí famoso en esta fértil vega.
Renueva aquí tus olvidados males,
Que en otro tiempo por aquestos prados
Te oyeron las encinas y nogales.
Si con la mucha edad no estan borrados
De tu memoria, canta ahora aquellos
Que dejaste en el alamo apuntados.
Mas si te olvidas por ventura dellos,
Dime los que en el rio me cantaste,
Que no me harto bien de encarecellos,

Cuando á moler el trigo que segaste
  A cuestas le llevabas, que tu asnillo
  En la sierra aquel dia no hallaste.

ARISTEO.

Tiempo fué ya, pastor, si es bien decillo,
  Que pudiera dar gusto y alegria
  Mi canto al mas penado con oillo;
Y sin cesar de noche ni de dia,
  Por aquestos collados y praderas
  Siempre oyeras sonar la flauta mia;
Y aunque cantaba mucho, no dijeras,
  Segun sabía entonces de canciones,
  Que una dos veces en mi boca oyeras.
Los sátiros y ninfas á los sones
  De mi zampoña por aquestos prados
  Hacian placenteras invenciones:
Pacian con sabor nuestros ganados,
  Y tal vez se probó que en escucharme
  Quedaron de las yerbas olvidados:
Mas ahora cantar seria infamarme,
  Pues no podré llegar á lo pasado
  Por bien que trabajase en remedarme.
Dias ha que de un roble está colgado
  Mi rabel: mis canciones amorosas,
  Que pasaban de mil, las he olvidado.
El tiempo, que tras sí lleva las cosas,
  En el que ahora estoy pudo arrojarme,
  Que aquestas son en él piezas forzosas.
La voz tambien, cual ves, quiso dejarme,
  Y los lobos primero á mi me vieron
  Que yo pudiese dellos recatarme.

Pregunta á aquellos álamos que fueron
Fieles testigos de mis penas vanas,
Los versos que les dí, ¿que los hicieron?
Ahora deja el canto, y con tus canas
Tus vides poda, enjiere tus perales,
Y cogerán tus nietos las manzanas.

SERRANO.

Calla, pastor, ó escucha los pardales,
O en tanto que de mimbres una cesta
Acabo de tejer, cuenta tus males;
Y Erifile conceda ahora á esta
Tu última cancion igual dulzura
A la que tú en las otras tienes puesta.

ARISTEO.

Mientras que á la frescura deste viento
Nuestro ganado atento nos escucha,
Y no con pena mucha los renuevos
Cortan tiernos y nuevos nuestras cabras;
Y mientras que tú labras tu cestilla,
Y de hácia la villa entre estas flores
Se llegan los pastores que esperamos,
Haciendo destos ramos una cueva,
Te contaré una nueva maravilla
Que vi junto á la villa en mi primera
Edad, cuando yo era así mozuelo,
Que los miembros del suelo comenzaba
A levantar, y andaba tras los grillos,
Y en unos cañutillos los metia.
Con su madre ví un dia en mis vallados
Madroños colorados mas que grana
Cojer á una serrana, tan hermosa,

Que entre las flores rosa parecia;
Un manzano tenia yo guardado,
Que el invierno cargado con su fruta
Sazonada y enjuta siempre estaba,
Yo que las dos guiaba, así tamaño
Que quince en aquel año no cumplia,
Corrí donde tenia mi manzano,
Y de lo mas galano trage lleno
De manzanas el seno, y luego dellas
Una de las mas bellas escogida
Se la truje escondida á mi Tirrena,
De tierno bello llena, así olorosa,
Que trocara la diosa por aquesta
La que en otra floresta de la mano
De aquel pastor troyano le fue dada,
Y con la voz turbada y diferente,
Mostrando ocultamente la manzana,
Toma, dije, serrana de mi vida,
Y ella desto ofendida y alterada,
Cual la luna encarnada así se puso.
Yo, atajado y confuso quedé muerto
Y sobre aquel desierto suelo echado,
Ella por medio el prado, las mejores
Y mas hermosas flores fue cortando,
Y sobre mí sembrando las mas bellas,
Allí cubierto dellas me dejaron.
Desde aquí comenzaron mis suspiros,
Y los primeros tiros de Cupido;
Allí fue concebido aquel veneno
Que aun se vive en mi seno todavía,
Por esta yo escribía mil canciones,

Y en otros tantos sones las cantaba;
Por esta procuraba nuevas flores,
Y al dios de los amores hice altares,
Y con dulces cantares cada dia
Leche y vino ofrecia á nuestra Pales;
Y con dones iguales, por las fuentes
Las ninfas trasparentes visitaba,
Y guirnaldas colgaba donde via
Que la deidad vivia mas cercana;
Y la primer manzana, á tí Silvano
Siempre te dió mi mano, porque fueses
Fiel guarda de las mieses de mi diosa.
¡O vida deleitosa! A no acabarse,
¿Quien pudiera hartarse de tal vida?
Mas ya toda es perdida: ¡ó bien humano,
Y como es todo vano cuanto ofreces,
Y, aunque inmortal pareces en tus cosas,
Unas falaces son y mentirosas!

SERRANO.

Pastor, tal es tu canto deleitoso,
Cual suele á los gañanes fatigados
Sobre la grama ser dulce el reposo;
O cual en los desiertos abrasados
Suelen juzgar la fuente entre las flores,
Los que con sed la buscan fatigados.
No solo sobrepujas los mejores
En cantar, mas si Apolo te escuchara
Segunda vez viviera entre pastores.
Mira la luna reluciente y clara,
Que codiciosa de escuchar tu canto,
Sale vestida de belleza rara.

Ya va la noche desdoblando el manto,
Pues no vienen estotros ganaderos,
Levántate pastor de aquese canto,
Llegaremos nosotros los primeros,
Que la mitad nos falta del camino
Y allá nos hallarán los compañeros.
Ya parece el sepulcro de Carino;
Aquí donde hacen leña los serranos
Suene otra vez tu canto peregrino.
Pasaremos con gusto aquestos llanos,
Despues de haber atado nuestros haces
Secos, porque nos sean mas livianos.
Ola, pastor, respóndeme, ¿que haces?
Ayúdame á cargar mi hacecillo,
Porque cargado tú no te embarazes.
Y saca antes del seno el caramillo,
Con que el camino menos le sintamos,
Primero aguarda, cogeré este grillo.

ARISTEO.

Carillo, lo que importa mas hagamos,
Que allá despues con gusto cantaremos
Cuando nuestras hogueras encendamos,
Y la pesada hambre mitiguemos.

EGLOGA OCTAVA.

Luego que con nuestros cantares llegamos al deseado fin, en aquel mismo lugar que el camino en dos se dividia, á cada uno fue lícito recogerse á su cabaña, y yo por la senda que á la mia guiaba tal iba, que de buena gana trocara el haber visto milagros tan celestiales por la soledad que con su ausencia tenia. Pues como un dia, entre otros, sucediese que los mas valientes pastores de aquellos campos se hallasen juntos cerca de un pequeño rio, que cubiertas las claras ondas de sauces y fresnos con admirable quietud sigue su curso, Melancio, que aunque no del todo contento no sin mucha esperanza de estarlo vivia, al son de una flauta que Rosanio le tocaba así le oimos cantar este soneto:

MELANCIO.

Yo ví lloviendo aljofar dos estrellas
  Del cielo, donde amor su gloria tiene,
  Y entre un grano que va y otro que viene
  De un abrasado aliento mil centellas:
Prendieron en mi alma todas ellas,
  Que amor que la lastima y entretiene
  Gusta de darle porque viva y pene

Vida en mirallas y dolor en vellas:
Milagro es que al placer falte contento,
Que el regocijo llore es nueva historia,
Y yo que en verlo cobre mi alegría:
Mas que con agua de ángeles y aliento
De ámbar me haga amor infierno y gloria,
Ó es fuerza suya, ó gran flaqueza mia.

Bien se descubrió en el pastor con la suavidad de la voz la mejora de su pecho, y lo que pueden ocasiones en quien se deja gobernar dellas. Y mas cuando con un baston de acebo en la mano, guarnecidos los extremos de blanco estaño, se levantó de un seco tronco de oliva donde sentado estaba, y llegándose á Fileno que algun tanto desviado de nuestra conversacion al pie de un castaño mas que todos temeroso y triste yacia, casi obligándole por fuerza á dejar sus importunos cuidados, así le dijo: No sé, extrangero pastor, que causa puede haber para que así apartado de nosotros y como despreciando nuestros placeres no hagas mas que derramar dolorosas lágrimas. ¿Por ventura á tí solo juzgas en el mundo merecedor de tal oficio, donde apenas se halla un corazon que podamos llamar perfectamente contento? Deja, zagal, ejercicio tan importuno, que si el tiempo ahora no tan en tu favor se muestra como tus cosas piden, ya tras escuros y revueltos nublados muchas veces vimos salir el sol que nosotros juzgábamos por

perdido, y si aquel valor que en tí se muestra no tan solamente está en la corteza, como no es cosa digna de creer, á lo menos puedan hoy mas contigo nuestros ruegos que tus cuidados, y poniéndolos por un rato en el olvido y holganza que á tu salud conviene, con suave voz alegra nuestras riberas, porque tan contentas de escucharte como hasta ahora deseosas han estado de oirte, en tanto que tu canto dura, nuevas yerbas y flores ofrezcan á nuestros rebaños. Y porque no entiendas que mi presuncion acaso pretende dejar sin premio tu trabajo, esta última vez que á la ciudad fuí á vender bien doce mantecosos quesos que de mi cosecha tenia, no muy desviado del camino, como por feliz agüero de mi vuelta, me hallé un pequeño globo que de fino oro me certifican ser, de aquel tamaño y grandeza que solemos coger las amarillas ciruelas de los silvestres árboles, pero de mano tan artificiosa obrado, que en él por órden toda la descripcion de la tierra perfectamente está esculpida, sin que haya rio tan apartado ó fuente tan poco conocida que allí no ocupe suficiente lugar. Y creo que si este para tanta obra estrechísimo no fuera, no solo las selvas, los bosques y las grandes ciudades, mas toda la diversidad de animales que la naturaleza ha producido se viera en él trasladada; que no á otro fin en algunas partecillas así se ven comenzados á labrar, que quien con cuidado los mirare no dirá

que vivos esten, mas que la tierra á medio formar en aquel punto los vaya produciendo de la suerte que á la primera voz de su divino artífice fueron saliendo de sus entrañas. Y aunque esta curiosidad es tal, como por lo dicho se deja entender, lo que en mi opinion tiene mayor estima es un pequeño retrato del amor que en lo alto del globo como supremo señor de tal manera está entallado que á nadie su hechura dejará de causar admiracion; y de un bosque que á sus espaldas está parece salir un escuadron de ninfas, que quien con cuidado no las mirare bien creerá que menudas hormigas sean, con tal concierto, que habiéndose la una adelantado y viendo al amor dormido, sutílmente le hurtó el arco y flechas; y las otras mas atentas á huir su daño que á mirar el sutil robo de su compañera á todo correr se van entrando por una cueva. Y mira cuanta puede ser la materia en que estas cosas están labradas, que toda la estatua de Cupido no sirve de mas que de una sutil asa, de adonde colgado el pequeño globo mejor se pueda ver su artificio: mas otra cosa queda por contarte que escondida está en su secreta concavidad, que cierto temerosa es de decir y no sin gran reverencia se ha de tratar, como quiera que no se pueda presumir ser otra que alguna oculta deidad que allí tenga su dorado asiento, porque á ciertos tiempos del dia dentro se oye un ruido tan admirable, que sin

que nadie tenga cuidado de moverle con su lenguage celestial concertadamente señala cualquier parte de nuestra vida; por lo cual, si á dicha no es aquella dorada manzana, de quien se cuenta que tres diosas incitadas de su valor por alcanzarla inquietaron el mundo, yo diria que para medir nuestras vidas algun oculto instrumento sea hecho de los soberanos dioses, nunca hasta ahora con los hombres comunicado. Pues este milagroso globo lleno de secretos divinos, cualquiera cosa que sea, aunque á nuestra Palas le tenia consagrado, desde hoy quiero que sea tuyo, así porque anoche defendiste mi rebaño de las peligrosas asechanzas de un hambriento lobo, como porque ahora seas contento de alegrar con tu música nuestros collados. Entonces Melancio, metiendo la mano en su zurron y sacando el curioso globo, todos por satisfacernos fuimos á ver lo que antes dudábamos; y bien que en el exterior lustre todo hecho de una masa de oro pareciese, Clandro en semejantes cosas sobre los demas advertido no de oro lo juzgó, sino de aquel metal que son los mas finos cencerros que á nuestros mansos solemos poner, por cuya causa fue en mas tenida la curiosidad de su artífice; y Fileno, á quien el precioso don se ofrecia, tomándolo en la mano como si en él fuera leyendo estos versos así comenzó á cantar:

FILENO.

Todo tiene su fin, todo es prestado,
Que el tiempo medicina de pasiones
A todo pone límite y medida,
Trocando y destrocando condiciones.
Trueca y destrueca el bien mas asentado,
Si asiento tiene el bien en esta vida:
La selva mas florida
Muere sin el verano,
Y al prado mas lozano
Suele faltar la fuente mas lucida.
El surco, que antes producia abrojos,
De roja mies crecida
Nos dá ya los mas fértiles manojos.
Nace el invierno, y á las tiernas rosas
Sucede un cierzo que con soplo helado
Desnudo deja el campo de frescura:
Mueren secas las flores en el prado,
Ni queda en las riberas mas umbrosas
Rastro de su pasada hermosura.
Y mientras esto dura,
Y con la blanca nieve
Toda la sierra llueve
Arroyos sin sazon á la llanura,
Ni suena caramillo, ni hay quien diga
En tonos de dulzura
Primores ó querellas de su amiga.
Tambien quien viere el campo desta suerte,
Apenas quedará con esperanza
De verlo en su pasada primavera.
En todo imprime el tiempo su mudanza,

Y todo tiene fin, sino esta muerte
En que Tirrena gusta que yo muera:
Nadie está de manera
Que una ocasion cumplida
No le dé nueva vida
O mas dichosa ó menos lastimera;
Ni habrá tan desterrado peregrino
Que no halle siquiera
Donde sentarse al fin de su camino.
Si yo dijese que de mis fatigas
A mí ocasion ninguna me reserva,
Quizá que no seré, selvas, creido;
Ora tendido en la florida yerba,
Ora cogiendo al sol secas espigas,
O al fuego por el hielo recogido,
Nunca tan bien me ha ido,
Que vea el rostro enjuto
Y se alce este tributo,
Que en lágrimas me tiene consumido,
Siempre llorando como ahora hago,
Que Tirrena ha querido
Darme de mis servicios este pago.
Si algun soplo de amor en vos se mueve,
Silvestres sauces, álamos sombríos,
Encinas deste bosque consagrado,
Estas palabras y suspiros mios
Allá los recoged, allá los lleve
Mi canto en estos montes sepultado,
Donde en lo mas callado
Libres del libre viento
Alcancen por asiento

El tronco menos seco y mas guardado;
Y allí por verdes cuevas escondidas,
Del mundo renovado
Sin escuchar mi voz serán oidas.
A tí, cancion, esta callada selva
En herencia te quede,
Hasta que el cielo haga, como puede,
Que amor de adonde estás te desencante,
Y otra ocasion te vuelva
Son menos triste y voz mas elegante.

Habíanos sido á todos el curioso don de Melancio de no pequeña admiracion por ser grande su artificio, y la obra digna de no traerse entre rústicas manos; mas las rimas que Fileno cantó fueron tan poderosas, que haciendo olvidar los primeros loores con otros mas aventajados, subimos al segundo artífice á la dificil cumbre de alabanza; y en estas cosas habiendo perdido la mayor parte de la mañana, porque el sol algo desapacible hacia el lugar, todos de comun parecer nos dispusimos á buscar donde pasar la siesta con mas descanso y gusto, y quien señalando una fuente, quien otra, y cada uno pintando la suya de frescura mas aventajada, todos al fin de comun parecer nos fuimos á una alameda que en la ensenada del rio se hacia, así porque el lugar era apacible y comunmente visitado de los pastores, como porque en él habia tierna yerba para los ganados que delante de nosotros poco á poco por entre

los árboles comenzaron á caminar hasta las riberas del estrecho rio, donde habiendo primero devotamente pedido licencia para pasar á las sagradas ninfas habitadoras de aquellas aguas, y juntamente perdon si acaso de nuestros descomedidos pies turbadas, menos trasparentes y limpias que solian ó con algun mortal color bajasen á sus cristalinos aposentos; y esto tres veces con humildad pedido y dellas otras tantas, á lo que se puede entender, otorgado, nuestros rebaños comenzaron á pasar, llevando cada uno en sus hombros los corderillos mas tiernos, temeroso que alguna enemiga corriente del abrigo de sus madres los arrebatase; y habiendo desta suerte con mucho placer y grita llegado á la otra parte del rio, desde luego nos hallamos en la deseada alameda, donde por las cortezas de los árboles tanta variedad de amorosos versos se hallan escritos, que venturoso se llamaria el pastor que en la memoria los tuviese, ó á lo menos otros á su semejanza acertase á cantar; y Rosanio, que entre los que allí íbamos de florido ingenio y corazon enamorado era, sacando una podadera que en su ancho cinto traía, tan reluciente y limpia que hasta entonces en ningun ejercicio habia servido, habiéndola primero en una piedra bastantemente afilado, vuelto á nosotros dijo: Yo ahora, pastores, en la corteza deste álamo de mi mano pienso entallar un nombre que con vivas letras amor en mi alma tiene escrito, con

tal concierto que si alguno aquí tan entendido se hallare que la cifra en que le pusiere por sí solo acertare á leer, esta nueva podadera sea el premio que celebre su aventajada habilidad, con que despues de labrar sus huertos en los mas crecidos árboles pintar podrá con vivos rasguños la hermosura de Menga, los fuegos de Filis, ó inmortalizar las alabanzas de su Mecenas, si alguno tuviere; y diciendo esto, porque de todos el pastor dignamente era amado, deseosos de darle gusto, sin nos ocupar mas en leer otros árboles, al que habia escogido nos llegamos, que para tan alta dignidad como los derechos cipreses á los humildes parrales así á los demas en hermosura y grandeza se aventajaba; y allí de los que le seguíamos con gran placer rodeado, al son de nuestras zampoñas comenzó á labrar su cifra y cantar desta manera:

Dulce regalo de mi pensamiento,
   Otra alma nueva para el alma mia,
   Nueva á los ojos, no á la fantasía,
   A quien hizo el amor su eterno asiento:
Ya que ha llegado á colmo mi contento,
   Si la esperanza en que este bien vivía
   A los dos no fue incierta profecía,
   Baste ya el padecer, baste el tormento.
El pecho, que en tus gustos abrasarse
   Dulcemente se deja, te suplica
   Eches de ver su fe no ser fingida.

Tomará en esto fuerzas de arrojarse,
O nombre ilustre, á hacer por tí una rica
Barata el alma de su nueva vida.

La cifra de Rosanio, su deleitoso canto y nuestra música no sin gran placer se acabó á un tiempo: mas aunque muchos en la pastoral junta habia que en ingenio y habilidad con los del antiguo Sebeto pudieran competir, ninguno por entonces se halló que la entendiese sino fue el vaquero Meliso, que agúdamente con otra tal descubrió lo que á todos era encubierto, ora fuese que Rosanio le hubiese comunicado el secreto, ó que el artificio del soneto ó las letras dél se lo dijesen, ó, lo que mas razonable es de creer, él solo conociese la pastora á quien las alabanzas se encaminaban: él á lo menos no como los demas se ocupó mucho tiempo en mirar lo que nuestro pastor escribia, antes poniendo toda la atencion en su canto, mientras él duró, con gran sutileza lo fue escribiendo en una delgada corteza de árbol, y ésta de lirios y rosas coronada, y ayudándole todos con música la colgó encima del disfrazado nombre, con que al agradecido Rosanio grangeó la voluntad de suerte que no solo le dió la prometida podadera, como á mas cierto adivinador de su enigma, mas quitándose del cuello una curiosa zampoña de siete desiguales cañas con tal artificio labrada, que cualquiera pastor muy presumido

se podria preciar de tocarla, dándosela así le dijo: Toma, venturoso serrano, el don mas acomodado á tu suerte que las sagradas musas te pueden ofrecer, que yo en su nombre felizmente adivinando lo que de tí el mundo espera, de hoy mas te prometo que así con esta zampoña hagas resonar por las floridas riberas el venerable nombre de Belisa, que todo lo pasado se juzgue sombra de tu prometido valor. Meliso entonces tomando sus premios y rindiéndole amigablemente las gracias, todos con gran regocijo y placenteras burlas nos fuimos á una clara fuente que del socavado engaste de un álamo salia, y allí sin guardar órden, sobre la menuda yerba sentados nos comenzamos á entretener en varios ejercicios: quien alabando con encarecidos versos la lozanía de sus vacas, quien las hechuras de sus mastines, ó la braveza de algun zeloso toro que afrentosamente vencido los temerosos bramidos sube al cielo; y aun alguno entre nosotros habia que codicioso de labrar una zampoña, escogiendo los mas delicados cañutos, los otros apartaba para con blancos mimbres hacer despues una curiosa jaula, cantando á vueltas destas ocupaciones unos amores agenos y otros sucesos propios, y todos al fin cosas aunque humildes de mucho gusto y pasatiempo; cuando Leucipo, que por aquel tiempo el Apolo de aquellas cabañas era, rogando á Meliso le prestase el son de la nueva zampoña, vuelto

al vaquero Alcino así comenzó á cantar, y así Alcino á responderle:

LEUCIPO. ALCINO. ALCEO.

LEUCIPO.

Aun no han de todo punto enmudecido
Nuestras selvas, pastor, cual yo entendia,
Que dó quiera hay un Titiro escondido.
Tal se puso á cantar zeloso un dia,
Que tambien el de Mantua le rindiera
La zampoña á su voz, cual yo la mia.

ALCINO.

No dudes, ó Leucipo, si me viera
Libre deste veneno y sus pasiones,
Cual antes ya me ví que le bebiera;
Que entre nuestras chozuelas y rincones,
Por mas que el tiempo estrague las edades,
Nos faltasen mil nuevos Coridónes.

LEUCIPO.

¡O ya pluguese al rey de las deidades,
Que en sillas de oro asisten en el cielo
Al gobierno de humanas libertades,
Contra aqueste tirano del consuelo
Tal ley entre las otras dispensasen,
Que las suyas pusiese por el suelo,
Con que los corazones se vengasen;
Y á costa, como es justo, de un culpado,
Las de tantos agravios se pagasen!

ALCINO.

Cuando, como tú sabes, desterrado

Dejé en esta ribera mi contento,
Y á ver nuevas regiones fuí forzado,
Por un dia salí y estuve ciento;
Que á los que como yo son venturosos,
Así les cumple el tiempo el pensamiento.
¿Que contaré de rios caudalosos,
Que alguno en grandes lagos se perdia,
Cercados de sepulcros temerosos?
Allá subido el hielo el cristal cria,
Y tal vez si un pastor conmigo hablaba,
Aunque cerca estuviese no le oía;
Que apenas la delgada voz dejaba
De la boca el espíritu templado,
Cuando un hielo en el aire la cuajaba.
Mas luego que apuntaba el sol dorado,
Vieras nuestras palabras desasirse
No sin admiracion del ñudo helado,
Y con parleros vuelos esparcirse,
Cual aves que la red dejan deshecha,
Y al cielo en vario son sienten subirse.
De aquí fue donde el sol sus rayos echa,
Con tal rigor, que deja por el llano
La tierra entre el calor cenizas hecha.
Temieras ver su rostro soberano,
Clarísimo y tan bajo, que pudieras,
A no quemar, tocarlo con la mano.
Unas gentes allí viven tan fieras,
Que por no verlas de temor y espanto
Con el sayo los ojos te cubrieras.
Desdobla el cielo su estrellado manto,
Y hablan las estrellas con los hombres,

En un lenguage temeroso y santo;
Y desto, ganadero, no te asombres,
Que si los cuentos no son hablas vanas,
Las estrellas tambien tienen sus nombres,
Y antes de gozar sillas soberanas,
Cual nosotros vivieron en el suelo,
Vistiéndose tambien sombras humanas;
Mas despues que les dió acogida el cielo
Por su virtud y suerte conquistado,
No á todos muestran su callado vuelo.

LEUCIPO.

Grandes cosas, pastor, nos has contado;
No digas mas, que tales maravillas
No son para contar entre el ganado.
Erizado el cabello en solo oillas,
Entre el temor y mi gaban revuelto
Apenas te he escuchado de rodillas,
Que el seso y discurrir mas libre y suelto
De un ignorante y simple pastorcillo
No llega á tanto como tú has revuelto.

ALCEO.

Calla por Dios, carillo, que de miedo
Estar aquí no puedo: un caso extraño
Oí contar antaño á un ganadero
Que era medio agorero, que en la tierra
Donde la luz se cierra y abre al mundo,
Hay un valle profundo, en que vivia
Un pastor que entendia los conciertos
De los bosques cubiertos de deidades,
Y los cursos y edades de las cosas,
Que por sernos dudosas las tenemos

Del hado que entendemos ser divino.
Este supo el camino mas seguro,
Y un dia todo escuro, negro y fiero,
Estando el estrellero contemplando
Por donde, como y cuando el cielo rueda,
Con una frágil rueda de palillos
A ciertos pastorcillos enseñaba
Que la luna hurtaba al sol la lumbre,
Y una sola vislumbre dél tenia;
A cuyo fin de dia no alumbraba,
Antes huyendo andaba de su vista;
Y que tambien fue vista, no sé cuando,
En un monte acechando á un pastorcillo,
Que yo no oso decillo por el modo
Que lo contaba todo el hechicero;
Y diz que, compañero, arrebatada
La luna disfamada, en presto vuelo
Se vió caer del cielo ardiendo en ira,
Y al agorero mira, que ya estaba
Temblando, y la adoraba arrepentido:
Mas nunca ha parecido vivo ó muerto;
Donde se entiende cierto que la luna
Allí sin duda alguna lo tragase.

ALCINO.

Pastor, lo dicho pase, y habla paso
No nos oyan acaso las estrellas,
Y hagan tambien ellas, pues que pueden,
De modo que nos veden que tratemos,
En lo que no entendemos desta suerte.

LEUCIPO.

Pastor discreto, advierte que mis cuentos

Van de llaneza y de verdad vestidos,
Desnudos desos vanos fingimientos:
Ser pueden sin escrúpulo admitidos
De que te dé la muerte en oro envuelta
Mi zampoña á beber por los oidos.
Mas si el estrecho miedo no te suelta,
Porque cobre calor la sangre helada,
Daré al discurso y mi intencion la vuelta,
Y dejaré una historia comenzada,
Que en mí no tendrá fin, por mas que vuelen
El tiempo y nuestra edad acelerada.

ALCEO.

Cantemos, si os agrada, como suelen
Cantar en otras tierras los pastores,
Canciones de placer que nos consuelen.
Tambien yo sé cantar y sé primores,
Y las musas pasaron por mi casa,
Y les hurté de sus guirnaldas flores.
Pocos hay que á mis versos pongan tasa,
Que como algunos piensan soy poeta,
Y á mí por pensamiento no me pasa.
Es mi zampoña rústica, imperfeta;
Es grosera mi voz, y así no es justo
Que el ansar entre cisnes se entremeta:
Mas si ahora, pastor, no te es disgusto
Tal cual mi canto fuere comenzemos,
Tuyo será el honor y mio el gusto.

LEUCIPO.

De ciento que yo sé ¿cual cantaremos,
Que son todos cantares de pastores,
Y no hay porque ninguno desechemos?

ALCINO.

Cantemos á las ninfas sus amores,
O á los bosques loemos su frescura,
O á nuestras pastorcillas sus primores.

LEUCIPO.

¿Aquel cantar te agrada por ventura,
Que dice: *O mi bien solo Galatea*?
¿O el que comienza: *Vida mal segura*?
¿O quieres que cantemos de la aldea?
¿O aquel: *Pastora mia atiende ahora*?
¿O el otro: *Quien me escucha no me crea*?

ALCEO.

Dinos el que una noche á tu pastora
Cantabas aguardando su venida,
Que empieza: *Oyéme Olimpia burladora.*
La letra, mas no el tono se me olvida,
A otra vez que la cantes yo me obligo
Que sin errar te la diré cumplida.

LEUCIPO.

No, mas otro cantar te diré, amigo,
Que dice: *Nadie hay libre de mudanza,*
Y desto solo el tiempo es buen testigo.
Que ya ví yo en el bien de mi esperanza
Estimar mucho aquello que venido
Ni me dió gusto, ni ofreció holganza.
Pues tras esto un placer recien perdido
¿Quien no lo estima á peso de la vida,
Y no es pasado cuando está en olvido?
Aquel verdor, aquella edad florida,
Aquel entendimiento celebrado,
Y en tierna edad virtud tan conocida,

De Dafnes el pastor sabio envidiado,
Del grosero gaban, sin culpa alguna
De su cabaña y montes desterrado,
Ya para con sus cosas la fortuna,
Y el hado le subió dó estando quedo
Contempla las mudanzas de la luna.
¡O humano laberinto! ¡O ciego enredo!
¡O muerte, que en tratarte cada dia,
Ni nos despiertas ni nos pones miedo!

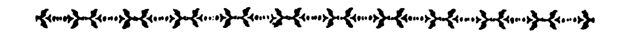
ALCEO.

Ese, pastor, no es canto de alegría:
Trueca las voces, regocija el canto,
Que yo alegres cantares te pedia.

LEUCIPO.

Esta será mi música, entretanto
Que la muerte que busco no me lleve
A ver la causa de mi nuevo llanto;
Y éste que ahora de mis ojos llueve,
Conmigo poco á poco se consuma,
Como en la tierra con el sol la nieve.
O pastor sabio, donde puso en suma
El tiempo mas que bienes temporales,
Aunque en tí fueron de liviana espuma:
El cielo que te dió los inmortales,
Que dar pudo á las selvas y pastores,
Borra en mí de tu muerte las señales.
¿Quien cantará á las ninfas sus amores?
¿O quien les sembrará ya por la tierra
Floridas yerbas y olorosas flores?
Todo será discordia, llantos, guerra,
Pues ya la paz se ha retirado al cielo,

Y en él segura de bajar se encierra.
Solo queda, pastores, por consuelo,
Que si un Dafnes famoso hemos perdido,
Otro Dafnes igual le quedó al suelo.
La mitad es del otro dividido,
Que ambos eran un cuerpo con dos vidas,
Y en el uno las dos se han convertido.
Este hará guirnaldas mas floridas;
Antes del fresco abril las claras fuentes
En verdes sombras las tendrá escondidas;
Que en encantar con versos las serpientes
El nuevo Dafnes, y en estilo altivo,
Se aventaja con dones excelentes
Al muerto, lo que va de muerto á vivo.



EGLOGA NONA.

La armonía del suave canto de los pastores, dulcemente acordada al murmurar del claro arroyo que de la fuente salia, en tanta dulzura nos entretuvo, que como si por nosotros ningun tiempo pasara pareció que en aquel punto se comenzase: mas como ya de los altos montes las mayores sombras caian, dejando el agradable sitio y descubriendo de léjos los alegres humos de nuestras chozas, despedidos unos de otros cada uno guió á la suya, donde mitigando la hambre con tiernas castañas y copia de cuajada leche, en los pajizos lechos dimos al reposo la parte que le cabia. Y no tan presto el importuno gallo con su breve y desabrido canto anunció la nueva luz, y los pajarillos en los verdes ramos la saludaron, cuando por entre los árboles apenas restituidos en sus perfetos colores salió el afligido Clarenio tan envuelto en lágrimas y tristezas, que en su sobrecejo y mal peinada cabellera, sin ver las que sus mejillas humedecian, se echaba claro de ver el desasosiego que en su alma la poderosa fuerza de algun dios le habia infundido. Y arrinconado junto á unas secas y espinosas zarzas, sin hacer al nuevo sol la acos-

tumbrada reverencia, olvidado de sus vacas y sin memoria de sí mismo, en tono bajo y triste, el rabel desconcertado y el corazon sin concierto, estos versos comenzó á cantar:

CLARENIO.

Zelos, rabia bebida por los ojos,
Venenos que emponzoñan alma y vida,
Cama del corazon hecha de abrojos,
Brasa entre las cenizas escondida,
Cimientos de sospechas y de antojos,
Carcoma dentro el corazon nacida,
Muerte del alma, vida del tormento;
¿Quien mezcló á vuestro acibar mi contento?
Sois venenosas víboras de suerte,
Donde vuestra ponzoña estais cebando,
Que no hay bocado sin sabor de muerte
Ni muerte como estarla deseando:
Volveis azar la mas dichosa suerte,
Dais muerte á ciegas, y matais velando,
Hijos de amor y un alma destraida,
Que á la madre dais muerte, al padre vida.
Verdugos de amorosos pensamientos,
Rescoldo en medio el corazon sembrado,
¿De que infierno sacais estos tormentos
Que sin llamas me dejan abrasado?
Cegais con las tinieblas los contentos,
Y con la luz traéisme deslumbrado:
Si en tinieblas y luz sois de una suerte;
¿Quien vivirá con tan forzosa muerte?
Volveis carbon y nieve en un instante

El pecho y corazon de mas asiento:
Haceis que á un Hector una sombra espante,
Y á la verdad un falso pensamiento:
Convertis un mosquito en elefante,
Y en un Caucaso duro el blando viento,
Donde amarrada, Amor, en tus cadenas,
Jamás faltan al alma nuevas penas.

Tirano eres ministro de traiciones,
Tu mucha crueldad es buen testigo;
Por tal te juzgará quien de tus dones
Mas prendas tiene para ser tu amigo:
Escuela de tormentos y pasiones,
Nombre de amor y trato de enemigo,
Esa es tu profesion y tus favores,
Prometer gustos y pagar dolores.

Aunque Clarenio en tono bajo y humilde comenzó su canto, el gusto de encarecer el mal que le afligia así lo levantó de punto, que hasta diez y ocho ó veinte vacas que de los sauces del rio, mas blancas que el alba salian á buscar pasto, no hicieron mas mudamiento que si de mágicos versos fueran detenidas: tales se podian juzgar los del pastor, pues no solo las vacas, las ovejas, las cabras y las demas fieras de aquellos campos alzaron las cabezas á oirlos, mas el claro y fugitivo rio así con su música quedó encantado, que como si de duro cristal fuera la ligera corriente se vió detenida. Y á esta sazon muchos pastores que por la ribera andábamos cubiertos de olorosas yerbas

con él nos habíamos juntado, cada uno consolándole como mejor sabia, cuando por el fresco aire con amoroso vuelo dos palomas vimos venir del claro oriente, y como mensageras de próspero acaecimiento en el verde suelo junto á nosotros se sentaron. Entonces Florenio, á quien nunca engañó vuelo ninguno, notando éste por feliz agüero, vuelto al desconsolado pastor dijo: Bien creo yo, Clarenio, que los inmortales dioses á quien el gobierno de nuestras vidas es dado, en otra cosa no se ocupen que en administrarnos venturosos sucesos, para que conociéndolos por hechura de su mano jamás nos cansemos de ofrecerles las debidas alabanzas; mas si estos en algun tiempo nos faltaren, no tan presto debemos desconfiar de su clemencia que perdamos la esperanza de vernos fuera de los trabajos en que estamos, como tú ahora haces, creyendo quizá que tu mal á sola la muerte tenga por término, como si al divino poder esta ocasion le disminuyese ó aquella le acrecentase. Vuelve, pastor, tus cosas á su ordinario curso, que al órden celestial nada es posible borrarlo. ¿Tú no ves estas dos alegres mensageras de Venus, que como á pedirte albricias de tu cercana ventura aquí han venido? Deja el melancólico sobrecejo y con alegre y reforzada voz les ruega, si el cielo algun camino dejó abierto á tu remedio, que para descubrirlo te sean fieles guias, sin que en tus dudosas cosas hasta el

deseado fin te desamparen, que yo, si mis ruegos á las supremas estrellas alcanzan, desde aquí devotamente lo suplico. Apenas Florenio habia estas palabras acabado, cuando las dos amorosas aves hácia la parte de donde vinieron, como que cumplido hubiesen su embajada, se vieron ir volando, y siguiéndolas todos con atenta vista en medio del camino así ligeras se levantaron en alto, que todos cuidamos que á llevar los ruegos de Florenio se hubiesen subido al cielo: mas dejándose luego caer entre unos árboles, nunca de vista las perdimos, hasta que en ella se nos pusieron dos lozanas y bellas pastoras que en aquellos floridos prados con el alba pudiéramos decir que habian nacido, de tan extraordinaria hermosura que á otra cosa que á celestiales estrellas no las sabria comparar: los cabellos de aquel color que son los primeros rayos de la mañana de una cuidadosa desórden adornados; sobre ellos sendas guirnaldas de nuevas rosas, los cayados en la mano, al hombro sendos blancos zurrones, y tan vestidas de rayos de divina hermosura, que á no ser de los que allí estábamos conocidas ninguno tan destraido hubiera que por diosas de los montes ó ninfas de aquel rio no las adorara, ó como mas propiamente parecian, con nombre de Venus y Diana las contáramos por universales diosas, ésta de las verdes selvas, y aquella de las claras aguas: mas llegando donde nosotros ocu-

pados estábamos en mirar su hermosura, corridas de hallarse entre tantos ojos, de aquel color vistieron la honestidad de sus rostros que son las recien abiertas rosas donde nuevamente el sol quiebra sus rayos. La una dellas, que á si cabe á la otra se extremaba como la luna cabe el mas encendido lucero, poniendo en Clarenio dos estrellas que en lugar de ojos tenia, con un desden amoroso de tal manera le descubrió el corazon, que los menos advertidos conocimos della que apasionadamente le amaba; y aun él arrepentido de sus sospechas bien quisiera no haber cantado las pasadas rimas; y porque un pequeño templo donde las pastoras iban no léjos era de aquel valle, determinamos de acompañarlas; y Clarenio, que con voz mas clara y tono menos cansado se atrevia á cantar, con éste nos abrió mas alegre el camino:

CLARENIO.

Mis ojos, si no os he dicho
 Las glorias que derramais,
 Cuando con mirarme alzais
 A mi bien el entredicho,
Es porque no ha de aclararse
 Lo que pretende decirse,
 Que gustos para sentirse
 Nunca aciertan á explicarse.
Mas quien quisiere saber,
 Ojos, cuanto en vos está,

Vea mi pecho y verá
Cumplido lo que hay que ver.
Verá allí la dulce historia
De toda la beldad vuestra,
Como en cielo en que se muestra
Al descubierto esta gloria;
Y verá esos rayos que eran
Ayer la muerte escondida,
Que con vislumbres de vida
Ya en el alma reverberan;
Y aunque con miraros calma
La pena que estoy sufriendo,
Entrais, mis ojos, haciendo
Anatomías del alma;
Mas quien llegó á estar penando
Por tan venturosa suerte,
¿Como temerá la muerte
De quien dá vida mirando?
Ojos, nunca me creais,
Que á fe de vuestro cautivo,
Por solo aquel tiempo vivo
Que dura el que me mirais;
Y desto no os espanteis,
Pues llega vuestro valor
A que sea el mismo amor
Las dos niñas con que veis.
Ojos, que al que se desmanda
Venden tan caro su error,
No son ojos, sino amor
Que trocado en ojos anda;
Y por dejarnos memoria

De su nueva vista, quiso
Darnos vuestro paraiso
Por ventanas de su gloria.
No le causaban enojos
Las tinieblas en que andaba,
Mis ojos, porque esperaba
Verse con tan lindos ojos;
Y pues el amor cifró
En vos su gloria cumplida,
Nunca, espejos de mi vida,
Os pierda de vista yo:
Que tanta virtud teneis,
Que con solo un movimiento
No hay en el alma tormento
Que en gloria no le troqueis.
La propiedad no es notoria,
Aunque les pese á mis males,
Que lumbreras celestiales
La luz que dan es de gloria.
Aquestos son los despojos
A vuestro valor medidos,
Ojos mios, mas queridos
Que las lumbres de mis ojos.
Y si en vosotros no veo
Cuanto bien amor me dió,
Ageno me vea yo
De todo lo que deseo.
Y si otro bien deseare
Mas que veros y adoraros,
Muera siempre por miraros,
Y muera cuando os mirare.

A todos con el agradable canto de Clarenio nos pareció que el camino se hubiese vuelto mas breve, los campos mas llenos de flores, y el dia mas alegre que amanecido habia. El fin de su cantar y de nuestro camino llegaron juntos, y entrando en un pequeño bosque, casi desde luego nos hallamos á la puerta de una antigua ermita que en medio dél estaba consagrada á los silvestres Faunos; y porque de los templos de las selvas éste entre los demas puede tener el mundo por famoso, no me pareció excusado que la amada Erifile cante sus maravillas, que á mi parecer dignas son de celebrarse. Primeramente él no de otra cosa es hecho que de rústicas piedras sin desbastar y así toscamente amontonadas como á la pobreza de nuestros pastores y á la rusticidad del lugar convenia; mas aunque de imperfeta traza tan vestido de verde yedra, que no de otra cosa que de un pedazo de esmeralda parece hecho, saliendo á trechos por la verdura tanta diversidad de flores que como en oro varia pedrería resplandecen. Las puertas de dos enteras cortezas de álamos, segun en aquellos primeros siglos á nuestros antecesores y á la poca policía que en sus cortijos moraba era permitido, así cortadas en dispuesta luna y observado signo, que incorruptibles y perfetas hasta el dia de hoy se conservan y sobre todo tan acabadamente obradas, que mas de divino que humano pulgar parecen hechas. Pues las

figuras, que ya fue posible ser con rústicas podaderas talladas, tanto con el pincel mas delicado compiten, que no ha de ser menos que Ceuxis quien hubiere de juzgar la ventaja. Y no sé si en la una ó en ambas escritas de sutilísima mano he leido todas las enseñanzas y leyes de la pastoría, con los mas importantes secretos de agricultura y delicados puntos de astrología, que para utilidad de la vida humana el selvático dios Pan tras su amada Siringa por los floridos campos de Tesalia fue cantando, de que son testigos los montes, y se acordarán los rios mientras al mar llevaren sus acostumbrados tributos. Y lo que allí mas admiracion pone y por donde, si lícito es, se puede decir que de alguna oculta deidad semejantes cosas sean hechas, muchos sucesos que hasta ahora la fama con sus cien ojos no ha visto, ni sentido la tierra, sobre sus desnudos miembros tan al vivo están relevados, que casi antes que el tiempo los saque á luz ellos se dan á conocer. Y porque no me sería fácil juzgar cuál mas gustoso sea de oir, y acordarme de todos no es posible, el que ahora en la memoria mas presente hallo digno á mi parecer de mucha cuenta, es un polido zagal, que habiéndose primero sentado al pie de una haya á remendar sus abarcas, cansado del grosero oficio, vuelto al vecino tronco del árbol escribía en él el nombre de una pastora, que si de las curiosas letras algun rastro me quedó en la

memoria, Belisa se decia. Y lo que mas gustoso era de ver, mientras él en esto se ocupaba, la boca de un manchado mastin sutílmente le sacaba de las manos el mojado cuero que para coser tenia; y á este tiempo una ninfa, que á dicha la que en el árbol escribia era, tan alegre y bella, que á mí me enamoró su pintada hermosura, codiciosa de hacer al pastor otra semejante burla, sacando el brazo por unas matas, con el cayado le hurtaba una zampoña que cabe sí tenia, que por los relieves de los cañutos recien caidos sobre la yerba juzgué que en aquel punto la acabase de hacer; y él á todo esto en su labor ocupado de nada se recataba, hasta que acabada ya, queriendo cantar en su loor algunos amorosos versos, le fue forzoso echar menos la nueva y no estrenada zampoña; y placentera cosa era de ver los extremos que buscándola hacia: mas ya resuelto en volver á su menesteroso oficio, como tambien las abarcas le faltasen, de todo punto parecia perder la paciencia. Al fin despues de largo congojarse, viendo á su mastin despedazar el cuero por quitárselo de la boca, así tras él se fue alejando por aquellos llanos, que la pastora tuvo lugar de colgar en el tronco de la haya la rústica zampoña que hurtado habia; y quizá por no ser sentida, cuando el pastor volvia, á todo correr se entraba por el bosque. Mas lo que allí, si yo no juzgué mal, á toda otra curiosidad excedia, era que habiendo

vuelto á mirar el amado nombre, y hallando la perdida zampoña sobre él colgada, verdaderamente creyó que por divina mano fuese hecho; y aunque por no estar con ella las palabras esculpidas no me será posible referir aquellas mismas que el pastor dijo, mas con vivas demostraciones bastantemente se echaba de ver que obedeciendo el órden de los favorables hados, descolgando la nueva zampoña, prometia celebrar con ella eternamente por las floridas selvas el amado nombre de Belisa, viéndola al mejor tiempo desaparecida y retirada á las soledades de Diana. Y yo no dudo del ingenioso artífice que si las voces cupieran debajo de la perfeccion de su arte, aun allí sonaran hoy los prometidos versos del pastor, á vueltas de otras muchas curiosidades que no tan vivas como esta me quedaron en la memoria. Mas pasando aquellos sagrados umbrales con la reverencia y temor que á semejante lugar se debia, y viendo que los primeros que llegaron sobre el encendido altar habian sacrificado dos blancas corderas, á nosotros no fue lícito segunda vez resucitar el amortiguado fuego, ni perturbar con mortal soplo las sagradas cenizas. Y habiendo cada uno en su pecho cumplido con los prometidos votos, y pedido en sus oraciones perdon de los pasados yerros, Vandalio, á quien todos para este ministerio señalamos, lavándose los ojos y oidos con agua de limpia y viva fuente, porque los divinos

coloquios de los encubiertos dioses ó las invisibles sombras de los callados sepulcros, si por dicha alguna allí estaban detenidas, con espantosos visages no fuesen impedimento á sus sacrificios, tomando dos nuevos vasos de incorruptible enebro, uno de tibia leche y otro de alegre vino, la cabellera suelta y la cintura tres veces ceñida, sin volver atras los ojos los derramó en el sosegado altar, y en tono claro que todos lo pudiéramos oir y algunos entender, así dijo: O vosotras deidades, que en rústicas moradas, vestidas de estrechas cortezas de árboles, gobernando siempre las humanas vidas sabreis sin duda leer nuestros corazones, si las selvas os agradan, si de sus ganados algun particular cuidado os toca, y los sacrificios que dellos cada año os hacemos os son aceptos, ahora en nombre de todos devotamente os suplico guardeis nuestros humildes cortijos de las ciegas asechanzas que en la escuridad de la noche se fabrican, y del espanto que entonces sobre los poderosos aires vuela; y si á vuestra deidad es permitido, para librarnos de semejantes cosas nos enseñeis los dorados caminos del dia y la casa donde la claridad reina, porque allí conociendo las cosas á ninguna demos mas valor que tiene, ni á vuestros divinos vultos por ignorancia ó descuido menos alabanzas que debemos, participando por igual de todas, así las que en las puertas del alba asistis como las que la sombra

del mundo ó los senos de la tierra teneis por morada. Demas desto tú, semicapro Pan, rústico habitador de los montes y á quien su gobierno toca, concede ahora general perdon á tus humildes pastores, si alguno dellos con descomedida hacha ha violado los sagrados bosques llenos de ocultas deidades, ó puesto al invencible fuego para calentar sus compañeros la estrecha morada de alguna ninfa de las que en verdes plantas escondidas por los desiertos valles viven, ó con su no esperada vista ha hecho menos alegre la junta de silvestres faunos, que tras las amadas driadas con derechos cuernos en la frente y duros pies de cabra van saltando, cuya vista, porque de mas dignidad que la nuestra es, te rogamos de todo punto la apartes de nuestros ojos, poniendo en su lugar los amados rebaños gordos, placenteros y vistosos, de tal manera, que siempre por la sierra y por los llanos seguros anden de los tragadores lobos; y no solo nuestras ovejas, nuestras cabras y nuestros perezosos bueyes, mas los verdes agostaderos, las sazonadas mieses y las no bien maduras uvas te plega de nos guardar, sin que invidiosos ojos, venenoso diente, inficionado aire con el frio rigor de marzo, ó el importuno calor de agosto nos las disminuya y deshaga; para que así destas como de aquellas en los venideros siglos veas siempre con nuestros sacrificios humear tus divinos altares, los cuales con sinceros co-

razones te prometemos ofrecer, si frio hiciere, á nuestros fuegos sentados, ó por las frescas sombras de las fuentes cuando el calor nos molestare. Así Vandalio dijo; y todo en nuestros ánimos confirmado, sin volver el rostro atras dejamos en su pureza y quietud el divino lugar; y porque fuera ya de los sagrados límites acudiendo cada uno á su menester no se deshiciese la amada junta, Polibio, que muy regocijado en todas ocasiones era, al son de un su polido rabel, de improviso de esta manera le oimos:

POLIBIO.

Venus busca á su hijo, que escondido
 Está en lo mas guardado de mi pecho;
 ¡Triste de mí que puesto en tal estrecho
 No sé cual me será mejor partido!
Si encubro al que en mis venas se ha encendido
 Dejará el corazon ceniza hecho;
 Si le descubro, con mayor despecho
 Se vengará de quien traidor le ha sido.
Mi mal por todas partes se empeora;
 Y si la diosa busca al niño tierno,
 Es por la guerra que en mi pecho trama.
Niño huido, escóndete en buen hora;
 Mas pues te escondes, templa en mí tu fuego
 O te descubrirá tu misma llama.

Así Polibio con estos renovados versos del antiguo Sincero, y la música con que los cantó

suspensos nos llevó tras sí, como tras la de Orfeo se dice que antiguamente caminàban los árboles y los montes. Y ya que á todos con este engaño nos fue encaminando á la cristalina Erifile, y de su parecer nos inclinamos á visitarla en reverencia de la presente solenidad, nadie quiso llevar mas que su zampoña ó rabel en que entretenerse, si no fue el vaquero Ursanio, que antes cortado habia un cayado y no por esto entonces quiso dejarlo de acabar, y desta manera en placentera cuadrilla como si de segar nuestras mieses ó vendimiar los majuelos viniéramos, comenzamos por el tendido campo á solazarnos, quien dando alegre estallido con su honda, quien sobre su cayado saltando de pechos; aquellos con solo un pie corriendo sobre apuesta, y los otros mostrando á porfía su destreza en algun señalado blanco; y todos dando gracias al cielo que para tanto placer nos juntó, hasta descubrir la amada Erifile: Erifile, que bullendo helado cristal, no con mas hermosura, que no es posible mas á nuestro parecer, con mas deleite que solia nos recibió en su florido suelo, donde si Narciso á tal coyuntura llegara, enamorado mas de aquella fuente que de su figura, cuando allí se convirtiera en flor, quedara su yerro disculpado; que por gozar de semejante frescura, no solo Narciso, mas el mismo Apolo y otro cualquiera dios, si le hay de mas cuenta, de buena gana trocarian sus doradas sillas por ella. Pues lue-

go que allí llegamos, porque nos quedase poco que desear, sobre las flores Ursanio y Tirseo así con sus delgadas voces las de los pintados pajarillos suspendieron:

URSANIO. TIRSEO.

URSANIO.

No lo tendré, pastor, mas encubierto:
Así el cielo me ponga de su mano
En el punto y compás de mi concierto.
Un rostro ví, carillo, soberano;
No era del suelo, no, que á tal belleza
Muy atras queda todo ser humano.
Al oro, que llovía su cabeza,
La luz con que el sol baña tierra y cielo
Comparada es tinieblas y pobreza.
¿Has visto cuando abril nos viste el suelo
De los esmaltes que el verano cria,
Desnudo ya del encogido hielo;
O cuando el cielo, al despuntar el dia,
El tierno aljofar cierne por las flores,
Y al sol viste de grana el alba fria?
Pues si vieses, Tirseo, las colores
De sus mejillas, el jazmin y grana
Tienen de su primor por borradores.
Si la juzgases por pintura humana,
Yo quiero confesar que mi cuidado
Su asiento tiene en ocasion liviana.

TIRSEO.

Ursanio, cuando yo ví aquel dechado

De quien el cielo saca su belleza,
Belleza que jamás se vió en traslado,
Ví en él tan altas partes de riqueza,
Que no habrá joya fuera de su vista
Que en mis ojos no venga á ser pobreza.
Que en sola ella mi gloria y bien consista
No hay para qué, pastor, encarecello,
Pues en mí es cosa tan sabida y vista.
Las madejuelas de oro por cabello
En el divino cuello marañado,
Mi alma y vida marañada en ello,
La ví yo un dia en este verde prado,
Haciendo una guirnalda de mil flores,
Tejiendo quizá á vueltas mi cuidado.

URSANIO.

Dime, Tirseo, ¿y sabe tus amores?
Que yo de corto nunca me he atrevido
Á contarle á la mia mis dolores.

TIRSEO.

Vime al principio deste mal perdido,
A llorar me escondia entre mi pena,
Mi cuidado tambien allí escondido.
Rompíase de apretada la cadena;
No acabo de entender como, carillo,
Mi suerte se trocó de mala en buena.
Tenia yo un manchado cerbatillo,
Que los tiernos corderos retozaba,
Criado á hoja y flores de tomillo:
De mi mismo zurron le regalaba;
Si acaso me escondia por el prado,
Con placenteras vueltas me buscaba.

Por collar al erguido cuello echado
 De mil conchuelas un sartal curioso,
 Que me trocó un pastor por mi cayado;
En él de un fiero jabalí cerdoso
 Por remate un colmillo en blanco estaño,
 Ligado con engaste artificioso.
En hechura, en belleza y en tamaño
 La luna de dos dias ser dijeras,
 Si dejaras llevarte del engaño.
Con mi cabrío un dia á ver las eras
 Saqué mi cerbatillo regalado,
 De dijes lleno y burlas placenteras.
Llegó Filis en esto á mi ganado,
 Cuando yo en mi dolor á mas perdido,
 Y ella dél y de mí á menor cuidado,
Con un cabrito, aun no de un mes nacido,
 Tal le vió retozando, que le tuvo
 El gusto por un rato embebecido.
Yo viendo que con esto se entretuvo,
 La que en gloria mi alma entretenia,
 El breve rato que conmigo estuvo,
La ocasion le ofrecí de su alegría,
 Para que recibiéndola hallase
 En ella escrito cuanto en mí tenia.
Y aunque al principio Filis no pasase
 Por el concierto, mi porfia hizo
 Que ni el don ni el deseo despreciase.
Y pudo en ella tanto este hechizo,
 Que haciendo principios en mi gloria,
 Mil nubes de tristeza me deshizo.
Fuese luego aclarando la victoria,

Y á mostrarse fortuna de mi parte,
Y á verse mi ventura mas notoria.
¿De que me sirve, Ursanio mio, cansarte?
Sabe que un don ablanda el duro acero,
Y podrá hasta el cielo levantarte.

URSANIO.

¿Que podrá dar un pobre ganadero,
O que tiene que dar habiendo dado
Al primer lance el corazon entero?
Donde este rico don no es estimado
Por el mayor de cuantos puede darse,
Ya es aquese querer amor comprado.
No es amor ni es posible conservarse;
Que amor que al interes está rendido
Interes y no amor ha de llamarse.

TIRSEO.

Ursanio mio, no lo has entendido;
No es yerro que por dádivas te quieran,
Ni lo es comprar por ellas ser querido.
Si algun valor secreto no tuvieran
Para ablandar altivos corazones,
Nunca los dioses á ellas se rindieran.
No quiero yo hacer tus pretensiones
Venir por interes á ser amado,
Mas que ganes audiencia por tus dones.

URSANIO.

Pastor, un vaso tengo delicado,
El cuerpo de tarai, el pie de pino,
De liso cedro el tapador labrado:
Es todo de un entalle peregrino,
Y puede sin escrúpulo igualarse

De todo lo criado á lo mas fino;
Quiso en él de propósito extremarse
El gran Alcimedonte, de manera
Que solo en él su sello pudo echarse.
Pintó en su pie la alegre primavera,
Y al seco estío, frente coronada
De espigas rojas de color de cera;
El frio otoño con la espalda helada,
En mosto envuelto, de uvas coronado,
La barba y cara sucia y enmostada;
El invierno el cabello rebujado,
Tal, que quien al estío no mirase
Tendria frio en verlo tan helado:
Y porque mas la obra se extremase,
Cada tiempo está dando la manera,
Cómo la tierra en él ha de labrarse,
Cuándo se ha de coger la sementera,
Cuándo sembrar, podar y hacer el vino
Y otras cosas al fin desta manera.
Pues en el tapador de cedro fino
Están doce estrellados aposentos,
Y en cada cuadro su dorado sino;
Los cielos con sus varios movimientos,
Unos violentos, otros naturales,
Sobre sus ejes de oro por cimientos;
Cuantos clavos las puertas celestiales
Tienen para beldad y luz del mundo,
Allí alcanzan sus puntos y señales.
Y en el cuerpo del vaso sin segundo,
Por no cansarte, hallarás cifrado
Cuanto la luna encierra y el profundo.

Pues este mundo frágil y abreviado,
Que Alcimedonte aquí dejó esculpido,
De ningun labio ha sido deslustrado.
Helo siempre guardado y escondido,
Y ahora en el poder de mi pastora
Quedará con tal dueño enriquecido.
Ella sola merece ser señora
De todo lo que en él está entallado,
Y á ella se lo ofrezco desde ahora.

TIRSEO.

Ursanio, es ese don tan acabado,
Que no se yo si quien á darlo llega
Le queda mas que dar que haberlo dado.
Si tu ingrata pastora no te niega
La obligacion y fe de tal recibo,
Tuyo es el tiempo, á tu sabor navega.

URSANIO.

Entre esa confianza y temor vivo,
Con la frialdad de mi bajeza muero,
Con el calor de su valor revivo.

TIRSEO.

Pues dime, así se logren, compañero,
Cuidados tan honrados, ¿quien te hizo
De tal beldad gallardo prisionero?
¿Que nombre le dió el cielo? ¿que hechizo
Tan poderoso fue, que á un pecho exento
La antigua libertad y brio deshizo?

URSANIO.

Levantóse tan alto el pensamiento,
Que aun ese nombre, que en la lengua cabe,
Quiso en el corazon tomar asiento.

Cerró el amor su cofre con la llave
  Y rompióla en cerrando, de manera,
  Que junto el cofre y el secreto acabe;
  Y creeme, pastor, que si tuviera
  Puerta por dó salir, habiendo entrado,
  Sola la llave de tu gusto abriera.

TIRSEO.

Ahora, Ursanio, estimo tu cuidado
  En lo que con razon debe estimarse
  El gran punto de un firme enamorado;
Que pechos que no saben conservarse
  En guardar la importancia de un secreto,
  Y con él y sus penas ahogarse,
Bien podrán alcanzar amor perfeto,
  Mas no en mi estimacion, que ya se sabe
  Que solo asienta amor en el discreto.
Y si lo es tu pastora honesta y grave,
  No pondrá en tí mas punto de contento,
  Del que tardares en hallar la llave;
  Y á Dios que se destempla mi instrumento.

EGLOGA DÉCIMA.

Los alegres campos, la clara fuente, el fresco viento y el mismo Apolo, atentos al dulce canto por el tiempo que duró, suspensos dejaron sus ejercicios; y pienso que la hermosa Flora que en aquella sazon por las selvas sembrando flores discurria, llena de rosas la mano se olvidó de derramarlas, quizá para de todas ellas hacer una guirnalda al generoso Tirseo, que habiendo puesto fin á sú música de nuevo con los regalos de su zurron nos convidaba; y nosotros no tan atentos estábamos á esto cuanto á mirar el cabrero Licio que á las espaldas de Leranio en labrar una flauta se ocupaba, que como el palo para hacer los agujeros no estuviese de sazon, ya que con mucha curiosidad acabada la tenia, al mejor tiempo se le quebró, y así de veras lo sintió el zagalejo que apenas pudo detener las lágrimas, aunque olvidado de que nadie le mirase ya con buscar de que hacer otra consolarse queria; cuando nosotros que atentos á sus livianos disgustos en él teníamos puestos los ojos, de tal manera á un tiempo nos comenzamos á reir, que él no sabiendo si en donaire lo echase ó si de veras se corriese, ya de una color ya de otra

se ponia, hasta que Leranio, que muy su amigo era, haciéndose á su parte por defenderlo en favor suyo nos comenzó á gritar. Mas el atajado pastorcillo, no tan leal como convenia, queriendo por ventura salirse de entre tantos ojos, sin mas aguardar se pasó á nuestro bando dejando solo á Leranio que por ayudarle contra todos se habia declarado, á quien nosotros sin perdonarle punto tantas cosas supimos decir, que corrido al fin de nuestra conversacion le desterramos; y no mucho despues desto, ya que merendar queríamos, habiendo él primero en lo mas cerrado del bosque de tal manera ahullado como lobo, que á todos nos puso miedo, corriendo por entre los árboles, sin pensar le vimos venir gritando, al lobo, al lobo pastores, tan turbado y la color del rostro muerta, que estimando por verdad lo que decia, todos no sin gran turbacion hácia donde nos señalaba fuimos corriendo: mas él, no contento deste engaño, dando sin ser visto la vuelta, al pasar por la fuente de camino nos llevó toda la merienda, sin dejarnos mas que el deseo y el agua donde pudiésemos ahogarlo; y nosotros desta segunda burla mas que de la primera agraviados á mal de nuestro grado alabamos la sutíl astucia del pastor. Y no pudiendo alcanzarlo hasta donde nuestros rebaños estaban, con ellos poco á poco nos fuimos hácia la sierra hablando siempre en los pasados placeres, hasta que subiendo un

pequeño collado lleno de tanta frescura que otra cosa que agradables flores no tenia, y destas se mostraba tan cuajado como de lana nuestros mas hermosos carneros, á un tiempo descubrimos la alta y tendida sierra que con agradable caida, desviando de sí el caudaloso rio, le hace dar por aquellos llanos una enarcada vuelta, tal que con los floridos árboles que sus riberas visten, no es de menos hermosura que la pintada Iris cuando por las huecas nubes muestra vestido su poderoso arco de aquellos aparentes colores que el dorado sol le presta; y en esto las ligeras vistas no sin deleite sembradas por aquellos prados, discurriendo de unas cosas en otras, al fin venimos á descubrir el temeroso lugar donde en eterno sosiego las frias cenizas y los preciosos huesos de la hermosa Augusta reposan: Augusta, hija del famoso Anfimedonte y hermana de los dos pastores Beraldo y Delicio: aquella misma á quien el cielo en lo mas florido de su edad, juzgando indigno el mundo de su valor, la arrebató de nuestros ojos á mas seguro mundo y prados mas deleitosos: en cuyo nombre Cristalio aguardando que todos llegásemos á lo alto con un tierno afecto dijo: Si yo ahora, pastores, de todo punto no he perdido la memoria destos valles, aquella estrecha pirámide que de los pequeños árboles se levanta no es otra que donde la mucha beldad de nuestra Augusta en poca tierra se deshace: aquella que

vosotros tantas veces con amorosos versos por estas alegres selvas celebrastes, cuyo regalado nombre aun vive todavía por los pinos escrito de vuestra mano; y no solo ahora vive, mas si las promesas de los inmortales dioses de alguna confianza son dignas, vivirá mientras los robles de ásperas hojas se vistieren, y del inmortal laurel los poderosos rayos se apartaren. Vamos pues ahora allá, que si los ligeros espíritus sueltos destas mortales ligaduras en los permanentes siglos donde se hallan á las cosas deste mundo atienden, nuestra venturosa ninfa, desde aquellos dorados montes donde pisando estrellas vive, con guirnalda de inmortales rosas, y de resplandecientes ropas vestida alegremente escuchará nuestro canto; y su delgada sombra que á vueltas quizá destos árboles guarda un eterno silencio, con sutiles voces responderá á nuestros acentos. Así Clarenio decia, y nosotros ayudándole con piadosas lágrimas le seguimos, encomendando nuestros ganados al pastor Ursanio, porque en reverencia de las sagradas cenizas no era lícito pasar con ellos de aquel valle; y así de las profanas cosas desocupados casi desde luego comenzamos á entrar en el temeroso bosque donde jamás dañoso golpe de mortal hierro fue oido, hasta que por entre cipreses y hayas últimamente llegamos donde el callado sepulcro se mostraba, y aunque labrado de rústica cantería, cercado de solitarios árboles, y lo mas de

silvestre yerba vestido, no de menor hermosura y dignidad que aquellas famosas pirámides que en otro tiempo con su magestad y grandeza asombraron el mundo. Y si agradable cosa era de mirar la diversidad de flores con que el campo se cubria, no son para pasar en silencio las grandes maravillas que en los márgenes de una limpia fuente se mostraban, la cual saliendo de dos helados riscos con mil laberintos iba buscando el verde llano, no con menos gracia y vueltas que el caudaloso y retorcido Meandro el tendido y ancho mar, donde tras largos rodeos animosamente se arroja; y no sé si con igual hermosura que nuestro pequeño arroyo, por cuyas estrechas riberas diversos animales se hallan hechos de fresca murta, rojo acanto, oloroso tomillo, florido arrayan, y otras yerbas con tanto primor obrados, que si dos bravos mastines vieras de léjos seguir un feroz lobo que en la boca lleva un corderillo, su mucha viveza te obligara á que con placenteros silbos les ayudes; dejado aparte que las ovejas así por un cercano collado van huyendo, que no sé á cual acudirias antes, ó á recoger las unas ó favorecer los otros. Y bien que cualquiera destas cosas digna sea de celebrar, lo que mayor admiracion causa es la hermosura de seis gallardas ninfas que al rededor de la famosa pira hechas se muestran de verdes jazmines, con canastillas de flores en las cabezas, y con tal artificio obradas, que

á la primera vista no te será posible sin algun sobresalto verlas; y tal pastor hubo en nuestra compañía, que metiendo el derecho pie en el sagrado término, la siniestra rodilla puso en tierra para adorar las no conocidas deidades, que sin duda creyó que en aquel punto por honra de nuestra difunta bajasen de los vecinos collados á derramar sobre sus cenizas blancas canastillas de azahares. Y esto no es de maravillar, que si la fama tiene algun crédito, ya en semejante ejercicio muchas veces se han visto cercar con placenteras danzas el celebrado sepulcro, y colgar por él guirnaldas de preciadas flores, de que son testigos las resplandecientes estrellas y la encubierta deidad que ahora nuestro razonar escucha. Pues luego que nosotros con la reverencia debida ofrecimos nuestros dones, quien un ramo de casta oliva, quien una guirnalda de azucenas, unos copia de frescas rosas, y otros en delicadas cortezas de árboles escritos amorosos versos, comenzando á danzar en torno de la sepultura, el generoso Melancio con amoroso y tierno afecto, así de un nuevo furor arrebatado, comenzó á decir: O alma dichosa, que ya desnuda de tal librea, trocando nuestras estrechas cabañas por los dorados alcázares que habitas, segura de nuevas mudanzas gozas eterno reposo, si estas palabras á tus oidos llegan, si á los sutiles espíritus fuera del dominio de la muerte es concedido el sentir, donde quiera que nues-

tra piadosa voz te hallare, ó alma bienaventurada, escucha con atencion nuestras razones: ó si acaso tu callada sombra por estas selvas anda volando, ya que á nuestros groseros sentidos no sea lícito oir su delgada voz, á lo menos entre estos árboles no dejes de escuchar nuestras canciones, las cuales mientras por los montes se oyeren, y ellos sobre los collados se levantaren, siempre tu divino nombre celebrarán, sin que destos pinos y cipreses, donde ahora queda escrito, la fuerza del viento ó el poder de las aguas lo borre; y yo, aquel mismo á quien tú en eternas tinieblas y soledad dejaste, si las musas favorables me fueren, si tanto pueden ofrecer mis versos, una tan segura vida te prometo en el mundo, que ni la poderosa edad la envejezca ni los venideros siglos la disminuyan, antes en todo tiempo con inmortales letras, por estos robles, por estos pinos y por estas hayas, siempre tu florido nombre se renueve como las manzanas en los árboles y las rosas por abril vemos nacer: ¿mas como puede ser, ó espíritu divino, que ahora nuestras piadosas lágrimas ignores, y si á dicha te son manifiestas y á tus oidos nuestras querellas suben, ya que no puedan disminuir tu contento, como no ablandan tu corazon, haciéndote con amorosa fuerza bajar de esas doradas sillas que habitas á consolar nuestros humildes rincones y estas discretas selvas que así yermas de contento dejaste? Yo firmísima-

mente creo, y esta fe no es vana, que con tu alegre presencia restituidos los estériles collados en su perdida hermosura, nuestros huertos, nuestras viñas y nuestros sembrados, que sin tí dañosas espinas, secos parrales y avena estéril producen, preñadas mieses, preciosas uvas y frutas de mil maneras nos darian; y nuestros pastores en los alegres principios del año, poniéndote en el número de sus diosas, rojas espigas, dulce miel y espumosa leche ofrecerian en tu altar, así como al alegre Baco ó á nuestra abundante Ceres, con que tu honor, tu nombre y alabanza por los venideros siglos de unas lenguas en otras irá volando; mientras los pinos habitaren los montes, y de rocío las cigarras se mantuvieren. Así dijo, y tocando de improviso una zampoña de dos voces, pero de suavidad divina, Polinestro le acompañó con estos versos:

POLINESTRO.

Augusta soberana,
Que ya de luz vestida
Saliste de las sombras de la muerte,
Y una eterna mañana
Clara, fresca y florida
Te amaneció sin fin de anochecerte:
A los que por perderte
Ganando los perdiste,
Y en ordinaria guerra
Los dejaste en la tierra,

Y á las regiones de la paz te fuiste,
Consuélalos, señora,
Pues vives ya donde el consuelo mora.
Rompió el lazo la muerte
Con que trazaba el mundo
Encadenar tu cuello alabastrino;
Y trocando la suerte
Tu valor sin segundo,
Por esposo mortal te dió el divino:
Que otro no fuera dino
De tocar de ese pecho,
El inviolable muro
Tan casto, limpio y puro,
Que por custodia de su Dios fue hecho,
Y así no le llegaba
Ni á un polvo de la tierra que pisaba.
Ahora pisando estrellas
Con inmortales plantas,
Contemplas las mudanzas de la luna,
Y entre las ninfas bellas
Que habitan esas plantas,
Y montes que no alcanza la fortuna,
Sin sospecha ninguna
De perder lo que tienes,
Coronada de flores,
En divinos amores
Y placenteras danzas te entretienes;
Que los otros humanos
Para tan grande alteza eran enanos.
Gozando nuevos rios
Y deleitosas fuentes,

Los árboles te dan frutas preciosas,
Y los cristales frios
De las mansas corrientes
Las sombras te harán mas deleitosas.
Tú cercada de diosas
Y espíritus divinos,
Mil versos celestiales
Y nombres inmortales
Verás con letras de oro por los pinos,
Dó el tuyo trasladado
Seguro queda ya de ser borrado.
Tú en semejante vida,
Nosotros en la muerte,
Donde con esta ausencia nos dejaste,
Llorando tu partida
Y deseando verte,
Sin bien, que todo allá te lo llevaste;
Si algun tiempo trataste
De amor, ó Augusta mia,
Y justas peticiones
De tristes corazones
Se admiten en los reinos de alegría,
A lo menos, señora,
Consuela desde allá quien por tí llora.
Ya tu muerte han llorado
Las ninfas de los rios,
Los montes, los collados y las gentes,
Las selvas, el ganado,
Y mas los ojos mios,
Que están ya convertidos en dos fuentes:
Las aves, las serpientes,

Los montes y las cuevas,
Las hayas y los pinos,
Y los bosques vecinos,
Las secas flores, las que nacen nuevas,
Todo con luto triste
Llora el verme quedar, y que te fuiste.
Ahora tú entretanto
Que las preciosas flores
Encima tu sepulcro derramamos,
Escucha nuestro canto,
Y reciba estos loores
Tu espíritu volando entre estos ramos;
Que cuantos aquí estamos
Prometemos al cielo,
Y á tí que allá subiste,
Con voz alegre ó triste
Hacer eterna tu memoria al suelo
Por lugares diversos,
Con mil nuevas zampoñas y mil versos.
Cancion, dile á aquella alma,
Que en desprecio del mundo se fue al cielo,
Que pues goza la palma
Que ya mereció tanto,
Merezca nuestro llanto
Como ella gloria allá, tener consuelo;
Que á nuestra humilde choza
Todo lo puede dar quien de Dios goza.

Ya nuestro pastor con su armonía habia puesto fin á los piadosos votos, y nosotros que mientras ellos duraron bailando al rededor en

concertado corro anduvimos, unos sembrando rosas y otros cogiendo flores, besando las últimas piedras de la sepultura, y llamando con humilde voz su callada sombra, si á dicha en aquellas regiones moraba, todos en torno de la cristalina fuente nos sentamos, gozando las maravillas que en el tendido llano se mostraban; y lo que sobre todo mayor deleite ponia era el agradable ruido con que los altivos álamos, silbando en ellos un delgado viento, sobre nuestras cabezas se movian, cuajados sus tembladores ramos de pintadas avecillas que con sus no aprendidos cantares trabajaban de remedar los nuestros, donde la solitaria tortolilla con tristes arrullos vieras llorar su perdida compañía, ó al amoroso ruiseñor recontar la no olvidada injuria del fementido Teréo. Aquí el ronco faisan sonaba, allí las suaves calandrias se oían, acullá cantaban los zorzales, las mirlas y las abubillas, y hasta las industriosas abejas á nuestras espaldas con blando susurrar de una florecilla en otra iban saltando: todo olía á verano, todo prometia un año fértil y abundoso: olía el romero, el tomillo, las rosas, el azahar y los preciosos jazmines: olian las tiernas manzanas y las amarillas ciruelas, de que todo el campo estaba cuajado; los ramos, que apenas podian sustentar la demasiada carga de su fruta; y nosotros entre tanta diversidad de frescuras todo lo gozábamos y por todo dábamos gracias á su divino hacedor. Y como ya

mucho hubiésemos cantado, bien nos pareció que sería hora de visitar nuestros zurrones, de adonde sacando unos nueces, otros castañas, tal hubo que sacó bellotas, y alguno se arrojó á sacar queso y manteca mas blanca que la nieve; y quien mas no pudo, cortando de los cercanos árboles lo que halló mas de sazon, sin escrúpulo se puso con nosotros á comer, bebiendo de la fuente que á nuestro lado teníamos, cuyas cristalinas ondas á nadie se vedaron por entonces; y porque no todo el tiempo en regalos del cuerpo se gastase, Arcisio y Cloris, pastores de la ribera, ambos serranos, iguales en cantar, y á responder aparejados, con estos cantares rompieron nuestro silencio:

ARCISIO. CLORIS.

ARCISIO.

En tanto que á la sombra destos árboles
  Estamos, Cloris, con quietud pacífica,
  Mejor que en salas de costosos mármoles,
Yo mi zampoña tocaré clarífica;
  Tú en son del cielo y armonía angélica
  Desatarás tu lengua y voz magnífica.
Y no cantes, pastor, la furia bélica,
  Mas algo de tus fábulas doctísimas;
  Mientras nos dá su luz la antorcha Délica.

CLORIS.

Ves aquel árbol de hojas hermosísimas,
  Por cuyo tronco pasa dilatándose

Este arroyuelo de aguas preciosísimas:
Un dia ví un pastor cabe él quejándose
De amor, de la fortuna, y si fue lícito,
De su cruel pastora querellándose.
Los zelos le traían muy solícito;
El amor le volvía pusilánimo
Y ya peor que muerto un miedo ilícito:
Mas reforzando como pudo el ánimo,
Apurándole el mal dolorosísimo,
Lo escribió allí con corazon magnánimo.
Llegó Filis al árbol dichosísimo,
Y en él y su frescura deleitándose
Leyó las rimas del pastor tristísimo;
Y de tantos dolores enfadándose,
¡Ay Dios, estos amantes melancólicos,
Dijo, que todo el año están quejándose!
Si yo tuviera nombre entre bucólicos,
Estos lenguages del amor heréticos
Quizá los compeliera á ser católicos:
Porque si no es haciéndose frenéticos,
Y enfadando con llanto los ejidos,
No piensan que sus versos son poéticos.

ARCISIO.

Pues yo ví unos pastores presumidos
Cantar allí los versos marañados,
Que en las selvas no fueron entendidos;
Y diz que eran queridos y olvidados,
No entiendo como, que estas novedades
Nuestros faunos dejaron asombrados.
A los bosques traían las ciudades,
Y por los campos verdes y floridos

Cantaban sus pastoras libertades.
Unos del otro mundo eran venidos,
Y luego se mataron; yo de miedo
Me tapé con el sayo los oidos.
¿Has visto tú, zagal, mayor enredo
Que el que contaba un sátiro de Anfriso,
Que apenas de temor decirlo puedo?
Decía que un pastor un dia quiso
Tocar la luna, y puestas unas alas
Voló cual grulla por el aire liso.

CLORIS.

Pues ellas no son fábulas tan malas
Como las que yo digo, que esas tienen
Autoridad, valor, misterio y galas,
Alegran, aprovechan, entretienen;
Estotras empozoñan, y aun enfadan
Los que á escucharlas y entenderlas vienen.

ARCISIO.

A muchos ganaderos les agradan,
Y por salir de cabras y de ovejas
Con el nuevo manjar se desenfadan:
Que de mi voz cansadas las ovejas,
Sentados cual nosotros tras el fuego,
No es mucho que les oyán sus consejas:
Mas si sabes algunas, yo te ruego
Compañero, las digas por mi gusto
Que el tuyo en todo cumpliremos luego.

CLORIS.

No es, ganadero, entre los pinos justo
Cantar sin reverencia aquellas cosas
Que requieren estilo mas robusto.

Allá en otras riberas espaciosas,
Donde no nazcan álamos y encinas,
Cantaremos canciones mas famosas.
Ahora nuestras selvas no son dinas
Mas que de tonos bajos y groseros
Al murmurar de fuentes cristalinas.

ARCISIO.

¿Pues que dirás de aquellos ganaderos,
Que por los montes andan disfrazados,
Muertos por convertirse en caballeros?

CLORIS.

Zagal, que son pastores alquilados
Que hurtan el cayado y el pellico
Para pegar la roña á tus ganados;
Y al que presume mas te certifico
Que apenas nuestros faunos le conocen,
Ni saben si es pastor pobre, si rico.

ARCISIO.

Así tus viejos huertos se remozen,
Y lleven nueva fruta tus parrales,
Y tus cabritos de su sombra gozen,
Que ahora si tú gustas me señales,
Cual árbol destos es el que decías,
Que causó á Filis escuchar sus males.

CLORIS.

Ese cuento, pastor, ha muchos dias;
Y ella deshizo entonces con su mano
Aquellas letras de placer vacías;
Y en la corteza, en el lugar mas sano
Escribió aquestas: Filis nos deshizo;
Y aun entiendo que fue en aquel manzano;

Y mira ahora lo que el tiempo hizo:
El pastor vino por aquí otro dia,
Trájolo acaso su mortal hechizo:
Miró el árbol, leyó lo que decía,
Y apenas acertaba de contento
A decir: O gran bien! O Filis mia!
Y estando un rato á contemplar atento
En la rama mejor de aquel granado,
Primero se subió con mucho tiento.
Y allí con su hocino, que amolado
Quizá para este efeto le traía,
Ya de llantos y lágrimas cansado
Quiso escribir con letras de alegría,
Versos de su zampoña poco usados,
Y un cantar escribió que así decía:
Huya de hoy mas el lobo los ganados,
Manzanas de oro lleven las encinas,
Y rosas los parrales mal labrados,
Corran leche las fuentes cristalinas,
Miera olorosa sude la retama,
Y los collados miel y clavellinas,
Pues Filis por amarme se desama:
Y ya que todo escrito lo tenía,
Al descender quebrósele la rama.
¡O que contrario agüero á mi alegría!
Dijo el pastor ¡O Filis rigurosa!
Al fin se ha de cumplir mi profecía.
Eres muger, y mientras mas hermosa,
Mas fragil: cuanto mas en tí pusiere,
La pérdida hará mas peligrosa,
Adore la mas firme quien quisiere,

Que yo doy la ramilla por quebrada,
Cuando menos razon y fuerza hubiere.
¿De que huyes, cruel, desa morada?
Los dioses por las selvas habitaron,
Y á tí la selva como á mí te agrada.
En igualdad los tiempos nos criaron,
Tú sola con las obras contradices
Lo que el cielo y los hados ordenaron.
Si no hay porque un amigo martirizes
Tan fiel y tan leal como yo he sido,
Haz un dia siquiera lo que dices.
El tiempo huye, el dia se ha escondido,
Solo mi mal no sale de un estado,
Si no es para dejarme mas perdido.
Esto, musas, cantó Delio sentado
En esta sombra, mientras que tejía
De mimbres un tabaque delicado:
Esto cantó, y el campo florecía,
Las sombras á las veces son dañosas,
Y es la deste nogal pesada y fria.
Ya nacen las tinieblas sospechosas,
Ya cobran nuevo humor las florecillas,
Ya son las selvas menos deleitosas,
La noche viene; vamos, mis cabrillas.

EGLOGA UNDÉCIMA.

No hay que encarecer el canto de los pastores ni el mucho regalo que causó, mas de que cansados ya de tantos placeres con las últimas palabras de Cloris todos á volver á nuestros ranchos nos apercebimos; porque aunque el contento era grande, el lugar deleitoso, la compañía á gusto, ya el sol iba decendiendo sobre los mas altos montes, y las agudas sombras de los pinos menos apacible hacian el campo. En esto, no de otro que del soberano cielo guiado adonde todos estábamos vimos llegar al generoso Anfimedonte, padre de la celebrada Augusta, que en compañía de muchos vaqueros y mayorales de la ribera bajaba, como es de creer, á regar con piadosas lágrimas las heladas cenizas de la amada hija; y hallándonos á tal tiempo juntos, sin cesar dábamos gracias á los soberanos dioses que allí nos habian traido; y en esto gran rato ocupados, el venerable viejo, á quien todos obedecian, así nos comenzó á hablar: Venturosos pastores, clarísima generacion de las selvas, las cuales, segun muchas veces he oido, los dioses otro tiempo habitaron, y ahora no se desprecian de ello; ya doce veces la inconstante luna

de prestada luz ha llenado sus dorados cuernos, y otras tantas pobre y encogida con delgado rostro se ha mostrado sobre nuestras riberas, despues que las reliquias y sagrados huesos de mi Augusta, cual tierna azucena sin sazon cortada, en estas desnudas piedras escondimos, y en los tristes altares enlutados sacrificios señalamos: ya el curso del fatal año es cumplido, y el dia, si no me engaño, está presente, el cual será siempre doloroso y triste á mi memoria; por tanto si como creo otro tiempo amastes la beldad al mundo rara, y algun religioso cuidado os toca de los que entre nosotros ya no viven, aun estais á tiempo de cumplir obligaciones tan forzosas, si es de creer que no en vano aquí los soberanos dioses nos juntaron: desde ahora comenzarán á arder por los encendidos altares las calientes entrañas de los animales sacrificados, dos gruesos toros ofrecidos vienen á las sagradas aras, uno negro á las sombras de la noche, y otro blanco á las ninfas de las aguas; de cuyas inviolables reliquias tambien participarán vuestros humildes penates y vuestros particulares dioses, si algunos teneis conocidos, ahora en las cercanas cuevas moren, ó en las hojosas majadas en guardar vuestros rebaños se ocupen, que yo en honor debido á mi cara prenda universales ofrendas pienso enviar al cielo. Y no solo esto, mas si el hado me fuere favorable, luego que el venidero dia siembre su luz sobre nuestras

cabezas, honrosos premios señalaré al talle de mi caudal cortados así para los que en cantar se aventajaren como á los que en luchar, tirar la barra, correr ó saltar por estos llanos se mostraren diestros, que todo lo dá el cielo y al cielo se debe todo. Así dijo Anfimedonte, y obedeciéndole los presentes desde luego se comenzaron los religiosos ejercicios, unos levantando nuevos altares, otros encendiendo valientes hogueras; aquellos degollando los sagrados becerros, y estos consultando sus calientes entrañas en los venideros casos; hasta que el sol escondiéndose tras los árboles tambien dellos poco á poco fueron saliendo las confusas tinieblas; y aunque por la mucha suma de fuego se pudiese decir que aun allí la noche no hubiese llegado, á todos fue necesario dar á los trabajados cuerpos algun reposo, haciendo pequeñas chozas de verdes ramas donde escondernos del frio, como mejor cada uno se amañaba. Y acabándose el ruido y razonar de los pastores, como al descuido fue naciendo una quietud con que el profundo rio que á las espaldas teniámos despeñándose con sonoroso ruido mas al agradable sueño convidaba; cuando en medio deste silencio, no léjos de la helada sepultura nueva música se oyó del pastor Liranio, que allí en compañía de Graciolo se entretenia cantando de esta manera:

LIRANIO. GRACIOLO.

LIRANIO.

Saca pastor y templa tu vihuela,
Y asida á mi rabel discantaremos:
Mira que el tiempo y nuestra vida vuela;
Y si en melancolías nos metemos,
Si no damos salida á las pasiones
Espuelas á la muerte le ponemos:
Limpia y escombra el alma de invenciones;
Que es condicion de gente destraida
Traer puesta la vida en condiciones.
¿Quien hay tan libre que si trae metida
La fantasia en ocasiones vanas,
Le falte alguna en que perder la vida?
Contempla aquellas luces soberanas
Que la preciosa estambre van hilando,
Que tú entre ciega vanidad devanas;
El cielo en ejes de oro volteando,
Y en la incierta baraja de los dias
Unos naciendo y otros acabando.
Viene el verano envuelto en alegrías,
Y muere á manos de sus tiernas flores
El triste invierno con sus canas frias.
Siembra disgustos, cogerás dolores;
Que cuando salga la cosecha llena
Bien la habrán cultivado tus sudores.
Ara en el mar y siembra en el arena,
Y en red procura de encerrar el viento
Quien pretende hallar vida sin pena.

GRACIOLO.

Si yo viese, pastor, mi entendimiento
  Escombrado de sombras contrahechas,
  Que tanto martirizan mi contento;
Si aquestas ataduras ya deshechas
  Dejasen libre de su carga el cuello,
  En quien amor las puso tan estrechas,
Mi bien vería descubierto en vello;
  Vería mis trabajos acabados,
  Y no colgada el alma de un cabello.
Cantaria los montes mas callados:
  Graciolo, sus collados eterniza:
  El mundo goza ya siglos dorados.
Y este, que todo el mundo tiraniza,
  De sí mismo corrido y afrentado
  Iría sin triunfar de mi ceniza.
¡O cielos, llegue el dia deseado
  Que enjugando á la orilla mi vestido,
  Seguro cuente el huracan pasado!

LIRANIO.

Antes, vaquero, se verá vestido
  El seco campo de doradas flores
  En medio del invierno desabrido,
Que deje de sembrar amor dolores;
  Que es patrimonio suyo, y en su casa
  Los que padecen mas son los mejores.
Oido he ya decir, que el alma abrasa;
  No sé ni veo por que de aquella suerte
  Quieres gozar de vida tan escasa.
¿No te valiera mas entretenerte
  En labrar tus cortijos olvidados,

Que en cultivar con lágrimas tu muerte?
¿Por ventura, pastor, pocos cuidados
De su cosecha el tiempo nos envía,
Para andar en amores ocupados?

GRACIOLO.

Mi regalo, mi bien, la gloria mia
Nace y se cria desta dulce pena;
Y el sol es feo á quien enfada el dia.
Maldigo, amor, mil veces tu cadena,
Tu bien incierto, tu engañoso trato,
Que á no fingidas muertes nos condena.

LIRANIO.

Pastor, no llames al amor ingrato,
Porque te cueste un gusto mil dolores,
Si á nadie lo ha vendido mas barato;
Asi diz que se arriendan sus favores,
Que si todo en amor fuera contento,
A dos dias cansáran los amores.
Alza tu rostro, limpia el pensamiento,
Sacude el alma, corta á la medida
De sola tu ventura el sentimiento.
No la tendrás contino aborrecida,
Ni gastarás en vanas pesadumbres
Las horas robadoras de la vida;
Ni perderás, por mucho que te encumbres,
El seso con el bien desvanecido,
Ni colgado andarás de sus vislumbres.
Dale con tiempo al corazon rendido
Algun alivio, dale algun descanso,
Que bien basta un tormento á un afligido.

GRACIOLO.

Cielo sereno, al parecer tan manso
Como duro, cruel y riguroso
A mí, que con querellas mil te canso,
Bien sabes tú, teatro deleitoso,
Cuantas veces la muerte he deseado
En este solitario bosque umbroso:
El rio de mis quejas lastimado
A veces en cristal se ha convertido,
Y á veces de dolor se ha despeñado.
Hacer acaso sobre un olmo un nido
A dos tortolas ví en esta ribera,
Con ellas el amor entretenido,
Y yo llorando dije: ¡O quien me diera
Aquí la muerte, porque de mi vida
Jamas nueva en el mundo se supiera!

LIRANIO.

Error sin fin de gente destraida
Es el comun vivir destos que tienen
El alma en vanidades convertida:
Cada paso á morir sin morir vienen
Olvidan un gran hato de ganado,
Y en ver unos cabellos se entretienen.
Un dia á Olimpo ví desesperado,
Y otro dia, pensando que era muerto,
Ya no le conocía de trocado.
Lleve uvas mi parral, frutas mi huerto,
Y allá se lo haya con su amarga muerte,
Amor, quien busca en vano tal concierto.

GRACIOLO.

Dorado cielo, si en el bien de verte

Alguno se concede al que te mira,
Entre la luz que tu hermosura vierte;
Si algun dios en tus sillas de oro aspira,
A cuyo cargo esten los desdichados,
A quien el ciego amor sus flechas tira;
Desata destos miembros fatigados
Una alma triste puesta por consuelo
A los que en él están mas agraviados.
Rayos, que haceis estremecer el cielo,
Pues los de amor pretenden destruirme,
Matadme, y no me mate este rezelo.
Silvestres fieras mansas en oirme,
Bosque espeso cansado de escucharme,
Y vosotros, serranos, de sufrirme,
Si no basta mi fin para llorarme,
Muévaos á compasion el ver que muero
Por quien tuvo en su mano el remediarme;
Y al corazon del pecho mas sincero,
En que el amor abrió mortal herida
Con dardo agudo de bruñido acero,
A lo menos le dad á su medida
Sepulcro noble, rico y suntuoso
A honra de la que en él está esculpida;
Y por mas solo, y menos deleitoso,
Sea debajo de un ciprés copado,
Que al viento forme un silbo temeroso,
O sea entre duros riscos quebrantado
El rigor grave de mi adversa suerte,
Que hoy me hace morir desesperado.
Zelos, quien no ha gustado vuestra muerte,
Ni el alma por los ojos ha perdido,

No es mucho que á entender mi mal no
acierte.
O zelo, que del mismo amor nacido
Es tu oficio abrasar vida y contento,
Y dejar el carbon mas encendido,
Eres muerte y dolor del pensamiento,
Fiero verdugo de inmortal contienda,
Donde del bien y el mal nace el tormento.
Llévasme al fin por tan estrecha senda,
Que das imperfeccion en el cuidado,
Donde apenas caber puede la enmienda.

LIRANIO.

Quien no teme, pastor, ser olvidado,
Quien no teme perder prenda divina
Poco la estima y poco le ha costado.

GRACIOLO.

Ya, Liranio, al siniestro lado inclina
Atlante el cielo, y sobre entrambos ejes
Su carro de oro en la mitad camina.
Razon es que tu canto y mi mal dejes
En las manos del sueño, y en tu choza
A descansar de mi dolor te alejes;
Que si en oirte el fresco campo goza
Una alegre y florida primavera,
Y entre sus flores el placer retoza,
En mí suena tu voz de otra manera,
Que lo que suele en otros ser contento
Con eso quiere amor que pene y muera.

LIRANIO.

Ya va en las selvas refrescando el viento:
Calla, pastor, y en sueño sepultado

Desnuda el alma dese pensamiento.
Aquel hogar, que veis amortiguado,
Los pastores en torno dél dormidos,
Todo con la ceniza fria nevado,
No ha mucho que en sonoros estallidos
Arderle viste con la llama al cielo,
Mas que oro sus carbones encendidos:
Pasóse aquella furia y vino el hielo,
Vistió de blanco su dorada brasa;
Así pasan las cosas deste suelo.
De aquese fuego que tu pecho abrasa
Tambien presto verás la llama altiva
Deshecha en humo, y por el suelo rasa;
Que amor, y el tiempo todo lo derriba.

EGLOGA DUODÉCIMA.

De tanta suavidad fueron los versos de los pastores y con el silencio de la noche tan agradables de oir, que unos vencidos de su dulzura se quedaron en el sosegado sueño sepultados, y otros levantando los espíritus á contemplaciones mas altas alabaron las celestiales lumbres, que puestas por testigos de nuestras vidas con resplandecientes ojos consideran los secretos de la noche que en aquella sazon con tan agradable vuelo pasaba, que si en nuestros mortales oidos cupiera semejante gloria, entonces mejor que nunca pudiéramos oir los divinos cantos de las estrellas, si es verdad que tambien como las demas cosas ellas en medio de nuestra quietud alaban con doradas lenguas la fuente de adonde su hermosura nace. Mas luego que las alegres luces del alba restituyeron al mundo su alegría, y en el oriente se declaró la mañana tan resplandeciente y bella que no sé si de las rosas tomaba su hermoso color, ó á ellas su mucha frescura se lo daba, dejando los pajizos lechos todos á concluir los comenzados sacrificios nos aprestamos; y habiendo primero el ilustre Anfimedonte coronado de verde arrayan sus blancas

sienes, siguiéndole los demas con ramos y flores de mil maneras llegamos al celebrado sepulcro, y con algunas palabras, de que yo ahora mal me acuerdo, derramamos tres vasos de espumosa leche, dos de tibia sangre y uno de oloroso vino, con cantidad de diversas flores, y los demas dones que cada uno traía: quien un manojo de azucenas, quien una canastilla de rosas: éstos panales de miel, y aquellos tabaques de olorosas manzanas; y llamando tres veces en altas voces las sombras de los sepulcros, y entre ellas la de la hija de Anfimedonte, y otras tantas sembrando las brasas de precioso incienso y olorosas yerbas, desde luego nos pareció dar principio á los comenzados juegos. Y tocando en ellos el primer lugar á la ligereza de los pastores, para el que en la carrera sobre los demas se aventajase, se nombró por primer premio una roja piel de un belludo leon nacido dentro en Getulia, de tanta hermosura y grandeza que bien al mas dispuesto zagal podia servir de gaban y ayudar con belludas pestañas al pellico, con las uñas de bruñido azofar tan resplandecientes y limpias qué de oro las habrias juzgado. El segundo fue un curioso rabel hecho de liso cedro, con todas las selvas del mundo, y los mas famosos pastores que por los rústicos troncos de los pinos han escrito sus cantares desde las ondas de Aretusa hasta el humilde Sabeto. Por tercero y último premio se decla-

ró una galana hortera, que juntamente servia de coger fruta y ordeñar ovejas, aunque hasta entonces en ninguno destos ejercicios usada, de tan liviano peso que yo no sabria decir de cual palo fuese hecha, porque á ser de avellano en el color se hubiera conocido, y si de haya ó pino, como algunos dijeron, el olor nos lo manifestara: mas por las agradables pinturas que en ella habia no faltó quien dijese ser toda hecha de delicadas costras de álamo, viendo á Hércules que en ella coronado de sus mismas hojas con tanta viveza pasaba las estigias ondas, que se levantó porfia si la frágil barca de Caron, que en aquel punto le recibia dentro, abierta con el extraordinario peso de todo punto se iba á fondo: mas así el avariento viejo aceleraba su pasage y navegacion, que nadie sabria discernir cual caminase mas, él con su barca ó nosotros con nuestra vista; cuya velocidad queriendo el agudo pintor encarecer, un nocturno pájaro de los que en eterno silencio guardan aquellas riberas pintó volando tras el carcomido batelejo, como que su mucha ligereza fuese poca para alcanzarlo; ¿y que mucho si el uno vuela en sus alas y el otro en las del tiempo? Lo cual, como á novedad nunca vista, salian á ver las amarillas sombras que aquellas regiones habitaban, mostrando deseos de cantar las alabanzas del victorioso Alcides si de las olvidadas voces se acordaran, y el invencible guerrero cercado

de tanta multitud de almas no le fuera posible pasar, si con el liviano soplo no abriera camino, levantando unas por el aire y otras desviando de si, no de otra manera que el furioso cierzo suele volar por alto las secas hojas de los árboles, y no es esto lo mas que allí se mostraba, sí á todo diera lugar el tiempo, mas á esta hora ya los dos famosos compañeros Liranio y Graciolo, acostumbrados á seguir los ciervos y alcanzar los lobos por la sierra, antes que nadie se habian declarado en el puesto: tras ellos salieron el pastor Leucipo, el conocido Rosanio y el vaquero Felicio con otros muchos zagales de menos suerte y mas escura fama; y apenas el dudoso reclamo de un pequeño silbo se oyó, cuando á un tiempo como ligeros relámpagos por aquellos llanos se esparcieron volando con tanta velocidad, que atras dejaban el pensamiento. Delante resplandecía Liranio como un encendido rayo: tras él, aunque algo apartado, Leucipo; y tras Leucipo el famoso Graciolo, á quien seguia el vaquero Felicio casi recostado en sus espaldas, y levantándole con el soplo los cabellos. Veis aquí que ya llegaban á lo último del señalado término, y apenas de su mucha ligereza se podia decir que las delicadas yerbas humillasen, cuando Liranio, que casi con la mano tocaba el primer premio, deseoso de darle el segundo á su querido Graciolo, súbitamente se paró en la carrera para obligar á Leucipo, que tras él

venia, á que huyendo de un peligroso lugar Graciolo cobrase la delantera: mas ahora fuese que Leucipo conociendo el engaño no quisiese torcer su primer camino, ó lo que mas aparencia tiene, llevado de su mucha velocidad sin poderse detener, con tanta furia llegó sobre el cauteloso pastor, que ambos á un tiempo resbalando en las húmedas yerbas, mojadas con la sangre de los sacrificados becerros, se hallaron en el suelo, no sin perjuicio de los que le seguian, porque Graciolo, Felicio, Rosanio y Alceo, que mas cerca se hallaron, tropezando el segundo en el primero y el tercero en el segundo, sin poderse ninguno tener uno sobre otro fueron cayendo de tal manera, que á Liranio faltó poco para que la mucha carga no le ahogase, y siendo antes el primero, apenas debajo de los otros se podia rodear. Entonces Arcisio, Alcino y Florenio, que desconfiados de sí casi en el puesto se habian quedado, viendo el no esperado suceso de los compañeros, no sin mucha grita de los que miraban, de nuevo comenzaron á cobrar ánimo y pretender el olvidado premio, que ya todos por de Florenio juzgaban y él en su pensamiento disponia dél; cuando Felicio, saliendo de entre los caidos, cual ligera culebra que por las yerbas se resbala gateando llegó donde los hermosos despojos del leon estaban colgados, y dejando á Florenio el segundo premio, que se contentó con él, tomó para sí el primero y Arcisio el

último, dándolos, como siempre, la fortuna á quien con menos esperanzas vive; y Leucipo, agraviado del pasado engaño, para ser todo leon no le faltaba mas que el premio que Felicio de las manos le habia quitado: mas Anfimedonte, deseoso de templar los alborotados ánimos, con iguales dones los concertó, reservando á Liranio, que quiza por su malicia no lo merecia. Mas él no pasando por tal agravio, si tanta lástima, dijo, tienes de los que caen, ¿quien mas digno es de compasion que yo, pues siendo el primero en la carrera así debajo de todos me vi envuelto en aquella sagrada sangre, que verdaderamente crei que hoy se hacia de mí el último sacrificio? Y con esto mostraba las manos y la cara como si maduros madroños fueran, y tal que á todos provocaba á risa; y mas al famoso Anfimedonte, que dándole un precioso zurron hecho de una abortiva ternera: toma, pastor, le dijo, que aun de los caidos se suele acordar la fortuna; y colgando tras esto de un pino un cayado, que todos al principio por retorcida culebra le tuvimos: este, dijo, será de aquel que echado sobre su baston de pechos, sin tocar los pies al suelo victorioso de los demas quedare, batallando á saltos como en otras tierras he oido que hacen los hombres que con un solo pie nacieron. A la hora muchos pastores vierades cruzar por aquellos llanos sobre sus cayados tendidos, con tanta órden y destreza que quien de léjos los

mirase: esta es sin duda, diría, manada de belicosas grullas que con solo un pie agradablemente van saltando, donde unos por derribarse y otros por defenderse no se podian escusar graciosos lances de reir. En este tiempo Liranio bien creyó vengar á su salvo la caida que Leucipo le hizo dar en la carrera, y así despues de haber por sí solo derribado otros muchos pastores, siempre le vimos andar tras él, hasta que llegando en su seguimiento á una pequeña laguna que cercada de verdes juncos á un lado del prado se hacia, deseoso de dar con su contrario en ella, con la demasiada codicia erró el golpe, y llevado de su misma furia dió con todo el cuerpo en el agua, donde á mucho pesar suyo y risa nuestra le convino lavarse de la sangre que en la pasada caida se le habia pegado; y Leucipo, gozoso de tal suceso, olvidandose de saltar con el baston, en poco estuvo de acompañarle aquí la segunda vez. Al fin, no pudiendo tenerse mas sobre el cayado, con mucha risa se puso en pie á ver el caido, que lloviendo de su cuerpo arroyos de agua salia de la laguna confesando en sus dos caidas que nunca del ageno mal se siguió bien alguno. Y hallándose Rosanio por falta de los dos victorioso, dando placenteros saltos llegó á tomar su premio; y Anfimedonte, ya que toda la grita y porfiar de los pastores se hubo acabado, señalando un hermoso becerro que al pie de una encina habian atado, cubiertos

los pequeños cuernos de diversidad de rosas: de éste, dijo, podrá hoy hacer el sacrificio á las amadas ninfas quien en luchar á los demas se aventajare. Y no bien estas palabras se oyeron cuando el vaquero Filadelfo, acostumbrado á derribar los mas bravos toros, desnudándose el gaban comenzó á mostrar las anchas espaldas, los altos hombros y fornidos pechos, y tendiendo á todas partes los brazos con galanos golpes hería el aire, llamando al mas osado que con él se quisiese probar; y como en largo rato nadie saliese á la dudosa lucha, juzgándose ya vencedor, así vuelto á Anfimedonte dijo: Si nadie á mis conocidas fuerzas se atreve, ¿que causa hay para que el prometido premio se me dilate? Mándamele dar, pastor, si ya sobre todos le tengo merecido. Entonces Cristalio, no sé si corrido de semejante arrogancia, vuelto al pastor Selvagio, que sentado cabe él estaba, así oyéndolo todos dijo: O famoso Selvagio, sin provecho por cierto en un tiempo llamado despedazador de lobos, ¿tú aun sintiendo todavía calor en el valeroso pecho por semejante agravio pasas? ¿Tan honrado premio sin resistencia dejas llevar? ¿Donde, dime, tienes la fama que por toda la serranía ganaste, cuando los osos rendías, los lobos despedazabas, y los toros mas bravos por entretenimiento oprimias al yugo? ¿Que se hicieron tantos despojos como en tus techos colgaban? Cierto, pastor, esta sola demasía los

escurece todos, si es verdad que no en solo comenzar consiste el verdadero título de honrado. No creas, respondió Selvagio, que el deseo de alabanza y el amor del premio de mí por vano temor hayan huido; léjos estoy de imaginar en mí cosa que á mi nombre ofender pueda: mas con la vejéz helada no es mucho que, enfriándose las fuerzas, tambien en el ánimo se mitigue aquel orgulloso brío que en los mozos la caliente sangre cria: mortales somos, sujetos vivimos á los dias; ya fue tiempo que yo solo gozara los premios que por los demas se han repartido, cuando ni Melibeo me ganaba en cantar, ni Crisaldo corría mejor que yo, ni nadie en la lucha se me igualaba. Entonces Filadelfo habia de llamarme al campo, cuando sin ayudarme de mas industrias que mis manos despedazé aquel oso cuya es esta piel con que ahora me cubro; y diciendo esto, casi á pesar de su gusto osadamente saltó en el llano, mostrando á todos su belloso cuerpo, tan cubierto de ásperas cerdas como si una cerrada selva fuera, por cuya ocasion entre todos adquirió el nombre de Selvagio; y Filadelfo espantado de monstruo tan disforme, dejándole el campo y la victoria, no se atrevió á luchar con él; con que sin contradiccion se declaró por suyo el becerro. Entonces, asiéndolo por uno de los cuernos, con aquella facilidad lo trajo á nuestra presencia que si un pequeño cabrito fuera. Y puesto allí en medio de

todos como en triunfo suyo, desta manera le oimos hablar: Valeroso Anfimedonte, y vosotros conocidos pastores que presentes os hallais á mi victoria, notad ahora mis fuerzas y el título con que semejante nombre tengo, y si confiado en ellas entrar puedo en las venideras batallas; y tú, arrogante Filadelfo, cualquiera que de nuestros pastores seas, escucha ahora la forzosa muerte de que tu ventura te ha librado, que yo sin alguna duda creo, si esta vez entre los fuertes ñudos de mis brazos te metieras, allí sin resistencia me dejáras el alma, no de otra manera que con Hércules le avino al famoso hijo de la tierra. Y vosotras, soberanas deidades, que nacidas en estos mismos montes mi razon escuchais y muchas veces fuisteis fieles testigos de mis cosas, ahora en vuestros bailes esteis entretenidas ó con veloces carreras sigais el duro ejercicio de la gustosa caza, donde quiera que ésta mi voz os alcanzare recibid este postrero y último sacrificio con que victorioso á todas mis hazañas pongo fin, para quedar de hoy mas en eterno reposo, contento de dejar mi nombre inmortal en estas selvas. Así dijo, y alzando el puño en alto, con tanta fuerza lo bajó sobre la cabeza del temeroso novillo, que á un tiempo sin alma lo derribó á sus pies; y apenas en el suelo cayó, cuando en poderosas llamas consumido solas las sagradas cenizas se mostraron á nuestros ojos, sintiéndose por aquel tiempo en las cir-

GRACIOLO.

Cielo sereno, al parecer tan manso
Como duro, cruel y riguroso
A mí, que con querellas mil te canso,
Bien sabes tú, teatro deleitoso,
Cuantas veces la muerte he deseado
En este solitario bosque umbroso:
El rio de mis quejas lastimado
A veces en cristal se ha convertido,
Y á veces de dolor se ha despeñado.
Hacer acaso sobre un olmo un nido
A dos tortolas ví en esta ribera,
Con ellas el amor entretenido,
Y yo llorando dije: ¡O quien me diera
Aquí la muerte, porque de mi vida
Jamas nueva en el mundo se supiera!

LIRANIO.

Error sin fin de gente destraida
Es el comun vivir destos que tienen
El alma en vanidades convertida:
Cada paso á morir sin morir vienen
Olvidan un gran hato de ganado,
Y en ver unos cabellos se entretienen.
Un dia á Olimpo ví desesperado,
Y otro dia, pensando que era muerto,
Ya no le conocía de trocado.
Lleve uvas mi parral, frutas mi huerto,
Y allá se lo haya con su amarga muerte,
Amor, quien busca en vano tal concierto.

GRACIOLO.

Dorado cielo, si en el bien de verte

No las vueltas del cielo presurosas
Que vuelan mas que el ave,
Ni empresas belicosas,
Ni el curso de fortuna y de sus cosas,
Ni del mundo apartado
Las incultas riberas y regiones,
Ni sobre el mar hinchado,
Tras varias pretensiones,
Desdobladas banderas y pendones:
Que dese horrible espanto
Al son heroico de clarines de oro
Harás un nuevo canto
Tan lleno de tesoro,
Que al mundo asombre desde el indo al moro.
Allí de Marte altivo
Abrasarán las llamas cielo y tierra,
Y retratado al vivo
En fiero son de guerra
Saldrá á luz el valor que España encierra;
Sin que en toda ella quede
Cosa digna de ser eternizada,
Que en tí lugar no herede,
Ni de cólera honrada
Golpe, herida, escudo, arnes ni espada.
Ahora en voz sabrosa
Enjiere al tiempo aquesta humilde planta,
Pues la luz poderosa
Que á ello te levanta,
Del olvido tu canto desencanta:
Que ya esta humilde avena,
Por clara trompa de su nombre y mio,

En ocasion tan buena
De aquí consagra, y fio
Que será de inmortal honor un rio.
Y en hombros de la fama
Irá, si afable el hado corresponde,
De adonde se derrama
El alba hasta donde
Su luz en el salado mar se esconde.

FIN.

Desnuda el alma dese pensamiento.
Aquel hogar, que veis amortiguado,
Los pastores en torno dél dormidos,
Todo con la ceniza fria nevado,
No ha mucho que en sonoros estallidos
Arderle viste con la llama al cielo,
Mas que oro sus carbones encendidos:
Pasóse aquella furia y vino el hielo,
Vistió de blanco su dorada brasa;
Así pasan las cosas deste suelo.
De aquese fuego que tu pecho abrasa
Tambien presto verás la llama altiva
Deshecha en humo, y por el suelo rasa;
Que amor, y el tiempo todo lo derriba.

EGLOGA DUODÉCIMA.

De tanta suavidad fueron los versos de los pastores y con el silençio de la noche tan agradables de oir, que unos vencidos de su dulzura se quedaron en el sosegado sueño sepultados, y otros levantando los espíritus á contemplaciones mas altas alabaron las celestiales lumbres, que puestas por testigos de nuestras vidas con resplandecientes ojos consideran los secretos de la noche que en aquella sazon con tan agradable vuelo pasaba, que si en nuestros mortales oidos cupiera semejante gloria, entonces mejor que nunca pudiéramos oir los divinos cantos de las estrellas, si es verdad que tambien como las demas cosas ellas en medio de nuestra quietud alaban con doradas lenguas la fuente de adonde su hermosura nace. Mas luego que las alegres luces del alba restituyeron al mundo su alegría, y en el oriente se declaró la mañana tan resplandeciente y bella que no sé si de las rosas tomaba su hermoso color, ó á ellas su mucha frescura se lo daba, dejando los pajizos lechos todos á concluir los comenzados sacrificios nos aprestamos; y habiendo primero el ilustre Anfimedonte coronado de verde arrayan sus blancas

sienes, siguiéndole los demas con ramos y flores de mil maneras llegamos al celebrado sepulcro, y con algunas palabras, de que yo ahora mal me acuerdo, derramamos tres vasos de espumosa leche, dos de tibia sangre y uno de oloroso vino, con cantidad de diversas flores, y los demas dones que cada uno traía: quien un manojo de azucenas, quien una canastilla de rosas: éstos panales de miel, y aquellos tabaques de olorosas manzanas; y llamando tres veces en altas voces las sombras de los sepulcros, y entre ellas la de la hija de Anfimedonte, y otras tantas sembrando las brasas de precioso incienso y olorosas yerbas, desde luego nos pareció dar principio á los comenzados juegos. Y tocando en ellos el primer lugar á la ligereza de los pastores, para el que en la carrera sobre los demas se aventajase, se nombró por primer premio una roja piel de un belludo leon nacido dentro en Getulia, de tanta hermosura y grandeza que bien al mas dispuesto zagal podia servir de gaban y ayudar con belludas pestañas al pellico, con las uñas de bruñido azofar tan resplandecientes y limpias qué de oro las habrias juzgado. El segundo fue un curioso rabel hecho de liso cedro, con todas las selvas del mundo, y los mas famosos pastores que por los rústicos troncos de los pinos han escrito sus cantares desde las ondas de Aretusa hasta el humilde Sabeto. Por tercero y último premio se decla-

ró una galana hortera, que juntamente servia de coger fruta y ordeñar ovejas, aunque hasta entonces en ninguno destos ejercicios usada, de tan liviano peso que yo no sabria decir de cual palo fuese hecha, porque á ser de avellano en el color se hubiera conocido, y si de haya ó pino, como algunos dijeron, el olor nos lo manifestara: mas por las agradables pinturas que en ella habia no faltó quien dijese ser toda hecha de delicadas costras de álamo, viendo á Hércules que en ella coronado de sus mismas hojas con tanta viveza pasaba las estigias ondas, que se levantó porfia si la frágil barca de Caron, que en aquel punto le recibia dentro, abierta con el extraordinario peso de todo punto se iba á fondo: mas así el avariento viejo aceleraba su pasage y navegacion, que nadie sabria discernir cual caminase mas, él con su barca ó nosotros con nuestra vista; cuya velocidad queriendo el agudo pintor encarecer, un nocturno pájaro de los que en eterno silencio guardan aquellas riberas pintó volando tras el carcomido batelejo, como que su mucha ligereza fuese poca para alcanzarlo; ¿y que mucho si el uno vuela en sus alas y el otro en las del tiempo? Lo cual, como á novedad nunca vista, salian á ver las amarillas sombras que aquellas regiones habitaban, mostrando deseos de cantar las alabanzas del victorioso Alcides si de las olvidadas voces se acordaran, y el invencible guerrero cercado

de tanta multitud de almas no le fuera posible pasar, si con el liviano soplo no abriera camino, levantando unas por el aire y otras desviando de si, no de otra manera que el furioso cierzo suele volar por alto las secas hojas de los árboles, y no es esto lo mas que allí se mostraba, sí á todo diera lugar el tiempo, mas á esta hora ya los dos famosos compañeros Liranio y Graciolo, acostumbrados á seguir los ciervos y alcanzar los lobos por la sierra, antes que nadie se habian declarado en el puesto: tras ellos salieron el pastor Leucipo, el conocido Rosanio y el vaquero Felicio con otros muchos zagales de menos suerte y mas escura fama; y apenas el dudoso reclamo de un pequeño silbo se oyó, cuando á un tiempo como ligeros relámpagos por aquellos llanos se esparcieron volando con tanta velocidad, que atras dejaban el pensamiento. Delante resplandecía Liranio como un encendido rayo: tras él, aunque algo apartado, Leucipo; y tras Leucipo el famoso Graciolo, á quien seguia el vaquero Felicio casi recostado en sus espaldas, y levantándole con el soplo los cabellos. Veis aquí que ya llegaban á lo último del señalado término, y apenas de su mucha ligereza se podia decir que las delicadas yerbas humillasen, cuando Liranio, que casi con la mano tocaba el primer premio, deseoso de darle el segundo á su querido Graciolo, súbitamente se paró en la carrera para obligar á Leucipo, que tras él

venia, á que huyendo de un peligroso lugar Graciolo cobrase la delantera: mas ahora fuese que Leucipo conociendo el engaño no quisiese torcer su primer camino, ó lo que mas aparencia tiene, llevado de su mucha velocidad sin poderse detener, con tanta furia llegó sobre el cauteloso pastor, que ambos á un tiempo resbalando en las húmedas yerbas, mojadas con la sangre de los sacrificados becerros, se hallaron en el suelo, no sin perjuicio de los que le seguian, porque Graciolo, Felicio, Rosanio y Alceo, que mas cerca se hallaron, tropezando el segundo en el primero y el tercero en el segundo, sin poderse ninguno tener uno sobre otro fueron cayendo de tal manera, que á Liranio faltó poco para que la mucha carga no le ahogase, y siendo antes el primero, apenas debajo de los otros se podia rodear. Entonces Arcisio, Alcino y Florenio, que desconfiados de sí casi en el puesto se habian quedado, viendo el no esperado suceso de los compañeros, no sin mucha grita de los que miraban, de nuevo comenzaron á cobrar ánimo y pretender el olvidado premio, que ya todos por de Florenio juzgaban y él en su pensamiento disponia dél; cuando Felicio, saliendo de entre los caidos, cual ligera culebra que por las yerbas se resbala gateando llegó donde los hermosos despojos del leon estaban colgados, y dejando á Florenio el segundo premio, que se contentó con él, tomó para sí el primero y Arcisio el

último, dándolos, como siempre, la fortuna á quien con menos esperanzas vive; y Leucipo, agraviado del pasado engaño, para ser todo leon no le faltaba mas que el premio que Felicio de las manos le habia quitado: mas Anfimedonte, deseoso de templar los alborotados ánimos, con iguales dones los concertó, reservando á Liranio, que quiza por su malicia no lo merecia. Mas él no pasando por tal agravio, si tanta lástima, dijo, tienes de los que caen, ¿quien mas digno es de compasion que yo, pues siendo el primero en la carrera así debajo de todos me vi envuelto en aquella sagrada sangre, que verdaderamente crei que hoy se hacia de mí el último sacrificio? Y con esto mostraba las manos y la cara como si maduros madroños fueran, y tal que á todos provocaba á risa; y mas al famoso Anfimedonte, que dándole un precioso zurron hecho de una abortiva ternera: toma, pastor, le dijo, que aun de los caidos se suele acordar la fortuna; y colgando tras esto de un pino un cayado, que todos al principio por retorcida culebra le tuvimos: este, dijo, será de aquel que echado sobre su baston de pechos, sin tocar los pies al suelo victorioso de los demas quedare, batallando á saltos como en otras tierras he oido que hacen los hombres que con un solo pie nacieron. A la hora muchos pastores vierades cruzar por aquellos llanos sobre sus cayados tendidos, con tanta órden y destreza que quien de léjos los

mirase: esta es sin duda, diría, manada de belicosas grullas que con solo un pie agradablemente van saltando, donde unos por derribarse y otros por defenderse no se podian escusar graciosos lances de reir. En este tiempo Liranio bien creyó vengar á su salvo la caida que Leucipo le hizo dar en la carrera, y así despues de haber por sí solo derribado otros muchos pastores, siempre le vimos andar tras él, hasta que llegando en su seguimiento á una pequeña laguna que cercada de verdes juncos á un lado del prado se hacia, deseoso de dar con su contrario en ella, con la demasiada codicia erró el golpe, y llevado de su misma furia dió con todo el cuerpo en el agua, donde á mucho pesar suyo y risa nuestra le convino lavarse de la sangre que en la pasada caida se le habia pegado; y Leucipo, gozoso de tal suceso, olvidandose de saltar con el baston, en poco estuvo de acompañarle aquí la segunda vez. Al fin, no pudiendo tenerse mas sobre el cayado, con mucha risa se puso en pie á ver el caido, que lloviendo de su cuerpo arroyos de agua salia de la laguna confesando en sus dos caidas que nunca del ageno mal se siguió bien alguno. Y hallándose Rosanio por falta de los dos victorioso, dando placenteros saltos llegó á tomar su premio; y Anfimedonte, ya que toda la grita y porfiar de los pastores se hubo acabado, señalando un hermoso becerro que al pie de una encina habian atado, cubiertos

los pequeños cuernos de diversidad de rosas: de éste, dijo, podrá hoy hacer el sacrificio á las amadas ninfas quien en luchar á los demas se aventajare. Y no bien estas palabras se oyeron cuando el vaquero Filadelfo, acostumbrado á derribar los mas bravos toros, desnudándose el gaban comenzó á mostrar las anchas espaldas, los altos hombros y fornidos pechos, y tendiendo á todas partes los brazos con galanos golpes hería el aire, llamando al mas osado que con él se quisiese probar; y como en largo rato nadie saliese á la dudosa lucha, juzgándose ya vencedor, así vuelto á Anfimedonte dijo: Si nadie á mis conocidas fuerzas se atreve, ¿que causa hay para que el prometido premio se me dilate? Mándamele dar, pastor, si ya sobre todos le tengo merecido. Entonces Cristalio, no sé si corrido de semejante arrogancia, vuelto al pastor Selvagio, que sentado cabe él estaba, así oyéndolo todos dijo: O famoso Selvagio, sin provecho por cierto en un tiempo llamado despedazador de lobos, ¿tú aun sintiendo todavía calor en el valeroso pecho por semejante agravio pasas? ¿Tan honrado premio sin resistencia dejas llevar? ¿Donde, dime, tienes la fama que por toda la serranía ganaste, cuando los osos rendías, los lobos despedazabas, y los toros mas bravos por entretenimiento oprimias al yugo? ¿Que se hicieron tantos despojos como en tus techos colgaban? Cierto, pastor, esta sola demasía los

escurece todos, si es verdad que no en solo comenzar consiste el verdadero título de honrado. No creas, respondió Selvagio, que el deseo de alabanza y el amor del premio de mí por vano temor hayan huido; léjos estoy de imaginar en mí cosa que á mi nombre ofender pueda: mas con la vejéz helada no es mucho que, enfriándose las fuerzas, tambien en el ánimo se mitigue aquel orgulloso brío que en los mozos la caliente sangre cria: mortales somos, sujetos vivimos á los dias; ya fue tiempo que yo solo gozara los premios que por los demas se han repartido, cuando ni Melibeo me ganaba en cantar, ni Crisaldo corría mejor que yo, ni nadie en la lucha se me igualaba. Entonces Filadelfo habia de llamarme al campo, cuando sin ayudarme de mas industrias que mis manos despedazé aquel oso cuya es esta piel con que ahora me cubro; y diciendo esto, casi á pesar de su gusto osadamente saltó en el llano, mostrando á todos su belloso cuerpo, tan cubierto de ásperas cerdas como si una cerrada selva fuera, por cuya ocasion entre todos adquirió el nombre de Selvagio; y Filadelfo espantado de monstruo tan disforme, dejándole el campo y la victoria, no se atrevió á luchar con él; con que sin contradiccion se declaró por suyo el becerro. Entonces, asiéndolo por uno de los cuernos, con aquella facilidad lo trajo á nuestra presencia que si un pequeño cabrito fuera. Y puesto allí en medio de

todos como en triunfo suyo, desta manera le oimos hablar: Valeroso Anfimedonte, y vosotros conocidos pastores que presentes os hallais á mi victoria, notad ahora mis fuerzas y el título con que semejante nombre tengo, y si confiado en ellas entrar puedo en las venideras batallas; y tú, arrogante Filadelfo, cualquiera que de nuestros pastores seas, escucha ahora la forzosa muerte de que tu ventura te ha librado, que yo sin alguna duda creo, si esta vez entre los fuertes ñudos de mis brazos te metieras, allí sin resistencia me dejáras el alma, no de otra manera que con Hércules le avino al famoso hijo de la tierra. Y vosotras, soberanas deidades, que nacidas en estos mismos montes mi razon escuchais y muchas veces fuisteis fieles testigos de mis cosas, ahora en vuestros bailes esteis entretenidas ó con veloces carreras sigais el duro ejercicio de la gustosa caza, donde quiera que ésta mi voz os alcanzare recibid este postrero y último sacrificio con que victorioso á todas mis hazañas pongo fin, para quedar de hoy mas en eterno reposo, contento de dejar mi nombre inmortal en estas selvas. Así dijo, y alzando el puño en alto, con tanta fuerza lo bajó sobre la cabeza del temeroso novillo, que á un tiempo sin alma lo derribó á sus pies; y apenas en el suelo cayó, cuando en poderosas llamas consumido solas las sagradas cenizas se mostraron á nuestros ojos, sintiéndose por aquel tiempo en las cir-

cunstantes riberas un temeroso ruido, con que las selvas mostraron aceptar el presente sacrificio. Y él con tan soberana victoria, de un divino furor arrebatado, deseoso de acometer mas altos hechos, sacando del zurron su olvidada zampoña, con este último cantar dejó á las selvas sosiego eterno, y al mundo nuevas esperanzas de mayores cosas.

SELVAGIO.

Dulce zampoña mia,
Si acaso llena de divino aliento
Algun dichoso dia
Por escuchar tu acento
Hiciste al sol parar su movimiento;
Si fuiste poderosa
A traer tras tí los árboles sombríos,
Y á tu voz sonorosa
Y á los acentos mios
Pararon las corrientes de los rios;
Si el tiempo no ha enjugado
Tras tanto olvido tus alegres sones,
En son no acostumbrado
He menester que entones
Una cancion por fin de tus canciones.
Y al tiempo consagrada
Te queda luego en este olivo santo,
Donde seas invidiada,
Y en honra de tu canto
De laurel coronada y rojo acanto.
Canta ahora en voz suave

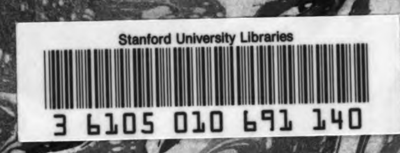
No las vueltas del cielo presurosas
Que vuelan mas que el ave,
Ni empresas belicosas,
Ni el curso de fortuna y de sus cosas,
Ni del mundo apartado
Las incultas riberas y regiones,
Ni sobre el mar hinchado,
Tras varias pretensiones,
Desdobladas banderas y pendones:
Que dese horrible espanto
Al son heroico de clarines de oro
Harás un nuevo canto
Tan lleno de tesoro,
Que al mundo asombre desde el indo al moro.
Allí de Marte altivo
Abrasarán las llamas cielo y tierra,
Y retratado al vivo
En fiero son de guerra
Saldrá á luz el valor que España encierra;
Sin que en toda ella quede
Cosa digna de ser eternizada,
Que en tí lugar no herede,
Ni de cólera honrada
Golpe, herida, escudo, arnes ni espada.
Ahora en voz sabrosa
Enjiere al tiempo aquesta humilde planta,
Pues la luz poderosa
Que á ello te levanta,
Del olvido tu canto desencanta:
Que ya esta humilde avena,
Por clara trompa de su nombre y mio,

En ocasion tan buena
De aquí consagra, y fio
Que será de inmortal honor un rio.
Y en hombros de la fama
Irá, si afable el hado corresponde,
De adonde se derrama
El alba hasta donde
Su luz en el salado mar se esconde.

FIN.

57°




Stanford University Libraries
3 6105 010 691 140

